

Álvaro Pombo

Desde las mujeres



CONSEJO DE ASESORES

Annotation

En esta magnífica novela, galardonada con el Premio Nacional de Narrativa, Álvaro Pombo describe el esplendor y la decadencia de lo que parecía una unidad familiar que se imagina perfecta. La narradora, la hija mayor de la familia, había pensado que todos su excéntrica madre, sus hermanos, su aún más excéntrica tía Lucía y su enamorado alemán eran seres superiores que brillaban con luz propia en medio del paisaje romántico de la península, una isla casi, en la que vivían, aislados y orgullosamente desdeñosos de la chata realidad de su época. Pero una serie de sucesos y el desvelamiento de un secreto familiar que la afecta decisivamente, descubre a la narradora el verdadero rostro frío, práctico, tiránico, y a la postre venenoso de los mitificados habitantes de aquel reducto en el que «los padres, los maridos, los hombres, dan lo mismo. Son intercambiables». Una revelación que cambiará irremisiblemente el sentido de su vida.

ÁLVARO POMBO

Donde las mujeres

—¡No se la puede tomar en serio a Nines! Que lo que tenga sea un padecimiento no se lo discuto yo ni nadie. Una enfermedad es lo que no.

—¡Estaba muy enamorada, viene a ser como una enfermedad...! -comentó mi madre desde el otro extremo de la mesa del comedor donde tomábamos el té toda la familia.

—¿Y qué? ¿Qué tendrá que ver el amor con no comer? Nines lo que es, es una abúlica completa. Dime, de amor, que tú conozcas, cuántas han dejado de comer. ¡Ninguna! -aseguró tía Lucía respondiéndose a sí misma.

Violeta y yo nos miramos, horrorizadas y encantadas del giro tempestuoso que empezaban ya a adquirir las frases de tía Lucía. Erguida en su silla, sin apoyar la espalda en el respaldo, abría los grandes ojos azules encolerizada por la ligera oposición que parecía ofrecer mi madre.

—¡Lucía, el huevo! Tómate el huevo, que luego, frío, te sienta como un tiro.

Pero tía Lucía no estaba en ese instante interesada en la temperatura de sus alimentos. Se limitó por eso a dar un fuerte golpe al huevo con su elegante cucharita de marfil. Nadie hubiera sido capaz de impedir que tía Lucía dijera lo que quería decir sobre tía Nines.

—Lo que pasa es que Nines se ha empeñado en no sobreponerse, y no se sobrepone aunque la mates. No hay médico que valga, ni enfermera ni monja ni persona que pueda con una voluntad como la suya. ¡Ha decidido que se muere de hambre y ahí la tienes, por debajo ya de los cuarenta kilos, como Gandhi!

Violeta y yo volvimos a mirarnos. La tormenta iba cada vez a peor y a peor. Con voz reposada -una voz calculada para impacientar a tía Lucía, que era la mayor de las hermanas, después venía mi madre y después tía Nines- declaró mi madre:

—Es muy injusto y muy absurdo eso que dices. Tú sabes todo cómo fue. No me refiero sólo a la desgracia. Me refiero a todo, pobrecilla Nines. La vida suya cómo era y cómo es. No es que se quiera morir de hambre. Ni morirse. Lo que no quiere es vivir más, que es muy distinto.

Un gran silencio planeó sobre la mantelería de hilo color crudo y la

elegante vajilla de mi abuela. Violeta y yo nos encogimos y contemplamos fijamente nuestros platos. Ni la discusión ni la emoción eran nuevas. No hacía falta que lo fueran para ser increíblemente fascinantes. La palabra «justicia» llevó la atención de tía Lucía hacia territorios de gran profundidad y nerviosismo. La supuesta injusticia cometida con tía Nines quedó incluida y superada por la idea de justicia en general, que tía Lucía exponía en ese instante. El equilibrio correspondiente a la balanza de la justicia acabó trastornándose del todo, junto con la cucharita y el platito y la taza de té, que bailoteaban desencajadas en la mano izquierda de tía Lucía. Nunca se caían, a pesar de estar con frecuencia a punto de caerse, cosa que hubiéramos todas nosotras preferido: desplomarnos. Y descansar en paz hechas añicos junto con la vajilla y la justicia, en el mantel encharcado de té, sin el más mínimo estilo. Pero el estilo no faltaba nunca: como si tuviese tía Lucía un imán en la yema misma de los cinco dedos de la mano izquierda, con su contrapartida proporcional de acero o de metal en la cuchara, en el plato y en la taza, que permitía un gran desequilibrio en el interior del elegantísimo equilibrio de tía Lucía, su voz y sus modales.

Era noviembre. Tía Nines ya no vivía en casa. Por consejo médico se la llevó tía Lucía a las Adoratrices de Letona, que en el mismo convento, en toda un ala, tenían cuartos, cada uno con su espejo y su lavabo individual, donde hacían por Cuaresma las damas de Letona ejercicios espirituales, internas en tandas de tres días, y que durante todo el año alquilaban las monjas a personas mayores que no se podían ya valer o a enfermas, como tía Nines, de los nervios, que había que vigilar discretamente, sin ofenderlas ni perderlas de vista, porque no estaban aún completamente locas.

Era notable que ahora que tía Nines se había ido hablábamos de ella sin parar. Nunca lo hicimos mientras vivía con nosotros. La decisión de trasladar a tía Nines a las Adoratrices no fue, según mi madre, nada fácil de tomar: tuvieron que reunirse tía Lucía y mi madre, el doctor Mazarín y su ayudante para sopesar bien los pros y contras que el traslado conllevaba. Tía Nines misma no tomó parte en los debates, ni, por lo que parece, tampoco en la decisión. Se limitó a decir: «Me parecerá muy bien cualquier cosa que vosotras decidáis.» Una salida ésta, en opinión de tía Lucía, completamente abúllica, aunque de sobra suficiente para dar a entender que se iba de casa por su propio pie, sin que nadie la echara, y que se instalaba en las Adoratrices por su propia voluntad y sin que nadie se propusiera aislarla expresamente. Una vez en el convento, fue tía Nines poco a poco dejando de comer y de interesarse por la vida en general. En noviembre se habló de la terquedad de tía Nines, tarde tras tarde, durante todo el té e incluso después. Tía Lucía llevaba todo el peso de la conversación, dando la impresión en ocasiones de que no sólo hablaba con nosotros sino ya de paso a una multitud

agolpada en un gran teatro, que requería explicaciones claras y precisas, pronunciadas en voz un par de octavas más alta de lo que se acostumbra en las casas a la hora de tomar el té. El doctor Mazarín y su ayudante fueron calificados de eminentes e imbéciles, incluso en ocasiones a la vez, todo a lo largo de diciembre y de enero. El doctor Mazarín llegó a ser, a ojos de tía Lucía, un perfecto incompetente, a mediados de marzo, incapaz de separar los cuerpos de las almas. Y el responsable, por lo tanto, al cabo de aquel año, de impedir que se matase lentamente tía Nines a consecuencia de la desesperación, la depresión y quizá el deseo de unirse allá en la muerte con el único novio que tuvo y que perdió, Indalecio. Tía Lucía siempre enfatizaba -y mi madre asentía discretamente a esto- que no estaba tía Nines loca, sino tan cuerda como cualquiera de nosotros. Y la prueba estaba en que, cuando la encontraron sin vida una mañana, tenía abiertos y elocuentes sus dos ojos, tenazmente clavados en el cielo raso de su habitación con lavabo individual, con un aire de paz y confianza en lo que la esperaba en la otra vida.

En esta vida, en cambio, no esperó tía Nines gran cosa. Y por eso se llevó la gran sorpresa cuando, sin esperarla, se le vino encima la oportunidad de ser feliz. Había transcurrido su vida lentamente hasta que Indalecio apareció. Se enamoraron, iban a casarse, fue visto y no visto. Y repentinamente se acabó.

Violeta y yo lo hablábamos todo en el dormitorio hasta las tantas sin encontrar la solución: que hubiera una solución y que hubiera que encontrarla a aquellas alturas del trágico suceso, con tía Nines instalada en las Adoratrices, no era una actitud que compartíamos Violeta y yo. Hablar de tía Nines parecía no tener para Violeta más finalidad que el hablar mismo. En cambio yo -quizá por ser dos años mayor- hablaba para modificar la triste situación. Pero era triste justo porque no podía modificarse, y por eso se habló de ello tanto aquel invierno: porque, al hablarlo, lo triste, más que entristecer, ennoblecía, embellecía la propia situación. Era todo ello estimulante a fuerza de ser triste no sólo en líneas generales sino también detalle por detalle: así, era tristísimo en concreto que ni siquiera fuese tía Nines hermana de mi madre y tía Lucía, hija de mi abuela y de mi abuelo como ellas. Era hermanastra nada más, hija de mi abuelo y la persona cuyo piso utilizaba en sus viajes a Madrid. A raíz del accidente de Indalecio, Violeta y yo supimos este dato, ignorado hasta entonces porque desde mucho antes de que empezaran a fijarse mis recuerdos, siempre llamamos tía Nines a tía Nines y siempre vivió en casa.

En la sala hay una foto donde están las tres, sentadas en la terraza de delante con la abuela, que se puso de perfil para subrayar su perfil griego. Tía Nines sobresale un poco entre sus dos hermanas, es algo más alta -es una foto antigua-, peinada de otro modo, vestida de otro modo, más severamente, como si

fuera la mayor, siendo sin embargo la más pequeña de las tres.

¡Cómo corría Indalecio por la playa! Encantó a todo el mundo aquel verano. También a nosotras dos, que íbamos corriendo nada más verle de lejos bajar cada mañana a la playa, con el pretexto de preguntarle qué hora era, sólo por oírle decir: «¿Os vais ya a casa?» Era emocionante contestar casi a coro: «Todavía no porque aún es pronto, solemos irnos a las tres.» E Indalecio nos llevaba de la mano, una a cada lado, colgando, rozando la arena sólo con un pie, cosa que le servía de pretexto para acercarse a nuestro toldo y llevarse a tía Nines de paseo, playa abajo, hasta el morro donde acaba el arenal y son las rocas grandes. Volvían despacísimo después, los dos mirando fijamente al suelo, los dos los pasos dándolos a un tiempo. Era emocionante verles irse y dejar de verles y volver a verles, retrasándose a ojos vistas hasta las tres pasadas.

Indalecio era un buen chico, era invencible: sólo el mar pudo con él. El mar traiciona siempre, no hay mar fácil. Indalecio se ahogó por no tenerlo en cuenta, por dejarse contagiar de las ocurrencias que saca el mar a relucir y que no parecen ocurrencias del mar sino del hombre. Cuanto más inflamado y verdoso, cuanto más locuaz parece, más mudo se vuelve y más mortal una vez dentro. Indalecio conocía el mar muy bien y de nada le valió. Tenía un balandro blanco con el foque rojo vivo para que, por lejos que se fuese, regateando, se le pudiese distinguir a simple vista de todos los demás desde el mirador de nuestra casa: dando largas cambiadas para aprovechar mejor el viento, el firmamento, la regata, la luz azul de la alta mar y del verano, la aventura. Pero Indalecio era menor que el mar, se ahogó por eso. A pesar del encanto que tenía, su seriedad sin pretensiones. A pesar de sus brazos largos y sus manos grandes, sus muñecas cuadradas de remar. A pesar de su reloj de esfera negra, inoxidable y resistente al agua, que se ahogó con él pero que, a diferencia de Indalecio, no volvió a la superficie. Bajo el cristal empañado, las agujas recorren las horas en el fondo, resistiendo al agua todavía. Dio la casualidad de que tía Nines no estaba en casa cuando el accidente. La informó mi madre por teléfono. Una noticia así es casi imposible darla bien. Mi madre la dio con sequedad. Debió de ser para tía Nines más terrible que lo más terrible, como se vio después en la dejadez y la desgana de vivir que se le pegó al paladar como una lapa hasta matarla.

Aquel invierno fue más invierno que ningún invierno. Nadie recordaba otro peor, ni en San Román ni en los otros pueblos pesqueros de esa parte de la costa. Al colegio se dejó de ir el cuatro de diciembre por la tarde, un lunes, porque mi madre dijo que mejor que en casa en ningún sitio. Que fuera imposible ir al colegio era una imposibilidad maravillosa: con tía Lucía instalada ya en su torreón, con el temporal aquel que no amainaba, con el mar desbravando, a la

marea alta, la energía sobrante del oleaje en la dársena y contra el puentecito que une nuestra parte de la costa, que viene a ser como una isla; figura como península en los mapas -aunque en los mapas no se llama La Maraña-, pero en realidad es una isla, con un istmo de menos de dos kilómetros de ancho, un arenal de arenas rebarridas por el oleaje y el nordeste, sujetas por un roquedo semioculto y los escobajos y las malas hierbas de las dunas. Figurar como península en los mapas era desagradable, aunque infinitamente superior a vivir como las otras niñas, tierra adentro. En la isla, pues, en La Maraña, sólo vivíamos nosotras, en dos casas: la nuestra -la más próxima al puente, un chalet de dos pisos rodeado de un jardín pequeño y un seto de aligustres agujereados, que eran, de pequeñas, puertas secretas para salir y entrar- y la gran casa, frente a nosotros, de tía Lucía, muchísimo mayor que la nuestra, con un torreón adosado a la casa y todo un parque rodeado por un muro de albañilería y un obelisco justo en medio. Desde el puente de nuestra casa sólo se veía un lado del tejado de pizarra. El torreón, en cambio, y las buhardillas del caserón de tía Lucía campeaban en lo más alto de la isla frente al canoso cielo del invierno como un faro sin luz que despuntaba sombrío sobre el mar, inútil y amenazador, como la torre del homenaje de un castillo. Cada año, al amanecer el día de Año Nuevo, encendía tía Lucía en un bidón de chapapote una fogata en lo alto del torreón, que iluminaba todo el fosco cielo dubitativo con sus incomprensibles caprichosas llamaradas incisivas. Tía Lucía era un acontecimiento por sí sola. Era imposible escucharla y no discutir después en el dormitorio Violeta y yo lo que decía y lo que hacía. Su llegada anual, a principios de octubre, era una festividad regocijante que recorría de punta a punta, como un fuerte vendaval, el otoño entero y el invierno entero hasta mediados de abril o hasta finales. «¡No me cogerá la primavera aquí, es que ni muerta!», solía decir tía Lucía. Y era verdad, porque tan pronto como empezaba el aire ya a notarse remolón y el sol tardaba en irse y empezábamos a quitarnos los jerséis, le entraba el hormigueo a tía Lucía y se iba a Islandia, a Reykjavik, donde tenía, en las afueras, Tom Bilffinger un chalet construido sólo con troncos embreados y maderas, como construyen en Islandia, por el frío. Tom era esencial para el glamour de tía Lucía: un pretendiente alto alemán de tía Lucía, de familia rica, noble y protestante, con quien tía Lucía jamás quiso casarse, ni él tampoco se casó con otra, con la esperanza tal vez de que amainase de vieja la férrea voluntad de tía Lucía y poderse casar por lo civil al menos.

De pequeñas nos chocaba que tía Lucía no viviese todo el año en su casa del torreón, cara al mar, con sus grandes árboles y los paseos de grava del parque entero, diseñado a imitación de los jardines románticos ingleses por el propio Tom Bilffinger, según creo.

—¿Por qué no se queda tía Lucía todo el verano, con lo bonito que es aquí el verano? -le preguntábamos Violeta o yo a mi madre cada vez que tía Lucía se iba.

—Porque tía Lucía es una presumida y no quiere que el cutis se le estropee ni una pizca. En el norte, por lo visto, con la humedad y con las nieblas, el cutis se le esponja, eternamente joven, ya la veis.

—Pues si es presumida es que es estúpida -declaró Violeta en cierta ocasión-. Lo ha dicho la madre María Engracia, que todas las presumidas son estúpidas y que además acaban siempre peor que mal. Ésa es la experiencia que ella tiene, y ya es mayor.

—¡Qué sabrá esa monja! -contestó mi madre-. Si lo de estúpida lo dijo en concreto por tu tía, se equivoca. Y si lo dijo en general por las mujeres, no sé ni en qué concepto ya tenerla.

—Pues debió de ser por tía Lucía -contestó Violeta-, porque cuando lo dijo me miraba fijamente a mí.

—¡Eso es por lo de siempre! -exclamó mi madre-. Por la rabia que se nos tiene en San Román, a la familia nuestra y a nosotras, las monjas y los curas más que nadie. Porque no vamos a misa. Y la fama de ateo de tu abuelo... Nosotros somos águilas, de siempre, y las monjas son aves de corral. Por eso rezan para todo, hasta a San Antonio cuando se les pierden las horquillas. Porque son incapaces de valerse, como nosotras, por sí solas. Nos envidian porque no son nadie. Mientras que nosotros, sólo con ser, ya relucimos como arcángeles, como relucía Luzbel, ¿no os enseñan eso en religión?

Las dos reconocimos que eso sí nos lo enseñaban en religión y en la capilla, lo de Luzbel, que perdió el amor de Dios por su soberbia. El arcángel más bello que existía. Y sólo con mirarlas a las dos, a tía Lucía y a mi madre, se comprendía de sobra lo que pensó Luzbel y lo que Dios pensó al arrojarle a los infiernos: que resplandecía demasiado, como resplandecían ellas y por extensión también nosotras dos y nuestro hermano pequeño, Fernandito, y toda entera la isla de La Maraña, donde transcurrió nuestra niñez y nuestra juventud.

La desgracia de tía Nines contuvo para mí mucho más significado del que era capaz de expresar verbalmente a los catorce. Decía entre mí: «Es una tragedia», sin saber cómo esa palabra podía aplicarse a dos acontecimientos tan distintos como eran el ahogarse Indalecio -un accidente- y el perder en poco más de un año tía Nines las ganas de comer, de cuidarse, de vivir -esto no era un accidente, sino más bien al revés: el resultado de una decisión, sólo que hecha casi toda de omisiones y de negaciones-. Era una misma tragedia, pero la incomprensibilidad, la inexpresabilidad, no vinieron por el accidente sino,

durante todo un año, por virtud de una decisión.

Se la llevaron en taxi. Un taxi de Letona y no de San Román. Yo sabía que se la llevaban aquel día y estuve pendiente en la ventana del pasillo, vi llegar el taxi traqueteando, y vi cómo se bajaba el doctor Mazarín, que venía sentado junto al chófer. Vi salir a tía Nines entre mi madre y tía Lucía como si se la llevaran presa entre las dos. Vista la escena desde arriba, a la luz grisácea del amanecer otoñal en La Maraña, parecía un final de cine mudo, el doctor Mazarín era el verdugo y tía Lucía y mi madre dos jefes de alta graduación o dos fiscales que lo tienen todo claro y se limitan a cumplir sus órdenes. Sentía los pies fríos y una intensa curiosidad. Sentía al mismo tiempo una intensa sensación de no estar sintiendo yo lo que debía, o quizá un ambiguo sentimiento de culpabilidad por limitarme a observar aquella escena desde la ventana en lugar de bajar corriendo a despedirme de tía Nines con un beso. Se fue sin despedirse de nosotros. La dejamos que se fuera sin decirle adiós, como se iban de casa a esas mismas horas casi siempre las ayas, las cocineras, las doncellas, a quienes de pronto parecía que dejábamos de amar al irse. Por eso, quizá, por no haberme despedido de tía Nines, hablábamos de tía Nines Violeta y yo casi todas las tardes. Al principio yo la echaba en falta a la hora del té, su silla y su sitio vacíos recordaban a la tía Nines de antes de Indalecio, laboriosa, confusamente parecida a Fräulein Hannah, la institutriz de Fernandito. Nos llevaba de paseo tía Nines, bajaba con Violeta y conmigo los peores días de borrasca, con la veloz lluvia oblicua contra los impermeables y el ventarrón feroz que daba la vuelta a los paraguas. Veía su sitio vacío y recordaba en vano -como quien recuerda el total de una suma, la cifra, olvidados los sumandos- cómo se quedaba tía Nines con nosotras tardes enteras los domingos jugando a la brisca o a la oca o al parchís, esos tres juegos Violeta y yo los aprendimos con tía Nines. Daba pena recordarla. Una tristeza, sin embargo, que no me entristecía -ésa era la turbiedad, la incomprensibilidad, la rareza.

A los catorce años, los significados de mis experiencias aparecían y desaparecían como fogonazos instantáneos, eran explosiones que era yo incapaz de concordar con el resto de mi vida. Así, a los pocos días del accidente de Indalecio (tía Nines todavía estaba en casa, encerrada en su cuarto, Manuela o cualquiera de nosotras le subía las comidas que probaba apenas, sólo parecían gustarle, únicamente, los purés y las sopas de arroz o de fideos, o un tazón del caldo del cocido) acabábamos Violeta y yo de volver del colegio y estábamos las dos en nuestro cuarto arreglándonos para bajar al té. Iba a ser un té especial porque había una visita: tres señoras que quizá tuvieran la edad de tía Lucía o de mi madre, pero que, a simple vista, parecían mayores, enseñoradas, encorsetadas, pausadas. Las habíamos visto sentadas en la sala con mi madre. La

mayor era una rubia que Violeta dijo que era presidenta de la Acción Católica, las otras dos, de menos graduación y quizá edad, no se sabía quiénes eran. Violeta se estaba mirando en el

espejo, alisando los pliegues de su falda plisada azul oscuro del uniforme de domingos y festivos. Yo estaba sentada en la cama dándole brillo a los zapatos de las dos. Y Violeta dijo:

—¿No se te hace raro a ti, a mí se me hace, no ponernos hoy nada de luto? La visita que hay es de cumplido...

—Si lo dices por Indalecio, es una tontería, porque no era nada nuestro.

—¿Cómo que no era nada nuestro? Algo tenía que ser forzosamente siendo novio de tía Nines. Era novio antes de ahogarse.

—No eran casi novios todavía, ¿sabes? Y al ahogarse Indalecio ya no son ni novios -declaré yo solemnemente, y de inmediato sentí una punzada de confusa inculpación. Me sentí cruel por hablar de ese modo con Violeta. Era muy desagradable sentirse cruel: me miré al espejo y se veía la crueldad en mis curvos labios. No había empezado yo después de todo, fue Violeta quien empezó con lo del luto. Por eso dije-: No debieras de haberlo dicho, lo del luto, no debieras de haberlo ni pensado, es como reírnos de tía Nines.

Violeta se había acercado mientras yo hablaba y me contemplaba sorprendida.

—¿Pero qué dices? Tía Nines no tiene que ver nada. Lo del luto lo he dicho porque me encantaría ir de negro por las tardes, un traje liso negro y sólo un collar de plata austriaca con esmaltes rusos color fresa. Tía Lucía dice siempre que el negro favorece a las personas de complexión como la nuestra, con los huesos suyos de la cara, como si se hubiera dado siempre algo de laca, blanca.

¡Tía Lucía estaba en todo! No podía no reconocerlo oyendo hablar a Violeta del traje negro que le gustaría ponerse por las tardes, sintiendo tanto como sentía en mí misma la persuasión de idéntica influencia. Mientras bajaba la escalera, pensé, sin embargo, en algo que tía Lucía no hubiera pensado: en la doblez con que había yo dirigido, instintivamente, el desagrado de sentirme cruel hacia Violeta: ser inocente a todo trance, verme libre de culpa a cualquier precio. Entré en la sala detrás de Violeta, no sabiendo ni calificar lo que acababa de sentir hablando con ella, ni lo que sentía en ese mismo instante. Ver a la visita, sólo verla, dando conversación premiosamente a tía Lucía y a mi madre, que se limitaban a sonreír y a intercalar de vez en cuando un par de palabritas, me borró cualquier remordimiento y lo redujo todo a un solemne regocijo: aquella comicidad objetiva que casi cualquier visita, de las pocas que teníamos, tenía para mí a los catorce años. Era divertido ir saludándolas a las tres una por una, y sentarse luego frente a la visita en un reposapiés, poniendo cara seria, fingiendo

que tomábamos en serio lo que se decía en vez de limitarnos a observarlas para reírnos después Violeta y yo en el dormitorio, imitándolas. Intercalaban: «¡Hines, pobrecilla!», rítmicamente, cada cuatro frases. O bien intercaltaban: «Indalecio, que en paz descansa», para amenizar un poco -eso parecía- sus tres monótonos monólogos. No se parecían a nosotras, eran aves de corral, por eso daban risa. Era natural -pensé de pronto- que se hubiese mi madre retirado a vivir solitaria en La Maraña cuando nosotras éramos pequeñas: se vino aquí a vivir para librarse de los cacareos de aquellas aves de corral. «Mejor solas que mal acompañadas», me dije a mí misma. Y me recorrió un solemne escalofrío de cálida grandeza, como un trago de orujo en la garganta, el esófago, el alma: era fascinante aquel ser visitadas contadas veces, como se visita a las reinas madres, por gallinas cluecas engordadas, ataviadas a este efecto, como princesas, como reinas al ponerse los guantes, pensé que las tres habrían precipitadamente cosido el descosido de una punta del dedo, a nosotras sólo se nos ve en ocasiones señaladas -pensé, entusiasmada-. Con ocasión de un funeral o de una boda o de un Tedeum para celebrar la victoria de los nacionales. Nunca se nos veía, sólo nos veían alguna que otra vez, nunca muy de cerca, sólo con motivo de una festividad o de un desfile, a distancia... ¡Aquella gratificante ensoñación me entretuvo aquella tarde como muchas otras! Pensé que todo era verdad: la prueba estaba en que el día del funeral por el eterno descanso de Indalecio, cuando mi madre y tía Lucía -y detrás nosotras dos- se acercaron después de los responsos a dar el pésame a la madre y demás familia de Indalecio, todos ellos se levantaron a la vez, una veintena debían de ser, porque ocupaban enteros los dos primeros bancos, y se acercaron a nosotros como si las dolientes fuésemos nosotras y a nosotras cuatro nos correspondiera en rigor, y no a ellos, presidir el duelo.

La noche entraba cuando se fueron las visitas, embauladas en el taxi que subió a recogerlas, las tres atrás como peponas. El taxi fue bajando lentamente achaparrado atrás por el peso de las tres señoras. En la carreterilla que separaba nuestro chalet del chalet de tía Lucía estábamos de pie las cuatro aquel atardecer amarillento e íntimo, como los grabados de ciudades europeas que tía Lucía había colgado en la escalera. A través del seto las luces de la sala agrandaban nuestra casa, que desde ahí, oscura, me pareció una gran morada antigua. La planta central de un regimiento destacado en La Maraña. Velozmente se acumularon en mi cabeza estampas de salas de banderas del ejército inglés luchando contra el ejército francés en Canadá. Y nuestra isla estaba en el Ontario Lake, que recorrieron en lancha rápida, por cierto, tía Lucía y Tom Bilffinger. Era la niebla del mar, era la niebla húmeda del mar alterada por el viento, como los arbustos y los árboles inconscientemente significativos, oscuros, como los

impulsos de mi corazón, tan infantil todavía. A través de la niebla que giraba, que se densificaba o ahilaba a nuestra espalda, se alzaba el torreón de tía Lucía contra el mar, sin ninguna luz, ni siquiera el farolito de la entrada.

Llegaba hasta nosotras cuatro el golpe acompasado, sofocado, como una gesticulación del invisible energúmeno oceánico. Marea alta inflamando como tambores los cuévanos de la base del acantilado, cuyos retumbos llegaban hasta nosotras, anegadas gargantas de la costa de La Maraña. Pensé en la espuma que blanqueaba y bullía sobre las rocas afiladas al pie de los farallones. Como el recuerdo de la inevitabilidad y de la muerte, que sacó a Indalecio, de un golpe, de este mundo. Como la locura o la manía que sacó de golpe a tía Nines de su sensatez y de su quicio. Así el acompasado borbotón del oleaje contra el acantilado. Aquella noche me sorprendió la cercanía del retumbo que subrayó nuestro silencio sobrecogido, hasta que nos echamos a correr de vuelta a casa las cuatro. El final de la tarde fue tan divertido, tantas risas por todo.

Una vez acostadas ya Violeta y yo, dejé de reírme, bruscamente, para redondear lo que había empezado antes de bajar a la visita.

—No está nada bien que nos riamos tanto, Violeta. Es todo muy triste, muy tristísimo. Piensa en tía Nines, qué estará pensando. Y tú y yo aquí venga a reírnos. Eso no está nada bien.

—No nos reímos de tía Nines. Nos reímos porque sí.

—Pues no hay que reírse porque sí. Y menos después de pasar lo que ha pasado.

—Ya estás tú con los llorares y con las tristezas. No tengo ganas de llorar, ninguna. Más vale reírse que llorar.

Yo era la mayor y tenía yo que hablar la última. No podía dejar que Violeta me ganara. Era mi obligación sentir lo justo y expresar lo justo. Y dije:

—Se debe de sentir lo que se debe de sentir, Violeta, y quien cuando pasa una desgracia va y se ríe, aunque sea porque sí, es porque no es como es debido. Y si no podemos llorar tampoco nos tenemos que reír, ¡ni porque sí ni porque no!

—Pues si no nos reímos es mejor que nos durmamos -dijo Violeta. Y se quedó dormida, harta de mí, posiblemente. A punto estuve de despertarla y echarle una bronca. Me detuvo la preocupación, ahora muy viva, de no estar entendiendo bien las cosas. ¿Por qué era triste esa desgracia, por qué habían venido las visitas, por qué no éramos nosotras aves de corral, por qué si Indalecio era una persona encantadora que se reía tantísimo, no iban a acompañarle ahora, en el cielo, mucho mejor las risas que las lágrimas?

Aquel día fue fiesta porque cumplía años la madre superiora -nunca se supo

cuántos-. La fecha coincidía con el séptimo cumpleaños de mi hermano Fernandito. Fernandito empezaba ya a dominar el arte de dejarse querer, y dejar que los demás se afanen en beneficio propio. Llevábamos una semana hablando del cumpleaños. Tía Lucía había prometido -aparte su regalo- darnos una sorpresa formidable. Fernandito confiaba sinceramente en que tía Lucía se tirase de cabeza al mar desde lo alto del torreón. Eso fue lo que dijo, y yo entendí que había por debajo de la broma la irritación de quien teme verse agasajado y a la vez arrinconado por la excesividad general de tía Lucía. Cuando nos sentamos a desayunar, pensamos que la sorpresa iba a consistir en ver aparecer a tía Lucía en el office a las diez de la mañana, un acontecimiento éste sorprendente hasta el delirio conociendo sus cómodos horarios.

Íbamos por la mitad del desayuno cuando oímos un doble ruido de pasos acercándose. Fuimos a abrir Violeta y yo convencidas de que sería la sorpresa. Y lo fue. La sorpresa iba a ser Tom. De todas las posibles sorpresas, aquélla era la más inadecuada para Fernandito. Tom Bilffinger, el eterno pretendiente de tía Lucía, era capaz, con su sola presencia, de arrinconar, sin proponérselo, a un regimiento entero, por no hablar de un crío de siete años. A los catorce años, yo tenía la impresión de que la estatura de Tom se alzaba muy por encima de los dos metros. Aquel año era la primera vez que le veía en los últimos tres años. Su estatura recordada no menguó en esta ocasión, aunque quizá me fijé más en su cara rojiza y en sus ademanes y el modo de atendernos a todos y sobre todo a tía Lucía. Ninguna persona realmente atenta te parece alta a los catorce años. A esa edad, y también después, la estatura va asociada irremediablemente con el desinterés. Pareció que entraban a la vez los dos en tromba, aun cuando yo, que me quedé la última, observé que la única que entró, se sentó y se sirvió café con ese estrépito reduplicativo y feroz de los buenos modales fue tía Lucía, Tom sonreía echando la cabeza hacia atrás, inmerso en un estrépito festivo pero no incisivo sino alegre. Tía Lucía dijo:

—¡Pero Fernandito! ¿Qué te parece esta sorpresa que te he traído? Un vuelo de mil kilómetros con una sola escala y no dices tú ni hola.

—Hola -dijo Fernandito, y añadió-: Una persona no es una sorpresa, por lo menos para mí, y como ya he desayunado me subo a hacer la plana...

Y se fue sin más. Me fijé que tía Lucía fruncía el ceño. Tenía intención de tomar muy a mal la salida de tono de su sobrino. Miró a mi madre y dijo secamente:

—Como le consientas impertinencias a los siete, a los veinte te pone de criada para todo. Vas a decir que es un crío insignificante porque es lo que te viene a ti más cómodo ahora mismo. Pero haces mal, y tú sabes que haces mal.

Intervino Tom, afablemente. Dijo a tía Lucía:

—¡Lucía, exagerada! Seguro que tú eras veinte veces más impertinente a su edad... -Y se echó a reír y todos nos echamos a reír con él, olvidados de Fernandito, y como persuadidos mágicamente de que lo único esencial es echar la cabeza hacia atrás y reírse alegremente.

Lo que dijo tía Lucía tras oír esto me pareció incomprensible:

—¡Ajá, de manera que te pones de su parte, de manera que consideras que yo soy impertinente, ¿es eso? ¡Claro que es eso! ¡Si no lo fuera no estarías aquí, *mon petit*! Siempre he sido muy impertinente...

Mi madre intervino con esa firmeza que exhibía raras veces, pero que a mí me constaba ya entonces que tenía siempre a punto:

—Ahora no nos vamos a pelear, las peleas, como los telegramas, el pobre papá siempre lo decía, acuérdate, Lucía, ni antes del desayuno ni durante el desayuno y nunca de siete de la tarde en adelante. Además, reconoce que lo que te pasa no tiene que ver apenas nada ni con Fernandito ni con Tom: el desayuno no es tu buen momento, ¡reconoce! Haber bajado a las diez de la mañana para desayunar con la familia es, Lucía, una especie de milagro. Es muy de agradecer, y que Tom también haya venido es muy de agradecer...

—No es mi hora, eso es verdad -reconoció tía Lucía.

Me quedé con el respingo de tía Lucía, aquel amago de agresión a Tom Bilffinger que mi sensibilidad de adolescente consideró excesivo durante un instante para olvidarlo por completo al instante siguiente. Debí de registrarlo sin embargo mi tenaz memoria, porque reapareció años más tarde. Aquel día recuperamos todos el buen humor y de algún modo acabó hablando casi sólo Tom Bilffinger. El bisabuelo de Tom, por lo visto, había sido íntimo amigo del historiador islandés que recopiló las dieciséis sagas islandesas. Eran relatos muy bonitos, fantasmales, por lo menos Tom los contaba como si los personajes no hubieran nacido en ningún punto del tiempo y no llegaran a morir nunca: cambiaban de figura, según Tom, porque la figura era accidental como el mundo en Islandia, una niebla flotante, opresiva y dulce, que no se iba jamás, ni en el buen tiempo, que sumía todo en un maravilloso tono rosa miel en cuyo interior la muerte era imposible y los personajes sólo cambiaban accidentalmente - recuerdo que Tom dijo «*per accidens*» acentuando a la alemana el latín. Era fascinante oírle hablar con aquel acento ronroneante de la alta Alemania. Era un perfecto español con los ritmos de entonación cambiados: de ahí procedía una parte de la fascinación de Tom, de su voz viva, que tenía un cuerpo seco narrativo, como un vino Riesling. Quizá esto lo advertí mucho más tarde y lo incluí en mis recuerdos de Tom Bilffinger. Poseía, en cualquier caso, el difícil arte de relatar cualquier cosa sin interrumpir nunca el curso narrativo, no obstante nuestras interrupciones y preguntas. Aquella mañana se me ocurrió que

Tom no sólo ocupaba más espacio que cualquiera de las personas que yo había conocido hasta la fecha, sino que se alzaba con análoga monumentalidad también en el tiempo. Acababan de llegar y de sentarse y parecía que llevaban ya horas con nosotros. Tom tenía esa capacidad que sólo algunos grandes actores tienen de no apresurarse nunca y sin embargo resultar siempre variados y fascinantes. Ni siquiera había deshecho su pequeña bolsa de viaje, que trajo consigo de casa de tía Lucía -es probable que tía Lucía, malhumorada por el madrugón, no le permitiera subir a la habitación para dejarla-, no miró el reloj ni una sola vez. A los catorce años, un hombre del aspecto de Tom, me parecía a mí que había de estar casi permanentemente ocupado: sólo los curas o algún profesor eran capaces de no impacientarse como él en una reunión. ¿Qué hacía Tom cuando no estaba con nosotros? ¿Sería verdad que nunca tenía prisa? ¿Sería cierto -como aseguró tía Lucía- que se había presentado en casa de improviso y para irse al día siguiente, con la intención única y exclusiva de celebrar el cumpleaños de mi hermano? Tranquilizaba el aroma de su tabaco de pipa, las pacíficas nubes que inconfundiblemente transfiguraban nuestra cocina en un reducido campamento de exploradores del Ártico. Mi madre dijo de pronto:

—¡Pero si son casi las dos! ¿Dónde está Fernandito?

Como si la exclamación de mi madre fuera un ensalmo, Fräulein Hannah apareció en el hueco de la puerta.

—*Wie geht es Ihnen, Fräulein Hannah?*

—*Sehr gut, danke, Herr Bilffinger. Und Ihnen?*

El sonido de la lengua alemana, comprendida sólo a trozos, forma parte de mi niñez. Y estas sencillas frases tienen para mí la calidez formalizada del comportamiento social perfecto. Fräulein Hannah había bajado para decirle a mi madre que se encontraba indispuerto Fernandito, le dolía la barriga.

Tom, que se había levantado para saludar a Fräulein Hannah y que aún seguía en pie junto a ella, declaró entonces que, incluso si mi hermano estaba enfermo, con más motivo inclusive si lo estaba, era indispensable que él mismo en persona, el propio Tom, subiese un momento a la habitación de mi hermano para darle el regalo que le había traído de Alemania. Todos, a excepción de tía Lucía, que encendió un pitillo, nos pusimos en pie al oír esto, y, encabezados por Tom, salimos al vestíbulo y emprendimos la subida hacia el dormitorio del -con toda seguridad- falso enfermo. De su bolsa de viaje había extraído Tom un fascinante objeto rectangular, una especie de caja envuelta en papel de plata color oro. Fernandito apareció al final de la escalera, en el descansillo, en pijama, con aire de acabar de levantarse de la cama en ese instante. Nada de esto causó en Tom el más mínimo efecto.

—*Nimm! Ein Geschenk für dich, Das ist zu deinem siebsten Geburtstag.*

E hizo Tom una pequeña pausa para decir después solemnemente a la vez que entregaba el objeto a mi hermano:

—*Zum Geburtstag viel Glück.*

Y todas coreamos un tanto cacofónicamente la conocida canción de cumpleaños. Fernandito parecía confuso, un aire ahora real y no fingido de sonámbulo. Sólo dijo:

—Como no sé lo que es...

Tom mismo abrió el paquete, que resultó ser un estuche de piel de Rusia en cuyo interior había una flauta de madera y una armónica. Tom se sentó en el arcón de madera negra que hay en el descansillo y, sin decir palabra, tomó la flauta e hizo sonar una melodía por toda nuestra casa, que de pronto pareció ahuecada como un gran odeón que recoge todas las sonoridades. Recuerdo la letra de esa melodía que nos enseñó Tom poco después: «*What shall we do with the drunken sailor? What shall we do with the drunken sailor? What shall we do with the drunken sailor... early in the morning?*» Aquella canción y la voz de Tom nos arrastró a todos, incluido Fernandito. Después bajamos todos a comer. Tom y Fernandito se pasaron la tarde practicando con la armónica y la flauta. El sonido de esos dos instrumentos modificaba la sonoridad de la casa (todas las casas tienen, además de apariencia visible, además de su olor propio, su peculiar sonoridad: las casas de campo suenan a los árboles o a las chicharras, las casas de los músicos suenan apagadas y atentas a ese breve intervalo vacío entre los movimientos de un cuarteto o al momento extático que precede al comienzo de una pieza). Mucho después de que dejaran de sonar flauta y armónica me pareció oírlas desde nuestro dormitorio como un destello leve de agua incesante que se desploma en un cangilón de madera, como el soleado, refrescante, sonido de una fuente en una rosaleda en estío. Y sentir a la vez aquella punzada como de envidia que había sentido intermitentemente casi toda la tarde, al ver tan divertidos con sus instrumentos a Fernandito y Tom Bilffinger. Lamenté ser chica, a nosotras no se nos hacen esa clase de regalos. Tom y Fernandito aquella tarde, como se ríen dos buenos camaradas en reuniones de hombres, ese mundo arbitrario y perfecto que yo jamás entendería.

—Mamá, ¿dónde se conocieron tía Lucía y Tom? -pregunté a los pocos días de irse Tom. Estábamos solas mi madre y yo en su dormitorio por la mañana, mientras se arreglaba.

—¿Dónde? No sé dónde, se conocieron en un viaje o quizá con motivo de una boda en el sur de Inglaterra. Aquellos años todos viajábamos muchísimo, la verdad es que no recuerdo ese detalle, al principio no le dimos importancia, Tom nos parecía un chico llamativo, un excéntrico medio alemán o medio inglés, que

hablaba estupendamente castellano.

—¿Está Tom en alguna de estas fotos? Me gustaría ver qué aspecto tenía de joven...

—Era un chico muy guapo, desgarbado, pero elegante, muy llamativo.

Iba pasando pensativa el álbum de fotos que mi madre tenía en una mesita baja de su dormitorio junto con los libros que estaba leyendo, y su cuaderno de dibujos. Había visto muchas veces esas fotos. Mi madre y tía Lucía con trajes de montar y sombreritos de grabado inglés. Casi todas esas fotos están hechas en el campo. Hay grandes árboles al fondo. Parecen todos ellos estar de vacaciones. El chico joven que sale con más frecuencia no es Tom, el chico con un uniforme blanco que lleva en el bolsillo del pañuelo cosido el escudo de un colegio británico. Oí decir a mi madre:

—Ahí no está Tom. Ésas son sobre todo fotos que hice yo de amigos míos. Tom era distinto, mayor que nosotras. Hacía la guerra por su cuenta.

—¿No tienes ni una foto donde salga Tom de joven?

—Yo no, desde luego. Quizá tu tía tenga alguna, pero no lo creo porque no es de hacer fotos. Tía Lucía es una persona del presente. Si te fijas, odia los recuerdos...

Tía Lucía había cambiado al presentarse en casa con Tom. Quiero decir que ya no era Tom una anécdota de tía Lucía, su eterno enamorado alemán que vivía en Reykjavik. Pensé que Tom y tía Lucía, por primera vez, eran dos personas distintas y no dos aspectos de una única anécdota. Y se acababa ya el ventoso marzo de los chubascos y el reluciente sirimiri que se respiraba por los senderos de la isla. En los millones y millones de ojos de las agujas del pinar, enhebradas junto con el viento, se iba tejiendo ya la primavera. Y picaban los jerséis al volver del colegio a pesar de que al salir por la mañana se enfadaba con nosotras Fräulein Hannah por ir sólo con jersey. «*Es ist kalt!*», decía Fräulein Hannah a la hora de desayunar. Y el vaho de los cristales del office nos parecía más frío y hosco, como si en lugar de venir de nuestro mar viniese directamente del mar Báltico. Para Fräulein Hannah hacía frío hasta mediados de junio. Y, para demostrarlo, no se desabotonaba su chaqueta de punto, color teja, hasta bien pasados los veintiocho grados. «*Der Mantel, Mädchen. Nicht nur der Pullover, auch der Mantel!*» Aún hoy, cuando me pongo el abrigo o el jersey, rebrota una memoria imperativa firme y cómica a la vez: «*Der Mantel, der Pullover, heute ist es kalt!*» Y es que Fräulein Hannah, no obstante llevar ya entonces veinte años viviendo en España, sentía en los huesos los fríos de su patria, las primaveras tardígradas de Renania y de Prusia.

Ya empezaba tía Lucía también a removerse como una cría de calandria, y a

escarbar como los topos y los tordos, a ventear la calor como los grillos. Era igual todos los años, tan pronto como empezaba el sol a relucir convincente y en los andamios los albañiles se remangaban la camisa. Y a continuación venía la semana de preparativos para la partida, una larga semana de sombrereras y baúles, y de pasar revista a los armarios, y de reponer las naftalinas y de recubrir todos los muebles con las grandes sábanas que se quitaron al llegar y se subieron a los armarios del desván. Y que al desplegarse ahora exudaban un fuerte malestar de pliegues arbitrarios como arañas, un olorcillo a moho en expresión olfativa de la nostalgia que sentían por sus viejas baldas del armario donde habían dormido hermanadas todo a lo largo del invierno. Hasta que, de golpe, cuando estábamos todas nosotras hechas al trájín, desaparecía tía Lucía de la noche a la mañana sin decir adiós. Siempre se fue sin despedirse, causando así cada vez que se iba un sobresalto, una sorpresa casi desagradable. Yo pensaba: «Tantos preparativos para irse quieren decir que no tiene gana de irse y que se queda.» Siempre me equivoqué. Se iba siempre únicamente con lo puesto, un paraguas y una bolsa de viaje diminuta. Aquel año, con catorce años, tras la impresión que Tom Bilffinger me había causado, pensé que tía Lucía se iba siempre sin decir adiós para que ninguna de nosotras descubriese las muchísimas ganas que tenía de volver a ver a Tom.

Mi madre dibujaba más que hablaba. Incluso nos decía, cuando Violeta y yo nos quedábamos hasta las tantas sin dormir, hablando por los codos: «Hay que hablar menos y dibujar más. Luego os hacéis un lío en las cabezas, si dibujarais lo veríais más claro, y de una vez, al ponerlo en limpio.» Y era verdad que mi madre dibujaba, y esa habilidad no la heredó, ni la heredamos ninguno de nosotros. Me contó que le enseñó a dibujar Gabriel. Llevaba la mano de mi madre con su mano, le enseñó todo el dibujo que sabía y también a colorear, aunque a colorear no quiso ella seguir, ni con la acuarela o con el óleo, porque los colores, según mi madre, se encadenaban entre sí como palabras en las conversaciones, y emborronaban, no obstante ser maravillosos, y quizá por serlo, la claridad lineal de los dibujos. Todo, según Gabriel -decía mi madre-, podía tratarse en líneas, y lo demás, lo que quedaba fuera después de haberlo dibujado todo, no valía la pena ya meterlo dentro. Pero no sólo no siguió con los colores porque no quiso, es que además no pudieron seguir ninguno de los dos, ni dibujando juntos y ni siquiera viéndose de lejos, por más que querían, por más que se querían, porque Gabriel estaba ya casado, cinco años o seis años antes de encontrarse con mi madre. Y esto fue, lo de Gabriel, antes de nacer yo, pero fosforescía de continuo y relampagueaba en ocasiones, secamente, como los secos estampidos de las tormentas de calor, los pistoletazos de salida, o, por

extraño que suene, el doble pistoletazo de los duelos a muerte... Los dibujos de mi madre, sus croquis, son dibujos hechos sencillamente a lápiz, en cualquier papel, y siempre con vistas a explicar mejor las cosas de la vida diaria. Así están casi todos los croquis de la casa nuestra, que se hizo a rachas a partir de un caserón que había, y que, al comprarlo mis abuelos y no usarlo (porque la abuela prefería vivir en San Román con las tiendas cerca y las visitas), lo arreglaron ellos dos, Gabriel y mi madre, antes de que mi madre se casara. Mi padre no era por entonces ni siquiera un accidente de esta historia, ni siquiera un obstáculo. Pero esto es otro asunto que yo entonces aún no entendía.

Se cerró a llover aquel año todo el mes de abril. Rachas de lluvia fría contra los cristales. Sólo escampó un rato hacia las diez de la mañana. Aquel día era domingo. Al volver de misa protestamos mucho, porque era domingo, y con el tiempo así no se podía estar en el jardín. A la hora de comer se encapotó del todo, como una cueva, el cielo. Soplaban un mal nordeste. Hubo que encender la chimenea de la salita de mi madre, la única que había de mármol, blancoazul, con vetas como nubes, estratos distribuidos caprichosamente. Era una chimenea de carbón y leña, con su guardafuegos hexagonal, de rejilla de latón. Ahí, en primavera, sólo nos sentábamos los días de fiesta y sólo cuando llovía sin dar señas de escampar en todo lo que quedaba de la tarde, y los cuartos nuestros y la sala de abajo volvían a retraerse, invernizos, con el tamborileo de la lluvia que, por ser ya primavera, se oía entero, al haberse quitado las cortinas y visillos, para ser sustituidos por las floreadas cortinas del verano. Si llovía justo entonces, lo resentían casi las habitaciones más que las personas, aunque no tanto como Rufus, que desde pequeño detestó la lluvia, casi más la pura lluvia que una feroz tormenta retumbando en todo el semicírculo del firmamento pedregoso y relámpagos que casi todos acababan mordiendo el pararrayos nuestro y el del torreón de tía Lucía. Rufus odiaba sobre todo el agua: el derramamiento de agua entresalada recién sorbida de la mar, que dejaba charcos en el grijo y humedecía el abono y los dos grandes contenedores de basura. Así que aquella tarde, incluso después de irse Fernandito a su cuarto a hacer con Fräulein Hannah los *Aufgaben*, Rufus se quedó con nosotras haciéndose el dormido y abriendo solamente, como si mirara por una mirilla, un poco el ojo izquierdo. Recuerdo que yo estaba leyendo *Veinte mil leguas de viaje submarino*, una novela que todavía releo a trozos cuando me quedo en casa por las tardes los domingos y arrecia el temporal. Esos días leo como leía entonces, embebida en el libro hasta tal punto que pego un brinco si pasa cualquier cosa. La voz de mi madre me sobresaltó de pronto.

Aquella tarde, por cierto, mi madre, contra su costumbre de aprovechar los

ratos de ocio para coser, si quedaba algo por coser, y si no, para bordar, inclinada sobre el bastidor, algún bordado inacabado que siempre tenía a mano, contemplaba el fuego, con el costurero a un lado -recuerdo con toda claridad el costurero aquel- y el bastidor delante, sin decidirse a empezar nada, y así se fue quedando adormilada. Eso, al menos, fue lo que creí al embarcar aquella tarde en el *Nautilus*. Tan fascinada y tan pendiente de la narración, que apenas me fijé en aquel -para mi madre, extravagante- abandono en manos de una siestecita, que -según Violeta- hasta llegó a dar un par de cabezadas. Me sobresaltó que al hablar no nos mirara, y que siguiera de perfil y que después dijera (como solía empezar sus frases cuando le preocupaba cualquier cosa o cuando deseaba especialmente enfatizarla): «Que digo, niñas, que no sé si os dais cuenta o no os dais cuenta de que está muy bien que seamos como somos la tía Lucía y yo, que a nuestra edad ya no se está para un cambio ni para una prisa, pero que no es lo mismo con vosotras, no lo es. A nuestra edad, con lo que ya eres vas que chutas, pero no vosotras. Con lo que sois sólo tenéis para empezar, y ni eso. Os queda un montón por dibujar, un buen montón. Y no os veo yo que dibujéis gran cosa...» Y Violeta, creyendo que se refería a los deberes, que a veces nos mandan en casa hacer las láminas, dijo:

—Pues estás, da la casualidad, muy confundida, mamá. Porque precisamente esta semana no hay que hacer ningunas láminas. Así que mira.

De pronto -en el instante que transcurrió entre la frase de Violeta y la voz de mi madre reanudando el hilo aquel, que yo, por el tono de voz, o quizá la especial inmovilidad de su preciosa cabeza, su perfil tan joven todavía, de inmediato sospeché que iba a conducirnos a un lugar desconocido, un sitio nunca visto- advertí (como quien recorta una noticia de un periódico o se fija en un detalle cualquiera, un detalle menor, que forma parte de un gran cuadro) que estábamos sólo nosotras tres allí en la sala, que tía Lucía llevaba en Reykjavík casi ya un mes -tía Nines ya no estaba con nosotros- y que en la chimenea explotaban las cortezas más reseca de un tronco que Violeta acababa de echar, tal vez por hacer algo, por moverse, deseando, inconscientemente quizá, desconcentrar la situación o simplemente la atención con que mi madre examinaba el bailoteo de las primeras llamaradas cortas y azules, serpenteantes. Era evidente que no se refería a ningún dibujo en concreto sino sólo a nuestras vidas: en su amor por el dibujo, había de pronto imaginado como un dibujo venidero aún por dibujarse nuestras vidas. Recuerdo que pregunté si se refería a los dibujos del colegio o a los de la vida, ya que ella muchas veces, cuando nos poníamos con algo, a coser algo por ejemplo, o a hacer una tortilla a la francesa con mucho perejil, solía decir: «¿Para qué te metes en dibujos si no sabes?» A esto ni siquiera contestó. Como si no me hubiera oído. Aunque movió un poco la

cabeza hacia mi lado, sólo un poco:

—Vivimos como vive ya muy poca gente -dijo-, ya sois mayores, y por eso lo hablo. También porque conviene que se hable de ciertas cosas, estas cosas, me refiero. Así no vive ya nadie en el mundo, en una isla, en una casa, en un jardín, como nosotras, sin salir a trabajar. Ya nadie vive así salvo millonarios, cosa que tampoco somos. ¡Es que no sabéis ni de dónde viene! De las rentas, de eso. ¡Pero no es eso, no sé educaros, eso es lo que no sé. Aquí sola, sin nadie, con tres hijos!

Nos estaba chocando tanto todo aquello, que Violeta saltó:

—¡Tan sola, tan sola, no es que estés tampoco. Ahora mismo estamos aquí dos. Lo que menos estás, mamá, yo creo que es sola!

Y yo intercalé:

—Mejor solas que mal acompañadas. Y eso además, mamá, tú misma lo has dicho muchas veces.

Pero no era una conversación aquello, no eran dimes y diretes, o discutir que es divertido: llevarse adrede la contraria aunque en el fondo estés de acuerdo. Tan no esperaba mi madre nuestras respuestas, que no llegó yo creo que ni a oírlas. Era claro, sin embargo, que se dirigía a nosotras, que no hablaba por hablar y que, de no haber estado allí solas nosotras tres, de haber estado como casi siempre Fernandito y Fräulein Hannah o tía Lucía, jamás mi madre hubiera hablado así. Se recostó en el respaldo de su sillón (quiero decir que lo anterior lo había dicho separando un poco la espalda del respaldo, como cuando alguien interviene públicamente en un coloquio, o como en una orquesta, cada instrumentista un instante antes de que le corresponda entrar a su instrumento se yergue en su taburete levemente, atento, tieso, como un perdiguero, como acababa mi madre de erguirse y ahora descansaba la espalda en el respaldo de la butaca, tras hacerse oír, tras sorprendernos con el volumen, la trama de su preocupación, insospechada hasta entonces). En esa nueva posición sonrió y nos miraba ya, y dijo:

—Sois unas pobres niñas feas y tontas, que no sabéis de la misa la media. Eso es lo que no sabéis. Por mi culpa, ¡tengo yo toda la culpa! -Se le saltaron las lágrimas como si fuese ya el destino a cumplirse palabra por palabra con sólo mencionarlo.

—Pues no somos feas ni tontas, porque nos parecemos a ti mucho -dijimos a la vez Violeta y yo, queriendo verla reír, no queriendo que llorara sin saber por qué lloraba: no creyendo que se pudiese hablar de culpa simplemente por estar allí, con nosotras dos y Fernandito, por vivir tan ricamente. Pero entonces cambió, una vez más, de tono, y también de posición. Nosotras dos nos habíamos sentado cada una en un brazo del sillón.

—¡A ver, quitaros, niñas, que me asfixio, aquí las dos encima!

Nos sentamos en el suelo con las piernas cruzadas, sin acabar bien de entenderla, porque aunque mi madre, como todos nosotros, con frecuencia es seca, también era cariñosa y no se asfixiaba lo más mínimo por tenernos a las dos encima. Me di cuenta de que se impacientaba, porque no acababa de decir lo que quería: ni siquiera se me pasó por la cabeza en ese instante que lo supiese. No saber lo que quería no era un rasgo de su estilo.

—¡Cómo que no sois feas, sois más feas que Picio! -exclamó mi madre, y se echó a reír inesperadamente, e inesperadamente dejó de reírse como si cortara en dos aquella tela de su buen humor. Y desapareció a la vez toda la risa suya y nuestra en la inesperada boca de la cueva de una seriedad que casi no reconocíamos-. Quiero decir que os veo venir porque os veo vivir, porque sois iguales que Lucía y que yo, igual de creídas, igual de soberbias y de ciegas, fascinadas como nosotras lo estuvimos por nuestras cosas, nuestras manías, nuestras costumbres, nuestro todo, no existía nada más. Y por desgracia no es así como es la cosa. No es ni prima la vida, ni parienta lejana de lo que vosotras y nosotras creemos, creímos, que sería la vida. Como un huevo a una castaña. Ni el más remoto parecido, niñas bobas. Creéis que esto es todo y que no hay más, que viviréis igual que ahora, y que quien entre aquí, porque entrarán personas, como fueron entrando cuando nosotras éramos como vosotras, como entró Gabriel, como la pobre Nines, que se vino a casa con catorce años y lloraba porque no sabía jugar, te figuras, a lo que jugábamos Lucía y yo, ya ves tú. Y ahora en ese convento, sin comer, pensando igual otra vez más en Indalecio y en la playa y en lo diminuta que fue toda la dicha. Pensando lo que se tarda una en morir, pensando a lo mejor en suicidarse, mientras nosotras bordamos, leemos y hablamos de tía Nines sin mover un dedo. En el fondo nos da todo lo mismo. Y otras personas que también vinieron, no hablo más, no hay por qué, no hace falta mencionarlas todas, a Dios gracias ya no están, así que no.

—¿Quiénes no están? -pregunté yo, porque era de cajón preguntar eso. Y mi madre contestó:

—¿Quiénes van a ser? ¡Pues quienes no!

Y entonces fue cuando mi madre paró en seco y preguntó la hora, cosa que mi madre nunca preguntaba, porque era muy puntual, y sabía siempre la hora que era y en qué día y en qué mes vivía, a diferencia de tía Lucía o de nosotras dos, que lo mismo nos daba una hora que otra porque la felicidad no tiene, a diferencia de la preocupación o la tristeza, horario fijo: sólo tiene, de sol a sol, abierto todo el campo con el mar al fondo. La felicidad tiene eso sólo. Y por eso no es un movimiento y no se mide como un movimiento a partir de un «ahora» siempre el mismo que numera el movimiento de la melancolía, según el antes y

el después, con números arábigos.

La tarde aquella acabó aquí. Aunque supongo que seguimos en la salita, sentadas ante el fuego, Violeta y yo y mi madre, porque seguía lloviendo y parecía no haber ninguna notación indicadora de un gran cambio en las arias agudas de las gaviotas arrebatadas por el viento, que antes de anochecer aún sobrevolaban el acantilado, o en la velocidad del cormorán que había, el que nosotras vimos enfilarse a un pez, que sólo veía él, desde una altura de quince o veinte metros, la succulenta forma pisciforme de las sardinas, de los bocartes grandes, o los mules medianos, o los panchos, un pez de aceitosa molla azul donde hincar el pico y regresar al nido con la presa. Eso pasó, todas las cosas que pasan a la vez que pasa algo a cada cual

y que suelen pasar inadvertidas, pasaron también aquella tarde dentro y fuera de la casa nuestra. Y ahora, en la memoria, se aísla cada una, como una melodía independiente, como un dibujo independiente, como un aria, como uno de aquellos croquis que mi madre hacía para explicar, sin hablar, al señor Dámaso, cómo debe ser una buena puerta de armario. Así yo ahora reúno en la conciencia lo que sin duda entonces ocurría: lo mismo que a nosotras, a mi hermana y a mí, se nos ocurría, después de rezar y de beber cada cual un tazón de leche y de cepillarnos bien los dientes y acostarnos y apagar las lamparillas, y preguntarnos a oscuras: «¿Estás ya dormida. Di. Sí o no?» Y encender la luz Violeta o yo o las dos al tiempo, para sacar la conclusión más inquietante pero a la vez más fascinante de todas las fascinantes conclusiones que extrajimos las hermanas de nuestra niñez y primera juventud: «A quien mamá se refería es a papá. Por eso dice que está sola y que nos tiene que educar y que es culpa suya si no sabe», declaró Violeta. La palabra «papá» sonó como una bofetada, como una inconveniencia, como un sobresalto inmerecido que en nuestro dormitorio aquella noche parecía carecer de espacio, de tiempo y de sentido. Pero mi madre -pensé yo- no se refería ni a nuestra educación ni a la culpa cuando hablaba de mi padre. Conmigo siempre dijo lo contrario: «No nos quiere», eso es lo que decía de mi padre. Seguramente lo decía con frecuencia, y yo recuerdo ahora esa frase en el contexto de una única conversación, relativamente breve, que probablemente es la suma inconscientemente llevada a cabo por mí de muchas conversaciones parecidas, las observaciones, los detalles que configuraron entre mis cinco y siete años la idea de un padre defectuoso, incapaz de querernos. Debió de ser una impresión fuerte, porque cuando le reconocí ahí sentado en la sala, y procuré controlarme para evitar a mis hermanos lo más radical de la extrañeza que yo sentía, sólo pude revivir el desasosiego infantil de tenerle en casa y tener que contar con él, lo mismo cuando estaba que cuando no estaba. No recuerdo que se ocupara de mí gran cosa. Por eso, al verle, me sentí en

primer lugar amenazada como nos sentimos cuando, tras haber omitido (por considerarla perturbadora) toda referencia a una persona determinada, volvemos a oír su nombre, que parece, como lo demoníaco, reproducirse en un instante. Nos invade sólo una zozobra difusa, un impreciso presentimiento de calamidades. Tememos por nuestra felicidad en esos casos, tanto más intensamente, quizá, cuanto menos concretamente lo reaparecido parece amenazarnos. Si cierro los ojos, vuelvo a ver a mi madre, concentrada en sus tareas diarias, pronunciando esa frase sin énfasis ninguno, «No nos quiere», como una ocurrencia incongruente, que al convertirse en frase y pronunciarse en voz alta cobrase una momentánea congruencia, un pensamiento que uno formula más para apartarlo que para pensarlo. Y me recuerdo a mí misma, muy seria, incrédula en el fondo, diciendo: «Tiene que querernos, porque somos su familia. No es lo mismo que si fuéramos nada más unas personas...» «¿Qué más da que seamos su familia? Querernos no es obligatorio. No lo es. Y además tampoco es que nosotras le queramos mucho a él, ¿no te parece?» «¡Qué le vamos a querer! Yo no le quiero ni una pizca. A ti es a quien quiero. Nada más. Y te doy ahora mismo un beso en cada mejilla y un abrazo...» Y se los daba, y las dos nos reíamos, como si el querernos nosotras dos fuese una fortaleza inexpugnable donde nos escondíamos y nos reíamos. Y el no querernos él tan sólo una minucia, una rareza. ¡Él se lo perdía! Siempre he pensado que esa conversación resume cientos de otras conversaciones parecidas. Se me quedó grabada, en su simplicidad, porque funcionó entonces, a aquella edad, como una orden tajante: mediante la frase «Tu padre no nos quiere» se establecían con firmeza los límites de nuestro territorio, y por lo tanto una jerarquía absoluta entre lo valioso y lo no valioso. Pero es muy posible que esa frase y mis observaciones tuvieran un origen más ambiguo: es posible que mi madre se sintiera forzada a pronunciarlas precisamente porque no debió de ser nada obvio, a los ojos de una niña de esa edad, que mi padre no me quisiera a mí en concreto: recuerdo, por ejemplo, que mi padre me regalaba con gran frecuencia, sin venir a cuento, sortijitas estúpidas o figuritas de animalillos raros y hasta un gato que todavía conservo, de terracota, sentado sobre sus patas traseras, que parecía contemplar dignamente la escena, aristocráticamente distanciado. Yo estaba casi siempre con mi madre y él entraba en el dormitorio o en la sala con su paso ágil, con su bigotito y sus ojos castaños aterciopelados que no prestaban excesiva atención y que parecían hechos para ser mirados, como los de las mujeres. Era fatigoso ser querida por dos personas tan distintas: una tan distante y admirable como mi madre, y otra tan próxima y deseosa de agradar. Había que elegir y yo elegí. Hice más que elegir. Imité, a mi manera infantil, los sentimientos de mi madre, su impaciencia ante la proliferación de regalitos bobos y dulzainas que traía, su irritación tan

visible ante la complacencia con que mi padre se tomaba la vida, jovialmente, como si estuviese hecha para disfrutar, la vida, y no más bien, como creía y decía mi madre, para plantar patatas, lechugas y coliflores y tomates y para dibujar una mesa o ir a mirar si estaba clueca la gallina, que recuerdo que teníamos tres: una no ponedora color negro y otras dos color caoba ponedoras. La vida, según mi madre, estaba hecha para mirar el mar fascinante y mercurial que resplandecía omnímodo ante nuestras ventanas, para dibujar un vaso de agua lleno hasta la mitad y que se pudiera ver la transparencia y, a través del cristal, hasta un mosquito que cayó dentro. O, por supuesto, para cuidar a Fernandito y a Violeta, cosa que llevaba mucho tiempo, y la papilla hacerla con un plátano aplastado y la ralladura de casi toda una manzana. Y Fernandito era gracioso, que agarraba el biberón con las dos manos. Y a Violeta había que llevarla de la mano, no fuera a perderse por sí sola y vinieran los quinquís a llevársela en un saco que traían en un costal de los de harina, de cincuenta kilos netos. Y Violeta, de pequeña, no creo yo que pesara ni los veinte. Disfrutar no era la vida, para mi madre era una gansada disfrutar, vulgaridad, un salto atrás del señor a los gustos del esclavo, a los gustos paletos de las doncellas que servían a la mesa sin fijarse, pensando en unos novios cejijuntos.

Era domingo, volvíamos del pueblo. Ahí estaba: con ese planchado y ese requilorio no muy pronunciado, de la persona que, sin avisar, se presenta en casa justo a la hora de comer y se arrellana en un sillón, y ahí permanece mano sobre mano en espera de que se le ofrezca una bebida o se le dé conversación o se le pregunte «Por qué no te quedas a comer», a sabiendas de que están contados los filetes, ahí estaba, ahí instalado, a la espera, cualquier cosa serviría para que se ampliara su aire complaciente y su sonrisa, que emergía a solas con un puntito de preocupación, como si se estuviese preguntando «Qué haré si no aparece nadie en todo el día». Así le vimos, primero Fernandito y después nosotras, pero no mi madre, que se había retrasado. En casa se había quedado sola Fräulein Hannah. Debió de ser Fräulein Hannah quien abrió la puerta e instaló a la visita inoportuna en plena sala. Estaba sentado en un sillón desde el cual se podía ver, a través de la puerta abierta, la puerta principal y el vestíbulo casi entero, a excepción del fondo, donde empieza la escalera. No teníamos escape, porque tampoco es cosa de entrar, como el lechero, por la cocina de puntillas, como si no fuese nuestra propia casa. Fernandito, que le vio el primero, por la ventana de la terraza, retrocedió corriendo hasta encontrarnos a Violeta y a mí, con la noticia sorprendente de que había en la sala una persona.

—¿Cómo una persona? -preguntó Violeta, y yo pregunté:

—¿Hombre o mujer?

—Es una persona, no sé más. Además no le vi bien, del susto que me dio. Lo mismo es un fantasma que no se refleja en un espejo y visto de espaldas es lo mismo que de frente, o sea, sin cara.

Nos acercamos de puntillas otra vez los tres. Y, sin querer, un tiesto de geranios se cayó de la terraza al suelo medio metro, porque tropezó con mi zapato y se hizo migas. Se conoce que en medio del silencio que hay en casa cuando no estamos ninguno y alrededor toda una isla entera, porque es isla y no península. Recuerdo que oíamos el mar y olía a la tierra húmeda del tiesto y a la hierba recién segada del jardín, porque era ya mediados de junio. Y era un mes de junio como no había habido igual o parecido ningún otro en años y años. Las clases se acababan ya. Yo acababa de cumplir los quince. Al oír el ruido se volvió, sin darnos tiempo a quitarnos del cristal. No era un fantasma, desde luego. Era un señor muy bien vestido. De la edad de mi madre, pensé yo. Le reconocí de inmediato. Observé a mis hermanos de reajo, como un policía. Mi madre y yo teníamos ese secreto entre las dos. Mi afinidad con ella venía en parte también de eso. Se dio cuenta él, tal vez, que le reconocía y que observaba de reajo a mis hermanos. Y no insistió en ser reconocido. Tuvo -si cabe hablar así- esa delicadeza conmigo. Se arropó en su incógnito (omitiéndome), como se arropaba siempre en su aire modoso, de persona sensible. Nunca se precipitó. Y esta vez tampoco. Tenía tacto, demasiado quizá. El tacto confería a su expresión un aire comprensivo, un aire falso. Lo comprendía todo, lo perdonaba todo. Un indeseable. De pie ya, y acercándose sonriente hacia nosotros, que, de susto ya, no nos movimos, se comportaba con la desenvoltura y la confianza de alguien que nos conociera, sin llegar nosotros a reconocerle. No nos dio tiempo a decir nada. Sin dejar de sonreír, levantó toda la ventana, que es, como las inglesas, de montante. Dijo:

—¡Dios mío, cuánto habéis crecido! -cosa que a los tres nos encantó, porque, incluso yo, con quince años, no me acostumbraba aún a haber crecido, a no ser ya una niña con dos trenzas, sino con nuevos amigos que le salen, pretendientes, Óscar, por ejemplo, y algún otro. Y eso era tan raro por lo menos, tan desacostumbrado, como sentir que habías crecido: que los amigos nuevos fueran todos chicos y no te trataran como antes, como a un chico. Recuerdo lo que yo hice: recuerdo que desactivé el encanto que me recorrió como un escalofrío velocísimamente por la conciencia, por el cuerpo, hasta abocar en una gana de corresponder de alguna manera al cumplido colectivo, aunque sólo fuese con una sonrisa especialmente luminosa dirigida a la visita, la falsa visita. Siempre hice lo mismo. Desenchufé su encanto de mi corazón. Porque el encanto de mi madre era el supremo encanto, y no el suyo. Recuerdo que pensé que yo era la mayor y que hasta que mi madre no llegara me correspondía a mí

definir cómo había de tratar al personaje aquel. Tan guapo. Desvié la vista para que no se diese cuenta de lo que acababa de pensar. Un hombre así, pensé, las pesca al vuelo. Violeta, viendo que yo no acababa de tomar la iniciativa, dijo:

—Si a lo que ha venido es a hablar con mi madre a lo mejor, ella ahora no está en casa.

Y el señor repitió:

—Así que no está en casa, ¿eh?, ¿y dónde está?

Violeta dijo una de sus mentiras absurdas, que por las muchas veces que han colado a lo largo de los años, me hacen sonreír cada vez que las recuerdo:

—No, no está. Está Fräulein Hannah y nosotros solos.

—¿Y dónde está ahora tu madre? A estas horas mucho me extraña que no esté, de veras.

Era agradable oírle, inclinándose un poco hacia nosotros, como si se acabara de peinar la raya, la mata negra aquella de pelo ondulado sudamericano. Y Violeta, encandilada de algún modo por su propia mentira que crecía por sí sola, sólo con poner las palabritas juntas al hablar, sacudió la cabeza, negó con la cabeza -todavía hace ese gesto- cerrando a la vez los párpados para indicar lo mucho que lo siente, pero que no está en su mano alterar el curso del destino:

—No está, está de viaje, se ha marchado ayer mañana.

Yo no lo pude remediar y dije:

—No haga caso. Es verdad que no está en casa, pero viene ahora, mire, ahí viene. -Pero su familiaridad parecía (una vez puesta en marcha) incluirlo todo en su giratoria estratosfera de persona nueva que se planta en casa a la hora de comer, sin avisar y sin ser una visita: así que omitió graciosamente lo que yo acababa de decirle y que implicaba -como mínimo- dirigir la vista hacia la entrada del jardín, que al hablar había indicado yo con la cabeza. Se dirigió en cambio a Fernandito:

—Bueno, bueno, tú sí que eres la sorpresa, ¿cómo estás? Ya tienes... ¿cuántos años? De chiquitín eras horrible, ¿sabes?, con una nariz que te sobresalía entre los ojos como el pico de un cuclillo. ¿A que no sabes quién soy yo? -Y Fernandito dijo:

—No, no lo sé, ¿y qué?

—A que vosotras sí que lo sabéis -dijo el hombre, volviéndose a nosotras. Vi a mi madre acercarse muy deprisa. Me pareció que al darse cuenta, según se acercaba, de quién era el visitante, acortó un poco el paso (mi madre andaba con mucha gracia, con viveza siempre, sin remolonear como nosotras). Cuando pude verla claramente, tenía la cara contraída, como si tuviera sequedad de boca: de hecho, al reunirse con nosotros, todavía en la terraza, se limitó a reconocer al visitante con un gesto de la cabeza, un gesto seco, le miraba sin hablar, me fijé

en eso.

—¡Figúrate, no saben ni quién soy! ¡No sé si voy a ser capaz yo de decírselo, me siento un poco absurdo! -Eché la cabeza atrás y se rio, como si lo que acababa de decir tuviese gracia.

Duró el verano entero. No tenía sentido y no parecía tener fin. Pero sí que lo tenía: varios sentidos entrelazados además del más oculto, el dominante: la venganza. «¿Qué querrá?», pensaba yo. Se lo pregunté a mi madre aquella noche. Dijo:

—Nada. Es natural que quiera conocer a tus hermanos, verte a ti. No quiere nada de particular. Y, por favor, prefiero no hablar de ello. Se irá pronto. Cuando quiera se irá, cuando se aburra, ya sabes...

Mi madre no parecía preocupada después de la tensión inicial. Quizá creía sinceramente que se iría cuando empezara a aburrirse con nosotras. Se fue, desde luego, pero mientras estuvo, todo a lo largo del verano aquel, su presencia alteró visiblemente a Violeta. Y Fernandito, el menos fascinado de los tres, se volvió agresivo, como si aquel repentino padre volviera insignificante su incipiente papel de hombre de la casa -aunque tal vez sea esto una impresión que yo tenía-. La versión oficial que hasta entonces habíamos dado en el colegio fue: que mi padre viajaba mucho porque tenía propiedades en Cuba -lo cual, por cierto, era verdad-. Se instaló en San Román, y casi todos los días subía a almorzar y se quedaba hasta la hora de la cena. Se le veía venir desde lejos, disfrutando su paseo. Cruzaba calmosamente el puente, a veces se detenía para espantar con una palmada a las gaviotas. Caminaba con la expresividad de un actor en un rodaje. Es posible que se creyera observado. En eso acertó, porque yo le observaba. Desde un lado del jardín se veía el puente abajo, desde una abertura camuflada por las zarzas. Parecía atenerse a un cierto horario. Aparecía entre las doce y media y la una, muy peripuesto siempre, como si desease subrayar que su relación con nosotros no llegaba a ser tan familiar que le permitiese venir a vernos sin corbata. Le detesté porque no lograba realmente detestarle. No era detestable. Era muy guapo, muy bien educado, muy considerado. No pretendía representar un papel específicamente paternal con nosotras. No se comportaba como un ex marido de mi madre. Su comportamiento casual y, sin embargo, calculado producía como una música de fondo, como un acompañamiento. Su presencia pulida fue un acompañamiento insistente que daba la impresión de ser fortuito y eventual. Pero a la vez, al contrario, deliberado y -ante mi sobresaltada conciencia al menos- como el de un huésped que tiene intención de quedarse mucho tiempo. Quizá sea innecesario, después de lo anterior, calificar de hostil mi propia actitud. Pero lo era. Mucho más hostil de lo que yo misma me había

propuesto ser, como si temiese por la felicidad de mi madre o de mis hermanos. Aunque, justo es reconocerlo, sin el menor motivo por parte de mi padre. Me sentí malhumorada y desdichada aquel verano. Sin ganas, como otros años, de bajar a la playa con Fernandito y Violeta, o yo sola, recorrer la isla a pie o hacer las compras en el pueblo. Me desvelaba por las noches y encendía la lamparilla para contemplar la dulce expresión de Violeta, dormida pacíficamente, hecha un ovillo. Es curioso -y quizá fuese ésta la única razón de ser de mis alarmas- que casi nunca, salvo, como es natural, durante las comidas, se reuniese con nosotros tres al mismo tiempo. En un grupo tan reducido y tan acostumbrado a la vida en común como nosotros, su tendencia a hacer apartes con cada uno resultaba chocante. Nunca, que yo recuerde, hablaba largo rato con mi madre a solas. Pero le encantaba llevarse de paseo a Violeta, de tiendas en San Román -cosa que nunca se había hecho-. Le gustaba, tras solicitar solemnemente la autorización de Fräulein Hannah, llevarse a Fernandito a la playa. Quería enseñarle un *crawl* sin chapoteo para cubrir largas distancias. El hecho de que Fernandito, al regresar de aquel entrenamiento, nos hiciese saber que la natación le aburría mucho, y que si seguían así iba a acabar por perder su buena braza, no acababa de sonar enteramente sincero a mis oídos. Era un buen nadador. Nuestro padre era, bien mirado, un hombre ideal para una vida tan clausurada y tenaz como la nuestra. Era todo flexibilidad, era complaciente hasta el absurdo. Nunca parecía tener prisa. Nada le hería, ni siquiera mis agresivos malos humores. Y como nada le hería y yo misma, en cambio, me sentía constantemente alterada sólo con verle sentado en nuestra sala o paseando por el jardín con Violeta, llegué a creerle invulnerable.

Acabo de decir -y de pensar- lo que no es, lo que no era mi padre. No era ideal para nosotras. Y, sin embargo, debió de parecerlo hasta tal punto que mi madre se casó con él. Es curioso que me sirva del plural, «nosotras», para referirme a la pluralidad aún inexistente que se contenía en mi madre cuando se casó. Y es que esa idea de la comunidad que formamos en esta isla, en nuestras dos casas, tía Lucía, mi madre y nosotros tres, tan profunda me parece hoy, tan irrompible sigue siendo a pesar de la muerte, que atrae hacia sí todo el pasado inconscientemente vivido sólo por mi madre entre gente que nunca conocimos.

Quizá sea éste el momento de explicar lo que yo sabía y lo que yo no sabía acerca de mis padres a los quince años. Por entonces yo creía a pies juntillas lo que mi madre me contó: mi padre se fue definitivamente cuando yo tenía siete años, Violeta cinco, y Fernandito acababa de nacer. Mi madre y yo lo hablábamos, lo que ocurría, lo que fuera entonces. Mi madre fue locuaz en esa época, y después dejó de serlo, como si en un año aproximadamente ya lo

hubiera dicho todo sobre la marcha de mi padre y a partir de entonces hubiese decidido hablar menos, lo indispensable sólo, y dibujar más, aunque no tanto quizá como hubiera dibujado de haber sido las cosas de otro modo, en cuyo caso nosotras no hubiéramos sido como somos y no hubiera habido para mí, para nosotras, la identidad que ahora tenemos, ese extraño y firmísimo legado de dos personas que apenas se entendieron los primeros años y nunca se quisieron, ni siquiera los primeros años. Recuerdo que me sentaba con mi madre a hablar mientras se arreglaba. Aún está la butaquita baja donde yo me sentaba, y el tocador y la silla donde ella se arreglaba la cara cuidadosamente todas las mañanas. Esa costumbre apareció cuando yo tenía seis años, y desapareció cuando Violeta fue lo suficientemente mayor para ir las dos a hablar con mi madre mientras se arreglaba. Era mejor con Violeta que conmigo sola. Eran sobre todo conversaciones más alegres, conmigo eran conversaciones serias que hacían que me sintiera inmersa en una gran solemnidad, pensativa y comprensiva y muy mayor con siete años, cuando se fue mi padre, cuando le echamos, quiero decir.

Una vez más tropiezo aquí con el escándalo de mis propias proclamaciones. Acabo de decir que mi madre y yo echamos de casa a mi padre. Yo tenía siete años. Yo era la mayor. Una niña espigadita que, según cuenta tía Lucía, hablaba de todo seriamente, como si tuviera mucha más edad. Violeta, en cambio, por contraste, parece aún mucho más joven que yo, a pesar de que sólo nos separan dos años. Recuerdo cuando apareció mi padre aquel verano, y, sobre todo, cuando me di cuenta de la extraña animación que poseía a Violeta y que, permaneciendo todo lo demás idéntico, sólo cabía atribuir a su relación con este siempre endomingado personaje que para ella surgía casi de la nada y que, no obstante ser su padre, tenía con ella las atenciones, los detalles, que nunca, por cariñoso que sea, tiene un padre y que tiene, por frívolo que sea, siempre un primer novio. Violeta -que era ya una criatura preciosa a los doce años- era ya entonces, como lo fue después, muy tímida. Sólo con nosotros, sólo en casa, florecía despreocupada Violeta, su fragilidad y su belleza enardecidas por la viveza monótona de nuestro cariño. Para mí había un interior y un exterior, nuestro mundo y el de los demás: de uno a otro mi personalidad más extrovertida iba y venía sin dificultades. Para Violeta, en cambio, sólo había interior. El exterior, para ella, era lo inexplicable, lo intransitable, lo inconcebible. Y a esa edad, a punto ya de dejar de ser una chiquilla, las atenciones -por lo demás perfectamente propias y a la vista de todos- con que la distinguía su padre, hicieron que a lo largo de todo aquel verano se ensimismase aún más que de costumbre y que, con cualquier motivo cotidiano, cualquier nimiedad, pareciese, de pronto, desconcertada, asustada, nerviosísima. Los apartes que mi padre, con

naturalidad, delante de todos nosotros, tenía con ella, parecían dejarla -al terminar-sonriente y recóndita, reconcentrada en sí misma, y desatenta. Y fue esto en concreto lo que reavivó mi vieja hostilidad de los siete años contra un hombre cuyo dulce temperamento, cuyos pulidos modales, hacían que me sintiera siempre culpable. Esto es lo que he querido indicar al decir que nosotras, mi madre y yo, le echamos de casa siete años atrás: la verdad es que yo imité a los siete años el resuelto desapego materno. El esfuerzo que costó a mi madre, según contaba, dejar a Gabriel, el esfuerzo que les costó a los dos dejar de verse, la obligación que se impusieron de no escribirse nunca, unido a la imposibilidad en que ambos se pusieron a sí mismos de no saber por dónde andaban o qué hacían (Gabriel fue antes de la guerra un arquitecto de renombre, una de cuyas casas, en Madrid, en el por entonces recién edificado barrio de Argüelles, obtuvo el Premio Nacional de Arquitectura por aquellos años. Estas cosas las he ido sabiendo después por tía Lucía y por mi propia madre). Yo tenía la impresión de que ese esfuerzo que se impusieron de común acuerdo, se tradujo en un debilitamiento del interés de mi madre por sí misma, una falta de gusto por las cosas y quizá también una gran confusión mental acerca de si -en última instancia- el voluntario abandono del hombre amado no había sido un sacrificio estéril, un acto gratuito. Se sintió perdida y dolorida, se sintió, sobre todo, incapaz de reorganizar sola su vida. Ése fue su grave error: creer que podía sustituir a Gabriel por cualquier otro, por excelente que fuese, y creer que, sin un hombre, ella misma no podría llegar a ser quien era. Sumida todavía en el amor perdido, creyó que era sustancial el amor mismo y no sólo el amado: de aquí que al aparecer mi padre, un hombre encantador, un señorito de Pedraja, una floreciente población del interior de la provincia que en aquellos tiempos iniciaba su industrialización... Se conocieron por casualidad. Tía Lucía, que era el objeto inicial de las pretensiones de mi padre, se había olvidado del personaje y de la cita. Se había ido a ver el Wimbledon de aquel año con Tom Bilffinger y otros tres amigos de Cambridge.

Sentado, según parece, en medio de la sala -que es más o menos la misma que aún existe y la misma que encontró al reaparecer aquella mañana de junio, cuando Fräulein Hannah le recibió, en ausencia nuestra-, mi padre acertó a combinar un aire desolado con un cómico desinterés por el desaire sufrido. Hizo reír a mi madre, mostrándose como un desdichado amante a quien se abandona para irse a la pérvida Albión a ver jugar al tenis. «¡A saber con quién!», exclamaba cómicamente dolorido, sin dejar de dar al mismo tiempo la nota contraria: la de un cálido interés por la hermana de su romance prófugo. Mi madre tenía todo el encanto, ya entonces, que tienen los temperamentos que espontáneamente hacen un voto de estabilidad: la misma casa, las mismas

costumbres, la misma agradable expresión reservada y atenta en la felicidad y en la no felicidad. Mi padre era un experto conocedor de ese especial momento de falta de felicidad de una persona enamorada. Supo hacerse notar sin parecer que se prestaba a sí mismo la más mínima atención. Supo ser todo lo amable y comprensivo que una mujer orgullosa como mi madre puede soportar sin sentirse humillada. Supo incluso referirse desde un principio a Gabriel con naturalidad, de tal suerte que mi madre pudo -dentro de su reserva- desahogar en parte su melancolía. Era un hombre muy guapo. Parecía no tener nunca prisa ni más necesidad sentimental que la de conversar tranquilamente a la sombra del magnolio de nuestro jardín, grandioso ya entonces. Ciertamente no pretendió a mi madre: desde un principio declaró imposible sustituir a Gabriel, desde un principio se situó a un nivel espiritual más sencillo: el de un muchacho rico, hijo único, con la carrera de Derecho a medio hacer, inteligente, sensible, perezoso, pero, a la vez, capaz de rellenar el hueco cotidiano con la conversación variada de los hombres ociosos, con la locuacidad y deferencia del buen conversador, con el encanto fácil de quienes nunca se apasionan o pierden la cabeza. Al final de aquel verano se casaron. Gran viaje de novios que duró casi completos los nueve meses de mi gestación, y durante el cual empezó mi madre a descubrir en el marido lo que no había podido descubrir en el agradable pretendiente: las atenciones de mi padre, su sensibilidad, su capacidad de ponerse en el lugar de la otra persona, eran habilidades que florecían en público: un noviazgo es un fenómeno social incluso en los momentos en que los novios están solos. Un matrimonio, en cambio, es un internamiento cuyo lado social pasa a segundo plano por la importancia que cobran la intimidad y la ternura, con el tiempo. Mi madre me dijo que los cariños y consideraciones de mi padre eran artimañas para poder irse al casino con la conciencia tranquila. Le gustaba pensar que dejaba detrás, en casa, a una esposa satisfecha. Sus atenciones eran tan puntuales como sus costumbres de soltero joven: sus otras amistades femeninas, sus amigos, el casino, la partida de póquer. Seguía siendo encantador, sólo que ahora, al vivir juntos, hacía falta también ser verdadero. Y mi padre era superficial, según mi madre.

No estoy improvisando, sino viendo: el pasado es arenoso y dulce ahora, desapasionado y dulce, dulce y frío como era mi padre para mi madre: esta frialdad es suya, esta capacidad de reducirme sólo a una voz recordadora, una conciencia incesante, una pasión incomprensiblemente acallada y hablada, ahora que ya nos da lo mismo. Así, los datos saltan a la superficie como corchos, como brillan repentinamente los lomos satinados, plateados de los peces, o tintinean las hojas de los álamos. Es curioso que lo único que realmente no advirtió mi madre durante el noviazgo fue la indolencia de mi padre. No era fácil, quizá,

para una persona tan activa como ella, tan distribuidora de su tiempo, educada dentro de una familia de hombres de negocios y de acción y de mujeres prácticas, eficaces y sensatas, como mi abuela. Esa pereza fue, sin embargo, lo que acabó por impedirlo todo. Quiero decir que tras darse cuenta mi madre de que su matrimonio era un gravísimo error, trató de hacer de tripas corazón y sacar partido de lo que había adquirido en un momento de precipitación y que ya no podía cambiar. No se trataba únicamente de que el matrimonio fuese un sacramento o de que mi madre fuera en aquel tiempo una persona muy piadosa. Mi madre me contó que así empezó su dejación a la buena voluntad con que empezó aquel imposible matrimonio, aquella absurda boda que no le hizo la más mínima ilusión. La pereza e indolencia de mi padre acabaron por impedirlo todo. Se trataba de su propio sentido de sí misma. Casarse por la Iglesia había dado al acto, según mi madre creía, una dimensión teológica, pero no había añadido nada esencial al acto psicológico esencial que, para una mujer como ella, suponía comprometerse en matrimonio con un hombre. Lo irrompible no era en el fondo el vínculo sagrado, sino el vínculo moral: ella, libremente, había prometido ser suya hasta la muerte, y quiso serlo. No obstante descubrir a los pocos días de casarse la mediocridad de mi padre, decidió que todo podía continuar a partir de donde estaban, si no felizmente, por lo menos dignamente. Que mi padre no fuera gran cosa no era al fin y al cabo una sorpresa. Él mismo lo había reconocido: a partir de ahí, de ese mínimo, todo estaba por hacer, todo podía ser construido, reconstruido desde la seriedad, desde la gravedad, desde el compromiso. No hay mediocridad si uno no quiere: sólo hay mediocridad cuando la mediocridad se elige como un valor por sí mismo. Bien mirado -debí de pensar mi madre- tampoco yo misma soy gran cosa. Somos tal para cual si bien se mira. Pero las cosas sólo permanecieron ahí muy brevemente: la mediocridad no era simplemente una pobreza de medios o de ocurrencias, era un modo de vivir elegido deliberadamente, una concepción del mundo. Parece ser que mi padre, por aquel entonces, llegó a decir que su ideal estaba ya en los clásicos latinos, o en una frase parecida: en la *aurea mediocritas*. Pero no se trataba de eso. La indolencia era en el fondo una especie de desdén, un desdén por todas las cosas que exigían esfuerzo, entre las cuales, por supuesto, estaba la propia convivencia marital. La indolencia le sacaba de casa temprano, tras una hora larga de ducha y de aderezo en el cuarto de baño, y le conducía, en su automóvil nuevo, de visita en visita hasta el almuerzo en el club marítimo de Pedraja, para regresar, tras el mus, encantador, a media tarde, vagamente interesado, indeciblemente tierno, últimamente separado por la fría distancia de quien comprende todo pero, excepto él mismo, le da todo lo mismo. Mientras yo era una niña pequeña, tras nacer Violeta, hasta el año treinta y seis, el

matrimonio de mis padres se sostuvo por inercia: durante la guerra mi padre simpatizó con la República primero y con los nacionales después. A diferencia de mi madre, que los odió a todos por igual y que, sin embargo, hizo por todos lo que pudo en las sucesivas tareas de la retaguardia. En el año cuarenta nació Fernandito y mi padre prácticamente se fue sin despedirse, como tía Lucía, con lo puesto. Y no volvió más. Pero no volvió porque su pereza había encontrado, durante la guerra y el primer año que siguió a la guerra, la resistencia de mi madre a seguir viviendo de aquel modo: no sé por qué lo sé, pero sé que le dijo: «Es demasiado tedioso verte ir y venir. No es mi estilo. No hay por qué armar escándalos. Esta casa es mía. Vete de una vez.» Y se fue. Era más cómodo irse que quedarse y luchar. Pero, sin embargo, se debió de sentir humillado, ninguna mujer, ningún hombre, le había hecho sentirse jamás tan poca cosa: un objeto del tedio. Decidió regresar mucho después, algún día, y ver si era de verdad tan incapaz de seducirnos como mi madre tuvo la osadía de decirle. Por eso vino.

—Tenemos que hablar tú y yo, bonita -dijo mi padre con su entonación más casual, como para disimular, mediante el tono ligero, la rareza aquella de que dos personas que se ven a diario tengan, sin que haya ocurrido nada especial, que hablar. Yo era aún demasiado joven para contestar con rapidez o para disimular mi sobresalto. Dije únicamente:

—Bueno, como quieras.

Era una mañana sumamente calurosa de finales de agosto, sofocante y nublada. Óscar y otro amigo suyo, Victorio, habían quedado en que vendrían a buscarme para dar una vuelta y quizá bañarnos. Yo estaba fuera de la verja, y mi padre, que llegaba en ese momento, se plantó ante mí con las manos en los bolsillos. Mi padre era verboso y casi nunca daba la impresión de tener que pensar lo que decía. En esta ocasión, sin embargo, me miró en silencio sin empezar, tal vez contando -con razón- con mi desconcierto de verle ahí silencioso. Por fin dijo:

—No tienes gran interés, ya veo. Crees que ya está todo dicho.

Y yo contesté:

—No sé a qué te refieres. Todos los días hablamos.

—¡Ah!, pero no tú y yo. Desde que he vuelto no he conseguido hablar contigo ni un instante a solas. No sé si tú misma te das cuenta.

—No, no me doy cuenta -dijo, porque vi llegar a Óscar y a su amigo y quería dar por terminada la conversación.

—¿Crees que no pinto nada aquí? Si de ti dependiera me echarías a palos.

—No creo haber dicho nada en contra tuya nunca.

—No lo has dicho, pero seguro que lo has pensado. Eres como tu madre,

pero no eres todavía tan capaz como ella de esconder sus emociones. Tú me demuestras una hostilidad constante.

No sabía qué hacer. Óscar y su amigo habían llegado ya...

—Me encantaría hablar contigo ahora. Bien puedes hacer por mí este pequeño sacrificio. Seguro que tus amigos volverán mañana. En cambio yo tal vez no vuelva ya mañana. Depende de lo que hablemos tú y yo. De ti depende...

Ni siquiera les saludó. Cosa rara en una persona tan sociable. Me acerqué a Óscar y le dije que perdonara, que tenía que hablar con mi padre, que no podía ir con ellos. Se fueron carretera abajo y nosotros les seguimos a unos cuantos metros, más despacio. Nos sentamos en un pequeño promontorio orientado hacia San Román, donde Dámaso había construido un banco de madera. Era un lugar bonito, pintoresco. Se veía una gran lámina plomiza de agua inmóvil.

—Nunca has querido saber por qué me fui o lo que yo pensaba. Eras una niña entonces, pero ya no eres una niña. Estás tan segura de que tu madre tiene toda la razón, que ni siquiera te has parado a pensar que puede haberme herido. Acaparáis vosotras todos los sentimientos. Yo también tengo sentimientos...

Y yo le dije:

—Los tendrás, pero tú no nos querías. Si nos hubieses querido, yo lo habría notado.

—Vas a ser como tu madre. Os bastáis a vosotras mismas, Violeta en cambio ha salido a mí. Por eso hablo con ella y no contigo...

—No entiendo a qué has venido. Aunque tuvieras razón y la culpa fuera nuestra, que no te entendemos, lo que sea, ¿a qué has venido?, ¿te vas a ir?, ¿te vas a quedar? Vas y vienes casi todos los días, no creo que nadie te haya dicho nada. Si crees que no te queremos, ¿por qué vienes? Y si no nos quieres tú, lo mismo, ¿por qué vienes?

—¡Ah, ahora estás diciendo la verdad! ¡Que yo sea tu padre no significa nada para ti! ¿Es eso lo que crees?

—Te aburrirías aquí. Cuando estabas te pasabas el día fuera. Francamente no entiendo por qué sales con todo esto ahora...

—A ti no se te ocurre, claro, que yo pueda desear conocer a mis hijos o vivir con ellos. Puede que tú no, pero Violeta, si yo quisiera, fíjate bien, se vendría conmigo, fíjate bien, si yo quisiera. No lo dudaría. Y eso que, pobrecilla, os quiere mucho a vosotras y a tu hermano. Pero si yo se lo pidiera se vendría conmigo, ¿sabes eso? Ahora tuerces el gesto porque te desagrada esta conversación, porque te desagrada sobre todo la verdad. Te desagrada que yo exista, lo mismo que a tu madre, que pueda yo querer que una hija mía esté conmigo. ¿Pues qué crees?, ¿que yo no tengo una casa, un sitio tan bonito como éste? Yo también tengo un sitio bonito. Y Violeta conocería mucha gente, gente

divertida, fascinante, no sólo gente rica, gente de gran sensibilidad, de gran nobleza de corazón. ¿Nunca te has parado a pensar que yo puedo tener una excelente reputación, una vida donde cabría tu hermana perfectamente? Yo la pondría de largo...

—Lo primero, Violeta no se iría. Eso lo primero. Y además tú no entiendes a Violeta. ¿Con quién vives? ¿Vives solo, o con quién vives?

Pensé que por fin iba a enterarme de cosas que no se hablaban en mi casa nunca. Quizá esto no lo pensé con esta claridad entonces. Y, sobre todo, es casi seguro que no lo expresé como lo expreso ahora. A los quince, sin embargo, era capaz de pensar cosas así. Seguro que mi padre tenía una mujer en cualquier parte. En Cuba o en Madrid, alguien pendiente de su ropa, con quien salir al teatro o a cenar, cualquier mujer con tal que fuese llamativa o guapa. No sabía cómo seguir, ni tenía entonces la habilidad de hacer preguntas para obtener información precisa. Así que dije a bulto:

—Si vives con una mujer que no sea mi madre, mi madre podría separarse de ti, si ella quisiera. Tú eres el que te has ido de esta casa. Nos has dejado tú. Haberte quedado. Si tanto nos querías, por qué no te quedaste.

—Eres obstinada, bonita. Agresiva y obstinada, peor que tu madre en eso. Yo estaba enamorado de tu madre. Creí que ella acabaría enamorándose de mí. No soy un miserable...

—¿Quién ha dicho que lo seas? Tú lo dices todo. Y además... ¿De qué querías hablar?

—¿Tú crees que yo estoy aquí de veraneo? Es eso lo que crees, ¿no?, que estoy aquí de veraneo.

—Ni lo creo ni lo dejo de creer. De verdad, no entiendo lo que quieres. ¿Estarás de veraneo, por qué no!

—¿Sabes qué es realmente repulsivo?, ¿lo desagradable que tenéis vosotras, sobre todo tú y tu madre, y también tu tía Lucía, ella también? Es posible que nunca nadie os haya dicho lo que tenéis de repulsivo: sois estériles, eso es lo repulsivo. No es que no me pudiera soportar tu madre porque fuera yo vulgar o porque seguía enamorada de Gabriel. No es eso. Lo que no podía soportar es que yo no fuera como ellas, estériles, un par de excéntricas inútiles. La que cría gallinas y dibuja y la que veranea en Reykjavík, dos locas que desprecian a todos los que no son como ellas. Yo no tengo tanta clase, no, ni tanto orgullo. No me lo tengo tan creído. Y fíjate, bonita, fíjate, que otro cualquiera esto lo llevaba a los tribunales y ganaba. Porque yo, si quisiera, hoy mismo, ahora mismo, me quedaba a vivir en esa casa, porque tu madre y yo seguimos siendo matrimonio a todos los efectos, y yo hasta ahora estuve en Cuba. ¿No es eso lo que habéis contado en San Román? Tuve negocios y ya los he dejado. Y ahora me he

venido aquí a vivir con mi mujer y mis hijos. Así que si quisiera podría obligar a tu madre a que se acostara conmigo si quisiera. Tengo ese derecho. A todos los efectos, entre tu madre y yo no ha pasado nada. Que yo tuviera la delicadeza de dejaros solos, eso fue una delicadeza que yo tuve. Pero no una obligación. Si ahora mismo entro en esa casa y me quedo ahí a vivir, ¿qué pasa si hago eso? Y si Violeta quiere, sólo con que Violeta no se oponga, irse de viaje con su padre, ¡ahora mismo!, si quisiera, si yo quisiera se vendría. Y encantada, además. Lo habéis tenido todo bien secreto. Era fácil decir en el colegio: «Mi padre está en Cuba y nunca viene.» Bueno, ahora he venido. ¿O es que crees que no me doy cuenta de lo que pasa en esta casa? Me doy cuenta muy bien. En esta casa mandáis vosotras dos, tu madre y tú, y tenéis a los demás al retortero. Aquí no queréis hombres porque sois estériles. Los mandáis a paseo como acabas de mandar tú a tus amigos. Y no me digas que es porque querías atenderme. Lo hubieras hecho igual si te hubiera dado el naípe de repente de no ir con ellos de paseo como habías quedado. Y vais las dos, fíjate bien, las dos, a dejar que os atropelle el tren que viene, porque viene un tren a toda marcha. ¿Sabes qué tren viene? Viene Violeta en ese tren del tiempo, hacia vosotras. Vosotras creéis que siempre será igual. Una niña guapita que obedece y que se calla. Creéis que querrá quedarse aquí, que va a dejar que le busquéis un novio, un chico manejable, a ser posible de extracción humilde o más humilde que la vuestra, para que suba el pienso de las gallinas y labre las patatas, alguien que no cuenta, a quien deslumbraréis con vuestros aires de grandes damas, de mujeres solas que se bastan a sí mismas. Pero Violeta es como yo, no como vosotras, Violeta ama la vida, ama los viajes, las gentes, otras gentes, otros sitios mucho más bonitos que éste, a Violeta se le ocurren cosas que nunca os ha contado. ¿Sabías eso? Dentro de nada Violeta será una chica extraordinariamente bella y querrá ver gente, querrá comprarse unos bonitos zapatos y un bonito bolso, y gastar dinero, y ser amada. Y entonces haréis por anularla tú y tu madre. Iréis haciéndola creer que desea cosas indignas de por sí y que todo lo que hay de digno y bueno está encerrado aquí en este sitio estúpido, pretencioso, guardado con llave por vosotras dos. Todo eso lo sabía yo de sobra sin que nadie me contara nada. Y este verano dije: Voy a ver si acerté o no. Y nada más veros me di cuenta que había acertado en todo, pero en todo. Pero os va a salir por la culata el tiro a lo mejor. Y si no os sale no será porque podáis vosotras impedirlo, sino porque yo no quiera disparar. ¿Sabes lo que me dijo ayer Violeta? «Sácame de aquí, papá», eso me dijo, «me ahogo aquí, no voy a crecer nunca, no me dejan ellas dos que crezca. Quieren que no crezca. No me lo han dicho pero eso es lo que quieren», eso me dijo. Tú sabes, porque tú eres lista, lo mucho que Violeta ha cambiado en poco tiempo, ha cambiado mucho, pero mucho, sólo charlando en ratos perdidos

con su padre, porque tú eres lista y te das cuenta. Más lista que tu madre quizá y mucho más intransigente, de eso estoy seguro. Tú no vas a dejar crecer a nadie, porque si crecen y se marchan ¿qué va a ser de ti, bonita? No tendrás con quién hablar. Y ¿sabes qué?, como todavía eres muy joven, en mucho de esto no habías pensado todavía, así de claro, no lo habías pensado todavía, sólo lo habías sentido. Tu instinto paralizador lo habías sentido sin llegar a expresarlo con palabras, y ahora que lo expreso yo por ti, lo reconoces y te has puesto pálida, muy pálida. No sabes qué hacer ni para destruirme a mí ni para echarme ni para sacar de tu cabeza lo que te acabo de decir, eso es lo malo, lo malo no soy yo. Daría igual otro cualquiera, lo malo son las cosas que yo digo. No sólo a Violeta, sino a ti también: porque a ti también te estoy haciendo ver que no soy, después de todo, un monstruo. No está todo el bien de parte de tu madre y todo el mal de parte mía. Hay mal y bien en las dos partes, y ahora qué, ¿eh?, ¿ahora qué? No se te va a olvidar lo que has oído. De eso estoy seguro. Puede que hables de esto con tu madre o con tu hermana o puede que no hables con ninguna de ellas, pero estoy seguro, absolutamente seguro, de que no lo olvidarás, ni una palabra. Sé que a partir de hoy me odiarás sin ninguna clase de reserva, porque yo te he dicho la verdad. Y no creas que yo soy ningún demonio, nada de eso. No soy la voz del mal que cuchichea en tu oído. Quizá te lo haya dicho, lo que he dicho, un tanto brutalmente, pero es cierto, casi todo es verdadero. No lo tomes a mal, que soy tu padre. Y en realidad te digo esto por tu bien, para que no me olvides.

Recuerdo que al final hablaba muy deprisa. Recuerdo que la sensación de violencia y la sensación de aceleración me afectaban a la vez: como si él tuviera que irse -de hecho se fue a los pocos días- y no quisiera irse sin habernos insultado: como si, al no poder expresar lo que quería sin desmadejarse y sin agredirnos, tuviera que hacer un esfuerzo extraño a su naturaleza indolente, y ese esfuerzo fuese acompañado del temor a no ser nunca más capaz de repetir aquello mismo: como si supiese que sólo a la edad que yo tenía entonces, y no con uno o dos años más, podía alguien hablar, delante de mí, de mi madre, con un desprecio semejante. Quizá su propia vehemencia le asustó. O quizá, al verme palidecer mientras le escuchaba, sacó del mismo miedo que sentía la energía necesaria para ser aún más brutal. Porque ésa fue la primera emoción discernible -ya que no definida- que yo tuve cuando dejó de hablar, dejándome sentada en el banco mientras él se encaminaba hacia el puente. Me sentí brutalmente agredida. No creo que si me hubiera pegado me hubiera sentido más desconcertada o le hubiera aborrecido más. Sólo sentía odio ante aquella brutal intromisión en nuestras cosas. Durante todo el día hasta la noche anduve dando vueltas inflando como un globo la menos importante de todas las cosas que habían ocurrido, el aborrecimiento que me causó oírlas. Incapaz de recordar

nada en concreto -mientras daba vueltas alrededor de mi casa, o, para no ser vista desde las ventanas de nuestra casa, por los senderillos de grava del parque de tía Lucía-, se me echó encima el anochecer estival con el estómago vacío y una angustia como una dura pelota de frontón en la boca del estómago, que hizo que cuando mi madre -que no se había inquietado al no verme a la hora del almuerzo, creyendo que había ido de excursión con Óscar y su pandilla- me vio la cara, según dijo después, desencajada, creyera que había ocurrido una desgracia.

—Peor que una desgracia -dije yo porque a aquella hora de la noche, hacia las ocho, mi sentido común se había desvanecido en manos de mi más retumbante capacidad de exagerar las cosas (y esto es algo que viene más de tía Lucía que de mi madre, cuya reserva o discreción incluía, espontáneamente, la capacidad opuesta: la de tomar las cosas, hasta las más terribles, con un cierto sentido del humor). Cuando por fin logró que me sentara frente a ella en la salita y le explicara lo ocurrido, cuando yo por fin logré expresar en la menos adecuada de las frases lo ocurrido (declaré que mi padre nos había insultado y que pensaba fugarse con Violeta) mi madre desfrunció el ceño y se echó a reír. Me dejó de una pieza: saltó con lo más inesperado:

—De manera que tu padre piensa que somos unas rancias, ¡vaya, vaya!

—Eso no es lo que piensa -dije yo-, piensa que tú y yo somos estériles y que tenemos a Violeta aquí encerrada. ¡Él sí que es estéril el imbécil!

—Lo que ha querido decir es que somos unas rancias. Y, bueno, hay que darle la razón que tiene: algo rancias sí que somos, ¡ea!, sobre todo tú, mi niña, a tus quince.

Lo de rancia nunca lo había oído. No pude preguntar que, rancias, que qué significaba. Mi madre se sirvió de esa palabra -sabiendo lo que para mí eran ya entonces las palabras- para cambiar de registro toda la emoción. Del sentirme insultada y del horror a que mi padre nos robara a Violeta, me hizo pasar mi madre dulcemente a otro estado emocional que, si no era del todo compasión -porque es difícil ser compasivo a los quince años-, sí era, por lo menos, sensatez. Mi madre dijo:

—En el fondo es todo culpa mía, por no hablar las cosas, que cada vez las hablo menos y eso es malo. Tu padre se fue de casa por mi culpa. Aunque también porque se aburría mucho aquí. Yo arrimé el ascua de su aburrimiento a mi sardina de no poderle soportar. Lo de hoy es menos chocante de lo que tú crees, y quizá es mejor que haya explotado ahora que más tarde. Ahora, diga lo que diga, ni Violeta se iría con él ni tú le odias. Es posible que Violeta haya dicho que se aburre o que le gustaría hacer un viaje bonito si él le habla de esas cosas. Es posible incluso que haya dicho que se siente aquí encerrada, porque

Violeta es muy de protestar. Violeta es muy guerrera. Por eso es tan guapísima, por lo teatrera que es, que se cambia las luces ella misma que la iluminan como focos cuando habla, o cuando escucha. Cuando sea algo mayor, ya verás las que nos arma. Pero a lo que tu padre iba, contra quien iba, es, sin atreverse, directamente contra mí, y eso lo tengo merecido. Yo no dije que no volviera nunca, decir dije muy poco. Él fue quien no volvió, haciendo así lo que yo quería que hiciese, sin necesidad de oírmelo decir. Es verdad que no es un monstruo. Yo no le quería, eso es lo único. Ya te lo he contado muchas veces. Me casé en un momento de debilidad. Y una vez casada no podía soportarle en casa. No creo que él estuviera tan enamorado de mí como ahora dice. Pero, en vista de lo que hoy te ha dicho, debí de herir su amor propio, al rechazarle una vez casados, mucho más de lo que yo creía. Y también es posible que al vernos viviendo aquí tan tranquilas, como si él no existiese ni nos hiciese nunca falta, la vieja herida se reavivara. Era imposible que me dijera a mí lo que te ha dicho a ti. Porque yo le hubiera dicho: «Pero hombre, ¿no quedamos que era mejor que hiciese su vida cada cual por separado?» Y hubiera tenido que reconocer que sí, que eso fue lo que convinimos, y que entre nosotros no habría nunca exigencias, ni tampoco enemistad. Como es natural, él no tenía que pasarnos ninguna pensión, porque con lo mío era de sobra, por lo menos por ahora. Él tiene sus intereses, sus negocios, su vida en otra parte. Y no es verosímil que nos eche mucho en falta: hasta este verano no ha sentido que le falte algo que debía de tener. Cuando se fue vosotras erais muy pequeñas. Comparada con la guerra, la paz era una pesadez. La guerra a tu padre le entretuvo, aquel estar a bien con unos y con otros. Puso su diplomacia natural, su astucia, en juego, hizo lo que le dio la gana. Y los unos y los otros, los rojos, los nacionales, los falangistas, los franquistas, todo el mundo, creían que estaba de su parte. Luego empezó a vivir aquí, y vio abrirse, como un bostezo inmenso, un porvenir sin porvenir, sin entretenimientos, estéril, como él dice. Para vivir aquí como vivimos nosotras, no se puede si no se es muy joven, o si uno no está muy enamorado o muy concentrado en algo real y verdadero. Tu padre se aburría y yo no podía soportarle. No sé qué le ha animado a venir este verano. Ha debido de ser una experiencia complicada, alteradora para un hombre como él, ver confirmada la futilidad de su existencia en relación con la nuestra. Ha debido parecerle que nuestra vida es completa con independencia de que él exista o no. Ha debido sentir que su existencia nos es indiferente.

—¡Pues lo es! -yo dije-, por mí como si coge y se tira a la vía del tren. Me da lo mismo.

—Ha debido de dolerle mucho -dijo mi madre pensativa. Aquí fue donde cambió mi madre una vez más el tono o el sentimiento global, la animación.

Ahora dijo preocupada-: Lo que acabas de decir, eso es lo malo. Porque no es justo que sientas eso por tu padre y además la verdad es que no lo sientes. Yo te conozco a ti muy bien y sé que no lo sientes. Pero lo has dicho porque en el fondo te das cuenta que a mí me da igual lo que a él le pase. Rara vez me acuerdo de él. Me es indiferente. Y eso quizá es lógico en mi caso, pero no estoy tan segura ahora como estuve entonces de que no haga falta un padre en casa.

A la mañana siguiente me desperté más tarde que Violeta. Lo había olvidado todo: lo que mi padre dijo y si fue o no brutal conmigo. Recordaba que, al final, a las dos, a mi madre y a mí, se nos olvidó lo de mi padre, porque, a consecuencia de lo que acabábamos de hablar, le entró a mi madre la murria pedagógica: que nos estaba educando peor que mal y que íbamos a ir, dentro de nada, de mazo en calabazo sus dos hijas, hasta acabar poco menos que en la calle, vivir las dos por culpa suya una horrible vida airada. Pero yo ya era mayor y sé que lo mejor en esos casos es echarle hilo a la cometa y luego preguntar una bobada, como aquella noche le pregunté que si creía que por culpa suya íbamos a acabar Violeta y yo saliendo a cenar con un señor casado, como la chica del diecisiete de la plazuela del Tribulete, o cómo. Cuando yo me acosté Violeta estaba ya dormida.

Me desperté como el primer día de vacaciones, y el sol resplandecía en un cielo algo nublado. Me asomé a la ventana en camión, y justo enfrente pasaba el trasatlántico, que acababa ya de entrar por la canal a fondear frente a Letona capital. Y dio los cuatro bocinazos reglamentarios de la entrada a puerto, y las cuatro chimeneas inclinadas, con la banda azul de la naviera, dejaban escapar el lento humo leve del final de travesía, inclinadas hacia popa en el recuadro sustancial de la ventana de nuestro dormitorio, de par en par abierta. Un cuadro al óleo de un trasatlántico en un mar crespado azul y blanco, que fondea frente a una ciudad esfumada y dorada, colgado en el pasillo de un museo que sólo yo voy a mirar algunos sábados por las tardes. Era como si no quedase nada más que, afuera, frente a mí, el gran buque de vapor y el mar con la coherencia prodigiosa y con la integridad de una obra, una pintura resplandeciente y perfecta cuya autoridad nos tranquiliza y nos integra, una vez olvidados de nosotros mismos. Ya no me acordaba de mi padre: sólo me acordaba de lo bien que acabamos mi madre y yo charlando la pasada noche. Y sólo me acordaba del gozo de ser especial a ojos de mi madre, la hija en quien tenía más confianza, como si una tropa de positividades desfilara velozmente ante mí impidiéndome recordar lo que mi padre dijo: un desfile victorioso para celebrar una victoria donde vencíamos todos nosotros. Una victoria sin vencidos.

Con los años he aprendido a desconfiar de estas euforias que me poseen

invariablemente cuando la vida se me pone más difícil, como una aclamación que una exaltada parte de mí misma profiere a otra parte siempre dubitante y desconfiada. En aquella ocasión todavía la resaca no tenía esa tenacidad que con los años cobran los acontecimientos cuando ya han pasado y nos aterran en su inevitabilidad, que puede ser inclusive la inevitabilidad de la dicha, porque la dicha nos parece aterradora sólo porque nos ha tocado en suerte precisamente a nosotros.

Bajé a desayunar. El rebrillo del mar me poseía, convirtiendo en absoluto aquel simple instante de mi vida. Posesa de una alegría que parecía irreprimible, contemplé a mi madre, a Violeta, a Fernandito, a Fräulein Hannah y a Rufus, que aún seguían sentados a la mesa de lo que llama tía Lucía la *morning room*, el mismo comedor contiguo a la cocina, donde Tom Bilffinger se había instalado el día del séptimo cumpleaños de Fernandito. Aquella escena, tan familiar, de toda mi familia (desde mi asiento veía, a través de la ventana, la pared jalbegada de la parte de atrás del gallinero, y los cuatro postes de un sólido tendal que instaló mi madre con sus propias manos), sirvió para que coordinara la aceleración exagerada de mi conciencia con el tiempo más lento de mi familia, esa semibeatífica lentificación de después del desayuno. Al hacer el esfuerzo de sincronizar sus velocidades con la mía, recobré la sensatez que, ni siquiera en aquellos años, me abandonaba nunca demasiado tiempo: entonces me di cuenta de que Violeta me miraba fijamente con una expresión no sé si más seria, pero desde luego menos risueña o menos tranquila de lo habitual en ella. Violeta tenía entonces casi trece años. De pronto, tras tomar los primeros sorbos de café y probar mi pan con mantequilla, recobrado el sentido de la realidad, me pareció que había en su sonrisa -porque sin duda había en su rostro, todavía de niña, esa prodigiosa ondulación que es la sonrisa antes de llegar a ser del todo una sonrisa y que puede contener en ocasiones una gran melancolía- un punto de reproche, un punto de amargura. Me pareció mayor de pronto, de mi edad. De pronto vi a Violeta tal y como había relampagueado su imagen en las palabras insidiosas de mi padre: era la misma, pero no estaba del todo ya conmigo: sus dulces ojos castaños se entrecerraban velando un secreto diminuto, tanto más secreto cuanto más pequeño y, posiblemente, más trivial. Era como si de pronto mi hermana hubiera puesto encima de su pupitre, en nuestro cuarto de estudiar, arriba, un plumier cerrado, y me hubiese dicho: «No hay nada dentro, pero no lo abras.» Era verdad que no había nada dentro. No era por lo menos inverosímil para alguien que conocía a Violeta tan bien como yo la conocía que, efectivamente, dentro de su plumier no hubiese nada. La única novedad, impronunciada pero presente en su sonrisa, o en sus ojos, o en todo su semblante a la vez, era el ruego de que no lo abriese. Me sentí agredida por mi padre ahora, ante aquella

mínima reserva de mi hermana, que sólo a él podía deberse y que, en una vida tan continuamente compartida y disfrutada y abierta como la nuestra de aquellos años, tenía la brusquedad, la ensordecedora incomprensibilidad de un gigantesco salto de agua.

Fernandito y Fräulein Hannah tenían aquella mañana uno de sus estrictos programas de mañana de verano: es imposible no sonreír ahora al recordar aquella larga procesión compuesta únicamente por dos personas -una de ellas, una prusiana alta y grande, de pelo gris recogido en un moño resultante de hacer girar en torno al centro una trenza trenzada previamente, y sujeto todo ello para la eternidad entera por una única horquilla sin adornos-. En verano llevaba Fräulein Hannah siempre una bata de mahón azul marino, con una gran falda que llegaba hasta la media pierna y cuyo apresto confería, al caminar Fräulein Hannah, un lento eco de gran entrada händeliana. Fräulein Hannah nunca miraba atrás y nunca se detenía desde su casa a su punto de destino ya en la playa. Llevaba un cestito de paja con la labor, una sombrilla anaranjada y desteñida de palo abatible, con una punta de hierro para clavarla profundamente en la playa, y una gran toalla blanca bajo el brazo para secar a Fernandito, y Fernandito iba detrás o alternativamente a la derecha o a la izquierda de Fräulein Hannah, con su gorrita blanca que aborrecía casi tanto como que Fräulein Hannah le llevara de la mano. Solía llevar también un esquileo y un cubo y una pala y el traje de baño puesto debajo del pantalón de mil rayas y la camisica para no perder tiempo desvistiéndose al llegar. Parecía imposible que sólo fueran dos personas y que, al verles cruzar solemnemente el puente en dirección a San Román, dieran la impresión de ser casi un desfile.

La mañana de verano, sentadas Violeta y yo, frente a frente en el *office*, oyendo a mi madre y a Manuela aquel conversar discontinuo acerca del guiso que estaba en el fogón, o, cómo con la carne que quedó del día anterior picada harían croquetas para la noche, quería que Violeta empezase a hablar, no quería empezar yo. Si -como de costumbre- yo empezaba, Violeta se dejaría ir por el resbaladero de mi voluntad sólo en parte enganchada, y me ocultaría -si empezaba yo- lo que yo quería que ella misma me dijera, fuese lo que fuese. Por eso me contuve como si fuese un mal pronto que procuraba no expresar, contando lentamente hasta veinte o veinticinco o treinta, hasta estar segura de que lo más brusco del mal humor se había pasado. En esa situación, y con un temperamento impulsivo como el mío, dejar pasar diez o quince segundos es dejar irse la vida o poco menos. Estaba ya a punto de soltar un «¿Estás sorda, Violeta?», pero Violeta dijo:

—Igual papá no vuelve más.

Yo enfaticé todo lo enérgicamente que pude, con un:

—¡Ah, ya, papá! ¿Por qué no va a volver? Todas las mañanas sube un rato.

Me di cuenta al decir «papá», con ese énfasis con que intercalamos en una conversación palabras desacostumbradas o extranjeras, de que casi no habíamos usado esa expresión al hablar de él aquel verano. Y me di cuenta también de que habíamos hablado de todo lo demás mucho menos que otras veces. Era curioso cómo, sin llegar del todo a usar para referirnos a mi padre la tercera persona singular, él, que hubiera sido aún más extraño que «papá», las dos nos servíamos de un plural que hubiera sido mayestático y ridículo de no haber sido tan evidentemente un recurso para mencionar, sin mencionar, a la persona con quien habíamos estado.

—Puede que hoy no suba, ayer creí que iba a quedarse a comer como otras veces, pero se marchó enfadado después de reñirte a ti bastante tiempo.

—No me reñía -dije yo, sorprendida por la observación de Violeta y también inquieta por descubrir que Violeta había observado nuestra conversación-, ¿cómo sabes tú que me reñía?, ¿tú dónde estabas?

—Yo estaba sentada en la terraza de delante y os veía a los dos sentados en el banco del mirador hablar. Como quedabais un poco más abajo, no me visteis, por eso dije: «¡schhh!, ¡schhh!» varias veces. Me extrañó que hablase tanto de seguido, como mamá cuando nos riñe.

—Pues no me reñía.

—Pues si no te reñía... ¿de qué hablabais?

—¿De qué vamos a hablar? De lo que se habla, de eso hablábamos, de lo que se habla casi siempre.

—Casi siempre sí. Excepto alguna vez que no. Por ejemplo ayer mañana, vosotros dos.

—No sé de qué te extrañas tanto tú, Violeta, contigo también ha estado hablando mucho.

—Pero conmigo no se enfada ni habla tan seguido. Hablo más yo -dijo Violeta.

—Si quieres te digo de qué hablábamos, o sea él, si quieres te digo lo que dijo, no es ningún secreto.

—Me da igual... de qué hablabais, ¡a ver!

—Pues mira, de ti. De eso hablábamos. Él dice que le has dicho que estás harta de esta casa, y que te quieres ir con él a recorrer el mundo. Eso decía que le has estado tú diciendo.

—Pues como es mentira, que no le he estado eso diciendo, lo que no sé es tú de qué lo sacas.

—No lo saco yo, lo sacó él. Él dijo que tú decías que te aburrías aquí

metida con Fernandito, con mamá y conmigo todo el año. Y yo le dije que, desde luego, que mucho me extrañaba a mí que tú lo hubieses eso dicho. Me extraña pero que mucho, eso le dije.

Violeta dijo:

—Es que eso no lo he dicho.

—Pues entonces eso es él, que miente más que habla, cosa que no me extraña lo más mínimo.

—A lo mejor lo dijo como quien por ejemplo coge y dice una indirecta, para que vieras tú lo que me quiere él y yo a él.

—Pues eso desde luego no lo vi. Y si eso es lo que quiso que yo viera, lo que se equivocó es de medio a medio, me parece. Porque ni creo, lo primero, que él te quiera a ti como te quiero por ejemplo yo. Pero es que ni la quinta parte, ni la décima parte, fíjate. Y lo segundo, que tú a él no es que no le quieras ni le quieras. Es que le quieres como a todo el mundo. Excepto Fernandito, mamá y yo, a nosotros nos quieres más que a nadie, y a todos los demás, más o menos, los quieres por igual, o sea, no mucho.

—Pues que sepas que me ha dicho la madre María En-gracia, ayer que me diga, el día que fui, que fue a principio de semana, el lunes fue, que una hija a un padre que le quiera es lógico. «Lo natural es que le quieras», dijo, porque, caso de que no, dice la madre María Engracia (y si quieres bajas tú y se lo preguntas), que a mi padre es natural que yo le quiera, y que una hija que a su padre no le quiere, más vale que no vaya a comulgar porque peca contra el cuarto mandamiento. Y yo le dije: «Pues, madre María Engracia, eso no es, porque a mi padre no lo conocí hasta hace un mes.» Y la madre María Engracia dijo: «¡Alabado sea el Santísimo Sacramento del Altar, qué cosas dices, niña! Eso me lo vas a ir a contar al director espiritual. A ver don Luis la penitencia que te pone.» Y yo dije: «Pues me da igual la penitencia que me ponga, como si es todo el rosario entero.» «¡Pero si es que no es eso!», dijo la madre María Engracia (que cuando ve que no pasa por un sitio coge y entra por el otro, que así es). Dijo que era imposible por completo, aunque no le hubiese visto más que un mes, únicamente el pasado mes de julio y unos pocos días más o menos («unos veinte de este mes en que ahora estamos», yo le dije). «Lo único», la madre dijo, «eso es lo único que me choca, lo que dices de que en tu casa no se le haya mencionado tan siquiera, eso me extraña. Me estás diciendo una mentira.» Y yo le dije: «Pues si quiere se lo juro, me da igual.» Y con las mismas cogí y dije: «Juro que no hablamos de mi padre jamás nunca hasta el pasado mes de julio y lo que llevamos de este mes. Y juro que en este mes y medio incluso ahora, de él, lo que no hacemos es hablar apenas. Igual es porque como ahora ya le vemos, no hace falta que lo hablemos o no sé.» Y la madre María Engracia, con la mano

blanca derecha, que la tenía dentro de la manga intercalada en la otra mano, la que tiene con anillos de sus esponsales con Dios Nuestro Señor, de repente la sacó y dio en el brazo de su silla un manotazo que retumbó en la sala de visitas, menos mal que no había nadie. Eso fue lo que pasó y me da igual que no me creas, y si me crees, entonces lo que la madre dijo, ¿eso a ver, qué?...

Recuerdo que la carita compungida de Violeta iba cambiando de colores acuarelas como los escenarios del guiñol se suceden uno y otro y otro, siempre el jardín igual y la torre y el palacio, pero cambiando un poco los colores según van pasando a la carrera hora tras hora hasta el anaranjado del atardecer y luego azul oscuro, que es el cielo con la luna y las estrellas. Así Violeta fue cambiando, sin cambiar apenas ella misma de color, según hablaba, y reposando como los colores al atardecer se van posando al irse, la naranja anaranjada del sol, que se va metiendo poco a poco y ahí se apoyan todos los colores, en la luz del sol que es la imagen del amor, cosa que empezamos a pensar Violeta y yo de niñas y yo lo creo todavía, cada vez que veo la anaranjada naranja del astro rey, pienso en la gran luz del poderoso amor por todo el cielo de nuestras tenues vidas, desde que empiezan hasta que terminan, como esta historia terminará, como yo terminaré, como lo que cuento ahora se acabó y cerró y ahora lo reabro, así Violeta lució y relució hasta llegar a la última frase que dijo aquella mañana:

—Dijo la madre María Engracia que, quererle, por fuerza tenía que quererle. O si no que pecaría mortalmente además de contra natura contra Dios. Dijo que sería un contradiós. Y contra los valores de la familia y de la patria, es lo que dijo. Que si yo a mi padre, una vez teniéndole ya en casa, cogía y después no le quería, que pecaría mortalmente. Y yo le dije: «Pues le quiero, así que, pecar, no creo yo que haya pecado ni siquiera venialmente.» Y la madre dijo: «Bueno, pues si es así, pues entonces no tienes que ir a confesar, pero lo principal es que le quieras y que escuches tu corazón lo que te dice, espontáneamente. Y como tú eres una niña buena, aunque muy estudiosa no es que seas, pero buena sí, oigas lo que oigas, lo diga quien lo diga, da lo mismo. A tu padre le querrás por ser tu padre.» Le besé la mano y salí, que te acordarás que quedamos tú con Óscar y los otros a la puerta del colegio a esperarme a que saliera, y luego nos quedamos por el pueblo hasta la hora de cenar, que te acordarás que acababan ya de dar las diez cuando entrábamos en casa y mamá y Fräulein Hannah nos estaban esperando ya en la puerta, porque no eran horas: y a Fräulein Hannah todo se le volvía decir: «*Was für eine Uhr für die Kleine Mädchen!*» Porque machacona es machacona, Dios bendito.

Violeta hablaba y yo la oía a la vez que oía a mi madre hablando con Manuela y en la sartén freírse un diente de ajo. Oía la voz crecientemente infantil de Violeta, enmarcada en el cacareo de media mañana de las gallinas

ponedoras y del gallo. Recuerdo que un par de veces por lo menos, entró mi madre y preguntó, según pasaba: «Qué hacéis que no salís, con la mañana que hace hoy para salir.» Pero no insistió. Y nosotras seguimos hablando toda la mañana. La conclusión que yo saqué era que Violeta, sirviéndose de su conversación con la madre María Engracia, para disimular un poco sus auténticos sentimientos, nos reprochaba a mi madre y a mí el haber dado a mi padre tan poca importancia cuando estaba ausente y sólo prestarle una cortés atención aquel verano. Y es que Violeta había xdescubierto algo que yo sabía de sobra y que me negaba a traducir a sentimientos apropiados: mi padre era un hombre encantador a quien ni mi madre ni yo hacíamos caso por motivos que - decidí yo de pronto- ni siquiera a mí misma me constaban. ¿Por qué me disgustaba tanto la presencia de mi padre?

Mi padre, efectivamente, como Violeta temía, no reapareció por nuestra casa y supimos, por Manuela, que había dejado su habitación en el Hotel Atlántico en San Román y que había emprendido viaje hacia Madrid sin detenerse siquiera en Pedraja en la casa de sus padres, donde aún vivía su hermana mayor, Teresa, que se ocupaba de la propiedad familiar.

La conversación con Violeta me había desconcertado mucho más profundamente que la agresividad de mi padre. Casi de inmediato, una vez que le conté a mi madre lo que mi padre decía de nosotras, pude situar a mi padre, con ayuda de la sensatez materna, en una perspectiva, si no justa, por lo menos no unilateral. En esta perspectiva, mi enfurecimiento -lo que consideré odio en un principio- perdía casi toda su importancia. De no haber existido Violeta, la figura paterna hubiera recobrado, al irse, la palidez que siempre tuvo. Pero Violeta existía, y eso significaba que crecía, y que sus sentimientos, a los trece años, eran parte esencial en nuestros sentimientos, el sentimiento con que toda la casa, todos nosotros, nos sentíamos vivir. Así, no podía yo sentirme a gusto con mis propios sentimientos por mi padre si los de Violeta eran tan diferentes de los míos como parecía por lo que contó, intercalando para contarlo a la madre María Engracia, un recurso característico de lo tímida que Violeta era y de la intransigente hermana mayor que debía yo de resultar entonces. Que tuviéramos que sentir todos lo mismo era una de mis convicciones juveniles más absurdas pero más profundas. Con ocasión de aquella divergencia sentimental (que quedó, por cierto, inexpresada o trasladada a la obligación de querer a nuestro padre, como decía la madre María Engracia), descubrí el temor que yo tenía a que nuestras vidas no pudieran continuar hasta la muerte tal y como habían sido hasta entonces. Comprendí hasta qué punto mi padre no andaba desencaminado al censurar nuestra intención -en realidad sólo mía- de mantener siempre a

Violeta clausurada en el círculo de nuestros gustos y sentimientos. Comprendí, con desesperación, que no me sería fácil cambiar de sentimientos incluso suponiendo que aceptara que no tenían por qué los sentimientos de Violeta y míos coincidir del todo en todo.

Tan pronto como supe la noticia de la marcha de mi padre, conté a mi madre la conversación que habíamos tenido Violeta y yo. Ésta, por su parte, no había mencionado nada a mi madre, ni siquiera en términos casuales. Mi madre no parecía preocupada por los sentimientos de Violeta, sino, una vez más, por la culpa o la responsabilidad que, por su sistemática omisión de mi padre, podía corresponderle a ella. Mi madre habló mucho menos esta vez, y sin embargo yo tuve la impresión de que lo que ella llamaba «mi responsabilidad en esto» era un modo de expresar no tanto una inquietud por sí misma como por Violeta, y por mí aunque en menor grado, y no tanto ahora como en el futuro. De alguna manera, la pregunta que mi madre se hizo entonces o yo hice, o quizá las dos más tarde nos hicimos, era: ¿Hasta qué punto puede la falta de vuestro padre, que nunca hemos vivido como tal falta, afectar a una chiquilla como Violeta, que descubre a su padre, y descubre que le quiere, a los trece años, si no vuelve a verle nunca más?

El asunto era que -como yo confirmé horrorizada días más tarde- mi padre adquirió automáticamente, en la sensibilidad de Violeta, el papel romántico de un novio imposible. A la fascinante aparición de mi padre, siguió, a ojos de Violeta, su desaparición como una fatalidad inexorable. El hecho de que no pudiera remediarse aquella ausencia no impedía que la figura de aquel hombre regresara una y otra vez en forma de ensoñaciones o recuerdos, no por fragmentados o por inexpresados verbalmente, menos vivos.

Llovía. En el parte de Radio Nacional anunciaron un otoño de borrascas, cuando en todo el interior de la provincia, y sobre todo a lo largo de la costa, no amainaba el temporal desde los primeros días de septiembre. Hubo que encender quince días antes que otros años la chimenea grande y la de la salita de mi madre, y las estufas de los cuartos nuestros a partir de las seis de la tarde dejarlas encendidas, para caldear siquiera un poco los cuartos de dormir y quitar lo mayor de la humedad, que rezumaba en las paredes que daban a la calle. Y no cerraban las contraventanas bien, reseca del verano y empapadas de pronto hasta los tuétanos, que encajaban mal y crujían como las cubiertas de los barcos, los deformados pataches carboneros que hacían el cabotaje en nuestra niñez todavía y fondeaban en la rada nuestra. El vendaval, que tenía sus horas de arreciar y de amainar, como el humor de tía Lucía, zarandeaba los cuartos de arriba y los aleros y las buhardillas y hasta el firme paso de Fräulein Hannah,

que cuando se ponía el tiempo así calzaba sólo botas de montaña o zuecos, para andar por el jardín, lo mismo que Manuela. Aquel par de zuecos de las dos y nuestros tres pares de katiuskas se dejaban al entrar por la puerta de atrás en un vestíbulo pequeño de entrada a la cocina, con otra puerta a la izquierda, una puerta alta, con montante de cristal, que daba a la despensa grande donde mi madre colgaba los chorizos y las morcillas, y las legumbres, la harina, el azúcar, además del jabón verde y las velas, lo esencial para resistir sin salir un mes entero y hasta un invierno entero si, como Fernandito aseguraba, arrancaba el puente la marea y nos convertíamos de verdad en isla, o la flota inglesa, con sus maniobreras embarcaciones de la piratería, nos sitiaba, y el comandante de marina de San Román colgaba ahorcado de la torre de la iglesia con todos los marineros de la comandancia, y la Guardia Civil no podía socorrernos, sitiada en la casa cuartel defendiéndose sólo con mosquetones y pistolas del cañoneo incesante de los destructores grises y salvajes de su Graciosa Majestad Británica. Era, por consiguiente, deliciosa aquella cerrazón meteorológica que exaltaba los colores del otoño, acumulándolos, al atardecer, cada día más corto, contra el cardenillo y contra el cobre y contra el gris del fondo, azuleándose lo poco rojo, lo poco anaranjado que quedaba del sol entre el color violeta de los nubarrones, que presagiaban más lluvia y cada día menos luz que el día anterior, para el próximo día, si Dios quiere, que quizá se pusiese tan mal todo el asunto y la velocidad del huracán incrementase tanto que fuese peligroso asomarse, casi, a una ventana. Y por supuesto recorrer los tres kilómetros que había entre nuestra casa y el colegio: el otoño traía toda clase de indulgencias, como estudiar con guantes para evitar los sabañones, de tal suerte que los lápices se resbalaban y rodaban, y la luz se iba con frecuencia, porque el tendido eléctrico era sólo un cable grueso recubierto de una goma aislante por ser de alta tensión. Y naturalmente, a falta de raíces, los postes grises aguantaban la ferocidad del huracán peor todavía que los árboles desmelenados. Era regocijante el gran invierno que arrancaba las melancolías otoñales como hierba mala y que volvía todo elemental como un dibujo de arboledas y de puertos y de barcos hecho con tinta china sobre papel amarillento, como un grabado cuya belleza, anterior a la informativa precisión de las fotografías, recordaba las melodías entonadas por sólo un instrumentista, la oscuridad de las canciones invernales cantadas por una sola voz, una soprano.

Era el tiempo de decir mi madre: «Lucía está al llegar.» El tiempo de aprovechar nosotras dos sábado y domingo para ir con todas las escobas y los recogedores y los cubos y los trapos de polvo y la escalera a preparar la casa a tía Lucía, quitar las fundas recubiertas de maravilloso polvo tenue en las frías estancias de la casa aquella, tan absurda, perpetuamente entre dos luces, incluso

a mediodía. Recuerdo que aquel año, sin embargo, la inminente reaparición de tía Lucía no contenía sólo, para mí, el encanto de oír relatos nuevos, nuevas o antiguas -casi daba lo mismo- anécdotas de Tom Bilffinger, o los viajes que hacían ellos dos, historias de expediciones a Estocolmo, donde empezaba a nevar a principios de septiembre y relucían dorados, entre la niebla, bloques elegantísimos de casas, únicamente de tres o cuatro pisos, entre las campanadas de los campanarios puntiagudos de las parroquias luteranas y los primeros aguafuertes con fondo color sepia de sus larguísimos inviernos. Tía Lucía arrastraba consigo la fabulosidad de todos aquellos lugares y estaciones sin realmente darse cuenta, evocándolo todo ello al hablar de casi cualquier cosa. Todo ese gran tapiz de los relatos y de los personajes que tía Lucía parecía transportar consigo, como un aura profunda, un fondo inmaterial, regocijante y al mismo tiempo misterioso, no era lo único que aquel año deseaba yo con vehemencia. Deseaba también que el alegre vigor, un tanto turulato, de la presencia de tía Lucía yendo y viniendo de nuestra casa a su casa, cerrase el sumidero, a la vez camuflado y visible a simple vista, que la reciente aparición y desaparición de mi padre había dejado en la conciencia de Violeta.

A decir verdad, a mediados de septiembre pensaba en la llegada de tía Lucía como se piensa y se calcula y se vive pendiente de un acontecimiento salvador. Parecía que tardaba más el año aquel, porque se cerró a llover tan a principios de septiembre, oscureciéndose el paisaje como un bosque, las copas de cuyos árboles se abren tanto a la luz del sol, que dejan abajo un inquietante soto-bosque que nos llega a Violeta y a mí casi hasta los hombros, y donde a la vez palidecen y verdean los copiosos helechos y las desequilibradas zarzas abombadas y las ortigas brillantísimas, dotadas de papilas gustativas. Tenía miedo. Con el mal tiempo empezó a entrarme cada vez más miedo. Cada vez más aprensión. No obstante no haber ninguna novedad y referirse Violeta a lo de mi padre únicamente en diminutas conversaciones como cepos -por supuesto indeliberados-, que dulcemente me contradecían sólo con que Violeta se limitase a sacar las consecuencias de mi entusiasmo -un tanto dogmatizante aquellos años- por nuestra manera de vivir, nuestra casa, nuestras cosas.

Aquel otoño, los dos grandes acontecimientos del otoño, que eran volver al colegio y volver tía Lucía a su torreón, se acomodaron a las borrascas y más quizá que a las borrascas, a la lluvia, la tumultuosa lluvia retumbante y doliente y romántica, que durante largas horas, durante el día o durante la noche, disputaba al mar la omnipresencia. Porque la lluvia lograba hacerse oír dentro de casa como el mar nunca logró hacerse oír. Fuera de casa tenía el mar un color mate, desleído, que iba del perla sucio del amanecer a cierto dubitativo azulear morado, como el color de las lombardas. La lluvia empezaba al despertarnos,

despertándonos, ya antes de saltar las dos a la vez, arrecidas de frío, de las camas. Una vez que el interminable bailoteo del despertador en el mármol de la mesita de noche cesaba, volvía la lluvia como un recordatorio de los edredones de colores y las novelas de Julio Verne. Pero recuerdo todo esto como un dilatado antes de ahora -aquel ahora de entonces- que se definía por la fugaz visita de mi padre y su efecto en Violeta. Así (esto fue, con toda seguridad, antes de que regresase tía Lucía) una tarde de domingo que Violeta dijo:

—También allí seguramente lloverá tanto como aquí.

Y yo pregunté:

—¿Dónde dices que lloverá, Violeta?

Y Violeta dijo:

—No sé dónde. A lo mejor donde viva.

Ahora ya estaba yo incluso más alerta de lo preciso, pero fingía no estarlo, porque me angustiaba todo aquello, como una angustia que no era punzante, como, según dicen, angustian los presentimientos o las sospechas infundadas.

—¿A quién te refieres?

Dijo que la temperatura casi nunca bajaba ni en pleno invierno de los dieciocho y casi en ninguna casa había estufas o calefacciones, eso menos todavía, chimeneas no sabían lo que era los de allí, en cambio puede que lloviese como llueve aquí, no sé.

—¡Qué va, qué va a llover! Allí lo que caen son trombas de agua que se desploman todas a la vez, como si fueran cubos de agua, como si se tirara un millón de cubos desde un quinto, todos a la vez. Luego para, y todos tan contentos, sólo se oye el sorbetón en la arena del Caribe, completamente transparente en los kilómetros y kilómetros que habrá de playa, lo que viven es mejor que quieren. ¡Nunca llueve como aquí!

—Pero cuando por ejemplo hay un tornado, ¿entonces qué? Me figuro que sabrás las olas que levantan los tornados, que las hay de hasta veinte y treinta metros. ¿Eso qué? Puede que dure una hora sólo. Sólo que te quedaste sin casa y sin jardín y se te ahogaron todas las gallinas y los gatos todos, todo se te ahogó. ¿Eso qué?

—Me da igual -declaré yo, decidida a destruir, de cualquier imagen propuesta por Violeta, toda posibilidad hechizante: erradicar de las imágenes hasta la más leve brizna de belleza. Esta decisión, que recuerdo haber tomado por aquellos días, aunque aplicable sólo en casos que, como aquél, fuesen definitivamente excepcionales, era tan contraproducente que sólo una conciencia tan terca y tan sentimental como la mía, tan prelógica, podía haber tomado-. Me da igual un tornado que un tifón, porque precisamente gallinas allí no hay, y lo que lo dejan es todo hecho papilla, además hay muchísima pobreza, casi hasta se

prefiere que se lleve la tromba de agua las chabolas mar adentro que tenerles ahí, malcomiendo sólo a base del banano y un arroz cocido, blanco, sin rehogar, como los chinos. No creo, Violeta, que eso te gustase, y luego hay lepra. No sé si hablamos de los mismos sitios. Donde yo digo hay lepra por lo menos. No pongas esa cara lo primero, si no me crees pregúntale a la madre María Engracia lo que es la lepra en esos sitios, que se extiende sola, con pintita de saliva ya se contagió el padre Damián, así se contagió. Claro que las personas con dinero a los leprosos ni los ven, la hez, ellos en la terracita soleada, en la veranda es donde están, hecha de maderas y de hierros, como son, forjados, que igual los han mandado traer de España y lo que cuestan. Tomándose bebidas refrescantes mientras ven la trepadora, que les resguarda del sol enteramente, y las orquídeas salen solas, como cualquier flor de aquí, los mismos lirios, los claveles chinos, que los plantas y te agarran, pues allí orquídeas, que te dará idea que viven derrochando, que derrochan. A nosotros eso no nos gusta, ¡no nos gusta, Violeta! A ti menos que a nadie, buena eres, como una fiera te pondrías, hecha una fiera te pondrías si lo vieras. Así que al que le guste allí vivir, algo le debe de pasar que no nos gusta. Como nosotras desde luego no es que sean.

Y Violeta musitaba:

—A lo mejor, mejor no ser como nosotras.

Entonces yo había ganado aunque con trampa, porque bastaba con decir: ¿Cómo que es mejor no ser como nosotras? Di tú cómo crees que es mejor ser, a ver, dilo.

Y Violeta tendría que reconocer que eso no sabría decirlo, aunque sólo fuera porque yo empleaba el más siniestro de los argumentos, el de la edad. Yo era la mayor y sabía mejor todo. Gracias a Dios, así no siguió siendo, pero entonces era así, sin que yo, ni siquiera yo, que tan pendiente estaba de no errar y que tan continuamente preocupada estaba por atinar y por querer como debía a mis hermanos, me diera cuenta de mi desatino: ni siquiera de mi cerrazón me daba cuenta. Me daba cuenta sin embargo de que el hecho de ser yo la mayor de tres hermanos no me confería a los quince años, en exclusiva, la ventaja de tener siempre razón.

Eran conversaciones dilatadas, no eran conversaciones casi, a fuerza de extenderse por todos los cuartos, las comidas, los recreos, las idas y las vueltas del colegio a casa. Yo tenía la impresión de que siempre era lo mismo: mi padre, eso es lo que era, pero reagrupado de miles de maneras, deshilvanado en las deshilvanadas, leves, referencias de Violeta: mi padre fue empapándonos a todos por palabritas sueltas, como un crucigrama que con las letras de unas palabras sacas otras, con la diferencia -recuerdo haber dado muchas vueltas a este

particular aspecto durante todo aquel invierno-, la inmensa diferencia que hay entre cualquier palabra elegida a bulto (por ejemplo «pato») y cada una de sus cuatro letras tomadas por sí solas. Bastaba una palabra para que volviese a entrarnos todo en tromba: no hacían falta ni oraciones ni frases ni detalles. Como un día que contó Violeta a la hora de comer que una niña de su curso se puso de repente a lloriquear, que se ahogaba, según Violeta, de tragarse la llorera combinada con los hipos, de tal suerte que era el hipo, con diferencia, lo más dramático de todo, aunque no procediese de la pena misma, sino de la descompensación o imperfecta sincronía del diafragma y los pulmones, oportunidad que aprovechó la madre Evangelina Ignacia de Carreño, que daba ciencias naturales con especial atención al cuerpo humano, para que (contó Violeta y todos nos reímos) señalase cada niña con el índice el lugar de los pulmones y si eran uno o si eran dos y la barra del diafragma. La madre Evangelina era de muchísimo postín: la casa profesa de Madrid se habilitó de arriba abajo sólo con la dote que ella trajo.

La palabra que provocó todo el soponcio de la niña parece ser que fue «hermanito». Así, Violeta podía servirse de una referencia cualquiera a los viajes de tía Lucía -máxime cuando su llegada era inminente- para, a lo largo de todo un día entero, tenerme a mí prendida -sólo a mí- de una única significación, que sobrevolaba, y en cierto modo aniquilaba, la sustanciosidad que antes tenían nuestras conversaciones acerca de casi cualquier cosa: «Hoy en geografía dimos la lección de las riquezas naturales de las distintas naciones del planeta. Y, por lo visto, la planta del tabaco no es que crezca ni mejor ni peor en unos sitios. Lo de menos es que crezca. Lo que cuenta son los grados de humedad una vez que, hoja por hoja, han ido poniéndose a secar para luego liar cigarros puros...» De algún modo, yo no era capaz de no dejarme arrastrar al trabalenguas, o, si se quiere, al juego -era como jugar al escondite de referirnos a mi padre sin decir nunca «papá» o «mi padre» o ni siquiera «él»-. «Por eso, porque es húmedo, es por lo que se suda allí tantísimo, que se tienen que cambiar hasta tres veces de camisa, aunque eso lo que es bueno es para la industria del cigarro habano. Torcedoras es como las llaman, que suelen ser mujeres que se sientan a torcer las hojas hasta liar el puro entero. Los Montecristos, los Partagás, los puros ésos.» Algunas veces yo contestaba, otras no. Cuando no contestaba, la conversación seguía siendo la misma por la noche, tiritaba Violeta y yo decía entre mí: «Ya empieza.» Y empezaba:

—Qué bien que no hubiese más que una estación en todo el año, como en muchos sitios que es así. ¿A que es agradable?, sólo pensarlo ya da gusto.

—Pues es más idea que otra cosa, mamá dice, según que te acostumbres a cuatro estaciones o a una sola.

—Se vestirán, digo yo, de otra manera. Es natural, con la humedad. Y además, que está a nivel de mar toda la isla. Montañas no hay apenas. Los hombres todos llevan guayaberas blancas, y las negras polleras colorás... Me encantaría ir de blanco siempre. No soporto ningún otro color, me horroriza lo chillón.

Yo decía:

—Pues aquí chillón no creo que encuentres. En esta casa, desde luego, no.

—No creo que él se ponga guayaberas nunca -decía Violeta.

—¿Quién no?

—¿Quién va a ser? No le pegan. Se las pondrá por la mañana sólo igual, para ir al escritorio o donde vaya, y puede que también para almorzar. Pero por la tarde desde luego no. Me chocaría. Irá como aquí, con trajes de telas más ligeras, pero igual de peripuesto.

Recuerdo que con ocasión de los trajes y de si mi padre iría peripuesto o no en La Habana, yo salté con malos modos:

—¡Irá con guayabera o irá en cueros. Irá a su aire, porque como no trabaja va a su aire, se lo puede permitir. Son los que trabajan quienes tienen que ir como les mandan. Y si no les gusta se fastidian. Pero tu padre, desde luego, no es que en la vida se haya fastidiado mucho!

Ésa fue quizá la única referencia expresa que yo recuerde a mi padre, antes de reaparecer tía Lucía. Reconozco que me sorprendió la vehemencia con que Violeta reaccionó:

—Perdona, pero lo que estáis haciendo es muy injusto, y puede que incluso sea pecado, además eso. Porque en el mandamiento está muy claro. Ahí pone padre y madre. Si no les honras a los dos, es como si no honraras a ninguno. Mejor lo sabes tú que yo.

Realmente, era tan tenue la voz con que Violeta me acusaba o acusaba a mi madre y a mí, que -de no estar yo predispuesta de antemano contra todo aquello e irracionalmente predispuesta encima- me hubiera sido imposible no admitir que lo que Violeta decía era verdad. Porque si lo fuera -solía pensar yo- mamá, que dice siempre la verdad, vería que es verdad lo que Violeta dice y nos achaca. Y nos diría: «Sois muy injustas con tu padre, y yo para empezar la más injusta. Y como del dicho al hecho no hay gran trecho, vamos a no volver a ser injustas ninguna de nosotras y tampoco Fernandito.» Pero mi madre, que ciertamente procuraba no engañarse, y que si descubría una injusticia, aunque fuese muy pequeña, procuraba repararla, en lo de mi padre, una vez que desapareció, dejó por completo de atender. Yo le contaba cosas de las que decía Violeta, o expresaba temores ante todo aquello, pero mi madre sólo, o casi sólo, decía: «Tengo yo la culpa de todo eso.» Con lo cual dejaba el asunto a la vez zanjado y concluido, pero cada vez más y más inacabado.

De pronto nuestra vida, tan íntegra hasta entonces, se dividió en dos partes: de un lado estaba todo lo que había precedido a la llegada de mi padre, coloreado por la vivísima y cálida luz de la confianza, y de otro lado hubo, tras irse mi padre, otro colorido, vivísimo también, pero discontinuo, una línea sentimental quebrada, aunque no rota, entre Violeta y yo. Empezó a ser difícil, cada vez más difícil, hacer que Violeta se interesara en nuestras cosas con la atención de antes, y, al mismo tiempo -tras ese primer período de referencias difusas a su padre con cualquier pretexto-, fue imposible que mi hermana hablara conmigo o con mi madre de sus sentimientos por el padre ausente o -cosa que me inquietaba a mí más todavía- del desagrado (manifiesto en señales mínimas, que sólo yo advertía) ante lo poco que se hablaba de mi padre en casa o la frialdad con que

se hacía cuando cualquiera de nosotros, de pasada, nos referíamos a él. Porque el caso era que referencias a él surgían ahora en el curso de la conversación con una frecuencia y una naturalidad que sonaba a estampidos. Incluso Fernandito mostraba aún más interés por su padre del que nunca manifestó nunca cuando le tenía delante en carne y hueso. Fräulein Hannah comentó este extremo con mi madre: «El señor ha nuevamente por Fernanditou sido inquerido. ¿Qué deberría una decirla acerca de esto, la señorra piensa?»... Mi madre respondió, según me dijo, que la contestación, en cada caso, dependía de lo que Fernandito preguntara cada vez. Y que, en cualquier caso, no había en el asunto ni el más mínimo misterio. Fräulein Hannah había por lo visto declarado: «*Ja, das ist klar, meine Dame*. Enemiga de lo incomprensible en la formación de las juventudes soy. *Alles muss klarheitsein.*» Y este absurdo proyecto de la claridad debida reveló, por contraste, que un creciente entramado de oscuridades y de reticencias relativas a mi padre, se interponía entre Violeta y nosotros. Violeta, sin separarse físicamente de nosotros, se distanciaba imaginariamente. Y este distanciamiento no fue ni culpa suya ni por completo fruto de su decisión o de su intención. ¿De quién fue culpa entonces? ¿Fue sólo culpa nuestra? ¿Fue únicamente culpa de la caprichosa intervención de mi padre en nuestra vida?

Aquel otoño, sin embargo, yo creía que, simplemente con el regreso de tía Lucía, desaparecerían todas las dificultades. Un día, de pronto, a media tarde, llegó el telegrama que con tanta impaciencia yo esperaba. Había embarcado en Nueva York y confiaba llegar pronto a Letona. Al parecer el cable fechado a bordo del *Letona*, uno de los dos buques gemelos de La Trasatlántica, se había retrasado algo en correos: en La Trasatlántica confirmaron por teléfono que el *Letona* llegaba al día siguiente. Dará una idea de mi preocupación por Violeta y de mi fe en la capacidad diplomática de tía Lucía -por lo demás, perfectamente infundada- el que imaginara que su regreso en barco se debía a una maniobra calculada para borrar, de una vez por todas, el mal recuerdo de mi padre.

¡Ése era el motivo!: desde Reykjavík, al recordarnos, y tal vez también porque mi madre mencionara la reaparición de mi padre en una de sus cartas, tía Lucía adivinó lo que estaba pasándonos en casa. Quizá por eso, porque consideró que una situación tan aparentemente insignificante, y sin embargo tan última, como la emergencia de una Violeta que no era ya la misma que dejó al marcharse, requería una gran reanudación escénica de sí misma: una lenta, larga arribada de la propia tía Lucía, con todo el alto bordo de las llegadas de los blancos buques de La Trasatlántica. Quiso, yo supongo, tía Lucía ser ella misma el trasatlántico cuyas arribadas crecientemente prodigiosas nos fascinaron de niñas.

¡Todo lo anterior dará idea de hasta qué punto tomaba yo, aquellos años, la

brillantez y la excentricidad de tía Lucía por una efectiva capacidad de analizar las situaciones y tomar decisiones apropiadas. Me equivoqué como sólo se equivocan los hiperbólicos, los entusiastas, los amantes...!

Era un acontecimiento firmemente asentado en las tablas de mareas que publicaba diariamente el *Diario de Letona* y, por lo tanto, presente en todos los horarios, no sólo en los oficiales del puerto y de la Comandancia de Marina, sino también en la cronometría individual de cada uno de nuestros relojes. Aquel día, el *Letona* empezó a divisarse en la última línea de alta mar, un punto férreo a las diez de la mañana, que aumentó de volumen poco a poco, humeante, hasta embocar ya la canal y pasar frente a nosotros, visible ya con todo lujo de detalles, en dirección a Letona. Tres largos bocinazos. Se arracimaban los pasajeros en los puentes. Se les veía saludar alborotados sin que se les pudiera entresacar del todo, uno por uno, ni siquiera con prismáticos. No hacía falta comentar, ya se sabía que más o menos media milla antes de llegar a nuestra altura había empezado lo peor: embocar por el sitio exacto la canal: una maniobra que requería la pericia combinada del capitán del buque y la de las tres lanchas de los prácticos del puerto de Letona más la nuestra, de San Román, donde iba en pie, junto al timonel, don Virgilio Uribe, el práctico de San Román, que se movilizaba especialmente con ocasión de la llegada o de la salida de los buques de La Trasatlántica. Porque, a diferencia de los prácticos de las otras lanchas que acudían a recibir al *Letona* desde el puerto de Letona -y a las cuales, desde la proa del trasatlántico, se echaban cabos al empezar a ir el buque a contramáquina-, la misión de don Virgilio era hacerle entrar sin encallar. Por eso su lancha no tenía un puesto fijo, sino que se adelantaba o retrasaba respecto del Letona y de las otras, voceando las instrucciones y las órdenes por megáfono. Y es que la canal, exactamente, sólo la tenía toda entera en la cabeza en movimiento don Virgilio Uribe: la mar cambia todos los datos por sí sola de un día para otro. Y sobre todo los cambiaba en la canal, cuyas batimetrías dependían no sólo del trabajo de la draga, sino del estado de la mar en combinación con las subidas o las bajadas -dependientes de la luna- de las mareas, examinadas diariamente, mensualmente y anualmente, y a mayores de la escollera que recorría, todo a lo largo de la playa de El Raposo, casi la longitud de la canal entera, echando espumarajos incluso en días de calma chicha, a consecuencia de la posición, a ras de superficie, de los escollos y los arenales sumergidos, los afilados dientes de las rocas espumeaban amarillos señalando, con su quebrada línea intimidante, todo el lado de la canal, que el casco del *Letona*, una vez dentro, no nos dejaba ver desde nuestro lado de la costa. Era una excitación insoportable a la vez que una tensión insoportable, que sólo

experimentaban, además de nosotras y los prácticos, en el puente de mando, el timonel, el capitán y los oficiales de servicio. Fondear llevaba un tiempo, que parecía interminable, y del cual se había extirpado, por principio, todo vulgar concepto de urgencias y de prisas. Es imposible fondear con prisa un buque del tonelaje del *Letona*, y menos en un puerto como el puerto de Letona, frente a una costa tan iracunda y mortal como la nuestra. En nuestros puertos el grumete más novato entiende más de mar que cualquier patrón de yate de agua dulce. Una vez fondeado frente a Letona, subían a bordo el comandante de marina, las autoridades sanitarias y los carabineros, para evitar lo mayor del contrabando. Luego se tendía una escalera de anchos tramos recubierta con un toldo y gruesas maromas para los pasamanos, como quitamiedos, y los pasajeros del *Letona* empezaban a bajar. Aquella mañana llegaron en dos motoras, echadas al mar del buque mismo. Una primera descubierta, más pequeña, donde venía un oficial y marineros con los equipajes y otros bultos, y detrás la gran lancha, pintada del mismo color, blanco cremoso, del *Letona*, que traía a tía Lucía, de pie junto al timón, con un sombrero verde enorme, y un collar de cuentas verdes y un traje sastre color crema, pero no ceñido sino suelto, como ella tenía costumbre. Daba la impresión en todo momento de estar de punta en blanco, elegantísima, y a la vez casualmente vestida con un traje deportivo para dar una vuelta en la motora. Al volver a verla, cada vez más cerca, de pie en la mitad de la motora, con su vieja bolsa de viaje y su traje y su sombrero verde, ondeado por el viento, creí que nunca, ni en el cine, ni jamás, después, tampoco en la realidad, vería a nadie tan resplandeciente, tan emocionante, tan próxima, ¡tan capaz de resolverlo todo casi sin necesidad de explicar nada!

Habíamos acudido a recibirla todos, incluida Fräulein Hannah, que de refilón me fijé que saludaba a tía Lucía brazo en alto. Era la única persona, la única persona en este mundo, capaz de saltar, una vez atracada la motora en las escalerillas verdinosas que ascendían al muelle, sin necesidad de agarrarse como las demás personas, como locas, a la mano, al brazo y hasta al cuello del marinero de servicio.

También aquel día hacía mal tiempo, aunque en aquel momento no llovía. Fuimos andando en un tropel alrededor de tía Lucía, seguidos por el mozo que llevaba lo que parecía ser el único equipaje de tía Lucía además de su bolsón, una caja enorme de cartón, asegurada bien con cuerdas. Subimos a casa en los dos taxis que mi madre había llamado y que nos esperaban a la salida de lo que es el puerto propiamente dicho, a casa.

Siempre tardaba tía Lucía en instalarse una semana poco más o menos. Aquella vez, sin embargo, se instaló enseguida, en lo que quedaba de tarde, tras almorzar en nuestra casa, con nosotros. Recuerdo que al sentarnos a la mesa

sentí un escalofrío -un positivo escalofrío como el que se siente en el momento de pescar un mal catarro, una súbita sensación de destemplanza- al darme cuenta de que me había dejado llevar desmesuradamente, imprudentemente, por mi confianza en la pura y simple llegada de tía Lucía, la brillantez de sus llegadas, sin pensar qué pasaría, qué sería lo siguiente y lo siguiente y lo siguiente que a la fuerza sigue en nuestras vidas a cada uno de los instantes concretos, por inmensos que parezcan. Y qué, en concreto, iba a decir. De hecho, pensé con toda precisión: No va a pasar nada ni va a servir de nada que haya vuelto tía Lucía, porque no sabe una palabra de lo que ha ocurrido con mi padre. Mi madre no es de contar en una carta que mi padre ha vuelto, y tía Lucía, como no es una adivina, no ha podido adivinarlo, y menos adivinar los sentimientos de Violeta. Eso fue lo que pensé, casi exactamente así, mientras tía Lucía se servía graciosamente un par de cucharones de consomé con menudillos de gallina que había hecho Manuela. Cuando Manuela se fue con la sobra, y Fräulein Hannah -que había empezado a oír la bendición junto a la silla de Fernandito- nos dejó y cerró la puerta del comedor, tía Lucía rompió a hablar, como siempre, pero como nunca, porque nunca hasta entonces se había hablado de mi padre como tía Lucía aquella vez:

—¡Vamos a ver qué me contáis del huésped que habéis tenido este verano, vamos a ver, niños!

—¿Tú cómo lo sabes? -preguntó Fernandito.

—¿Cómo crees tú, mi amor, que yo lo sé? Pues porque me lo contó tu madre en una carta. ¿Cómo iba yo si no a saberlo?

—Pues si lo sabes para qué preguntas, tía Lucía, además un huésped no era.

—¿Ah, no, pues qué era entonces?

—Era papá -dijo Fernandito. Y yo debí de ponerme pálida, o quizá colorada, que en mi caso viene a ser lo mismo. Estaba claro que para tía Lucía lo ocurrido entre mi padre y nosotros sólo era, como máximo, una anécdota, como lo fue la desgracia de tía Nines, como mi propia desgracia (sin que yo entonces lo supiera) lo sería.

La palabra «papá» fue el pistoletazo de salida. Que yo sepa, Fernandito fue el primero que la usó públicamente. Resultaba en sí misma turbadora. Como si la palabra «papá» tuviera vida propia, más propia incluso que «mamá». Retumbó en el comedor aquella vez como un nublado, como en verano las tormentas de calor, relampagueando y tronando pedregosamente por todo el cárdeno cielo que se nos viene encima, sin llegar a descargar ni una sola gota de lluvia o de granizo. Centelleó el «papá» aquel con la tosquedad alocada de un pichón que se cuela en casa y se golpea contra las paredes y los cristales y las puertas aterrorizado, aterrorizándonos. A mí, al menos, me aterrorizaron la ternura y la

crudeza maternas que contenía «papá» y que en cambio, entre nosotros, la palabra «mamá» no contenía. Porque contenía muchísimas más cosas. Sobre todo porque se usaba a diario. Me dio miedo la ternura: porque no sabía qué hacer, ni había por lo demás nada que hacer con aquel «papá» sin descargar, pegajoso como el papel de un caramelo. Pensé que incluso así, empaquetado aún en sus sencillas cuatro letras, era la señal que indicaba que a partir de aquel instante nadie podía ya retroceder: tendríamos todos que seguir, correr, desplomarnos por la catarata de las consecuencias que no se pueden ya desactivar. Pero también en ese mismo instante se me ocurrió que entre tía Lucía y mi madre había -acerca de aquel «papá» y la visita de mi padre aquel verano- un acuerdo, un pacto redactado con toda suerte de cláusulas y sub-cláusulas. De no ser así, es imposible que, tras siete años de omisión, fueran mi madre y tía Lucía capaces de incluir a Fernando casi en todas las comidas y mencionarle por el nombre de pila como a cualquiera de nosotros: Fernando. Como si fuese un conocido más. Y el caso es que no era un conocido. Fernandito, quizá sin darse cuenta, había dicho lo esencial: que alguien que realmente fuese padre nunca podría ocupar en la familia, por muchos años o distancia que mediase entre la familia y él, el sitio o el papel de un simple huésped. Dado que mi madre reconocía con naturalidad que aquel personaje era su marido y que ante la ley aún seguía siéndolo, su presencia o su ausencia a partir de semejante reconocimiento era un dato esencial para entendernos a nosotros mismos como grupo familiar.

Violeta sacó tanto del «papá» improvisado -valga la expresión- como del padre abruptamente aludido por tía Lucía nada más sentarnos a la mesa el día de su llegada, energía suficiente, emoción de sobra, para aturdirme a mí y dejarme sin saber qué contestar durante todas las conversaciones que transcurrieron entre cama y cama, cada noche, durante todo aquel otoño hasta las navidades.

«Si de papá después de todo no hay por qué no hablar y ahora casi no paramos de hablar de él y antes ni siquiera se sabía que existía, lo que no entiendo es por qué, si ésta es su casa, no vive aquí en su casa con nosotros, por qué no vuelve ahora que ha dejado los negocios. A mí me dijo que quería volver, eso me dijo.» Más o menos así solía empezar Violeta y más o menos contestaba yo: «¿Quieres que te diga por qué no? Porque es una veleta como un piano y lo primero que le pasa es que se cansa, eso es lo que le pasa. Lo que a ti te ha metido es más mandanga que mandanga, no es por nada. Y te pongo un caso. Supón que mañana cogiese mamá y le escribiese en una carta: "Querido Fernando: me encantaría que volvieres a vivir con nosotros, un abrazo y tal." ¿Vendría?» «Pues vendría.» «Pues para que te enteres no vendría. Porque lo que le pasa es que se aburre y que se cansa y que le empieza a entrar la picazón de

que me voy de que me voy de que me voy. De resultas de lo cual, con las mismas, coge y se te larga a Sudamérica y ahí te quedas tú, la tontiboba, la pavisosa, llora que te llora y él de pesca en el océano Pacífico...» «¡Pues por lo menos, mira, la geografía mejor que tú sí que la sabe. Porque Cuba está en el mar Caribe, o sea, que del Pacífico nanai...!»

Y es que ahora, con la reapertura, digamos, del concepto de «papá» en las conversaciones del dormitorio, y en general en casa, había Violeta cogido una astucia o suplemento de agresividad al discutir conmigo que hacían aún más visibles las huellas asimétricas, los sinsentidos de los sentimientos y otras ocurrencias que mi padre había sembrado, por maldad o por capricho, da lo mismo, en el alma de su hija. Ahora, al mencionar a mi padre los demás con naturalidad, Violeta procuraba, creo yo, retirarse o disimularse en discusiones que mantenía conmigo o en las preguntas que de vez en cuando hacía a tía Lucía o a mi madre acerca de él, para alimentar su ensoñación del personaje que durante un mes y pico había logrado que Violeta concentrara toda su imaginación y su atención en la lejanía, en un paisaje imaginario, en ocurrencias distanciantes.

Aquel invierno fueron los paseos por la isla. Con tía Lucía casi siempre. Con mi madre algunas veces (paseos muchísimo más cortos). Casi nunca con las dos. En casa siempre se decía que tía Lucía y mi madre se parecían mucho en todo, a excepción del pasear. Mi madre rara vez se paseaba, y siempre iba a paso largo aunque no fuese a ningún sitio. Tía Lucía, en cambio, andaba lentamente, suntuosamente, parando con frecuencia a mirar cualquier cosa o simplemente por el gusto de parar. Yo prefería pasear así, como no yendo a ningún sitio, como no teniendo que volver. «Lo que tú y yo somos es paseantas puras, niña. Paseantas perezosas, carentes de dimensiones espaciales, que los paisajes no sólo es que los vean o los huelan, es que se meten dentro y vas atravesándolos por dentro de punta a punta como tú y yo cada vez que salimos de paseo. Y eso tiene una ventaja si te fijas, la ventaja de que nosotras vemos los paisajes, mientras que los paisajes por mucho que miren no nos ven. No porque no quieran, que les encantaría, incluso más que a las personas, sino que no nos pueden ver porque somos invisibles. Cuando entramos nosotras, pongo por caso, en el pinar, en la parte más alta y empinada, si alguien hubiera, alguien del pueblo, yo qué sé, nosotras mismas inclusive, desde fuera no verían nada más que el entramado de los troncos y el trasluz y el contraluz y la luz enlimonada del atardecer, y el sol cesante en el azul marino de la mar del fondo, si alguien hubiera y si quisiera vernos, no nos vería, como mucho oiría lo que hablamos y tal vez los pasos. Aunque en invierno, claro, apenas cruje el suelo del pinar por la humedad...»

Cosas así decía tía Lucía, aunque me fijé que sólo las decía cuando paseábamos las dos. Aunque eran muchas frases, claramente distintas unas de otras, no lo parecían al ser dichas. Al oírlas, era una sola frase la que oías. Una larga frase inapropiada para un paseo a media tarde, para una vulgar conversación: rebuscada, demasiado lenta y pensativa, como si tía Lucía estuviese recitando alguna cosa sin darse cuenta de que estaba recitando en vez de hablando. Una única frase lenta y pensativa que chocaba bruscamente con la imagen de vitalidad y de movilidad aventurera que de tía Lucía había tenido yo hasta la fecha. Y quizá lo más notable, lo menos característico de la antigua tía Lucía, era aquella insistencia con que repetía que nadie podía vernos porque, al ser invisibles, inextensas, aunque se nos sintiera no se nos veía. Y yo le preguntaba: «¡Pero si somos inextensas, tía Lucía, eso quiere decir que no tenemos cuerpo. Y por lo tanto no nos ven. Lo que no entiendo es por qué crees tú que iban a oírnos. Si no tenemos cuerpo no nos oyen, no nos ven, no nos tocan, y no nos paladean!» Era agradable pero melancólico pasear las dos así, sin que se nos viera, por más que se quisiera vernos tan tranquilas a las dos, recorriendo la isla a media tarde. No podía contárselo a Violeta. ¿Cómo iba a contarle a Violeta aquellas frases tan larguísimas que aquel invierno empezó tía Lucía a dejar que se le oyeran, sin construir apenas, al hablar conmigo por las tardes, de paseo por la isla? No es que fueran confidencias o secretos que tía Lucía me contara y que -naturalmente- yo no tenía derecho a contar después, sin su permiso, a nadie. Era la tristeza lo que no quería yo contar, ni a Violeta ni a mi madre, porque, además, al contarlo, no hubiera parecido nada triste porque tía Lucía no contaba apenas nada o lo que contaba no era nunca nada triste. Era la tristeza que provenía, creo yo, de la sintaxis, de la prosodia, y de la sintaxis indeliberadas, como si no fuese tía Lucía quien hablaba al estar oyendo yo su voz, sino otra voz, la voz de aquella isla y aquel atardecer o atardeceres y de mi primera adolescencia. Otra voz, desde luego, dentro de su voz, se hacía oír en la voz de tía Lucía sin que tía Lucía lo supiese...

Aquel curso los horarios de las clases de Violeta no casaban con los míos. Por eso no se venía de paseo con nosotras. Recuerdo que, a pesar de ser casualidad que nuestros horarios no casaran, a mí me pareció de mal agüero. Ese hecho insignificante de tener distinto horario me pareció que combinaba los elementos que invariablemente combinan las desgracias: ser inevitables y ser accidentales. Por casualidad, nuestros horarios no casaban, pero, una vez así las cosas, era inevitable que dejáramos de vernos Violeta y yo durante la mayor parte del día. No tenía importancia, y aunque yo no se la daba seriamente, sí se la daba de reojo: como si el no coincidir aquel fuese un signo, el sello que

confirma metafóricamente una imposibilidad de coincidir las dos ya nunca más.

Al no poder contárselo ni a mi madre ni a Violeta (al no querer contarle yo tampoco, y no por discreción, no era por eso: supe que no quería contarle sin saber por qué motivo no quería contarle), al encontrarme por primera vez sin el descanso de volver a hablarlo todo por las noches (en parte también había Violeta restringido lo que hablaba, a causa de que lo que sentía por mi padre, al ser contrario a lo que yo sentía, no cabía en la discusión, ni siquiera al discutir acerca de mi padre: Violeta se veía tan forzada a guardar conmigo una reserva paralela a la reserva que me veía obligada a guardar yo en lo relativo a tía Lucía), el curso aquel, de modo parecido a como se medio enamoraron del profesor de educación política y gimnasia algunas chicas, yo, tras tomar la decisión de no incurrir jamás en semejantes boberías, encontré, como quien dentro de un libro encuentra, al abrirlo, mil pesetas, la sorpresa de mi deseo de discutirlo todo, de aclararlo todo, y de tomar en las conversaciones del paseo que solía dar con tía Lucía parte activa, y no sólo el papel infantil de admiradora, oyente, persona a quien se lleva de la mano, como Fräulein Hannah a Fernandito. La edad de ser llevada y ser hablada quedó de pronto atrás, infinitamente más atrás en cuanto sentimiento de mí misma, que las cosas que quedan por completo atrás y tan dejadas al olvido que ni siquiera, incluso haciendo memoria, recuerdo. Aquel curso se me quedó, el ser niña, encogido como una falda pantalón de pura lana virgen que Manuela distraídamente lavó con agua hirviendo. Así, todo ceder, todo oír, admirar sin preguntar o poner pegas. Respondona de la noche a la mañana. Así es como me volví a los quince. Por eso -guiada por mi nueva disposición, que requería hacer frente al hostigamiento de la tristeza pensativa de los soliloquios de mi tía- saqué los pies del plato y empecé preguntando que por qué precisamente al pasearnos las dos solas, y nunca cuando paseaban con nosotras los demás, sacaba aquella voz y aquel lúgubre asunto de que no nos podían ver, aunque quisieran, ni las personas ni los animales ni los vegetales ni las cosas...: «No puede ser que creas, tía Lucía, que somos invisibles de verdad. No puede ser que quieras que seamos invisibles, me refiero seriamente.

Porque invisible no se puede ser, es imposible, perdona que te diga.» «Si eres alguien no dejas de ser nunca, pero a lo mejor ya no se te ve. Donde tú estabas, en ese mismo sitio, estás todavía. Pero la gente cree que sólo hay aire. Hasta los animalillos se confunden, las ardillas. Los perros mismos se confunden. Tanto que hablan del oído de los perros, que oyen silbatos que no oímos las personas. Pues los oirán, pero ver, no ven tres sobre un burro, y como olemos no nos pueden, porque somos inextensas, no nos ven y no nos huelen. Con sólo que nos oigan, no saben dónde estamos, no lo saben, por eso ladran a

lo tonto, al aire, del miedo horrible que les entra. Pregunta a ver si maúlla Rufus cuando no nos ve. ¿Y por qué no maúlla? No maúlla porque Rufus es un gato, y cualquier gato, hasta el más mísero, entra y sale de lo visible a lo invisible y al revés sin la menor dificultad, sin hacer el menor ruido. ¿A que de pronto no le ves a Rufus? ¿Le ves o no le ves? No le ves, y sin embargo sigue estando ahí. Se ha cansado de estar tendido en la extensión las veinticuatro horas del día y se ha pasado a la *res cogitans* de golpe. Porque el pensamiento, *darling*, no me vas a decir que ves los pensamientos, porque no los ves. ¿Ves tú los pensamientos?» «No sé», contesté porque de verdad no lo sabía. No sólo no sabía contestar si Rufus iba de lo visible a lo invisible, y viceversa, a discreción. Es que tampoco sabía contestar a la pregunta que me hacía yo misma oyendo a tía Lucía: ¿Estará loca?

Fue mi madre quien contestó de pronto a esa pregunta. Ya estábamos en marzo. Una noche tía Lucía se acababa de ir después de cenar y el poco de tertulia que se hacía, ahora que nosotras -Violeta y yo- no nos tomábamos ya, antes de acostarnos, un tazón de leche en nuestro cuarto, y tomábamos en cambio unas tilas o agua caliente con limón, o manzanilla, mi madre tomaba siempre una infusión de manzanilla muy caliente y tía Lucía sus dos copitas de Marie Brizard, o tres, en evitación -ella decía- de los calambres que te pueden dar de noche al empezar la primavera. Violeta y yo llegamos casi a sentir esos calambres de pura gracia que tenía la manera de contar cómo el diafragma se le ponía totalmente en pico agudo en el momento mismo de decir «Me duermo». «Basta que diga "Ahora me duermo", para que me empiecen los calambres además del no dormir.» Y daba igual que mi madre o yo dijésemos: «¡Pero cómo vas, tía Lucía, ni a pegar siquiera un ojo si empiezas a fijarte si estás empezando ya a dormirte o no. Pensar eso te despierta!» «No creo que sea eso. No lo creo, porque sería mental si fuera eso y no es nada mental, es el diafragma que, como comprendes, no es mental. Y la prueba está que si me tomo el dedalín del anisette, aquí paz y después gloria.» Violeta y yo siempre pensamos que tenía en su dormitorio otra botella para suavizar, por si acaso, a media noche. Y además es verdad que el anís duerme bastante mejor que otras bebidas.

Violeta, Fernandito y Fräulein Hannah se fueron a la vez que tía Lucía. Mi madre y yo la acompañamos hasta su casa, sin entrar, como otras veces. Hacía una noche suave y alta porque mayeaba el mes de marzo aquel después de las borrascas que habían durado desde octubre hasta mediados de marzo. Tía Lucía se despidió de buen humor, con su excelente humor que daba gusto verla, le rejuvenecía el buen humor, piripi sólo un poco, a consecuencia -decía ella- de la luna nueva que tenía los bordes de sorbete de limón, el alto cielo mentolado sobre la hierba, y sobre el mar altísimo en un disparadero de alegría nocturna y

de confianza. Todo ya en el vecindario de la primavera.

Volvimos andando, por una vez al paso lento que a mi madre disgustaba. En realidad aquella noche podía pasearse entre casa y casa a paso lento, porque no parecía un paseo por el campo, la carretera no parecía una carretera, parecía una habitación de techos altos, el aire, el exterior, la noche, como los califas dormían en Granada al aire libre en dormitorios rodeados por arcos de herradura.

Mi madre dijo:

—Esta vez, mira, no quisiera que se fuese. Mejor que se quedase con nosotros, por lo menos esta vez. ¿No la encuentras tú como un poco mal de la cabeza? Es algo que no es nada, no quisiera que se fuese. Ni ella tiene, yo creo, tanta gana de viajar, de irse como años anteriores. No sé. ¿Tú qué crees?

Entonces no tuve más remedio que contarle resumidamente lo de la invisibilidad y el tono con que hablaba tía Lucía cuando hablaba conmigo por las tardes, durante los paseos. Y mi madre dijo:

—Lo de la invisibilidad lo dice por la dificultad que siempre ha tenido con su propio cuerpo. Nunca estuvo a gusto con su cuerpo: era una belleza, una de las chicas más atractivas de su época. Y sin embargo se sentía a disgusto, demasiado alto, largo, flaco, impersonal, su propio cuerpo nunca le gustó, ni yo creo que el de los demás tampoco mucho, por eso no llegó a casarse, yo creo, por no entenderse con su propio cuerpo. Y por lo tanto, al odiar el suyo, odiarlos todos. Y eso en un matrimonio, en cualquier pareja, es un considerable impedimento. Tienen que quererse sin rozarse, y tu tía encima no es que fuese particularmente cariñosa. Usaba su propio cuerpo para que resaltaran sus sombreros, sus vestidos, su cuerpo era un sirviente impersonal al servicio de una idea de sí misma, una idea de elegancia, de distinción, de grandeza, de excentricidad maravillosa, en el fondo todo esto es muy triste, alguien tenía que acabar pagando el pato, y acabó Tom Bilffinger pagándolo al contado en todos los sentidos, eso ya lo sabes tú. En otra época, Lucía hubiera sido una mujer de refinado gusto, sumamente instruida a cuyo salón acude la flor de la pluma y de la espada aquí en provincias, pero en fin, fue lo que fue, como todo...

Todos estábamos de buenas, con ganas todos de salir y entrar y de hablar mucho. Hasta julio no habló de irse tía Lucía, aquel año no se fue siquiera en pleno agosto, y cuando quiso recordar, las tardes empezaban ya a acortarse y el calor a perder pie y los veraneantes a quejarse de la maraña negra de algas enlazadas en guirnaldas muertas que sugerían boas verdeoscuras a las personas de Madrid. Y la baja mar era tan baja que hasta las coronillas del arrecife paralelo a la canal salían a la luz y se las veía relucientes con bandadas de gaviotas descansando encima. Tan incomprensible para los veraneantes por

muchas veces que hubiesen venido a veranear a San Román, era lo contrario de la baja mar, la populosa marea rebosante, rebotante, la más alta, de septiembre, que reavivaba los ofidios y sargazos muertos, alzándolos inquietantes hasta arriba, hasta los toldos y las cestas. Se achuchaban los bañistas contra el murete de la playa, descabalados por lo que denominaban ellos oleaje, y se tenían que achantar a una cenefa de escasamente un metro de ancho que recorría el murete desde la escollera hasta el mismo San Román, unos siete kilómetros, haciendo que se sintieran o en peligro, o de sobra, o sumamente incómodos. Cuando por fin se fueron todos, tía Lucía pasó de decir «Mañana mismo empiezo a recoger y escribo a Tom que llego», a decir «Ya casi no me va a valer la pena de llegarme a Reykjavík con el malísimo tiempo que empieza a hacer aquí. Hasta casi más mortuorio aquí que allí me parece que se está poniendo el temporal». Y es que aquel verano fue el primer verano que pasamos con la niñez dejada atrás Violeta y yo, y la juventud entera, toda entera, por delante, como una extensión que parecía perfectamente inteligible, una mejora indiscutible respecto a la extensión de la niñez, tan sosa. Y eso fue lo que enganchó, yo creo, en parte a tía Lucía (además de un cierto repelús a dejar la isla y el torreón e irse a Islandia), sobre todo porque si lo que quería es ver a Tom, y no sólo no ver u oír a los bañistas, bastaba llamarle por teléfono y decirle «Ven, Tom, que quiero verte». Y Tom Bilffinger, sin dudarle, tomaría un barco, un tren y un coche, y vendría a verla.

¡Recuerdo que hablábamos tantísimo! ¡Todo el verano entero hablando hasta muy tarde todos! Los de casa y la pandilla mía del colegio, sobre todo Óscar y Vitorio, que jugaba al hockey sobre hierba, un deporte que empezaba entonces, se jugaba en el prado que había junto al club de tenis, cuyo primer presidente fue mi abuelo, el bígamo. Y tía Lucía y mi madre socias perpetuas y después nosotras, sin ir nunca. Fue el verano de mis dieciséis. Pero fue sobre todo el verano del torreón y del enorme jardín de tía Lucía. Fue el verano también -quizá el último o uno de los últimos- de ser tía Lucía como fue de joven -según mi madre-, de estar en todo y de brillar, como brillaba en las fotos de las dos, muy jóvenes, con sus faldas charlestón y los zapatos de baile con una tira por encima del empeine. También mi madre aquel verano se venía a pasar la tarde al torreón, y en una plazoleta con un templete que hay, como para una banda de música -cosa que por lo visto hubo en su día-, bailábamos al caer el sol todos con todos, poniendo y quitando discos del *pick-up* que tía Lucía compró -sin darnos cuenta nadie- por teléfono en La Nota de Oro, una librería con un apartado grande para música y algún que otro instrumento, los más populares, guitarras y bandurrias, acordeones y armónicas. Aquel verano, Fernandito rehusó ser llevado de la mano. Cosa que Fräulein Hannah tomó -para sorpresa mía- como algo normal y natural: «*Gut. En ist schon ein Junge!*» Con nueve años,

parecía Fernandito un soldadito de plomo de verdad, con la expresión seria y la espalda tiesa, ahora que hablaba tan poco como antes pero en cambio asistía mucho más que antes a nuestras reuniones y tertulias, con el aire, un poco, que ponía tieso en misa mayor el cabo de la Guardia Civil de San Román: ambos entendían sus obligaciones como un adusto permanecer en sus puestos y dejar que hablaran las mujeres.

La agitación de aquel verano incluyó un cambio de papeles entre mi madre y Fräulein Hannah: Fräulein Hannah iba a ocuparse más del gallinero y de la casa -empezó entonces a convertirse en el ama de llaves que acabó siendo con los años-, y mi madre iba a dedicarse más a su supuesta vocación artística, que por atendernos a nosotros (según Fräulein Hannah) había hasta entonces dejado a un lado.

Una de las rarezas o novedades de ese verano de mis dieciséis años queda anotada líneas más arriba mediante una palabra que comencé a emplear entonces y a aplicársela a mi madre: la palabra, la idea de que la vocación artística de mi madre fuera «supuesta» y no real. Quizá fue la exagerada voluntad de servicio que manifestó Fräulein Hannah, combinada con lo que en aquel momento me pareció un fanático respeto por mi madre, e incluso por nosotras, o quizá fue sólo cosa de mi inquisitiva pubertad. Mucho más mental que física. En cualquier caso la idea de que la vocación artística de mi madre fuera una pretensión infundada me pareció a la vez un mal pensamiento mío que procuraba no tener y a la vez una ocurrencia extrañamente pertinente, apropiada y maligna como una caricatura o una broma de mal gusto, como todo lo que debe reprimirse y ocultarse y dejar pasar sin comentarios (por ejemplo las cosas que le van pasando a nuestro propio cuerpo, que parece que aumenta de tamaño o que se encoge o que suda o que sangra o que se hiela por su propia cuenta, con independencia de la voluntad). No llegué a creer ni a decirme nunca algo tan preciso como: «Mi madre tiene de pintora lo que yo de profetisa hindú.» Pero, sin embargo, sí me sentí escandalizada por pensar algo parecido a la caricatura que esa frase expresa. Curiosamente, esta falta de respeto meramente pensada y nunca consentida que contenía la expresión «supuesta vocación artística» aplicada a mi madre, hizo que sintiese por la fidelidad y la devoción de Fräulein Hannah mucho mayor respeto. Empecé a respetar el respeto con que Fräulein Hannah nos respetaba a nosotros. Era como si su autoridad personal, el respeto que inspiraba, hubiese estado siempre por encima tanto de su papel de institutriz como de su nuevo papel de ama de llaves: realmente, Fräulein Hannah fue para todos nosotros -incluidas mi madre y tía Lucía- la voz de una conciencia individualizada que configuraba la imagen exterior de nuestra casa: en nuestra casa era posible pasarse el día entero hablando o recogiendo las patatas, se podía

ser esnob y turulata sólo porque Fräulein Hannah era permanentemente devota, permanentemente fiel. Aquel verano, por primera vez, pensé que mientras ella estuviera con nosotros el significado de nuestra vida familiar permanecería intacto, nadie perdería su equilibrio. Sin darse cuenta, hacía las veces de un embajador plenipotenciario o un nuncio ante las potencias extranjeras, que, en este caso, sólo eran los vecinos de San Román o algún que otro conocido de Letona. Una mayor dormía implícitamente ejercida tanto al hacerse cargo de Fernandito como al hacer lo propio con el gallinero y todo lo demás. Porque eso -ante mis asombrados ojos-fue lo que pasó: Fräulein Hannah empezó a ocuparse de la intendencia general de nuestra familia con la naturalidad y la eficacia de un virrey. Lo hacía de tal manera que todos nos sentíamos destinados a tareas más complejas y altas, una especie de princesas o personas imperiales cuyos viajes se organizan y sus camisetas, sus calcetines, sus traslados o sus viajes (además de en los inviernos las bolsas de agua caliente y las botellas que se ponían para calentar las camas) se organizan, porque no pueden a la vez ocuparse de los destinos del imperio y de la minucia cotidiana. Que todos nosotros aceptáramos con naturalidad aquel efectivo -aunque informulado- virreinato de Fräulein Hannah, nos muestra, examinado todo ello después de tantos años, aureolados por una cómica rareza. ¿Quién creíamos que éramos? Lo gracioso es que todos estos sobreentendidos imperiales se daban acompañados de una vivísima conciencia de la imbecilidad de darse pote o tomarse uno a sí mismo demasiado en serio. No sé cómo, pero por aquellos días empecé yo a definir una figura de mí misma donde el desmesurado orgullo, la grandeza de ánimo aristotélica, tenía que ejercerse de tal suerte que nunca nos lo tuviéramos creído. Había que ser hasta tal punto que casi cualquier preocupación por parecerlo ante los demás tenía que ser considerada como una falta de clase, una indignidad. Pero en medio de todo esto, y sea cual sea el origen de esta idea de mí misma y nuestra familia, que desde luego empezó entonces, lo fascinante es su radicación en Fräulein Hannah. Ahí la veo todavía, en su reluciente y sobria madurez. Tendría por aquel entonces casi la misma edad de tía Lucía, pero representaba mucha menos, como si su sosa cara alemana y redonda hubiese reducido, al madurar, todos los juegos expresivos de la experiencia o de la edad, para no envejecer, y convertirse en una especie de pepona seca vestida siempre con colores muy oscuros, estampados oscuros, con su ordenado pelo rubio cano y su gran trenza de oficial de artillería. Es muy posible que proyectara en nosotros Fräulein Hannah la figura de una familia y de un protocolo imaginario que ella misma no llegó a vivir. Y tan alto era ese ideal, esa figura, que en su fuero interno decidió que ella misma no podía llegar a serlo, y era su deber y su grandeza limitarse a presentarlo o a representarlo.

Tía Lucía se empeñó en que Tomás Igueldo subiera aquel verano a darnos a los tres clases de música. Tomás Igueldo, de unos treinta mal llevados, según tía Lucía, era el pequeño -tía Lucía y mi madre conocían de siempre a su familia-. En representación de sus padres y sus otros dos hermanos llevaba entonces el negocio familiar, la librería-papelería musical, la única que había en San Román, ocupando el esquinalzo entero de la plaza mayor frente por frente del ayuntamiento: La Nota de Oro se consideraba en San Román un poco demasiado complicada para un pueblo de sencillos pescadores, ideada como estaba con amplitud de miras suficiente para no desdecir de las mejores de Letona, en el próximo futuro crecedera como los pantalones de todos los niños de San Román y como el propio San Román, una nota anticipatoria del futuro, los veinticinco años de paz. Con motivo de la compra del *pick-up* el propio Tomás subió en un taxi, para instalarlo él mismo donde quiso tía Lucía: en el templete, aislando bien con cinta aislante el cable que iba desde allí hasta el enchufe de la casa.

A consecuencia quizá de esta visita de Tomás Igueldo o quizá simplemente porque sí, porque acababa de ocurrírsele, tía Lucía se empeñó en que aquel verano subiera Igueldo tres o cuatro veces por semana para darnos a nosotros tres clases de música, y añadió tía Lucía: «Dentro de lo que cabe, desasnarlos.» Tenía que ser precisamente música por eso y no cualquier otra asignatura o arte, ni siquiera bordar mantelerías. Porque sólo la música «amansa, según dicen, a los asnos». Aquella idea de ser nosotros tres casi salvajes, urgentemente necesitados -para civilizarnos- de la influencia musical, nos encantó a los tres, y sobre todo a mí. Tenía que ser un tratamiento fuerte, tenía que ser «música a lo grande». Nada de sólo flauta o sólo pandereta o sólo ballet ruso: tenía que ser todo: «Sin tener toda la música completa como este chico Igueldo me consta que la tiene, es imposible por completo entender una cualquiera de sus partes. O todo o nada. Igueldo estuvo el otro día completamente conmigo convencido de esto, que con la música no se puede andar mitad y mitad. O toda, o nada.» Y tía Lucía aumentaba, al decirlo, la nada hasta la más extremada ausencia y falta y privación de cualquier clase de ser. Mientras que el «todo» era un Orinoco formidable iluminado por los lepidópteros, recorrido por los armadillos que hacían pequeñas casitas en los troncos de los árboles: en la palabra «música» entendida como un todo incluía tía Lucía, sin saber nadie por qué, las diminutas tribus bisilábicas que viven de la pesca y huelen perpetuamente a fruta podrida y a pescado ahumado, los célebres bosquimanos. Y es que una vez que se le ocurría una ocurrencia, todo le concurría a tía Lucía y concordaba con la ocurrencia en cuestión, anegados todos los absurdos y descoyuntadas las contradicciones e inverosimilitudes, por obvias que fuesen, fuera de la

ocurrencia, alejadas de su voz. Y es que tía Lucía lo contaba todo contagiosamente, de tal suerte que las cosas que contaba, por corrientes que fuesen, se volvían únicas al oírse las contar, oportunidades deslumbrantes como gangas, hallazgos que rara vez se repiten en la vida. Así, que nos pusiéramos a estudiar música los tres era una ocurrencia como hay mil, a nuestra edad muchos niños aprenden a tocar un instrumento, pero, al venir de tía Lucía, se tenía la impresión de que nadie antes que nosotros había aprendido a tocar la flauta o el piano.

Íbamos a tener tres sesiones, cuatro sesiones por semana, con idea de llegar a seis sesiones. Íbamos a dedicar tan sólo un día el día entero, por ejemplo el martes, nada más que a reposar, relajar y concentrar. Tía Lucía rechazó desde un principio la vulgar idea de «clase», por eso hablaba siempre de «sesión». No iban a ser horas de clase: el concepto de hora era totalmente amusical. Iban a ser veladas, o sesiones, o reuniones, o actos que empezaban a las siete de la tarde para alcanzar, llegado su momento, su punto culminante y su final. El concepto de hora o de minuto o de segundo o de día de la semana eran vulgaridades que no podíamos usar. Especialmente la idea de «hora» la consideraba tía Lucía repugnante, un concepto ferroviario *petit bourgeois*. Hasta tal punto me impresionó a mí todo aquello que tenía ensoñaciones en las que me veía ya una soprano con toda una gran orquesta a mis espaldas pendiente de mi voz y yo pendiente de las indicaciones del director. Mi voz irrumpiría alta, profunda en el tiempo inmovilizado de la música: una voz eternamente joven. Y yo sabía que todo esto era una gansada y a la vez no creía en el fondo que lo fuera, porque ahí estaba, delante de nosotros, la auténtica soprano: tía Lucía, desplegando su ocurrencia absurda, incesante, estimulante, como una inmóvil festividad de la voz viva que tanto admiraba yo y que tanto al final contribuiría a deshacerme. ¡Cuatro sesiones a la semana, imposible menos! ¡De siete de la tarde en adelante. El sol poniente era esencial para entender la música! Tomás Igueldo iba a tener un amplio margen, de sobra suficiente, para cerrar La Nota de Oro y trasladarse desde San Román hasta el piano vertical de tía Lucía, instalado por algún motivo misterioso en un cuartitosin ventanas de la segunda planta del torreón. Fernandito fue quien se acordó mientras hablaba tía Lucía -y me lo dijo a mí, tapándose la boca con la mano- que aquel cuarto no llegaba ni siquiera a cuarto, que era un descansillo un poco grande, que no había puerta, desde el centro se veía el caracol subir y bajar de la escalera, que no era en realidad de caracol y que él consideraba, Fernandito, que el piano estaba allí porque, al subirle, tan exhausto se había quedado el transportista que decidieron él y su ayudante, que era su hijo, dejarle en esa planta y Dios dirá. Lo que había en cambio -cuchicheó también- era una lámpara de catorce brazos de madera, estilo hebreo, que se

subía y se bajaba con ayuda de una cuerda atada a la pata de un pequeño armario y donde quedaba todavía residual la cera de las velas donde ahora se habían puesto las bombillas, en recuerdo -añadí yo por mi cuenta- de las tenidas masónicas que el abuelo del abuelo organizaba. O eran eso o aquellarres, nadie nunca lo supo a ciencia cierta. No pude por desgracia continuar con el abuelo del abuelo. Ese cuarto fue mazmorra, es lo que fue, y el piano está tapando el nicho donde se emparedó hace siglos a dos novios que se rebelaron ella y él contra la voluntad del padre de ella que era el dueño del torreón, y en morirse tardaron días y días, hasta San Román llegaban los gritos y alaridos más y más débiles cada día que pasaba hasta que por fin no se oyó nada y quedó sólo el manchón del tamaño aproximadamente de una puerta, con una gran diferencia de color entre la cal fresca de esa tumba y el resto del color de la pared. Y no es que se cansara el transportista, es que le mandaron a propósito poner el piano ahí para tapar y que nunca jamás se investigara.

Ciertamente fue todo una preparación que convirtió a Tomás Igueldo en un gran músico que por orgullo y por desprecio de las pompas de este mundo prefería vivir una oscura vida de librero en San Román y tocar únicamente en la parroquia casi todos los domingos en la misa mayor la *Tocata y fuga* simplifcadísimas de Bach, procurando no lucirse y hasta a propósito dando bastante mal algunas notas o sin brío, para después volverse a casa y componer de madrugada en el piano de cola enorme de su sótano sonatas para piano a cual más triste, con todo el romanticismo de Chopin, que comparado con Tomás parecía como que a Tomás se le hacía un feo. Esta dimensión de Tomás, genial y anónimo, tocando en su sótano lúgubres marchas fúnebres, mi pieza favorita de Chopin entonces, todo eso ni lo creía nadie ni lo dijo nadie ni lo inventé yo. Lo hubo.

Protestó Fernandito que nos iba a faltar tiempo. Y tía Lucía declaró rotundamente: «Las tardes los veranos no se acaban nunca.» Y a la vez abría sus estupefactos bellos ojos heroicos, como queriendo decir que ni siquiera por hipótesis podía darse crédito a la idea de que las horas de la juventud se terminaran lo mismo que las otras.

Y regresaba tía Lucía de nuevo al amplio margen que iba a todos a dejarnos el atardecer antes y después de las sesiones musicales con Igueldo para apurar lo mucho que aún no había empezado y sólo se apuntaba de las dulces noches del verano frente al mar. Todo a la vez iba a poder hacerse, conjugarse, integrarse dentro del plan aquel de la música total sin que por eso hubiera que sisar a nada importante tiempo alguno: eso era lo único que no, sisar, restar, empequeñecer, la vastedad, la calidez del ritmo de la voz y de la vida, que incluía también comer y hasta dormir y que parecía incluir alegremente nuestras inverosímiles

muerter.

La inmediata consecuencia del fascinante cataclismo en que casi cualquier proyecto de tía Lucía acababa transformándose (y en especial este en apariencia sencillísimo proyecto de aprovechar el verano para aprender algo de música) fue que la llegada de Tomás Igueldo a las siete en punto de la tarde con chaqueta y corbata el primer día, nos pareció a los tres la culminación de un largo, esperanzado, paciente e íntimo deseo. O quizá no vivimos aquella primera tarde tanto como un deseo que se colma cuanto como una curiosidad que tras repetidas demoras por fin se satisface. Ahora íbamos a ver lo que quería decir con la palabra «música» tía Lucía. Tampoco sé si era eso sólo -ni siquiera en mi caso- lo que había excitado nuestra curiosidad. Es muy posible que tía Lucía tuviera, sin darse cuenta, la capacidad de producir, al contar cosas o al hacer proyectos, la natural capacidad de producir ideas estéticas. Ideas, quiero decir, que estimulaban nuestra capacidad de pensar y de figurarnos toda suerte de perfecciones esenciales, sin que, al ejercitarse esa facultad, fuéramos capaces de representar nada en concreto. No vale la pena insistir gran cosa en esto, aunque, como se verá más adelante, esa capacidad de dar mucho que pensar sin que se dé a la vez un objeto correspondiente, tenía una cara obviamente atractiva y fecunda para la educación de tres adolescentes como nosotros.

Tomás Igueldo era, de los pies a la cabeza, una persona humana, un individuo real y concreto, tanto o más que cualquiera de nosotros. Su nombre, sin embargo, en combinación con su librería y su fama de músico o poeta o persona, en cualquier caso, excepcional, tuvo que sufrir la cargazón, el redondeo, el inadecuante perfeccionamiento correspondiente a cualquier cosa real una vez que había sido sometida a las relaciones, variaciones y demás operaciones retóricas a que tía Lucía era, cuando estaba en buena vena, capaz de someterla. Prácticamente no quedaba ya, en Tomás Igueldo, al entrar aquella tarde en el salón de tía Lucía y saludarla a ella y a mi madre y a nosotros, nada que pudiera ser considerado suyo propio o cosa suya. Aún veo a Tomás Igueldo ahí frente a nosotras atravesado por los rayos de nuestra atención maravillada de antemano y predispuesta a encontrar a Igueldo en general, y a cada uno de sus accidentes propios, un perfecto ejemplo de lo nunca visto en punto a músicos. Pocas cosas hay -he ido viendo con los años- peores para comprender a una persona que atenderla con la clase de atención con que aquella tarde atendimos a Tomás nosotras. Tía Lucía dio tan pronto como entró Tomás Igueldo en la sala la nota más alta que podía dar sin darse cuenta, y fue una nota cómica como un objeto de metal bañado en oro que nos hizo reír alegremente a todos excepto a Igueldo, que se limitó a sonreír confuso como si fuese repentinamente veinte años más joven y le acabaran de sacar a la pizarra sólo para decirle que qué ridiculez de

pantalones cortos, o como en este caso tía Lucía: «¡Dios, Igueldo, qué ridiculez de perfección maravillosa llevas puesta sólo para dar a las niñas una simple clase! ¡Estás ideal!»

«Esta casa no es ni será nunca un salón de insoportable té francés, incomodísimas las sillas de patita fina que se tronzan, no. Ésta es una organización de tipo estrictamente pedagógico, una fundación que fundo yo para que la música más alta resuene más alta que nunca...» Quizá no dijo esto exactamente así aquella vez, pero lo dijo luego, según creo recordar. En cualquier caso, el amplio gesto de ambos brazos, por cuya virtud hacía entrega ante mi madre de nosotros tres, para que Tomás Igueldo nos alzara, tal y como había llegado, con corbata y todo, hasta la música en persona, vino a ser lo mismo, en gesto, que lo que acabo de decir que dijo y que quizá no expresó de palabra.

—¿Dónde vamos a sentarnos? -preguntó Fernandito. Era difícil no reírse sin parar. Pero también era difícil, prácticamente imposible, no darse cuenta del mal rato que estaba teniendo que pasar Tomás Igueldo. Visto ahora de cerca, recordaba un poco a los seminaristas que venían de vacaciones a San Román, alguno de los cuales me había dado a mí clases de latín dos veranos atrás. Pensé, se me ocurrió, que la diferencia entre los seminaristas e Igueldo resaltaba a partir de una serie de rasgos comunes, la seriedad, una especie de sonrisa nerviosa que le daba un aire un poco de un conejo en los dibujos animados, la misma intranquilidad cuando uno de nosotros manifestaba cualquier deseo absurdo como el de sentarse en una silla Fernandito -que nunca se sentaba en una silla.

—¡Te sientas en el suelo! -exclamé yo, para parar a Fernandito, que ya bajaba a buscar las sillas al vestíbulo.

—Realmente -musitó Tomás Igueldo-, mejor estaríais sentados en las sillas.

—No nos sentamos nunca en sillas -dije yo, tratando de acabar con el incordio, y consiguiendo el resultado opuesto: logré ponerle más nervioso aún. Era absurdo que un hombre de treinta años perdiera el tino ante tres críos como nosotros. Se había sentado en el taburete del piano tras levantar la tapa.

—¿A que las teclas son todas completamente de marfil? ¿Es verdad o no, don Tomás? -dijo Fernandito.

—Las teclas no son de marfil, son de madera, cómo van a ser de marfil. Sería imposible hacer vida del marfil, sonaría horrible y sería carísimo.

—¡Bah! Da igual, a tía Lucía le da igual lo que cueste -dijo Fernandito.

Violeta preguntó desde el suelo donde se había sentado nada más llegar:

—¿Y ahora en clase qué es lo que se va a hacer?

—Tu tía quiere que sepáis lo básico para que podáis luego entender lo que ella llama la gran música, y que, bueno, supongo que se refiere a alguna pieza

fácil al principio.

No pude remediarlo yo e intervine:

—¡A eso desde luego sí que no!

—¿Que no, qué? -preguntó Igueldo. Y yo dije:

—Que no que no, seguro que eso no es lo que tía Lucía ha querido que aprendamos.

—¿Cómo que no?

—Ninguna pieza fácil, es que ni una. Tiene que ser por todo lo alto.

—Ya -dijo Igueldo-, pero habrá que empezar por algún sitio.

Yo estaba ya lanzada y además interesada en el tema de la música:

—Lo mejor sería que nos diese usted, don Tomás, varias charlas sobre música en todo plan, y una vez puestos ahí, o sea, arriba, sólo con ir luego descendiendo, iríamos bien.

Violeta interrumpió súbitamente, estrepitosamente, dando un brinco y poniéndose de pie:

—Da igual lo que diga tía Lucía. Lo que hay que hacer es aprender canciones y sacarlas luego al piano, eso es lo que hacemos en mi curso. Y yo sé sacar casi completa «Tiene la tarara un vestido blanco con lunares rojos para el jueves santo» y «No me mates con tomate márame con bacalao».

—Pues a ver, ponte -dijo Igueldo. Y Violeta, con un dedo sacó bastante mal «No me mates con tomate». Incluso en aquel tiempo ya me daba yo cuenta de que la alternativa de Tomás Igueldo era: o sacarse de la cabeza lo que había dicho tía Lucía, o dejar de darnos clases. La clase aquella terminó con la alternativa fulgurante y sin resolver.

«Desengañese, Tomás, que o se tiene o no se tiene el don, eso es lo que en esta casa siempre se ha tenido. En ésta y en la de mi hermana, en las dos casas. Y lo que se tiene se retiene. Porque lo que se ha tenido en esta casa siempre, tú que nos conoces, tus padres, que toda la vida nos conocemos las familias, es la voluntad, esto es lo que se ha tenido siempre aquí y se tiene, y la música es eso: voluntad. Los movimientos de la voluntad son los de la música. Yo el método que creo que es mejor, Tomás, es el método intuitivo, situar directamente a los alumnos ante la masa sonora de una gran orquesta: el concierto para piano y orquesta de Rasmáninov, cualquier pieza...»

Era un aburrimiento insoportable. Resultó que Violeta, aunque era incapaz como yo de distribuir sobre el teclado los cinco dedos, los cinco de la derecha correspondientes a la melodía, por no hablar de los otros cinco que, sincronizados, daban lugar al acompañamiento, demostró, sin embargo, una notable habilidad para cantar canciones que Tomás ceremoniosamente interpretaba al piano. A mis dieciséis años, aquel espectáculo monjil, de Violeta

y Tomás cantando con gran concentración las canciones del coro del colegio, que iban desde el «Pange lingua» y el «Oh, buen Jesús» hasta «Al lado de mi cabaña tengo una huerta y un madroñal», me resultaba a mí insufriblemente empalagoso. En consecuencia, para que no pareciera que no me interesaba, asistía y faltaba a clase, salteado, para que no pareciese ni demasiado presente ni demasiado ausente, idea absurda, ya que a finales de septiembre se cruzó con otra aún más absurda: la de que mi obligación como hermana mayor era acompañar a Violeta a sus veladas con Tomás Igueldo pero teniendo en todo momento la delicadeza de ausentarme o de parecer que me ausentaba sin llegar realmente a faltar nunca. Es curioso que yo hiciese esto sin darme cuenta de lo que realmente ocurría en aquellas clases. Lo que ocurría era un enunciado amoroso fragmentario que sonaba para Tomás claro y distinto, y para Violeta confusamente halagador, agradable, últimamente cómico, nada más.

Fue como echar agua en un cesto que, no obstante ser de mimbres finos bien entretejidos, sólo sostuvo nuestra insípida atención unas tres o cuatro clases. Lo que pasaba por la romántica cabeza de Tomás Igueldo se veía a simple vista: el contagioso fervor de tía Lucía se le contagió sólo a Tomás. Consideró pues, en serio, la posibilidad de empezar enseñándonos toda la música que él sabía a un tiempo. Se presentó los días sucesivos sin corbata y sin aquel requilorio suyo de «Tened la bondad, haced el favor» y demás deferencias. Sencillamente se sentó al piano, tras afinarle con unos instrumentos que traía en una caja, un torniquete -yo pensé- como el que se usa para tensar los radios de las bicis. Y desde el piano nos miraba volviendo la cabeza, o alzándola cuando nosotros, fascinados por las melodías que lograba sacar del trasto aquel, lo rodeábamos de pie. En el atril reposaban las encantadas partituras, iluminadas por la luz de un flexo. Violeta fue quien trajo un flexo sin que Tomás se lo pidiera, ni a Fernandito ni a mí se nos ocurrió que hiciera falta, dado que sólo tres de las catorce bombillas de la lámpara de catorce brazos daban luz. Es curioso que me sorprendiera yo al encontrar a Violeta ya en el torreón cuando entró Tomás acompañado por Fernandito y por mí. Hasta un largo alargador había encontrado para enchufar el flexo al único enchufe del torreón, que se encontraba en el tercer y último piso, el único amueblado, donde tía Lucía se sentaba algunas tardes después de los paseos a escribir, según decía, cartas, aunque yo nunca vi que las echara en el buzón de salida donde las dejábamos junto con recados para que las recogiera el cartero que subía dos veces por semana, o Manuela, que bajaba a San Román a hacer la compra tres o cuatro veces por semana. El flexo iluminaba el atril y el teclado y el pelo y la espalda de Violeta. Aquella tarde y la siguiente Tomás se empleó a fondo y las clases fueron de verdad veladas musicales con Tomás Igueldo firmemente establecido como pianista y como musicólogo y nosotros

tres como audiencia fascinada. Pasamos así una semana o quizá más tiempo hasta que, con esa increíble timidez de quienes son capaces de hablar o de representar cualquier acción en público y que sin embargo no pueden dirigirse a su público en persona, Tomás quiso saber qué era lo que más nos había interesado, lo que recordábamos de todo lo que habíamos escuchado al piano u oído acerca de las piezas interpretadas. Ninguno de los tres recordamos nada. Yo aventuré que me gustaba muchísimo Chopin y el romanticismo todo entero y lo que más de todo las *Leyendas* de Gustavo Adolfo Bécquer. Tomás Igueldo sonrió y dijo:

—Ya, ya veo.

Fernandito dijo:

—Como no tenemos libro, o sea ni apuntes, las clases no se pueden repasar luego después.

Violeta dijo:

—Yo acordarme no me acuerdo mucho, pero me pareció maravilloso todo. Y lo que pienso es el trabajo que debe de costar aprender a tocar el piano así, como usted. Nada más me acuerdo de lo precioso que era, y bueno, lo que significaba también la *Polonesa*, y que Chopin era polaco, creo.

Tomás nos miraba pensativo, y yo miré a Violeta que le miraba con sus ojos redondos y brillantes, que eran los ojos que ponía Violeta cuando, pongo por caso, nos llevó tía Lucía a Letona a ver el zoo y nos paramos en la jaula del mandril.

—Es posible -declaró, como para sí mismo Igueldo que me haya sin querer sobrepasado un poco sin consideración a la edad vuestra, me temo que eso ha sido.

Al oír lo de la edad Fernandito dijo:

—Yo ya tengo edad para tener una escopeta de perdigones, la he pedido para las próximas navidades.

—Desde luego que sí, claro que sí, ya sois los tres mayores, claro, desde luego, pero quizá convenga que empecéis de otra manera a aprender la música.

Y fue Tomás Igueldo consecuente, porque cuando volvió a subir traía bajo el brazo una pizarra pequeñita y unas tizas y empezó a enseñarnos lo que él llamaba el lenguaje musical, que era que por ejemplo: «Esta noche no alumbra la farola del mar, esta noche no alumbra porque no tiene gas...» como se escribía era poniendo «Misoldodosiredosilasilasolfa...» y que eran notas que se distribuían entre las líneas y los espacios de un pentagrama en blanco que también nos trajo. Y recuerdo que añadió que la extraordinaria complejidad y belleza de la música empezaba siendo así de fácil. Pero fue por desgracia una experiencia negativa para Fernandito y para mí después de los fascinantes

conciertos de los primeros días. Fernandito dijo: «¡Vaya cosa! Eso lo saco yo en la flauta cuando me da la gana», y se fue a buscar la flauta para demostrarle a Tomás Igueldo que no hablaba por hablar. A mí en cambio, tras prestar atención en un principio, empezó a parecerme todo aquello del solfeo y de las claves una ñoñez y una lata. Violeta y Fernandito siguieron mientras que yo empecé a llegar tarde a propósito o incluso a no llegar. Una tarde llegué a última hora y me encontré sólo a Violeta y a Tomás Igueldo, cada uno sentado en un taburete frente a frente. El teclado del piano resplandecía entre los dos. Fui yo quien hizo la transferencia sentimental: me parecieron dos amantes.

Por aquellos días empezaba yo a darme cuenta de mi propensión a sacar emociones -o sentimientos- en el mismo sentido en que se dice que hay personas que tienen la propensión de sacar faltas. Suele decirse de las mujeres que parecen más chinches que los hombres, pero es injusto. Es toda una disposición del ánimo que quizá consista en no poder quedarse nunca satisfecho y en no poder callar esa insatisfacción. Lo cierto es que mi tendencia a sobrevalorar la afectividad, la brillantez sentimental, la posibilidad de una siempre más intensa brillantez -que era todavía incipiente por entonces- encontró en aquella umbría imagen de Tomás y Violeta frente a frente o al piano en aquella segunda planta del torreón, que casi siempre sólo iluminaba el flexo aquel, tan de colegiala, tan de bohemio, tan romántico, una fuente de peculiar complacencia. Me gustaba subir a verles y encontrarles sumidos en la clase de música, libre ya Igueldo de la presión de tía Lucía (que parecía olvidada por completo del asunto y ahora concentraba toda su energía en un grueso volumen con las novelas de todas las Brontë). ¿Se miraban acaso en silencio fijamente? No podía estar segura de que no, porque ese estado convenía idealmente a la imagen de los dos en el segundo piso del torreón, con el atardecer. Un equivalente rebuscado a la observación común entre personas de más edad: «¡Qué buena pareja hacen los dos!» Pero que aquí, al hacerla yo con relación a Violeta y a Tomás Igueldo, estaba ateniéndome más a aquello que, viéndoles juntos, hacía que me sintiera yo misma romántica y enzarzada en una aventura imprevisible, antes que cualquier otra consideración. Quisiera poder decir ahora, después de tantos años, lo que veía entonces, con dieciséis, al ver juntos a Violeta y a Tomás Igueldo: veía una relación intensamente espiritual, una idea que había tomado quizá de alguna lámina que representaba a Dante espiando el paso de Beatriz por una plaza.

Por aquel entonces consideraba yo vulgar y estéril cualquier relación amorosa que fuese natural, posible, convencionalmente agradable para todo el mundo. Cualquier relación afectiva que recordase el matrimonio me parecía por aquellos tiempos intensamente vulgar y embotada. Naturalmente, gran parte de estas cosas funcionaron en mí como impulsos musicales, movimientos del ánimo

carentes de concepto: me movía y me emocionaba todo aquello de cuya existencia no dudaba y que no lograba sin embargo conceptualizar de ningún modo. Así, aquella relación entre Violeta y Tomás, cuya visión me complacía sin concepto, como una arbitraria delicada transparencia inmóvil de un paisaje.

Esencial intranquilidad que tenían en aquel tiempo para mí las cosas bellas: pensaba en ellas sin sujetarlas con firmeza, porque me entretenía pensarlas: una imagen ajena que me expresaba, no obstante ser ajena a mí misma, solitaria: aquella pareja de Igueldo y mi hermana al piano, entrelazados por la subitaneidad afectiva del *Claro de luna* de Beethoven -una pieza que aprendí con Tomás Igueldo-, era el correlato objetivo de mi corazón, que empezaba ya a vaciarse y a volverse fraseos de una dilatada narración sus latidos.

La situación duró lo que duró el verano, sin llegar nunca a ser tanto como una situación. Era una cosa que se iba a terminar y que solamente yo veía, por añadidura, como una estampa ideal de lo imposible. Hasta que empezó el curso y hubo que suspender aquellas clases y todo lo demás.

Recuerdo que Tomás subió la tarde aquella y que llamó a la puerta del torreón tan insistentemente como antes había llamado a la casa de tía Lucía. Recuerdo que llovía con la lluvia grande y entenebrecida del primer brote del otoño. Recuerdo que le vimos -yo le vi- salir de la casa de tía Lucía y contemplar la nuestra, calado de agua el pelo y la chaqueta, como una figura magnética más bien que una figura real, como un personaje en una ilustración de una novela decimonónica. Miró hacia nuestra casa largo rato sin moverse y yo dejé de mirar porque verle me agobiaba y parecía requerir llamarle o avisar a los demás, pero no estaba dispuesta a hacer nada en ese instante. De pronto ahora, la figura absurda, desolada, de aquel Tomás calado hasta los huesos no me conmovía. O si lo hacía era sólo para negar su realidad irritadamente. ¿Por qué no llamaba a nuestra puerta en vez de mirarnos sin llamar?

Empezó el curso y, como estaba planeado, Tomás Igueldo dejó de subir las cuatro o cinco veces que había acabado por subir a darnos clase. Aquel curso era un curso de gran porte, y se me olvidó Tomás de golpe. Empezaba yo séptimo y Violeta quinto de bachillerato. Nos distrajo eso, y la noticia de que pronto vendría Tom Bilffinger a pasar quizá con tía Lucía el otoño entero, ya que no se habían visto como de costumbre aquel verano.

Una tarde, a última hora, llamaron por teléfono a mi madre. El teléfono estaba en el vestíbulo, como solía estar aquellos años en la mayoría de las casas. Oímos que mi madre colgaba y que daba unos pasos por el vestíbulo, y que se paraba en la puerta de la sala, donde estábamos todos, incluida Fräulein Hannah y tía Lucía. Por fin entró y nos volvimos a mirarla, y dijo:

—Es el hermano de Tomás Igueldo, el mayor, preguntaba si Tomás estaba

aquí o si le habíamos visto estos días atrás. Le he dicho que hacía unos quince días que con lo del colegio vuestro no subía, y dijo que es que estaba preocupado y que por eso llamaba, porque estaba preocupado, aunque dijo que ya se figuraba que era imposible que estuviese aquí. Por lo visto hace tres días, cuatro con hoy, que ha desaparecido y nadie sabe dónde anda. Dice que han hablado en Letona con la Casa de Socorro y con la policía, con la Guardia Civil, con todo el mundo, y que han mirado en los registros de todas las pensiones y en los hoteles, y que no. Dice que no se lo quiere decir a su mujer, y a sus padres menos, por la edad, y que no sabe qué hacer, por eso llama.

Tía Lucía intervino con un tonillo que me sonó un poco impertinente, aunque quizá eso lo pensé después, como queriendo acabar pronto el asunto:

—Lo mismo está de viaje, a darse un garbeo por Madrid, por la India, el no hablar es lo que tiene, en su casa debe ser que tampoco habla, igual que aquí...

Pero mi madre dijo:

—No puede ser. Tomás y el hermano mayor son uña y carne. Eso es que ha tenido un accidente, algo le ha tenido que pasar.

Pero tía Lucía, que podía ser a veces involuntariamente maliciosa, dijo:

—Dios no quiera que le pase nada. Pero en fin, aparte de eso, lo lógico y normal es que a su edad el chico no se quiera estar metido en San Román perpetuamente, con el hermano y la cuñada y los niñines y La Nota de Oro todo en uno. Las explicaciones siempre he dicho que mejor no darlas nunca o darlas a la vuelta y que te quiten lo bailao, que solía decir papá cada vez que se iba a Madrid sin avisar, a cortejar a Pepa Juana.

—Tonterías dices, Lucía, a veces. ¿Qué tendrá que ver lo uno con lo otro? Lo de papá era otra cosa, Tomás es un buen chico. Hablas como si no supieras cómo es. Algo ha tenido que pasarle...

A los dos días, a la hora de acostarnos, subíamos ya nosotros tres las escaleras y sonó el teléfono en el hueco del vestíbulo, como un teléfono de un pozo. Mi madre lo cogió y tía Lucía estaba detrás de ella, al pie de la escalera, escuchando cómo mi madre decía: «¡Pero por Dios!» y «Dentro de lo malo por lo menos encontrarle». Era el hermano de Tomás Igueldo:

—Dice que llama, pobre, para que no nos preocupemos.

Me impresionó que le ocurriese a Tomás una desgracia, que no fuese a ahogarse o cualquier otro accidente como Indalecio, que se ahogó. A mí me impresionó que, bien mirado, en el escueto informe que mi madre nos dio de lo que el hermano de Tomás había contado por teléfono hubiese habido una desgracia, sin haber habido sin embargo ni la más ligera accidentalidad: a Tomás le había sobrevenido lo que le había sobrevenido, pero no por accidente: le encontraron en la playa de Santa Cristina, a cuarenta kilómetros de San Román,

descalzo, sin acertar a decir dónde vivía o quién era o qué estaba haciendo allí, en la mala playa aquella, pedregosa, sin afeitar. Le encontraron unos pescadores que iban aquel día, a baja mar, por navajas.

Era domingo por la tarde. La hora del té. A pesar de las cortinas echadas hacía rato, el viento desacompasado evocaba en las contraventanas todo el gran otoño del mar y de la isla y de la niebla, lo terrible de afuera, que hacía sentirse a una mucho mejor en casa que en ninguna parte, y sobre todo mucho más atenta al mundo exterior, en aquella clausura amarillenta de las seis de la tarde, que los días brillantes del verano, sin contrastes. Recuerdo aquella velada porque acababa de pasar lo de Tomás y una se sentía en casa a salvo y también por lo que dijo tía Lucía, una ocurrencia contenida en una única palabra como si fuera tía Lucía la Sibila y fuese capaz de anticipar el porvenir, aún indeciso, con palabritas titubeantes sueltas: «Estamos aquí tan panchos todos, de tertulia, tomando el té, pasándonos el plato de los muffins recién hechos, sin pensar ninguno en nada, ¿a qué santo pensar nada si aquí se está tan bien y así se lleva estando incluso desde antes de la guerra? El racionamiento en realidad nos encantó, me encantaba el pan verde aquel que había, ¿te acuerdas?, claro que te acuerdas, aquí la guerra apenas se sintió.» Todos la mirábamos y recuerdo que pensé que era normal mirarla embobados cuando hablaba, siempre se escuchaba a tía Lucía así. No recuerdo qué dijeron los demás, quizá nada o quizá cualquier comentario acerca de la borrasca que ya a mediodía en Radio Nacional habían anunciado que iría a peor en toda nuestra parte de la costa. Hubo, quiero decir, un hiato suficientemente largo para percibirlo y lo bastante corto como para que nos pareciese a todos lógico que tía Lucía siguiese hablando de lo que había empezado a hablar, sin que nadie supiese aún a qué se refería: «... Les ha pasado a más familias, idénticas, iguales que la nuestra, el té lo mismo, las butacas igual de confortables, las casas simpáticas, con rincones simpáticos, ¡y de pronto el patatrac que se les vino encima!» ¡Ésa fue la palabra como de Sibila que tía Lucía dijo aquella vez: «patatrac»! Violeta, Fernandito y yo quisimos los tres saber, y casi lo preguntamos a la vez, qué era el patatrac. «¡Pues qué va a ser», contestó, «la palabra misma ya lo dice! Perder todo, tener que hipotecar la propiedad, que te la embarguen, quedarte de la noche a la mañana como se quedaron los Casusos sin literalmente ni un real. Se marcharon de las casas con lo puesto y gracias que los bancos por lo menos lo puesto les dejaron conservar. Y lo que no podían es quejarse, derecho es lo que no tenían a quejarse, ni el más mínimo, ninguno, quién les manda ponerse de la parte del káiser, que era un loco. Y sobre todo quién les manda aquel gastar. En aquella casa nadie hablaba más que de política y teatros. El que no era poeta acababa de dejar *la femme*

fatale en un *meublé* del Boulevard des Capuccines. O lo acababa de poner a un color sólo, el amarillo, en la *roulette*.» «Lucía, mujer, que en la ruleta sólo hay dos colores, cómo van a poner el amarillo, el amarillo no le hay», intercaló mi madre riéndose. Y todos nos reímos. «Pues sería al póquer, yo qué sé lo que sería, como nosotras no jugamos nadie a nada, porque papá desde luego picos pardos sí, pero agarrao el pobre siempre agarradísimo, que lo poco que aún se tiene todavía viene de eso.»

Era la edad despiadada en que todavía uno está en condiciones de reírse a carcajada limpia ante el descalabro de un jarrón.

Del patatrac hablamos mucho los tres, Violeta, Fernandito y yo, pero de manera distinta cuando hablábamos los tres -que en esas ocasiones llevaba la voz cantante Fernandito, que consideraba el patatrac una ocasión magnífica para enrolarse en la marina mercante-, cuando hablábamos Violeta y yo era sobre todo la inverosimilitud del asunto lo que de verdad nos divertía: aquella mezcla, tan de nuestra familia, y tan de nuestra juventud, despreocupada por completo de proyectos o futuros. Y también porque aquellos días las dos necesitábamos, tanto Violeta como yo, un tema de conversación que nos permitiera conversar despreocupadamente, porque el otro tema -un poco por analogía con la situación creada al desaparecer mi padre- era la fuga de Tomás Igueldo. Dos desapariciones, una voluntaria y otra (si como parecía se trataba de un trastorno psíquico) involuntaria, que vinieron a incidir con fuerza análoga en el futuro de Violeta, y por lo tanto, ya desde aquel mismo instante, en el presente, todavía común para las dos.

Estábamos acostadas ya las dos. Yo leía la antología de cincuenta poemas de Rilke que tradujo Valverde, y que, curiosamente, Tomás Igueldo me había prestado una de las últimas veces que subió. Recuerdo que dijo que él mismo no los entendía, pero que era «importantísimo como filósofo-poeta», según me explicó con una premiosidad que yo estimaba en Tomás y aún estimo en cualquiera que desee enseñarme algo...

—Algunas veces se hacen cosas porque sí -dijo Violeta. El tono de voz de Violeta era el tono muy bajo de ir quedándose dormida. Presté en realidad poca atención y le pregunté, por compromiso, que qué cosas-. Muchas cosas. -Y lo repitió-: Las que se hacen porque sí, esas cosas. -En la repetición, en la prosodia lentificada que espaciaba las palabras entre sí, noté algo. Pasé enérgicamente las hojas de la antología para demostrar que prefería leer a seguir hablando de bobadas. Pensé si decírselo con todas las letras: que me dejara leer el libro aquel que no se entendía a la primera, que hacía falta concentrarse.

—¿Qué quieres decir, a ver? Lo de «porque sí» es lo que no entiendo.

—¡Pues es lo principal! -se limitó Violeta a comentar, ahora ya con su tono

de voz habitual, acentuado quizá por un cierto grado de comprensible impaciencia.

—Pues si es lo principal vuelve a decirlo, por favor. Estoy leyendo unas poesías tan raras éstas, que la mitad no las entiendo. No te he prestado atención, perdona.

—Bueno, pues si no la has prestado no la prestes ya, que da lo mismo. Ni yo misma sé qué significa...

—De todos modos, vuelve a decirlo, haz el favor, seguro que no es una bobada.

—Dije que hay veces que haces cosas porque sí, yo por lo menos.

—Por ejemplo ¿qué cosas? -pregunté yo.

—Por ejemplo cuando se dice una mentira.

Me pareció chocante esa salida. De pronto todo era chocante. Como si hubiese inesperadamente dejado atrás las reticencias que fueron las secuelas de la visita de mi padre y se situase en el tiempo anterior a esa visita, el tiempo de la confianza ilimitada entre nosotras dos. Bien es cierto que ése fue también el tiempo de la niñez, y la confianza se sostenía sin contenido apenas y sin dificultades, en un único gesto. Casi cualquier costumbre común a las dos equivalía a la confianza. Una mentira era falta grave entre nosotras. Era además un tema frecuentemente debatido. Era natural -pensé- que en el trance de tener que seleccionar un ejemplo pensara Violeta en la mentira. Pero era un ejemplo inadecuado por completo. Esto me hizo saltar con la vehemencia, el regocijo, de la pelea conceptual:

—¡Seguro que eso no! Las mentiras son, de todo lo que dices, lo que dices más adrede. Mentir suele ser por algo. En cambio, lo que se hace, como tú dices, «porque sí», es lo que se hace sin motivo, eso significa. Una cosa que tiene el mentiroso es muchísimo motivo, más que nadie.

—¿Y si el motivo no se sabe, entonces qué? -Era una característica pregunta de Violeta. Era también una tentación irresistible.

—Es que, por lo regular -declaré yo, todo lo firmemente que podía-, por lo regular suele saberse, salvo que se sea la tonta el bote.

—Lo mismo yo soy la tonta el bote.

—¡Ah, eso sí, si lo fueras lo serías!, y no te extrañaría lo más mínimo. Pero no lo eres, por lo menos hasta el día de la fecha. Dentro de nada van a dar las doce. Como puedes comprender, en casa te lo hubiéramos notado hace ya tiempo.

—¡O no! Puede que no. Sobre todo puede que tú no. Porque tú nunca piensas lo primero qué es qué, sino qué es lo que a Violeta le conviene más. Se conoce que, como eres la mayor, tiene así que ser como me ves. Miras por mí,

siempre miras por mí y también por Fernandito, aunque no es que le haga tanta falta, pero por él miras también, porque eres la mayor.

Aquellas réplicas de Violeta, sobre todo esta última, me estaban pareciendo demasiado consecutivas y precisas para una personalidad que odiaba definirse o definir las cosas...

—Pero bueno, ¿me vas a decir, o no me vas a decir si lo de la mentira fue que la dijiste tú? Y, si sí, entonces ¡a ver, explícate!

—Bueno... fue una cosa que dije hace unos días, no una sólo, bastantes cosas dije, pero como las dije sin motivo, mentiras no serían según tú.

—Según yo, dependerá -dije yo, regresando a los giros de nuestra locuacidad antigua, que justo entonces, tan cerca todavía, me estaba pareciendo tan lejana. Violeta parecía asustada al preguntar:

—¿De qué dependerá?

Era evidente que tenía que conseguir tranquilizarla si quería que de verdad contara lo que quería contar y no acababa de contar.

—Di la mentira que dijiste, a ver, y se verá si era de verdad una mentira o no. Y además dependerá de según a quién se la dijiste y dónde. De eso también dependerá, dependerá también de varias cosas.

—Lo primero, yo no fui quien empezó. Empezó él preguntándome preguntas.

—¡Él!, ¿quién?

—Tomás.

—¿Tomás Igueldo?

—¿Tú conoces más Tomases? ¿Quién va a ser? ¡Tomás! ¿Quién va a ser?

—Di la trola que dijiste y acabamos de una vez.

Ahora Violeta estaba incorporada, sentada en la cama, cruzadas las manos delante de las rodillas. Me miraba con la cabeza vuelta. La sonrisa esfumada no era del todo clara, era una mueca donde la sonrisa hacía las veces de otra intención expresiva que no era -pensé yo- del todo sonriente...

—Tomás, los días que no veníais vosotros, se conoce que para que la clase fuese amena era mejor intercalar algunas otras cosas, como por ejemplo decir que era buenísimo el oído que yo tenía. Al principio es lo que más decía: el admirable oído sin educar que yo tenía. Y luego escalas, entremedias, lo que se hace. Yo le dije que tampoco es que mi oído fuese un oído así del otro mundo, y que también la madre María Engracia lo había dicho: que bastante mejor que otras niñas de mi curso. Y esto yo no es que lo dijese ni por modestia ni por lo contrario, para irle entresacando poco a poco elogios. No lo decía ni por lo uno ni por lo otro, ¿sabes por qué lo decía? Pues lo decía porque cada vez que me decía que tenía yo un oído extraordinario, me parecía que estaba hablando de

otra cosa, sonaba a que dijera: «De guapa que eres, cómo no vas a tener también guapo el propio oído.» Algo así. Me hacía sentir a gusto pensar en mi guapura (que no es una cosa que se piense en casa), a partir del buen oído es lo que hacía. Daba parte risa y parte gusto y parte vergüenza y parte pues ganas de darle la razón: ahora vas a ver lo maravillosa que soy, lo del oído es casi una minucia. Eran sentimientos: como con papá, ¿me entiendes? Nosotras aquí en casa, me refiero, no tenemos sentimientos, me parece a mí que no, ¿no crees?

—No, no lo creo, Violeta. ¿Quieres hacer el favor de decirme qué significa eso de que en casa no tenemos sentimientos? Eso es una cosa muy seria, Violeta.

—Pues no. No tenemos sentimientos, tenemos una cosa que es casi mejor en realidad: modales. Eso es lo que tenemos. Tenemos sentimientos sin acompañamiento de las cosas más profundas, papá dice.

—¿Eso es lo que tu padre te ha metido en la cabeza?

—Bueno, mi padre que es tu padre, es padre de las dos. Pero mira, lo de los sentimientos lo hablamos otro día, ahora voy a contarte lo que pasó con Tomás en clase y esa vez sí que me quedé helada. Estábamos sacando, yo sacaba, con la mano derecha, *La Tarara* tecla a tecla, sin acompañamiento, y Tomás dice: «¡Fíjate, fíjate mi mano cómo va!» Y me estaba yo fijando, y mientras tanto, a la vez que él tocaba, como no tiene que mirar, pues puede hablar y además mirarme, y me dijo: «Ya te lo habrán dicho muchos, pero tienes una carita espiritual, preciosa, como un ángel.» Así dijo, y bueno, ¿qué iba yo a decirle? Sonreí, es lo que hice, eso fue lo que pasó.

—No tiene nada de particular eso, ¿qué tiene de particular una cursilada? Cursilada es lo que es, pero nada de particular.

—Ah, si tú lo dices, pues no tiene. Se acabó, no cuento más. ¿Que qué tiene de particular? Los sentimientos es lo que tiene, lo que me hizo a mí sentir, un calor como nunca con vosotros en casa. Y Tomás lo notó, sé que lo notó porque dejó de mirarme, dejó en paz *La Tarara* y se puso a sacar completamente de memoria el *Claro de luna* de Beethoven.

Yo entonces pregunté:

—¿Pero vamos a ver, Violeta, llevamos ya dos horas y lo que empezamos no lo acabamos! ¿Qué tiene que ver el *Claro de luna* y *La Tarara* con las cosas que se dicen porque sí o con las mentiras? Si te dijo que eres guapa, guapa eres.

—No, él no dijo la mentira, la dije yo. Lo que hice fue que, al sentir aquel sentimiento, pues dije, pues que nadie nunca me había dicho que yo era guapa lo más mínimo, y eso se lo dije porque yo sabía que él diría: «No te creo.» Ya había un poco pie para los dos, para que volviera a decir algo y volviera el sentimiento aquel que nunca había sentido, que hasta yo creo que sudaba, como después de beber leche caliente. Y él dijo, en efecto, «No lo creo», y yo dije: «Haces bien

porque no es cierto, la verdad es que sí he tenido algunos chicos que lo han dicho, y personas de más edad, personas de importancia. No voy a negarlo», dije yo, «no soy una hipócrita, y eso no es que me lo tenga yo creído ni nada, es la verdad.» Y entonces lo dejamos, lo dejó Tomás porque se iba y era ya hora de cenar, y al día siguiente, que era viernes, después de un día sin clase, que por cierto yo ya lo que tenía era muchas ganas de sentarme con Tomás al piano, y pensando en Tomás me pasé casi entero todo el jueves y el viernes toda la mañana y luego otra vez empezar, y el sentimiento quería yo sentirlo otra vez más y él entonces de repente coge y dice, sin venir a cuento: «¿Cómo es que tu papá no vive en casa con vosotras?» Y yo le dije que no es que no viviese, es que estaba de viaje alrededor del mundo. Y yo me acordaba de ti y pensaba lo que tú hubieras dicho. Tú le hubieras dicho: «No te metas en lo que no te importa.» Pero yo, en cambio, le dije que no vivía porque hijos suyos sólo éramos Fernandito y yo. Y mamá, tuya venía a ser como si fuera una madrastra, y él, papá, padrastro tuyo, porque en realidad tú con papá no es que congenies... Y todo lo que yo le iba contando, lo que hacía no era más que hacerle poner caras, la cara sobre todo que más me gustaba a mí que Tomás pone: que es los ojos remetidos hacia dentro con ojeras, y los pelos por encima de la frente un poco. Tía Lucía lo llama *au coup de vent*. Y me miraba y me miraba, y bueno, y al día siguiente más mirarme y un día dije: «No puedo al piano hoy tocar nada porque la mano la tengo helada y fría.» Y él dijo: «A ver», y me cogió la mano y entonces fue cuando de verdad se heló del susto, y empecé a sentir el sentimiento, y él dijo: «No me mires así de esa manera, por favor te lo pido, tus ojos no los puedo resistir.» Y luego después tocó el piano un rato largo y yo a su lado sentada le miraba, y él, al pasar la partitura hoja por hoja, decía: «Es que me inspiras.» Y al día siguiente también el sentimiento es lo que había, y el último día, mejor dicho, los tres últimos, empezó a decir que no podía sin mí vivir, que no. Y yo dije: «Pues me parece a mí, Tomás, que no va a poder ser vivir conmigo. No sé si sabrás que yo estoy ya saliendo con un chico de Pedraja, un primo por la parte de mi madre, rubio y tímido, no es que sea como tú, distinto, yo no puedo ya hacer nada.» ¡Y entonces el susto que me pegó!, ¡se me arrodilla y me besa los dos pies arrodillado! Aquello era una cosa demasiado no sé cómo, pero después de todo no fui yo la que besé los pies de nadie. Fue él, que se echó a besar los míos...

—¿Y qué pasó después? -pregunté yo.

—Después ya nada, ya todo lo demás fue lo corriente en una clase.

Ahí Violeta se detuvo y no quiso seguir, pero yo no la creí, ahí lo dejamos.

Eran las ocho de la mañana. Acabábamos de desayunar, llovía a cántaros.

Violeta y yo nos habíamos puesto los impermeables, las botas de agua, cada cual empuñaba su paraguas. Fernandito, que había bajado a desayunar el último, se unió a nosotras en el vestíbulo. Con la cartera a la espalda, decidido a salir. Yo dije:

—¿Así vas a ir?

Y Fernandito contestó, abriendo ya la puerta:

—Sí, así.

Yo dije:

—¿Pero tú estás loco? Va a estar lloviendo todo el día, ¿no lo ves tú mismo? Ponte la gabardina.

Fernandito dijo:

—Luego escampa. A la salida nunca llueve.

Y yo dije:

—¡Porque tú lo digas! ¡Ponte la gabardina ahora mismo!

—No me da la gana -dijo.

Y abrió la puerta y salió a la calle. Ahí se tuvo que parar, en el porche, porque el cortinón de lluvia que caía no dejaba ver ni el seto. Era una lluvia compacta, verdosa, marrón clara. Una lámina de agua casi vertical. Agarré a Fernandito por el cuello del jersey y le hice entrar de un tirón en el vestíbulo:

—¡Te vas a poner la gabardina, niño estúpido! ¡Esto no escampa en todo el día!

Y Violeta intercaló:

—Allá tú, luego después, si coges la pulmonía doble, no te quejes, y además es seguro que la cogerás, seguro. Toda la mañana con la humedad encima.

—Póntela tú si quieres.

Violeta dijo:

—Ya me la he puesto, mírala. -E hizo Violeta una pequeña reverencia sujetando los faldones de la gabardina con ambas manos. Debo decir que en ese instante no estaba yo furiosa. Sólo fingía que lo estaba. Estaba sorprendida, sobre todo. Fernandito no era un crío propenso a oponerse frontalmente a nadie. Decidí que era mejor convencerle que obligarle. Y le pregunté:

—Vamos a ver, ¿por qué no quieres ponerte hoy la gabardina?, es bien bonita. Además tú la elegiste, tú mismo. ¿Sí o no?

Y Fernandito, mirando al suelo, declaró:

—El curso mío no se pone nadie gabardina.

Y Violeta dijo:

—Pues os pondréis todos como sopas.

Y Fernandito dijo:

—Nos da igual. Luego escampa y la gabardina hay que llevarla a rastras. Además es de niñas. Sólo las niñas se las ponen, blancas.

Corría velozmente en mi relojito nuevo el tiempo. Íbamos a llegar tarde todos. Cogí la gabardina del armario de los abrigos y la sujeté delante de Fernandito. Era la mayor y sabía de qué hablaba:

—¡Ponte la gabardina! -dije secamente. Fernandito me miró fijamente, dio media vuelta y salió a la calle. Fräulein Hannah entraba en ese momento en el vestíbulo:

—*Entschuldige, bitte!* -Y añadió-: *Der Regenmantel!*

Fernandito, que miraba cejijunto la catarata de agua, se volvió y se puso la gabardina él mismo, sin que Fräulein Hannah hiciera el menor gesto para ayudarlo.

Eché a correr enfurecida. Ahora sí estaba enfurecida. A fuerza de correr y jadear llegué a las nueve en punto al colegio. Fernandito y Violeta -que llegaron juntos-entraron tarde, y a los dos les apuntaron en la lista de castigados. Me duró la furia hasta la noche. Contra Fernandito al principio y luego... ¿contra quién? Recuerdo que la intensidad de mi cólera planeó durante todo el día sobre los posibles causantes. Acabó convirtiéndose en llanto. En el cuarto de baño me encerré a llorar. Me miré en el espejo y tenía la cara colorada. Me lavé la cara bien con agua y con jabón y volví a mirarme y tenía la cara más colorada aún que antes. Me senté en la taza del retrete hasta que Violeta llamó a la puerta porque quería entrar al baño antes de acostarse. Antes de abrir la puerta me miré de refilón en el espejo una vez más, ya no estaba colorada, incolora más bien, como el fantasma del resentimiento y la culpa. Me acosté sabiéndolo todo exactamente: en la oscuridad fosforescente del dormitorio, la acompasada respiración de Violeta era como el mar o la menuda lluvia en que se había resuelto la borrasca de la primera parte de aquel día: en cambio yo era lo contrario de la respiración, del compás, del mar y de la lluvia. Yo era una intimidad consciente de mí misma. Hice examen de conciencia hasta muy tarde.

Al día siguiente puse en limpio todo: yo no tenía autoridad con Fernandito porque la autoridad iba directamente de mi madre a Fräulein Hannah. Pero ¿a qué venía aquel resentir mi falta de autoridad, si, casi con seguridad, hasta aquella mañana jamás había pensado en ejercerla? ¿Sería Fernandito, entonces, que sólo obedecía la autoridad que él mismo otorgaba a Fräulein Hannah? Supe que me estaba saltando la verdad al darme cuenta de la irritación que sentía al pensar en Fräulein Hannah. Pensé que sólo los sirvientes, sólo los leales, los incondicionales, quienes se enorgullecen no de razonar sino de obedecer, disfrutan de la autoridad que Fräulein Hannah disfrutó aquella mañana. Pero era todo ello ilegítimo. De pronto descubrí el amargor de lo que sólo puede

reconocerse al herirnos. De la misma manera que mi madre fingía dibujar y fingía ser sensata, para quedar libre, durante todo el santo día pendiente sólo de sí misma, tras haber delegado toda obligación en Fräulein Hannah, así también en nuestra casa saltábamos de la pereza y el desorden al cumplimiento automático de órdenes que venían de mi madre subrepticamente y que Fräulein Hannah traducía a una imagen equilibrada, elegante, sublime casi, de todos nosotros como grupo familiar: nosotros representábamos el ideal de familia germánica perfecta para Fräulein Hannah, cada uno empuñando su azadón o su fusil o su serrucho a la hora de pasar revista. Era, mi adolescencia, inquisitiva, incómoda, incomodante, insumisa, rebelde. ¿Era yo en realidad, a los dieciséis, una criatura rebelde? Pensé que la respuesta no podía ser afirmativa porque en contra había demasiados datos: mi entusiasmo por mi madre y por mi casa, mi fascinación por tía Lucía, mi constante voluntad de elogiar exaltadamente nuestras cosas, mis cosas, empezando por nuestras casas, nuestra isla abierta a todas las tormentas, atormentada, sublime y gozosa. Esos datos no eran nada más que vivencias continuas, inclinaciones persistentes de mi modo de ser. Decidí, y se me volvieron a llenar de lágrimas los ojos, que la rebeldía me había sobrevenido con la edad, como la regla, me sentía sucia y repugnante, resentida y culpable por ser incapaz de sentir lo que debía. Amargamente musité: «Así es la juventud esa que dicen, la primavera de la vida: inseguridad, mal humor, y el peso de la culpa.»

Mi adolescencia fue un no parar inquisitivo, un querer verlo todo claro y someterlo todo a juicio. Quise entrar en el saber sombrío para poder salir asegurada y clara con las afirmaciones en letra redondilla, en una plana limpia sin el menor borrón o torcedura. Mis ángeles afirmativos tenían que ser, a mayores, caligráficos. Y al someterlo todo a juicio en aquel apasionado juicio final -según creía- de mí misma y de todos, no sólo puse en duda la autenticidad artística de mi madre sino también la lealtad de Fräulein Hannah y, por supuesto, examiné ferozmente a tía Lucía. Tía Lucía -descubrí entonces- no tenía salvación. ¿Qué pasaba con Tom? ¿Era tan fiel a tía Lucía como Fräulein Hannah a mi madre? ¿Era Tom un vulgar perro fiel? Si lo era, por su pellejo no iba a dar yo un real. ¿Era Tom perruno y faldero, un blando, un dulce, un criado mal pagado que disfruta encima y toma por amor las elementales atenciones que se le dispensan?

Tom llegó a finales de octubre. Como la solución de una adivinanza: nos enteramos de su llegada a última hora de la tarde. Tía Lucía y él vinieron al té y se fueron temprano. Ya estaban todos en el comedor, sólo faltaba yo. Al bajar por la escalera oí la voz de Tom, un par de frases, no recuerdo cuáles. Me sobresaltó oírle, como si su presencia se debiera sólo a mis impertinencias, como

si mis desdeñosos pensamientos, mis injustas imágenes de un Tom perruno, hubieran cruzado dos mil millas a través del frío, cada vez más frío, del otoño europeo, y hubiese venido expresamente de Reykjavík a aquí con la única intención de contradecirme y defenderse. Era tan fuerte la impresión, que me senté en mi sitio sin saludar a Tom y sin mirarle. Fue Tom quien me saludó desde el otro extremo de la mesa. Pensé que no parecía el mismo, estaba mucho más delgado. Ahí sentado, junto a tía Lucía, entre tía Lucía y mi madre, escuchando atentamente lo que mi madre decía. No recuerdo qué decía. Recuerdo en cambio la expresión de Tom, que parecía dirigirse a mí sin hablarme, aquella expresión inteligente y triste. ¿Cómo era Tom en realidad? La adolescencia fue mi tiempo para saber que no sabía, para enumerar todo lo que sabía que no sabía. De Tom no sabía apenas nada. Oí decir a tía Lucía: «¡Es un horror que Tom tenga este plan! Todo el santo día entero sin saber qué hacer. ¡Acabará completamente alcoholizado!» Y dirigiéndose a mi madre añadió: «¡Qué es lo que espera que haga yo!» Y mi madre decía: «No espera que hagas nada, ¿verdad, Tom, que no esperas que haga nada?» «Nada en absoluto, he venido sólo a pasar un par de semanitas, sólo una corta vacación.» «Sé que vienes a quedarte, eso lo sé, te conozco...» Mi madre interrumpió aquella boba conversación: «Tú ni caso, Tom, ni caso. Lucía es que está con el anís, ni caso.»

—¡Tía Lucía no tiene corazón! -comentó Violeta al acostarnos.

—¿Por qué dices eso? -pregunté yo. Era una pregunta malintencionada, porque en realidad eso era casi exactamente lo que yo pensaba.

—Porque no tiene. ¿No lo has visto esta tarde? ¿Cómo se le puede decir a una persona que te viene queriendo hace mil años que con ella que no sabes lo que hacer? Eso es tener mal corazón.

Preferí dejar ahí la cosa porque me fastidiaba que se me adivinase el pensamiento de ese modo. Pero Violeta parecía decidida a proseguir con el asunto:

—Y no es que Tom fuese un cualquiera. La tía Lucía es que es imbécil. No sé cómo, hablando con papá, salió Tom. Y papá dijo que fuese rico es lo de menos. Papá dijo que inclusive la familia tiene título: los Bilffinger...

Fingí que el sueño no me dejaba proseguir la conversación. Nada más levantarme al día siguiente miré «Bilffinger» en la *Enciclopedia Británica*. Figuraba sólo un Bilffinger: Georg Bernhard Bilffinger (1693-1750), de Kannstatt, ahora Württemberg. Era un discípulo del filósofo Wolff. Condecorado por el rey de Prusia con la Cruz de Hierro. Federico el Grande, a la muerte de este antepasado de Tom, dijo de él: «Era un gran hombre a quien siempre recordaré con admiración.» Me quedé de una pieza, era imposible que nuestro

Tom fuese descendiente del Bilffinger ése. Era su biznieto.

Tom pareció, por lo que pudimos ver todos, decidido a resolver de golpe cualquier inquietud acerca de sus actividades que pudiese albergar tía Lucía. Se instaló en el torreón y se pasaba las mañanas cavando la huerta de tía Lucía, podando los rosales... Era curioso verle ahí, laboreando con su gran azadón o labrando con la azadilla, con su mono azul, parándose de cuando en cuando a encender la pipa, su cara roja, su pelo rubio que se anaranjaba al atardecer, su aire noble, su estatura, el chaleco a rayas azules y amarillas... hacían de Tom una figura de alguna manera insoportable para mí, solemne, grave, trabajando la tierra, sensato y absurdo al mismo tiempo, su espalda ancha encorvada sugería una aniquilación buscada deliberadamente. Se quedó hasta navidades, y se quedó definitivamente con nosotros después de navidades, sin la autorización de tía Lucía, casi contra la voluntad de tía Lucía, que dejó de dirigirse a él en persona cuando estábamos todos. Estaba claro que tía Lucía ya empezaba a no hacer pie, aunque por aquel entonces sólo yo pensaba en eso, avergonzándome, cada vez que lo pensaba, de haber perdido el respeto a tía Lucía.

La conversación con Violeta sobre Igueldo fue, definitivamente, una secuela de nuestra antigua manera de relacionarnos, y al mismo tiempo la conclusión, el cerramiento, de la primitiva confianza que hubo entre Violeta y yo. Siempre he pensado en aquella noche como en una frontera o límite de la niñez. Fue, quiero decir, la primera vez que Violeta no me pareció bien del todo. Incluso si lo que Violeta había contado era todo y no había nada más, era imposible, al reflexionar sobre ello, no advertir, tanto en lo que contó de Tomás y ella como en el modo de presentación emocional con que -inconscientemente quizá- quiso presentarme todo ello, una coquetería o malicia, una liviandad procedente de la levedad y del liviano peso de una cría de catorce años a quien un turulato corteja ligeramente. Pero no podía haber ningún significado en la figura de Violeta, justo en aquel momento de nuestras vidas, que desentonara y no casara con el perfecto significado del conjunto familiar total, un significado por consiguiente finito y no infinito: ¿quién quiere el infinito? Sólo queremos la finitud perfecta. Por consiguiente, yo negué mi propia ocurrencia maliciosa acerca de la malicia de Violeta, y para negarla de tal suerte que no pudiera volver a ser pensada nunca, decidí que Violeta había alcanzado ya la santidad, era inmaculada. Reduje a Violeta a una única de entre todas sus posibilidades reales: la de querer siempre ser mejor y no quedarse nunca satisfecha con nada que no fuese la perfección esencial. De ese modo, al convertir una única posibilidad en la única, negué la negación, pero negué también -durante, por desgracia, demasiados años- mi propia posibilidad de entender a Violeta y de ayudarla.

Porque yo había decidido (al hilo ascético presente sobre todo en la figura de mi madre, aun cuando en su caso era todo lo razonable y humana que pueda pedirse) que el orden de nuestras realidades y de sus conexiones era -para nosotros por lo menos- idéntico con el orden y la conexión real de las cosas del mundo. En esa estricta correspondencia quedaba implícitamente incluida la negación de todo el orden paterno, todo lo que mi padre representaba, por ejemplo el deseo de disfrutar la buena vida, viajar, conocer gente, todo eso quedaba por definición fuera de orden: era el desorden. Y no fue todo esto una teoría que hice, sino una decisión y un proyecto que puse en práctica de inmediato.

Es natural, por consiguiente, que con paralela immediatez y con análoga arbitrariedad se produjera la fuga de Violeta, en este caso una fuga perfectamente planeada y sensata que, si no hubiera tenido yo dieciséis años, me hubiera dado cuenta -con sólo usar ya la expresión «fuga»- que estaba alterando peligrosamente todo.

Una tarde, la tarde del veintidós de diciembre, no volvió Violeta del colegio. Me enteré al bajar y oír a mi madre hablando con la madre María Engracia por teléfono: «¡Pero cómo no me voy a preocupar, madre!» Fue lo primero que le oí decir con quizá la mayor vehemencia que le haya oído nunca. Hubo una de esas desesperantes pausas de quien escucha sin tener el auricular, y volvió a decir mi madre: «A mí me parece muy bien, como usted comprenderá, madre, que mi hija pase las vacaciones con su padre y con su tía Teresa, en Pedraja o donde sea. Lo que no me parece tan bien es que sea usted quien me lo diga. Violeta es una niña muy encantadora y muy considerada, con quien nos llevamos, me llevo yo, muy bien. ¿Por qué no nos lo dijo en vez de irse de repente con lo puesto, con el uniforme, como si en casa le hubiéramos prohibido ver a su padre o venir su padre aquí, quiero decir? Como supongo que usted ya sabrá, mi marido y yo no estamos legalmente separados, ni siquiera distanciados. Así es que su intervención no la entiendo. Está bien que esté la niña con su padre. Lo que está mal, muy mal, ¡y es culpa suya, madre María Engracia!, es el mal estilo de su intervención. En fin, ya hablaré yo con Violeta.» Y colgó mi madre bruscamente. Yo estaba en el primer rellano de la escalera y no bajé en ese instante, esperé hasta que mi madre entró en la sala y allí me reuní con ella algo después. Me contó lo de la llamada telefónica. Toda vehemencia ahora ausente ya. Con su manera considerada y dulce de hablar me contó lo ocurrido.

Decir «lo ocurrido» era servirse de la más abstracta y neutral expresión para expresar lo más concreto y más comprometido: lo que mi madre contó. Pensé que hacía un esfuerzo por sonreír e intercalar alguna que otra observación acerca de nuestros preparativos para la cena de Navidad y demás, que resultaban

claramente irrelevantes en aquel momento y que mi madre intercalaba sólo para que no diera yo más importancia que ella misma a lo ocurrido. Es posible que advirtiera la confusión, el desconuelo que yo sentía en ese instante. Al parecer mi padre había escrito a la madre María Engracia (de quien Violeta debió de hablarle cuando su visita) y en la carta pedía tener una larga conversación con la madre, a quien consideraba la mentora espiritual de la niña, con objeto de preparar lo que la madre María Engracia había denominado -con el insoportable talento de las monjas para el eufemismo- «el cumplimiento del cuarto mandamiento», que a Violeta, «pobrecilla», sin culpa, las circunstancias le impedían cumplir. Mi padre se había presentado de improviso a mediados de noviembre, un domingo por la tarde, en el colegio, y nadie le había visto. Sólo la hermana portera, que era de Ávila y que nunca hablaba, para no mentir. La madre María Engracia -contó mi madre- tenía a gala hacerse cargo de las dos partes del asunto, tanto por el bien de Violeta como por el bien de las dos partes. Mi madre dijo que la palabra «bien» y sus sinónimos le habían sonado, a través del teléfono, como un abejorro persistente que siempre amenaza y nunca llega a venírseles encima. El bien del padre, el bien de la madre, el bien de la familia. A golpe de bien y de consideraciones acerca de la voluntad de Dios y la mano izquierda de Dios, había ido la madre María Engracia soslayando el hecho de su inoportuna mediación: era obvio -le parecía a mi madre- que, haciendo así las cosas, las voluntades que se habían tenido en cuenta eran la de mi padre y la de la propia madre María Engracia. Y aquí mi madre añadió que le sorprendía mucho que Violeta no le hubiera hablado por lo menos a ella o a mí de sus planes para pasar las navidades con su padre. Entonces yo dije lo que pensaba, pero que, al carecer de fundamento, sólo era un juicio temerario: «A mí no me extraña lo más mínimo. La han malmetido entre los dos. Él es un tipejo y ella otra tipeja. Le han calentado la cabeza con que si nosotras la tenemos presa aquí. Están contra nosotras...» Creí que mi madre iba a estar de acuerdo, pero salió una vez más con lo de siempre: que mi padre estaba en su derecho y que lo único que había en todo caso era el mal estilo de no haberlo hablado con nosotras, cosa que mi madre comprendía, porque tanto para mi padre como para la madre María Engracia, como para la propia Violeta, proponerse algo tan notable repentinamente tenía que resultar embarazoso. Quise hacerle ver la malignidad de mi padre, su maldad, su voluntad de herirnos a las dos. Pero fue en vano. Aquella noche la ira me sirvió de adormidera como un anestésico de la melancolía que empezó al día siguiente cuando recibí carta de Violeta: «Perdona que me haya ido así sin más. Pero no sabía cómo hacer. Te ibas tú a enfadar y mamá no sé lo que diría. Y quería que papá viese que, conmigo por lo menos, siempre podrá contar pase lo que pase. Porque lo que no podía era pasar estas

navidades como otras, sabiendo como sé lo de papá. Era imposible, compréndelo tú misma. Y la madre María Engracia además dijo que lo mejor hacerlo, y luego hablarlo, y que ella lo hablaría con mamá. En estas fiestas navideñas, que son las fiestas del nacimiento de Dios Nuestro Señor, y de la caridad y del amor a nuestros semejantes y parientes -dijo la madre María Engracia- y máxime tratándose de un padre y llevándonos bien, bastante bien, nosotros, o sea él y yo, de no acompañarle, a juicio de ella, de la madre María Engracia, era un contradiós, es lo que dijo. Y que en conciencia estaba ella, si hacía falta, dispuesta a ir a hablar con el señor obispo, que no sé qué tenía que ver aquí el obispo... Cuando quieras recordar ya he vuelto. Estamos en San Sebastián, viviendo en un hotel, con tejados de pizarra estilo inglés, dice papá. Y todo a juego, el comedor, los salones y los dormitorios, todo a base de rectángulos, de cuadrados y de rombos. Un gusto -papá dice- de antes de la guerra. Y también me alegro de no estar estas navidades en casa por Tomás, ya sabes. Papá dice que cuando vuelva le diga yo a mamá que así van a ser las principales vacaciones. Y a mí también me gustaría. Según veas se lo dices, o lo hablamos nosotras dos primero, cuando yo vuelva, el siete de enero. Recuerdos a todos de parte de papá, y un beso especial te manda a ti, para que no te pongas contra él. Eso es lo que le duele lo que más y a mí también. Un beso mío con todo mi cariño.»

Recuerdo aquellas navidades como un malestar que no aliviaba ninguna distracción. Ni siquiera las conversaciones largas y detenidas que tuve con mi madre -y que siempre, hasta la fecha, me habían sosegado-, podían entonces sosegarme, porque el malestar -como aprendí después, años después, leyendo a Kierkegaard- era simplemente angustia que coincide con todo lo que somos e impregna todo lo que vemos y sentimos, todos los utensilios y significados, de tal suerte que cualquier cosa, por mínima que sea, revoca la decisión que tomamos de no dar más vueltas al asunto y aceptarlo como es. Cuanto más pensaba en Violeta y en mi padre y más navideña se volvía nuestra casa a medida que se acercaba el veinticinco de diciembre, el veintiocho de diciembre, la noche de Año Viejo, y el amanecer de Año Nuevo, San Silvestre, más insoportable me resultaba no tener a Violeta en casa. Al faltar Violeta me faltaba todo lo demás, por mucho que tuviese -y que conste que era mucho, siempre lo había sido- poder sentarme a hablarlo todo ello con mi madre mientras se hacía la cara. Se me saltaban las lágrimas y no podía consolarme ni siquiera sabiendo que Violeta regresaría -e incluso sinceramente dichosa de volver- con nosotros el siete de enero. Casi la única frase de mi madre, casi su única preocupación, estaba en una frase que repitió muchas veces esos días: «Tienes que no

preguntarle nada, ni siquiera preguntarle nada, porque tienes que querer, es obligatorio que sientas y que quieras y que creas que Violeta ha hecho lo que cree que debe hacer, y que irse de casa a pasar las navidades con su padre no significa que nos quiera menos a nosotros.» Y esta misma frase volvía a salir, abreviada o alargada, inmóvil el significado: «Tienes que no sentir tristeza, tienes obligación de no sentir la menor pena, a pesar de la tristeza que sientes al echarla en falta. Echarla de menos tiene que no contener ningún reproche, tiene que no volverse nunca lo contrario del cariño.» Y como yo no podía sosegar, no podía parar quieta, no quería divertirme, ni reírme cuando Tom Bilffinger se disfrazó de Papá Noel, chapurreando en castellano felicitaciones navideñas. Ni cuando Fernandito y Tom (que se habían estudiado unas cancioncitas navideñas que solían cantarse, según Tom, en las balleneras cuando caía el veintiocho de diciembre en alta mar) disfrutar oyéndoles. Y cuando Fräulein Hannah cantó sola delante del abeto iluminado, que era un verdadero abeto del jardín de tía Lucía, «*O Tannenbaum. O Tannenbaum. Wie treu sind deine Blätter...*», el trémolo de la voz me hizo a mí llorar. Nunca jamás había llorado así hasta aquellas navidades. Lo ocurrido tenía un interior donde resultaba natural y comprensible y casi alegre. O por lo menos nada entristecedor. Pero yo no podía entrar ahí. Yo estaba fuera y Violeta estaba fuera a su vez de mí, en el interior de su interior sin mí, acordándose de mí quizá, seguro que se acordaba mucho de nosotros, pero sin nosotros. Un poeta que conocí años más tarde, cuya amistad me alegra y me honra todavía, me sorprendió en una ocasión con una estrofa que trajo de inmediato a mi memoria aquellas navidades y aquel San Sebastián de la carta de Violeta, aquel hotel blanco y aquella playa que no se parecía a nuestra playa: «Nunca creí que hubiera otras ciudades, gentes como nosotros ajenas a nosotros, aquel invierno todo pareció mucho menor y más íntimo, miles de sentimientos que se ahogaban en un vaso de agua.» Hicimos todo igual y no era igual aquellas navidades. Y me daba pena ver a Rufus quedarse dormido en medio del sofá, tendido cuan largo era, a excepción de la cabeza, que no reposaba en el cojín, sino que, erguida, tenía ese aire alerta, algo distante, de la cabeza de una persona ya de edad que, acunada por la charla familiar, se abandona a una serena somnolencia, no obstante lo cual mantiene erguida la cabeza para indicar que sigue la conversación en líneas generales aunque entrecierre de vez en cuando los dos ojos para oír mejor y descansar la vista. Rufus añadía a este perfil común, a cualquier ordinaria cabezada en una sobremesa, una nota de elegante suspensión de todo juicio, por cuya virtud indicaba que, en aquel preciso instante, había suspendido toda opinión y todo juicio acerca de la existencia de las cosas, además de cualquier clase de urgencia. Se dejaba dulcificar por una leve siesta Rufus, sin perder la compostura ni siquiera en sueños. Por eso se

sabía que era Rufus un gato noble y todo un caballero... E incluso pasear con tía Lucía después de la comida hasta las cinco y media o seis me daba pena, porque me acordaba de Violeta. Y eso que aquellas navidades fueron los paseos (sin excepción) todos magníficos, porque se venían con nosotras Tom y Fernandito, y tía Lucía no parecía estar tan ida ni tan melancólicamente locuaz como cuando paseábamos lentamente las dos solas. Estaba, al contrario, en plena forma, y planeando ya la exaltación del fuego nuevo en lo alto del torreón, en la madrugada del primer día de Año Nuevo. Y Tom -a media lengua- echaba al fuego aquel, verbal, de tía Lucía, alegre y claro, la gran leña vikinga de sus antepasados, procedentes de la Alta Escandinavia, que habían bajado envueltos en pieles hasta las narices por todo el Báltico, teniendo que ir a proa dos y hasta tres marineros provistos de rompehielos y de largas picas para que la embarcación no se atascara y congelara, que fue así, barcaza tras barcaza, indiferentes al verano y al invierno, como fundaron Könisberg y bastantes más ciudades, en manos ahora, por desgracia, de los rusos. Cosa que era -yo supongo- tan espléndida como dudosamente histórica, pero que, a ojos vista, sorbía el seso a Fernandito y nos encantaba a los demás. Pero no recuerdo sobre todo lo gracioso, sino sobre todo la belleza del paisaje invernal de la isla entera, y de la mar verdosa y negra y de las cárcavas donde explotaban sin romper las olas más tendidas y más largas tras montuosas embestidas, explotando redondas en los cuévanos, dejando retumbos, zambombazos intensos bajo nuestros pies y por el aire, en la memoria, en la conciencia, todo el tiempo a la vez, todo el pasado y el futuro, nuestra vida. Pero no, ni siquiera la belleza del paisaje sólo, sino la belleza que no era ya el paisaje sino el esplendor del tiempo, el resplandor del mundo, las luminosas florecitas insignificantes que carecen de nombre y que se pisan al pasar, cuya corola es azul y son, en medio, los pistilos amarillos, el musgo, el invierno secreto, todo me hacía suspirar porque me acordaba de Violeta. Cosa, por cierto, que era prueba de lo falsa que yo era: la demostración de hasta qué punto era mi tristeza insustancial aquellos días venía de que nada en el paisaje o en los paseos que dábamos los cuatro evocaba nada propio de Violeta. Violeta aborrecía pasearse, y muy especialmente aquellas paseatas que dirigía tía Lucía, tan tardígradas, con súbitas paradas y sentadas y parrafadas y gansadas que irritaban a Violeta, que las llamaba, así, en plural, «los pierdetiempos», por analogía con los pasatiempos, los crucigramas y los jeroglíficos y el Damero Maldito de *La Codorniz*, que hacíamos las dos cuando llovía y no escampaba en todo un sábado y domingo y había a la fuerza que quedarse en casa. Tan llorosa debía de estar, a pesar de procurar no demostrarlo, que un día, en enero ya, un par de días antes del regreso de Violeta, que no regresó hasta el ocho, me encontró Tom sentada sola en la sala del torreón,

esperando a los demás. Tom entró con su gorra de visera calada ya hasta las orejas y sus botas fuertes de media caña, que él usaba con suela de goma con muchísimo dibujo para nunca resbalar. Y no le vi llegar, no le sentí llegar hasta que se sentó junto a mí en el sofá donde yo estaba y dijo: «*Don't be sad, my pretty. It will pass the sorrow...*» Y viendo que yo no le miraba, porque no quería que viera que lloraba una vez más, añadió: «*Boys are just stupid. Don't cry*», porque se conoce que pensó que estaba yo llorosa por un chico, cosa que ni entonces ni después, ni nunca, estuve. Y yo dije: «Es que no es eso Tom, es que mi deber es alegrarme, y no me alegro de que Violeta, que está porque quiere con su padre, o sea mi padre, no esté aquí. Me da pena aunque no quiera que me dé. Y no puedo cumplir con el deber de no estar triste, ni con el deber de sentir lo que debiera.»

Fue una suerte que me encontrara Tom llorosa, porque al tratar él de consolarme y tratar yo de que me consolaran sus consuelos, dio media vuelta la melancolía y, de un brinco, salté del interior de la tristeza al exterior representado por las graciosas frases que Tom decía en inglés. Tom hizo que me sintiera *lovely* y *pretty*, y por lo tanto embellecida y con ganas de parecerle bien. Era un reactivo muy sencillo que en aquella ocasión cambió mi humor y dirigió mi atención hacia Tom mismo, cuya presencia entre nosotros era, al fin y al cabo, mucho más sorprendente que el que Violeta hubiese pasado quince días con su padre. Al bajar tía Lucía y verles juntos a Tom y a ella, me di cuenta por primera vez de lo incapaz que yo había sido hasta ese instante de observar a los demás sin impregnarles -al hacerlo- de mis propios sentimientos y deseos. De la misma manera que no había podido pensar en la ausencia de Violeta sin entristecerme (es decir: sin consultar inconscientemente lo que yo quería que Violeta fuese o hiciese en aquel momento de mi vida), tampoco había sido capaz de ver a Tom Bilffinger sin los sentimientos previamente definidos y, por decirlo de algún modo, autorizados que correspondían a la imagen de Tom perpetuamente pendiente de tía Lucía, como si ese estar pendiente agotara todo el ser de Tom. De pronto vi que Tom había adelgazado y se había mermado. Había envejecido y su cara rubicunda era menos rojiza y más terrosa, más agrietada. Al verles juntos a los dos, me pareció también más vieja y frágil tía Lucía, menos aventurera y segura de sí misma, y más coherente con los soliloquios fantasmagóricos de sus paseos conmigo. Y vi también a Tom más inclinado hacia ella, con más solicitud, como si realmente estuviese allí para cuidarla o protegerla de sí misma. Lo curioso era que percibir la solicitud de Tom me servía para percibirle por primera vez con claridad como una persona independiente de tía Lucía y de los sentimientos y emociones automáticamente

asociadas por mí con tía Lucía. Darle cuenta de todo esto, que aunque suene ahora trivial fue para mí en aquel momento como penetrar en un territorio nunca imaginado e incalculable, hizo que desatendiera a mi hermana y a los sentimientos inspirados por su ausencia. Fue aquella ocurrencia un fogonazo que introdujo a Tom y tía Lucía en el apartado de los asuntos aún pendientes, sacándolos por lo tanto de ese extrañamente inmóvil territorio que tenían en mi conciencia las personas o los sentimientos o las cosas que consideraba yo resueltas y archivadas. No era mucho -era incluso inconfesable o risible-, pero era mucho más de lo que yo había sido capaz de hacer con tía Lucía y Tom hasta la fecha. Y toda esta elucubración velocísima era un cambio de atención, y por consiguiente de humor.

Cuando Violeta regresó a los pocos días, la alegría explosiva de mi recibimiento era sincera. ¡Iba a ser estupendo charlar de nuevo con Violeta de cama a cama, como siempre! Se presentó en casa el día ocho de enero acompañada por la hermana de mi padre, tía Teresa. Y tía Teresa era en sí misma un personaje de tal porte que, incluso si mis sentimientos y mi humor no hubiesen ya cambiado, hubiera servido para concentrar toda mi atención. Fue un personaje nuevo, conocido para Fernandito y para mí sólo de oídas, que se quedó a almorzar y se fue luego. Era la hermana mayor de mi padre, soltera, que vivía en Pedraja todo el año y se ocupaba de las fincas. Tía Teresa fue quien trajo a Violeta en su Citroën negro. No se puede negar que tía Teresa -con independencia de su relación con mi padre- era un personaje singular cuya notabilidad saltaba a la vista y se convertía en un imán que capturaba toda la atención sólo con estar sentada en el comedor, a la derecha de mi madre, en una silla. Nos pareció descomunal. Hubo, de hecho, que traerle una silla sin brazos del vestíbulo, donde nadie nunca se sentaba. Y aun así, una vez que se sentó, se vio que aún, para acomodarse, faltaba media silla. Sentada, aquella tía Teresa que nunca habíamos visto resultaba bastante más alta que de pie. Cosa misteriosa y extraordinariamente cómica que siguió haciéndonos reír, a Fernandito, a Violeta y a mí, durante días. El ombligo le llegaba a la altura de la mesa. Iba peinada con una especie de gran moño, negro, como un pan o una almohadilla en el cogote, cubierto el resto de la cabeza, como una tienda de campaña, con una boina colorada. Pero no de requeté ni del todo colorada por igual, sino como a corros, desteñida, y tirando hacia el marrón, a consecuencia, tal vez, de la luz de nuestro comedor. Contemplamos absortos el alto busto de tía Teresa dentro del grueso jersey, dentro del enorme chaquetón que no quiso quitarse porque tenía -dijo- la petaca, las llaves, y papeles que tramitar en San Román. Una necesidad que a todos, sin embargo, nos pareció la más perfecta justificación. Se parecía de cara muchísimo a mi padre, sólo que a una escala tres

veces mayor. Habló poco y comió mucho, se bebió casi ella sola una botella de Cune de tres cuartos, a consecuencia de lo cual enrojeció. Pero todas estas características no eran nada comparadas con el simple hecho de su presencia allí como acompañante de mi hermana. De pronto, Pedraja y todo el lado paterno de nuestra familia surgieron en medio de nosotros, no sé si como un obstáculo insalvable o, por el contrario, como el premio gordo de una lotería, o sólo (y quizá más absurdamente) como un ser, un poder, que una vez impuesto no podía ser depuesto u olvidado por las buenas. Era curioso que mi madre y tía Lucía se dirigieran a ella igual las dos con un incongruente diminutivo de su nombre propio: «Teresita esto, Teresita lo otro», decían. Y la verdad es que hacía falta poco menos que cerrar los ojos al oírlo para no echarse a reír. Quizá tía Teresa fue «Teresita» alguna vez, de niña -yo pensaba-, pero llamarla «Teresita» ahora daba risa. Ella a su vez aludía a mi padre siempre mediante el estúpido diminutivo de «Nandín»: «Nandín se empeñó que la trajera yo en vez de en tren. Cosa que, bueno... no me importa, porque tengo en San Román que hacer. Pero Nandín se cree que todo el mundo es un jarrón de porcelana china, que no puede transportarse sin cascarse. Le dije yo: "Nandín, la nena puede ir sola. Y no es que no la quiera a mi sobrina yo. Yo la quiero. Sólo que no hay porqué si no hay porqué", es lo que le dije yo a Nandín.» Y esto vino a ser casi lo único que dijo. Violeta contó luego que hubiera preferido venirse andando de Pedraja a San Román, en vez de espachurrada contra la portezuela del Citroën. Tía Teresa acelerando en cada curva y dando gritos a la gente que al cruzar los pueblos pasaba andando, o en carro, o en bicicleta o como fuese. Violeta contó que todo el mundo daba la impresión de estar de sobra y ser, a más de mil metros, un estorbo para tía Teresa y su Citroën, que formaban -contó Violeta- un solo bloque a cien por hora.

Iba tía Teresa por secciones. A causa quizá de habersele quedado un poco corto el cuello, su atención era tan rotunda como su volumen. No saltaba de una actividad a otra o de un asunto a otro: durante la comida habló muy poco y comió muy bien, apreciando todo mucho. A la sobremesa fueron las vacas, «que se implan -aseguró-, si te descuidas, con la alfalfa fresca» y las dificultades del maíz. Después de comer, en vez de una tacita de café, se tomó una taza grande de café con leche. Tras lo cual, y advirtiéndonos que sólo podía quedarse con nosotros una hora, concentró en nosotros su atención. Fernandito dijo luego que había tenido, en un momento dado, sensación como de ahogo: tan férreamente sujetos nos sostuvo tía Teresa en su presencia y ante su atención aquella tarde. Creo recordar que la primera sobrecogedora frase de tía Teresa fue: «Ahora creo que ya / bien que lo siento, porque el campo es lo que tiene, que no paras / tendremos que vernos más ahora / que parece que seguimos / eso parece / lo que

dejasteis a la mitad vosotros dos / y no es que lo sienta, no es que no me guste. / Es que, si además de las personas / encima tienes al *ganao* / lo que no se tiene es ni un minuto...» Mi madre se echó a reír de buena gana, gracias a eso entendimos nosotros tres lo que quería decir, y quizá decía expresamente, tía Teresa.

—Lo que quieres decir -dijo por fin mi madre-, Teresita, es que ahora vas a venir de vez en cuando a vernos, intercalándonos, por así decir, con el ganado.

—¡Justo!

—Pues nos encanta, es una cosa que realmente nos encanta, verte.

—Lo que no veo es por qué te encanta tanto, es un trajín venir, si vengo es un trajín, si venís es un trajín, es un trajín de todos modos. Y que conste que a las seis estoy lavada ya y vestida, y desayunando en la cocina los trescientos sesenta y cinco días del año.

Y Fernandito intercaló -aunque no dirigiéndose exactamente a tía Teresa, sino de alguna manera a nadie en particular, como si hablara a la invisible audiencia de un teatro:

—Lo que yo digo es que a las seis la mitad del año es noche ciega. A esas horas no se tiene que hacer nada. ¡Como no se ve, no se puede aunque se quiera!

Yo no pude menos que decir:

—Para eso está la luz, niño idiota, para que cuando te levantes a las seis la enciendas y termines los deberes que te quedan por hacer.

—Ella, a su edad, no creo que deberes tenga que hacer muchos -respondió Fernandito.

Creí, no conociéndola, que tía Teresa intervendría en este aparte, enumerando quizá -o negándose a enumerar- los deberes que hacía en Pedraja desde las seis de la mañana. Pero tía Teresa no sólo no oía de aquel lado, el del oído izquierdo, sino que ni siquiera, de habernos oído, hubiese prestado la más mínima atención: ella era *toda* la atención, el objeto, el sujeto, y hasta la propia intensidad de la atención con que todos la atendíamos. Más tarde aprendí a reconocer los preludios aquellos: como si se asegurara firmemente con ambos pies en tierra antes de arrancarse y dar el salto:

—Como los años se pasan y se pasan, cuando quieres recordar, ¡Pateta, que te lleva! y te están rezando los rosarios, ya ves tú, como no hagas por verte, es que no te ves. Con el lechero, con el huevero y con el panadero es con quienes te ves, con éstos, y cuando anochece estoy rendida. Y así se nos han pasado a dos familias a la vez dieciséis años. Como se te pasa media tarde y ya es de noche.

—Que es que veinte años no es nada, Teresita -dijo tía Lucía-, ya lo dice el tango.

Pero el tango no era un tema que interesara a tía Teresa. Lo que quería

hacernos ver era que -no obstante ser un trajín incomodísimo tener que, a partir de ahora, venir a vernos, o que nosotros fuéramos a verla- era una obligación y era una lata, pero una cosa que pensaba hacer aunque sólo fuese además por cambiar de aires y no pasarse el día entero en la marranera de hoz y coz, con que si me come o no me come el cerdo bien el pienso compuesto nuevo que se les echa ahora, «por lo menos yo», para completar bien el engorde. Tía Lucía y mi madre se reían. Ninguno de nosotros tres, en cambio, se reía, porque el mejunje aquel de la marranera y la persona, combinado con no saber quién era Pateta, era demasiado. Ni siquiera Violeta, que había tenido en realidad más trato con tía Teresa en aquel viaje en el Citroën, supo decirnos, cuando se fue, de qué habló durante todo el tiempo sin parar ni de qué se reían, ni qué gracia le reían tía Lucía y mi madre. La última frase que dijo antes de irse en el Citroën fue a mi madre, a quien todos rodeábamos: «No se puede, mira, hacer lo que se ha estado haciendo aquí entre vosotras y nosotros. Todo porque Fernando y tú no os lleváis. ¿Qué más da que no os llevéis? Da igual. Ahora nos vamos a llevar, porque lo digo yo y además porque es así.» Dicho lo cual, arrancó de un estrincón, y creímos que al llegar al puente iban a irse de cabeza a la barranca tía Teresa y el Citroën, porque, desde donde estábamos al menos, no daba señales de enfilarse el puente.

La cosa quedó ahí, lo mismo que quedó el viaje de Violeta con mi padre sin relatos y aparentemente también sin consecuencias, suspendido y sin calificar entre nosotros. Porque eso fue lo que faltó a partir de entonces en ciertos asuntos referentes a Violeta o donde interveníamos Violeta y yo. Ninguna de las dos -al comentarlo más tarde- decíamos nunca: bien, o mal. Pero no era porque evitáramos juzgar para no ser juzgadas. Lo omitido no era el juicio que, sin duda, cada una de las dos hacía para su capote. Lo omitido ahora era el enunciado del juicio que hasta entonces siempre nos habíamos recreado intercambiando.

Mi madre, en cambio, sé que habló de todo ello con la naturalidad con que ahora se hablaba en la mesa, con cualquier motivo, de mi padre y de su visita. Yo pregunté por qué, en el pasado, dejaron de verse tía Teresa y ella.

—Sencillamente, al irse tu padre, se interrumpió la relación y pasamos a otra cosa. Era otra cosa. Ya no había relación. No es que no nos quisiéramos ver. No se trataba de querer o no querer. Se trataba de dejarlo ir. Fue lo mismo con tu padre. Los dos lo dejamos. Nos dejamos ir. Sin consecuencias. Desinteresados. Civilizadamente. Quedamos como amigos...

—Será así -dijo yo- si tú lo dices. Quizá mi padre lo pensaba entonces, cuando yo era pequeña. Pero ahora no es igual, ni parecido. Ahora se ha puesto en contra nuestra, viene con exigencias, reclamando es como viene...

Mi madre no me miraba. Fruncía el ceño. Y lo dejé, por miedo a descubrir que lo que había en el fondo de toda aquella aparente facilidad y flexibilidad de la separación de mis padres era, para mi madre, la angustia ante la culpa. Yo sentía amargura por haber dejado ya Violeta y yo de ser niñas y de querernos como niñas. La cuestión ahora estaba situada a una gran distancia, en el futuro. Al final quizá de nuestras vidas. Consistía en saber hasta qué punto creía Violeta, y creía yo, que valía la pena transformar nuestro espontáneo cariño infantil en un afecto duradero.

Ahora era mi madre quien ocupaba el papel sobresaltante, con frecuencia imprevisible, que había desempeñado durante tantos años tía Lucía mientras mi madre ocupaba el fondo. Tía Lucía era una mujer extraordinariamente distinguida a sus cincuenta y ocho, un rostro delicadísimo pero quizá en exceso demacrado y tirante para resultar hermoso. Mi madre, en cambio, sin cambiar apenas sus costumbres salvo en eso del paseo diario, tenía ahora, a sus cincuenta y dos, una renovada plenitud, una belleza radiante que recordaba la de sus fotografías juveniles. Estaba liberada gracias a Fräulein Hannah del peso de las responsabilidades domésticas. El dibujo y la pintura era como si revirtieran iluminando al sujeto, a la pintora misma. Ahora hablábamos de Gabriel y de sus años con Gabriel con la viveza con que se habla de alguien que realmente acabamos de conocer y que pudiera presentarse en cualquier momento de nuevo ante nosotros. Así, ahora podía mi madre detenerse súbitamente para hacer notar que la visión, el acto de ver las cosas, es una de las acciones más rápidas que existen. Decía: «Fíjate, vamos a hacer este experimento: cierra los ojos, y cuando yo te diga "Ahora", vuelve a abrirlos.» Así lo hacía yo, y mi madre, al cabo de unos segundos, decía «¡Ahora!», dando una pequeña palmada. Y luego preguntaba: «Di lo que has visto al abrir los ojos.» «Todo, mamá, lo he visto a la vez todo», porque sabía que ésa era la respuesta, la que da Leonardo por lo menos, a quien Gabriel debió de parafrasear con frecuencia. Y mi madre decía: «¿Ah, sí, estás segura? ¿No es todo un poco demasiado? ¿Cuántas cosas hay en ese todo? ¿Podrías contarlas? Un todo que no tuviera partes no sería un todo, sería un bolo, un uno, un pelotón. ¿O no?» «Al abrir los ojos digo que veo todo, y quiero decir que veo», contestaba yo dócilmente, «infinitas formas en un solo instante, pero captar con propiedad, con exactitud, capturar en el sentido de que puedes dar detalles, sólo captamos en cada momento una cosa: la infinitud es sucesiva, tan pronto como se trata de dar cuenta eficaz de su captura.» Y mi madre respondía alegremente: «Y que lo digas. Y lo pesadísimo que Gabriel solía ponerse. De los tres hermanos tú eres la que más me recuerdas a Gabriel, como si al pensar en Gabriel mientras te estaba esperando algo de lo que pensaba

se te hubiera colado a ti misma por el cordón umbilical. Tú te pareces a Gabriel en la pasión por los detalles, y en el orden riguroso con que inmediatamente los organizas al dibujar cualquier cosa.» «¡Pero mamá, si no sé dibujar!» «Eso es lo malo, que no sabes dibujar y en cambio sí que sabes hablar. Hablar es la manera más segura de desfigurar todas las cosas.» «Exageración, mamá. Cuéntame, ¿Gabriel cómo era? Las caras que ponía, cuéntame.» «Es imposible decir Gabriel cómo era. No creas que era simpático, era bastante antipático. Yo le decía a lo mejor: "Todo el tiempo me gustaría estar aquí sentada, viendo cómo dibujas", y Gabriel respondía: "Pesadez. Acabaría medio lelo a fuerza de tanto ser mirado. Nosotros somos los que miran, no los mirados, mirado es todo lo demás, no nosotros", eso decía.» Y yo, para tirarla de la lengua, decía: «Mamá, sí que era raro Gabriel.» Y mi madre: «¿Qué iba a ser? Decía, para que veas: "Mientras se está solo, pintando o dibujando las cosas, se es sinceramente uno mismo, pero ¡ay de ti como dejes que se siente contigo otra persona, una persona que no dibuje y que no pinte como tú estás dibujando y pintando! Por mucho que la quieras, ay de ti. Acabáis hablando de lo primero que se tercie, tonterías, dejarás de escribir o de pintar. Os volveréis un matrimonio." Era una persona autoritaria, desde luego, no era fácil de llevar, era mandón.» Este tipo de cosas solía decírlas mi madre en una de sus súbitas paradas, equivalentes a las que años atrás hacía tía Lucía, entre zancada y zancada, para ponerse a hablar de los fantasmas. Entonces arrancaba como si fuese a encontrarse con Gabriel o quisiese huir de él tras evocarle con tantísima vehemencia. En una de esas ocasiones -a raíz del relato de una de las desdeñosas referencias que por lo visto hacía Gabriel al matrimonio- yo intercalé que Gabriel quería estar enteramente solo, sin mujeres, para ser enteramente él mismo. Debí de poner un acento cínico, debió de sonar a oídos de mi madre horriblemente vulgar y mordaz, porque se paró en seco y dijo: «Perdona, pero estás equivocada, soy yo quien exagero y desfiguro todo. Gabriel no era un creído ni un egoísta, ni un diletante, nada de eso. Era una persona paciente, un hombre muy humilde, aunque no de humilde extracción. Se enamoró de mí e hizo que yo me enamorara de él por ser humilde. Su humildad me volvió maravillosa a mí y volvía continuamente maravilloso y brillante, nítidamente dibujado, ponderado y calculado, el mundo. Él se hubiera quedado conmigo, como, de hecho, se quedó después con su mujer, a quien no amaba. Sentía compasión por ella, eso fue todo, que ella le necesitara sirvió de cebo para que volviera, aunque realmente no la amaba a ella sino a mí. Pero fui yo quien le echó.» «Perdona, mamá, pero eso no fue así. Esto lo has contado otras veces y no fue así.» «Porque lo contaba mal adrede, siempre conté que lo dejamos porque él estaba casado y los dos lo decidimos: respetar el matrimonio. Pero es falso. Él no quiso. No quería. Nunca quiso dejarme. Y yo le

amaba. ¡Porque le amaba, por eso le eché!» «Entonces lo mismo que a papá.» «¡Qué va! Tu padre y yo ni nos echamos ni nos reunimos, fue una coincidencia que duró lo que duró, los dos lo dejamos por pura y simple indiferencia.» «Francamente, no lo entiendo», dije yo, pero no quise seguir, todo era demasiado serio en realidad. ¿Qué quería decir mi madre al decirme a mí que perdió a Gabriel precisamente porque le amaba, y no -como siempre había creído yo- aceptar la mala suerte y el convencional matrimonio de Gabriel? No me atrevía a añadir nada, y fue mi madre quien añadió: «Me consta que Gabriel vive aún, y que por desgracia todavía me querrá. Yo soy la que no le quiere ya, afortunadamente. Y de eso se trataba: de dejar de amarle, a cualquier precio. Eso fue lo que quise y eso fue lo que logré: después de tantos años, acordarme de él sin sentir por él ni siquiera curiosidad. Sólo la admiración que se siente por un gran artista cuyos cuadros una admira. No hay ya nada personal, ya no le amo.» Y esta brusca e insistente repetición y variación de todo aquel asunto de Gabriel que siempre estuvo presente en casa, me pareció que no podía ser casual o simple consecuencia de un sentirse más entonada y más guapa en su rejuvenecimiento de la cincuentena. Tenía que haber ahí un fondo indecible que sólo mediante la negación podía ser indicado.

Recuerdo que aquel segundo trimestre -como el aliviadero de un estanque- me entró la vulgar gana de vivir haciendo juego con la primavera. Tenía diecisiete años, ¡y cuánto me distrajo el simple intento de satisfacer aquellas ganas de vivir, qué lejos me llevó de todo lo anterior aquel sentimiento de bienestar que da la despreocupación, la primera juventud! De pronto el colegio se me hacía pequeño, y nuestra casa y la de tía Lucía, y tía Lucía y Tom y mi madre y Fernandito y Violeta... todos me parecía que estaban ya muy vistos: atrases que uno deja atrás, que uno quiere y deja atrás. Sentía alegría de vivir y el optimismo que, casi sin forzar, acompañaba a ese sentimiento y que automáticamente volvió insignificantes e inmaduras mis melancolías por la ausencia de Violeta o mi fascinación por tía Lucía y mi madre. Aquello, desde luego, estaba bien. Estaba ahí sobre todo. No podía perderse, y por lo tanto no tenía yo que custodiarlo o que cuidarlo. Se cuidaba por sí solo. Ahora había novedades, grandes novedades en San Román y en otros sitios y en Letona mismo. Ahora se hacían planes y me venían a buscar o iba yo a buscar, en bicicleta o en tren los fines de semana, a conocidos o conocidas quizá de un guateque de la semana pasada, y que hablaban constantemente de los planes para el próximo verano: no pensábamos movernos de la provincia y no pensábamos parar. Igual que me había sobrecogido la tristeza (que implicaba un elogio de la profundidad y de la permanencia), me sobrecogía ahora un sentimiento de prisa

y de alegría que se gloriaba en las superficies de las caras por igual de conocidos y desconocidos. También yo misma era una cara igual que las demás, tan guapa como todas las demás. Intrépida y vulgar, resuelta a ser llevada por más chicos que nadie a más sitios que nadie, a bailar más bailes con todos y con todas que ninguno. Me sentía muy guapa y dispuesta a llevar la contraria a todo el mundo, dispuesta a ser la encarnación de la perfidia, aunque no a la manera de la Rita Hayworth, sino a la manera bulliciosa de Gina Lollobrigida. Era la edad del pavo, lo sabía, y pensaba ser yo la perfecta pava real hasta que lo dejara y sentara la cabeza. Nunca hasta entonces había empleado la expresión aquella: sentar cabeza no era un concepto que se usara en casa. Presuponía que se iba a ser jovencísima de joven y después noviecísima de un novio y después madrecísima y esposa ejemplar de un hombre con un predicamento en la provincia. Bien un hombre rico o uno en situación de hacer dinero, un alguien. Pero en casa nadie hablaba así, ni pensaba nadie en semejante cosa: tía Lucía lo englobaba todo ello en lo que se hablaba -según ella- en las conversaciones de las señoras que se instalaban *in that common beach* a hablar de trapos o de novios de las hijas. Era todo tan remoto que no llegaba ni siquiera a criticarse en casa. Por eso, que yo pudiera convertirme en una chica casadera para las madres de Vitorio y Óscar y los demás era tan sumamente inverosímil que me esforzaba por aprender ese papel. Y todo ello sucedía siempre afuera, en confidencias de chicos o de chicas que apenas conocía, a quienes creía amar y deseaba fascinar. Como dijo de repente un chico rubio, un tal Álvaro: «Tu interés por mí dura lo que dura este pitillo.» Y fue verdad, porque hablé con él excitadamente durante los dos o tres pitillos que fumó según entró en el guateque de la hermana pequeña de Vitorio, la Marieta, que tenían una casa grande en la playa de detrás de San Román, bastante buena y poco frecuentada. Fue verdad que le olvidé, porque quería yo bailar la yenka todo alrededor del comedor de los padres de Vitorio, que habían desalojado hasta la mesa y hasta las sillas y hasta el gran aparador inamovible que, según contaron, heredaron al casarse ella con él.

Aquella tarde no llovía. Era una tarde sedosa, la tranquilidad del mar se contagiaba a todo, incluso yo había cambiado mi casi continua desazón de los últimos años por una melancolía pacífica, a imitación del mar oleaginoso. No tenía gana de meterme en casa, ni de leer, ni de repasar los apuntes, ni de hablar con nadie. Oí pasos a mi espalda y apresuré yo misma un poco el paso para dar a entender que no deseaba hablar con nadie. Enseguida tuve a Tom a mi derecha. Tuvo que reducir su propio paso para ajustarse al mío.

—Ya veo, habéis empezado ya las clases. Interesante el libro ese que llevas. ¿De verdad leéis en clase ya el *Parménides*?

—No lo he leído, sólo lo he comprado.

Me sorprendió que Tom, en lugar de proseguir la conversación, caminase junto a mí en silencio, sin decir nada. Parecía más extranjero cuando se callaba y caminaba pensativo que cuando hablaba, a pesar del acento. Al hablar eran inmediatamente asequibles los gestos. Pensé de pronto que siempre había sido asequible Tom. Durante años y años no lo supe, porque nunca había pensado en él por separado.

Los dos habíamos acortado el paso, los dos nos detuvimos casi a la vez al llegar al mirador, donde mi padre y yo tuvimos la borrascosa escena: aquella escena, codificada ya y repetida sin apenas variaciones, reapareció ahora quizá para indicar la diferencia entre los dos hombres: Tom era mucho mayor que mi padre. Nunca hasta aquel día pensé en un Tom pensativo y callado.

—¿Sabes, Tom? Últimamente pienso en ti sin tía Lucía. Antes siempre pensaba en vosotros dos sin separaros, una pareja inseparable...

—Somos una pareja inseparable -dijo, como quien hace notar la temperatura o la presión atmosférica.

—Ya. Soy yo la que sin saber por qué pienso en cada uno de vosotros por separado y no en los dos juntos como antes.

—Con eso salgo yo perjudicado, *meine Liebe*, figurar en tu corazón y en tu cabeza sin tía Lucía me desluce a mí.

—Tú no necesitas a tía Lucía, nunca la has necesitado. Es al revés: es tía Lucía quien depende de ti en todo. Sin ti se haría pedazos.

—Es agradable eso que dices. Sólo que inaplicable en este caso. Tu tía me alegraba la vida, sabes, cuando la conocí yo era un chico rico que quería escribir una tesis doctoral acerca del yo en Kant, Fichte y Husserl. Pensaba dedicarme a la enseñanza, que sin embargo, en el fondo, no me interesaba. Nada me interesaba demasiado, o por un tiempo suficientemente largo como para cobrar cuerpo, sustanciarse, hacerse. «Necesito una mujer», pensaba. Fichte era mi héroe intelectual, nada más inadecuado para mí que Fichte. Carecía de orgullo, de autonomía, tenía la vida asegurada, en el fondo sólo deseaba ser feliz, ¿comprendes? Feliz como cualquiera, ni siquiera demasiado feliz, sólo lo suficiente para no sufrir, para no ser desdichado, para ser un historiador más de la filosofía alemana, no un gran historiador, sólo un historiador concienzudo que edita con anotaciones y un prólogo la versión completa de la *Doctrina de la Ciencia*, algo así. Ahora me doy cuenta de que mis pocas pretensiones de entonces, mi apocamiento, era falsa modestia, nada más. Me acobardaba Fichte. Me sentía incapaz de cumplir

incluso el primer precepto de la introducción a la primera introducción de la *Doctrina de la Ciencia*: «Repara en ti mismo, aparta tu mirada de todo lo que te

rodea y llévala a tu interior, tal es el primer requerimiento que la filosofía hace a quien se inicia en ella. No interesa nada de cuanto está fuera de ti sino que sólo interesas tú mismo.» -Tom se echó a reír llegado aquí, estábamos ya casi al final de la carretera, se reía de buena gana, echando la cabeza hacia atrás. Le contemplaba asombrada y prosiguió-: Ni siquiera cumplía yo el primer requerimiento, por no hablar de los siguientes. Me asomé a la boca de mí mismo, y era un pozo de medio metro escaso, seco encima. Carecía de interés. Todo lo demás, en cambio, el mundo, me parecía fascinante, muchísimo mayor que yo. En fin, ahí estaba yo cuando topé con tu tía Lucía en Inglaterra, en Wimbledon, fascinados los dos por un campeonato de tenis. Y la vi de refilón, estuve pendiente de ella el resto del partido, me pareció una expresión absoluta de la espontaneidad, de integridad, de gracia, me pareció una encarnación de lo que Fichte llamaba *Tathandlung*, que significa justo eso, actividad, agilidad, acción, hacer, porque para el idealismo de Fichte la inteligencia, el Yo, es sólo eso, acción pura. Tu tía Lucía me puso a mí ante sí y me hizo posible, como el Yo pone ante sí el No-Yo y lo funda. Es injusto por eso que ahora nos separe, porque sería como separar lo fundado de su fundamento. Me alegró además la vida, hasta sus caprichos me alegraban, sus requerimientos intempestivos, los viajes que yo no hubiera hecho por mí mismo yo solo. En fin, y así estamos...

Tía Lucía estaba de pie en el porche, demasiado inmóvil, me pareció. Los dos la saludamos, y tía Lucía nos miró todavía un instante y se metió en casa. Tom y yo nos despedimos. Entré en mi casa pensando en el trágico error que Tom había cometido al comenzar su vida y en sus consecuencias, ahora tan visibles, tan entrelazada la nobleza de Tom con su error, con toda tía Lucía, infernalmente, indiscerniblemente. No era verdad que ni siquiera al pensar en ellos les viese a cada cual por separado. Les veía a los dos juntos, una misma naturaleza y dos personas, víctima y verdugo. Espontaneidad libre y necesidad consciente de sí misma: el doble fracaso de los dos.

En la Universidad de Letona no había Medicina. Óscar tuvo que irse a Valladolid por eso. El día antes de irse se presentó por la mañana en casa.

—Vengo a despedirme -dijo.

Y yo dije:

—¡Pero si ya te has despedido!

Noté que le sentaba mal. Quizá lo dije a sabiendas de que iba a sentarle mal. Le dije que lo sentía. Estaba siendo sincera. ¿Estaba mal ser sincera? ¿Estaba siendo sincera, o sólo estaba siendo todo lo desagradable que podía? La duda hizo las veces, en aquella ocasión, de excusa. Ahora estaba todo el tiempo ante mí misma. «En eso consiste haber cumplido los dieciocho», pensaba.

Fascinada por las idas y venidas de mis sentimientos (tía Lucía los llamaba *moods*). La verdad es que sí había sentido que se fuese Óscar. La primera vez que lo dijo, estábamos los tres sentados en los bancos de madera de El Bocarte. Durante todo el verano asaban ahí sardinas. Era por la tarde y habíamos merendado también nosotros sardinas asadas. Habíamos bebido mucho vino con gaseosa. Recuerdo las botellas verdes que se guardaban en una nevera grande con hielo. El tapón de corcho perforado por una paja. Óscar y Vitorio eran capaces de beber alzando la botella toda la altura del brazo extendido. Los dos estaban sentados frente a mí al otro lado de la mesa. Dije que le echaría de menos y fui sincera. En ese instante le echaba de menos agudamente, como si ya se hubiera ido, a pesar de que estaba sentado enfrente. Este sentimiento desapareció de golpe al separarnos. Por eso, cuando se presentó a despedirse a los dos días, me pareció absurdo, una repetición infantil.

—Creí que te habías ido -dije.

—Me voy hoy por la tarde. ¿Estás enfadada?

Dije que no secamente, y añadí:

—Es ridículo despedirse dos veces.

La recién estrenada voz de mi conciencia me hizo verme ridícula a mí misma: ¿Vas a fingir ahora que no te interesa este chaval? Sabes de sobra que ha venido a despedirse de ti por ser tú, una deferencia que tiene especialmente contigo. Pensar eso me irritaba.

—Creí que el otro día ya te ibas.

—¡Me iba hoy! -dijo Óscar enfurruñado. Y siguió-:...El otro día, con Vitorio todo el tiempo ahí, no podía decir nada. -Era obvio lo que quería decir, lo decía con los ojos, tartamudeando-. Para mí tú eres especial. Eres más que un compañero, más que Vitorio, más que mi familia. Por eso he subido. Es natural que suba, ¿no? Y también quería preguntarte si no te importa que te escriba.

—¿Por qué me va a importar?, escribe. -Me sentía acelerada y guasona-. Pues muy bien -dije.

¿A qué venía todo aquello? ¿Quería herir a Óscar?

—Yo creí que los dos nos entendíamos muy bien. Que te entendías mejor conmigo que con Vitorio. ¿Vas a escribirme si te escribo?

—Claro, si me escribes yo te escribo, es de buena educación. -Era tan obvio: me irritaba tener que pronunciar una por una las triviales palabras del formulario de las despedidas. Vi que no sabía qué debía decir ahora. ¿Tenía yo que ayudarle? Si se iba, se iba. El día que dijo que se iba le eché de menos y le desconté hasta que volviera. Decidí que no quería ser la lejanía de nadie. No quería ser la dulce ilusión lejana de un estudiante de medicina en Valladolid. La simple idea de serlo me daba risa-. Si te vas esta tarde, tendrás que hacer todavía las maletas.

—Eres más importante tú que las maletas -dijo Óscar.

—¡Qué va, hombre, qué va!

—Entonces, ¿te da lo mismo que me vaya?

—Qué pregunta más tonta. Supón que te dijera: No quiero que te vayas, quédate. ¿Te quedarías?

—Si estuviera seguro que quieres que me quede, sí.

La conversación se arrastró unas cuantas frases más. Hasta que le dije que tenía que hacer en casa. «¿Se atreverá a darme un beso?», pensé maliciosamente. «Si se atreviera le dejaba.» ¡Pobre Óscar! Se limitó a darme la mano y a volver a repetir que le escribiera. Me sentí mejor cuando se fue. Dueña de la situación. ¿Pero qué situación?

Vitorio me telefoneó aquel fin de semana. Hacía mal tiempo. Fuimos al cine en San Román. A la salida llovía mucho y nos metimos en una heladería. Se empeñó en convidarme. Pedí un helado de tutti frutti. Pensé que Vitorio estaba guapo. El hecho de que se quedara en San Román aquel invierno, en casa de sus padres, haciendo primero de Derecho en la Facultad de Letona, donde me había matriculado yo también, en primero de Comunes, creaba entre nosotros dos una renovada intimidad. Ya no éramos sólo amigos, íbamos a tener en común toda una universidad, toda una ciudad. Iríamos a tomar chatos de vino a la salida de las clases. Iríamos y volveríamos juntos en el tren. Era gracioso.

Manuela contó que mi padre se estaba haciendo una casa nueva junto a la casa de sus padres. «Será una ampliación lo que está haciendo», comentó mi madre. «Es una casa, a todo plan», dijo Manuela. «Lo sé porque todo lo que es fontanería lo lleva mi cuñado. Con dos baños completos, cada cual a un lado del dormitorio principal, que se comunica por dos puertas.» «Lo que no entiendo es para qué quiere dos baños», preguntó Fernandito. Y Manuela dijo, pero yo tuve la impresión de que con un cierto retintín: «Ah, yo no sé, sólo sé lo que me dice mi cuñado.»

Fue estupendo aquel trimestre yendo y viniendo con Vitorio en tren. Óscar me escribió una carta larga y yo contesté con cuatro letras. Volvió a escribir a los quince días: «Me prometiste que me escribirías y me has puesto sólo una postal. No me cuentas qué haces ni con quién sales, no me cuentas nada. Te echo mucho de menos», decía. Le contesté contándole que me encantaría ser como las chicas de *Cómo casarse con un millonario*: llevar faldas de tubo y hablar constantemente por teléfono. Era una carta algo más larga, calculada para desilusionarle, o quizá al revés, para ilusionarle. ¿Qué me estaba pasando? Estaba mucho con Vitorio. Más vivo que Óscar, más fresco también para la época. En el cine me cogía la mano y eso me gustaba. Nos besamos poco antes de navidades en la puerta de casa. Vitorio dijo luego:

—Cuando llegue Óscar, ¿qué le vamos a decir?

Y yo pregunté:

—¿Cómo que qué le vamos a decir?

—Me refiero de todo esto.

Y yo dije:

—Ah, eso tú sabrás.

Vitorio preguntó entonces:

—A Óscar le quieres, pero yo ¿te gusto?

—Estás muy confundido -dije yo-, venís a gustarme los dos por un estilo, y quereros, a los dos os quiero igual.

Vitorio dijo, poniendo cara al decirlo de que le costaba un gran esfuerzo:

—Entonces, ¿para ti no significa nada un beso? Creí que un primer beso significaría mucho para ti.

Me eché a reír exageradamente:

—¡Qué bobadas! Eso es una ocurrencia de bolero.

Vitorio era menos fino que Óscar. Le estaba sentando mal todo aquello, mi tonillo zumbón. Se le veía desarmado. Me pareció ridículo de pronto. Me encontré ridícula de pronto. ¿Quién me dictaba todas aquellas falsas frases? ¿Sustituían aquellas falsas frases a otras frases verdaderas? ¿Cómo podía yo sentir que fingía, y al mismo tiempo estar segura de que no quería decir nada

distinto? Si en aquel momento, aunque sólo fuese en ese instante, hubiera deseado decir «Te quiero» y hubiera dicho «No te quiero», no hubiera tenido el más mínimo problema. Eso hubiera sido engañar o mentir o fingir, sencillamente. Lo curioso era que sentía que fingía. Tenía la sensación de no estar diciendo la verdad a Vitorio, y a la vez no sabía cuál era de verdad el verdadero sentimiento, el sentimiento opuesto, en este caso. Decidí que en la duda más valía salvar la camaradería que entrar en un terreno amoroso que yo no controlaba. Por eso dije:

—Vamos a decirle a Óscar la verdad, el beso y el no beso, todo. No hemos hecho nada vergonzoso, nada que Óscar no pueda saber.

Ahí lo dejamos. Me encontré con los dos un día antes de Año Viejo. Estuvimos los tres un poco incómodos. Regresé aburrida a casa. Que se entiendan ellos, iba pensando. En todo caso es un problema de ellos. Pensar esto me tranquilizó de momento, aunque me disgustaron las consecuencias subsiguientes: pasé las navidades en casa. Como si se estorbaran uno a otro y ninguno de los dos se decidiera a traicionar al otro viniendo a verme solo.

Me encontré con Vitorio al comenzar las clases.

—¿Dónde te has metido todo el tiempo? -pregunté. Disfruté viendo su incapacidad para contestar sensatamente. Me sentía incómoda, sin embargo, al mismo tiempo. No sabiendo realmente qué pensar acerca de mí misma.

Pero así era muy desagradable sentirme, por eso, una vez más, decidí el significado de aquella situación: había herido sin querer la vanidad de los dos al mismo tiempo. Era la vanidad masculina de los dos lo, que había herido, eso quería decir -decidí- que ninguno de los dos realmente me quería. Hice bien en no precipitarme.

Esa decisión me ensoberbeció. Hice con Violeta una pequeña demostración de indiferencia, como un tanteo. Dije:

—Yo no soy atractiva. ¿Verdad que no, Violeta? No es que sea fea. No considero que soy fea. No soy tan guapa como tú, pero no estoy del todo mal. Con los chicos me pasa que me aburro, eso es lo que me pasa.

Y Violeta preguntó:

—¿Con todos?

Yo dije:

—Creo que sí, sí, con todos. Algo menos con unos que con otros, pero al final todos me aburren. Son todos de una pieza. No tienen nada de conversación, son sosos...

Violeta me contemplaba admirada, asustada quizá. Ahora tenía cada vez menos que hablar conmigo, o yo con ella. Hablaba casi constantemente de los chicos que la venían a buscar, de si le sentaba mejor un traje que otro. Hablaba

más que nunca de la madre María Engracia, que por lo visto desaprobaba su conducta por completo, y hablaba de mi padre, aunque hablaba frecuentemente pero con menos gracia, ahora que le tenía tan cerca, que cuando le tuvo lejos y le creyó perdido o maltratado por nosotras.

Aquel año, lo que yo llamaba «intimidad» cambió de sentido: dejó de ser una palabra que servía para caracterizar mis relaciones personales con cualquiera, y empecé a usarla para designar sólo la relación que guardaba yo conmigo misma: la intimidad empezó a volverse una estructura judicativa y reflexiva por cuya virtud me dividía yo siempre en juez y parte. La palabra «intimidad» dividía el mundo en dos mitades: la mitad exterior (donde entraban todos los Vitorios y Óscares de la Facultad, y el mundo en general) y la mitad interior, cuyo centro era yo y mis cosas, mis paisajes, mis hermanos, mi madre. De aquí se siguió una caracterización del matrimonio en términos de intimidad o falta de ella: el matrimonio, según esto, era un desatino, porque pretendía combinar lo incombisible, mis dos mundos: el ajeno y exterior con el propio y secreto. Y el mayor secreto era -o me parecía-el sentimiento de que no deseaba ser acariciada. El cuerpo propio -pensaba entonces- sólo nos parece repulsivo cuando lo vemos en conexión con el ajeno: entonces aparece la vergüenza en lugar de la ternura, la tirantez en lugar de la confianza, la urbanidad en lugar del cariño. Decidí que sólo podía preservar la realidad y la validez del mundo exterior manteniéndolo a una prudente distancia. Lo único que se salvaba era bailar: me encantaba bailar. La única proximidad legítima de mi intimidad con otra intimidad era el chachachá o el vals del emperador. Ése era el único acercamiento físico que permitía a los demás. En los guateques de aquel año bailaba sin parar, sin cruzar palabra con mi pareja, sin beber nada (ni agua siquiera) y sin sentarme nunca entre baile y baile. Al llegar el verano pensé que empezaba a parecerme a tía Lucía.

Me dio por no arreglarme, me dio por no cambiar de indumentaria apenas. Me dio por no mirarme en el espejo, me dio por pensar que era poco femenina. Me dio por no comer. Tener hambre y no comer me hacía sentir fuerte, pero también ridícula. Pensaba constantemente en la comida. Adquirí una cierta notoriedad a partir de segundo de Comunes por no asistir a clase y sacar nota en los exámenes. Nunca había experimentado esa emoción de ver cómo te van convirtiendo en personaje los demás. Me sentía desdeñosa y audaz, capaz de contestar todas las preguntas, capaz de hacer en voz alta todas las preguntas. Aseguraba que los dos cursos de Comunes sólo me interesaban por el griego, y eso era verdad, pero nunca hasta entonces había elaborado mi apariencia ni había calculado lo que debía y no debía decir. Tanta gente de mi edad, tan gansos

todos... Para demostrar que los chicos no me interesaban, procuraba atraer a los más guapos, que no eran después de todo muchos en aquella Letona provinciana de balandranes y rosarios. Con su rúa alta, con cafetines de reputación dudosa y viejos miradores de madera que relucían como diamantes a mediodía los pocos días que brillaba el sol en los meses de invierno. Había gente de toda la provincia porque la Facultad, que estaba creciendo por aquellos años, resultaba cómoda para las chicas que estudiábamos Letras y que podíamos asistir a las clases sin vivir fuera de casa. Y para los chicos de Derecho, que podían hacer en Letona hasta cuarto curso. Había una Escuela de ingenieros navales que no formaba parte de la universidad, y había una escuela de peritos agrónomos y una Facultad de Veterinaria. Fuera también del recinto universitario, pero lo suficientemente cerca para poder verlas, estaban las academias de secretariado: un mujerío que nos parecía de baja graduación a las señoritas de Filosofía y Letras. Y todo este pequeño circuito estudiantil reflejaba aún las estrictas diferencias de clase social de antes de la guerra, reforzadas más si cabe con la victoria nacional. Todo el mundo, de algún modo, sabía que yo no era como los demás. Todos habían oído hablar de mi familia y de nuestras dos casas orgullosamente aisladas, cara al mar, en La Maraña. Una nueva visión de mi familia, imperceptible durante el bachillerato: la idea que tenían de nosotras en Letona y provincia era un aura, una definitiva señal de curva peligrosa o precaución al menos, que ahora de pronto me beneficiaba. Una misteriosidad plana de provincia marítima. En la universidad los profesores me reconocieron de inmediato por mis apellidos. Nunca en mi entusiasmo por mi familia había contado con este admirable plus de excentricidad y de misterio que provocaba la sola mención de mis dos apellidos. Tan importante me sentía, que me vestía con estudiado descuido, como las otras chicas, sólo que más austeramente todavía, sin monerías ni sortijas ni lacitos, sin mirarme al espejo. Ese acto de no observarme era una autorización inconsciente que yo misma me daba para poder presentarme en la Facultad peinada de cualquier modo, con cualquier jersey inapropiado, con cualquier falda heredada de tía Lucía o de mi madre. Aquello fue muy divertido: ser tan poco común en Comunes, serlo tan calculadamente, serlo a la vez adrede y sin querer, hacía del simple hecho de asistir o no asistir a clase, de bajar o no bajar al bar, un acontecimiento siempre nuevo y siempre repleto de posibilidades cómicas. Aquellos años era yo guasona, especulativa y absurda, una actriz arrastrada por un papel que le viene a todas luces grande.

En la fascinación distanciada de mis compañeras veía reflejada - simplificada y quizá por eso mismo aún más indiscutible- la admiración que yo misma había sentido siempre por tía Lucía y por mi madre. Para estar a su altura, a la altura de la imagen que se tenía en San Román y en otros sitios de La

Maraña y de nosotras, me volví una estudiante excéntrica. Aparecía siempre un poco sola, sobrevolándolo todo como un águila, inaccesible para todos y en el centro de todo. Por absurdo que suene al recordarlo, yo me sentía la personificación de todos los valores y contravalores, de todas las excentricidades y verdades de las mujeres de mi casa. Estaba destinada a ser como ellas. Mis compañeras de Comunes lo descubrieron casi antes que yo. Y se equivocaron, como yo, de medio a medio, como se verá más adelante.

—¿A ti te parece bien lo que está haciendo tía Lucía con Tom? -preguntó Violeta.

—¿Qué está haciendo? Siguen más o menos como siempre -contesté yo.

—¿Sabes qué es lo que yo creo? -preguntó Violeta.

—No. ¿Qué crees?

—Creo que tía Lucía está perdiendo todo el encanto que tenía, el cuello por ejemplo. ¿Te has fijado cómo ahora siempre lleva un pañuelo al cuello o jerséis de cuello alto?

—Sí, ¿y qué?

—Pues que en el cuello, me he fijado, se le empiezan a marcar las tiras. El cuello es lo que más pronto se nos envejece a las mujeres. Se está empezando a amojamar. Eso ella misma lo ha dicho, que de vieja o te ajamonas o te amojamas. Yo no me voy a amojamar. Tú a lo mejor sí, pero yo no. Ni tampoco me voy a ajamonar, eso menos. Yo pienso siempre estar perfecta, más bien delgada sin llegar a flaca. Y no pienso estarme aquí toda la vida. Y casarme, desde luego, no me pienso casar de aquí con nadie.

—¿Cómo es eso, Violeta? Da igual lo que pienses, lo que cuenta es que lo sientas cuando te encuentres con el hombre de tu vida...

—Eso, precisamente, papá dice que es lo peor de lo peor. Casarse, papá dice, hay que casarse con quien más te convenga. Aunque no sea tan guapo a lo mejor como el que menos te convenga, que por lo regular son los más guapos.

Tenía gracia Violeta repitiendo esos tópicos. Tenía gana de tomarlo a broma, pero pensé que si bromeaba perdería la oportunidad de saber de verdad lo que Violeta sentía a los dieciocho, y era mi obligación estar al tanto. Sentí una agradable sensación al pensar eso. No de poder, sino de integridad y pertenencia: Violeta era sin duda una responsabilidad que yo tenía a mis veinte años, compartida con mi madre, e incluso con la madre María Engracia. Me di cuenta una vez más de que no era indiferente decirle a Violeta a sus dieciocho una cosa u otra. Había que acertar. Por eso pregunté, adoptando un tono de voz ligero, en continuidad con el que ella había adoptado al pasar, de lo de tía Lucía y Tom, a sus propios asuntos sentimentales:

—¿Y qué te dice la madre María Engracia? A ella no creo que le parezca nada bien eso de que te cases por conveniencia en vez de por amor. El matrimonio es el sacramento del amor. Eso lo sabes del colegio igual que yo.

—¡Ah! Pero es que yo a la madre María Engracia ni la escucho en esto. ¿Sabes tú lo que quiere que yo haga?

—No. No sé.

—Ya sé que no lo sabes. Pero vete diciendo a ver, cosas que pueda la madre María Engracia, según tú, querer que les dedique yo la vida.

—Meterte monja, supongo.

—¿Cómo lo sabías? ¿Te lo ha dicho a ti también?

—¡Qué va a decirme! Se me ha ocurrido a mí porque conozco el paño.

Violeta estaba realmente sorprendida de mi capacidad adivinatoria. Su sorpresa -pensé- sólo podía ser fruto de la más absoluta ingenuidad. La madre María Engracia, en mi opinión, era matemáticamente previsible en todo. Para que Violeta se asombrara todavía un poco más, añadí:

—Quiere que te metas monja porque está convencida de que tienes vocación. Precisamente porque no parece que la tienes, la madre María Engracia, que es muy monja, está persuadida de que la verdad es justo lo contrario y que ella sabe lo que te conviene a ti mejor que cualquiera de nosotras, y mejor desde luego que tú misma. ¿A qué es eso?

—Más o menos. Ella lo dice de otro modo. Como ella lo dice parece casi a veces que en el fondo-fondo eso es lo que yo quiero. Cree que soy completamente santa, es lo que cree. Y lo de salir y entrar y lo de estar siempre con un chico nuevo y otro y otro, y lo de ser presumida y vanidosa y no parar, según ella es porque el corazón mío está irrequieto totalmente y sólo parará cuando descanse en Dios Nuestro Señor con alma y vida. Y que bueno, que para eso lo mejor es que me meta monja, como ella, que por lo visto era también de joven como yo, bastante coqueta, y hasta tuvo un novio, me ha contado, un chico madrileño que era título su padre, que se puso como loco. Pero la madre María Engracia dijo: «Mira, Alberto, siento tenerte que romper el corazón, pero lo primero en esta vida es Dios Nuestro Señor.» Y con las mismas le dejó plantado y se fue al convento de las Adoratrices de Madrid a suplicar que por Dios que la admitieran, que quería profesar y dedicar su vida a Dios enteramente. Y ahí la tienes... Y cuenta cómo en su casa se alegraban y lloraban y dieron una fiesta para despedirla de este mundo que venía a ser como una puesta de largo, pero no para lucirse sino para no lucirse y no casarse. Al contrario: para dedicarle a Dios la vida. Jesucristo es su Divino Esposo, por eso las madres llevan todas un anillo de oro en el anular de la derecha que indica que sus bodas son con Dios. Pero que tienen que ser fieles igual que las casadas ordinarias al marido.

Era verano, era otra vez verano, era junio otra vez, no se acababa nunca. «Es siempre junio», pensaba yo aquella tarde. Había llovido ferozmente, había escampado repentinamente. El aire era limpio, una inspiración aromática. Y era sobre todo color amarillo todo el firmamento, miles de amarillos entre el cielo y la tierra que duraban sólo el tiempo suficiente para sentir que existían y que no volveríamos a verlos. Lo terrible era que el colorido particular de la tarde se me escapaba siempre por atentamente que yo lo contemplara. Se me escapaba el amarillo aquella tarde, el transparente amarillo que cabrilleaba sobre el mar inmóvil y que sacaba veladuras nunca vistas al verde de las zarzamoras y de los árboles de tía Lucía. Me sentía excitada, aunque no alegre. La entrecerrada melancolía del atardecer me llevó hasta una parte del muro del jardín de tía Lucía desde la cual, como desde un primer piso, se veía nuestra casa. Me sorprendió de pronto una figura agazapada, un hombre. Tardé un instante en reconocerle. ¿Qué hacía allí mi padre? Merodeaba tratando de empinarse por encima de la valla del seto de aligustre. ¡Era realmente extraño verle así! No parecía el mismo. No me vio, pero debí de hacer algún ruido, porque adoptó de pronto un aire más corriente y desapareció en dirección al puente. Un hombre, bien trajeado como él iba, resulta mucho más extraño que un vagabundo visto desde esa misma posición. ¿De modo que mi padre nos espiaba sigilosamente? Se lo dije a mi madre y se echó a reír. Me molestó que se riera. Ahora me irritaba qué mi madre se riera cada vez que yo decía en serio cualquier cosa. Para asustarla, dije:

—Está haciéndose una casa y quiere quedarse con Violeta. Le gusta tener una mujer en casa.

—No creo que Violeta esté por la labor -dijo mi madre-. Violeta no es muy de cuidar a las personas. Más bien le gusta que la cuiden, ¿no te parece?

Tuve que reconocer que tenía razón mi madre en eso.

Tom cambió, mi relación con Tom cambió. Tal vez sea una exageración, pero aquel verano y después, en el otoño, tuve la sensación de que sólo Tom me hacía verme a mí misma como una chica mayor. Tenía que ver con muchas cosas a la vez, no era una idea ésta que hubiese tenido de repente o que apareciese siempre o casi siempre de la misma manera. Por eso -más quizá por entenderme a mí misma que porque Tom me interesara-me fijaba ahora mucho en él. Al prestarle especialmente atención, Tom acabó perdiendo por completo las características exteriores que tenía para mí y para mis hermanos cuando éramos pequeños: no sonaba ya su voz tan alta, no me parecía ya siquiera un hombre alto. Ahora no era estrepitoso. Ahora tía Lucía y él rara vez paseaban juntos o

hablaban entre ellos. Se sentaban cada uno a un extremo de la mesa. Seguían haciendo una comida con nosotros, la del mediodía. Tía Lucía era estrepitosa ahora, mucho más flaca que nunca. Daba la impresión de que tenía más dientes, o más largos. De pronto descubrí que tía Lucía requería una ligerísima ortodoncia. Salientes incisivos como una ratita sabia y rubia de Walt Disney. A diferencia de Tom, que (en mi conciencia al menos) aumentaba hacia dentro, tía Lucía parecía ir volviéndose un personaje de los dibujos animados, una mala imitación de Cruella De Vill.

Hostilidad. ¿De dónde venía esta nueva hostilidad? Por más que se le descarnaran las encías no podía decirse que tía Lucía fuese ahora dentona. La maltrataba yo, desencarnándola, comparándola con Tom, ahora que Tom empezaba a ser importante para mí... «Tom es muy importante para mí.» La costumbre que en casa teníamos de hablarlo todo (a imitación de tía Lucía, dicho sea de paso, y no de mi madre) se me estaba volviendo -advertí- fraseos. Eran frases, y no únicamente pensamientos, frases que me decía yo en voz alta cuando estaba sola, por ejemplo: «Tom es muy importante.» Y tenía que añadir «para mí» precipitadamente. Porque no era obvio ahora que Tom fuese -salvo para mí- importante para nadie en casa. «Se está convirtiendo en un don nadie adrede», ésa era otra de mis frases. Ahora que para todos los demás Tom casi no contaba, Tom y yo pasábamos todos los días un ratito de charla. Quizá fui yo la que empecé, con el pretexto de ver cómo hacía los semilleros y cómo, tan pronto como las plantitas adquirían la debida altura, las trasladaba Tom cuidadosamente a macetas de barro que al macenaba en el cuarto de herramientas. Este cuarto olía a insecticidas. Era un cuarto rectangular, con una ventana alta también rectangular, desde la cual empinándome veía el mar. Para que pudiera verlo sin dejar de hablar o dar la espalda a Tom, traje de casa una escalera de podar los árboles frutales, cuyo último banzo era más ancho que los otros, para poder poner bien los pies, o, como yo, para poder sentarme. Tom se sentaba en una bancada de albañilería sobre la cual había extendido una colchoneta y una manta. Pasaba más tiempo ahí que en la casa. Recuerdo aquel otoño como un tiempo de felicidad: como otra niñez de ir a ver a Tom los días de lluvia y ver al mismo tiempo el mar fosco que retumbaba abajo, lejos, como si toda La Maraña estuviese taponando un volcán submarino que, en combinación con el mar y con el cielo encapotado, nos amenazara desde el pedregoso fondo de su abismo, discontinuo, bramando. Pero nada me amenazaba aquellas tardes con Tom. Al contrario: me tranquilizaba la dura bombilla sin pantalla que colgaba del techo, y las dos barras rojas de la estufa eléctrica y el olor del tabaco de pipa (Tom ahora fumaba mucho menos) que se quedaba en estratos pensativos por el aire a la altura de las estanterías donde estaban los sobres de semillas y los bulbos y los

cepos y los matarratas, y las tijeras de podar de Tom. Me reconfortaba el perchero de las azadillas y los azadones del verano, que tras haberlos dejado hinchar en agua reposaban ahora con su disciplinado aire de aperos, esperando el momento de volver a ser usados.

—¿Te das cuenta, Tom, de que tú generalmente hablas al suelo y te tengo yo, por consiguiente, que hablar a la coronilla, que te está empezando a clarear, si me permites expresarlo así?

—Tú estás arriba y ves el mar, que es el elemento de los viajes -decía Tom-. Yo en cambio estoy abajo y veo la tierra, que es el elemento de los que están cansados como yo: el reposo.

—Pero, sin embargo, Tom, tú no hablas como si miraras a la tierra, sino al cielo, aunque suene un poco cursi. En cambio yo no veo el cielo por ninguna parte, y lo que veo del mar no es como para animar a nadie a viajar mucho. Prohibitivo y plomizo está.

—Estás perdiendo demasiado el tiempo conmigo, y tengo yo la culpa por dejarte -decía Tom, desbaratándose el cavilar prelógico.

—No veo por qué vas a tener la culpa tú. Yo ya soy mayor de edad, tengo veintiún años.

—Mayor de edad puede que sí, pero muy perezosa, *Meine Liebe*. ¡Tendrías que estar leyendo ahora montones de libros y no aquí conmigo, hablando de bobadas!

Pero no eran bobadas. Estaba segura de que era importante lo que hablábamos: hablábamos de mí. Por chusco que suene, Tom era la primera persona que invariablemente me tomaba a mí y a mis cosas por tema de conversación, al atardecer, en la otoñada lluviosa, oyendo cerca el mar.

Hostilidad contra tía Lucía: aquellas reuniones se traducían a hostilidad sin más, sin que, según creo, llegara Tom realmente a darse cuenta o yo misma. Esa hostilidad no era un sentimiento que tuviese lugar mientras hablábamos, era un sentimiento que invariablemente tenía yo después de hablar con Tom, al irme. Cuanto más hablábamos, más tierno y más digno de afecto me iba pareciendo Tom Bilffinger. El comentario de Violeta sobre el mal trato que tía Lucía daba a Tom, su aspecto solitario de anciano arrinconado, pasando sus horas libres como un empleado en el almacén de los aperos, su evidente gana de charlar conmigo, todo presentaba un envés sombrío: Tom era el capricho desechado, el utensilio inútil que uno deja en cualquier parte: la hostilidad contra tía Lucía -que se confirmaba a medida que mi relación con Tom se volvía más consistente y también más grata para los dos- era, justificada o injustificada, una excusa para poder sentirme yo justificada en mi creciente interés por Tom Bilffinger. Si Tom no hubiese sido víctima, ¿hubiesen tenido lugar nuestras cálidas, prolongadas

charlas? Tom parecía necesitarme, y yo estaba convencida de que Tom se daba cuenta de que yo me daba cuenta de que parecía necesitarme y de que yo misma le necesitaba. Aquel como enamoramiento palidísimo que permanecía impronunciado entre nosotros dos, quedó de pronto confirmado a contrapelo por los obvios celos que tía Lucía empezó a manifestar por entonces: se presentaba de improviso a media tarde, abría la puerta sin llamar y preguntaba qué hora era. O de pronto, en medio de la lluvia, surgía, fantasmal, tía Lucía sin paraguas y sin gabardina, queriendo saber dónde había dejado Tom los periódicos o un libro. Pretextos siempre inverosímiles, pueriles. Me desagradaban esos celos que, sin embargo, en el fondo, me regocijaban, porque pronunciaban con todas sus letras lo que Tom y yo nunca nos decíamos: el creciente afecto, la camaradería más cálida de lo corriente entre un hombre de la edad de Tom y una chica de mi edad, que podía pasar, al fin y al cabo, por sobrina suya.

Aquel invierno volví a ver a mi padre rondando La Maraña. Ahora, a diferencia de la primera vez, no daba la impresión de querer vernos sin ser visto, sino, al contrario, de querer ser visto. Se acercaba lentamente y se detenía en el puente o incluso se sentaba en el pretil observando atentamente la marea (demasiado atentamente). Por eso parecía que fingía. Seguía el vuelo de un cormorán durante un largo rato, o -alzados los ojos- fingía admirar las planeadoras gaviotas o la fugitiva brillantez del resol al atardecer en el mar niquelado. Me fijé que no miraba nunca -ni una sola vez- en dirección a nuestra casa. Esta escenificación, esta incomprensible ronda, se producía un par de veces por semana con cierta regularidad: los lunes y los jueves. Antes de almorzar, los lunes. Y los jueves al atardecer. E incluso si llovía acudía sin falta para asegurarse de que le veíamos. Abría un gran paraguas si el chubasco arreciaba. Un día le descubrí al otro lado de la isla, un lugar donde no podíamos verle salvo que supiera que mi madre y yo, invariablemente, llegábamos hasta allí los martes, la tarde que yo no tenía clase, y generalmente nos deteníamos un momento absortas ante el ángulo agudo que desde aquel sitio formaba el horizonte con el mar. Ésa era la parte más baja de la isla. Resultado de un desnivel tectónico que permitió que los pinares bajaran en un suave plano hasta una pequeña prominencia rocosa que desde siempre nosotras llamábamos «la dársena», porque al sobresalir y curvarse formaba con la línea de la costa una bahía diminuta. Ahí estaba, dándonos la espalda, provisto de una caña que (mi madre y yo comentamos) lanzaba y recogía con sorprendente habilidad. Mi madre comentó, al continuar nuestro paseo, sin el menor énfasis, aprovechando el natural énfasis del silencio que precedió y siguió a su neutra frase: «Debe de estar a la lubina, que las suele haber de bastante buen tamaño por aquí en febrero

y marzo, la lubina de ración, que llaman. Deben de haberle en San Román soplado el sitio. Es una novedad, porque recuerdo que siempre estaba con que aborrecía cualquier variedad, menor o mayor, de caza y pesca. Se conoce, claro, que ha cambiado de gustos con la edad.» Un fraseo atonal éste, que contenía en sordina una desmesurada cantidad de suposiciones: nadie -recuerdo haber pensado en ese instante-, nadie carente de interés por otra persona profiere una frase así, tan precisa y tan larga.

Violeta, que se había puesto de largo el pasado verano en una fiesta que dieron en Letona todas las debutantes de postín de Letona y provincia, llegaba siempre tarde a todas partes, a las mil citas que apuntaba con su hora y sitio en un pequeño Kirby Mirga. Se pintaba cuidadosamente en una época en que las chicas de su edad apenas se pintaban. «¡Vas a parecer la viva imagen de la joven comanche si así sigues!», gruñía yo, fingiendo un cierto responsable mal humor mientras la miraba acicalarse. Cuando yo la acompañaba a algún guateque (acompañarla es un decir: Es literalmente imposible acompañar a una persona que coquetea con cinco o seis personas a la vez. Violeta era muy de «apartes», la reina del aparte), había casi una hora de diferencia entre los tiempos de arreglarnos cada una de las dos. Y las lamentaciones aquellas, tan absurdas e injustificadas: «Estoy sin qué ponerme, ya lo ves.» Y daba un manotazo a los vestidos de cóctel que se acumulaban en su armario. «¡Pero si tienes un montón de cosas. Tanto traje no lo tiene ni la Farah Diba!» «Me he puesto cada uno como mínimo tres veces. Van a pensar que soy la huerfanita de la inclusa.» Me enternecí verla ante el espejo, me irritaba el desorden que dejaba en nuestro dormitorio. Me sacaban de quicio los retrasos. No por tener que esperarla, sino por hacer esperar, cosa que, aunque no me daba cuenta, formaba parte del encanto de Violeta: el hacerse esperar siempre un poco demasiado, a imitación de tía Lucía. En el arreglarnos las dos se nos veía reflejadas instantáneamente -yo pensaba- cómo cada cual sería después, de mujer mayor, de mediana edad, de ancianas. Violeta parecería una gran belleza ajada, como su tía. Yo parecería muy cansada de tanto leer y meditar, una auténtica *blue stocking*. De los veintiuno hasta los veinticinco -el tiempo que duró la Facultad- deseé parecer mayor, una mujer mayor, inteligente y dura, incomprensible y tierna y fascinante, mucho más que tía Lucía, porque yo ahora me sentía mucho más sensible que ella, mucho más inteligente. Que me sintiera así quería decir que la presencia de tía Lucía como modelo de feminidad seguía vigente.

Una de aquellas tardes, Tom, tras una pausa, sin venir a cuento, porque estábamos hablando de personas estables y de personas viajeras, y de cómo personas que como Tom siempre han viajado mucho en el fondo son estables en

comparación con otras que apenas han viajado y sin embargo son, de corazón, viajeras, Tom dijo:

—Te tendrías que casar. Para entender las cosas bien, te tienes que casar...

—¡Qué bobada! No tiene nada que ver lo uno con lo otro. Me da igual además, porque no pienso casarme.

—Supongo que no -dijo Tom pensativo-, y es una lástima porque estoy seguro de que serías una estupenda esposa para cualquier hombre inteligente...

—¡Pero Tom!...

Por primera vez en mi vida Tom Bilffinger me pareció ridículo. Jamás en casa se hablaba así. De hecho, Tom al decir que debía casarme adoptó (al menos así fue como yo lo registré) un tono sabihondo y convencional de tía soltera. Salir con chicos, o al contrario, no querer ni verlos ni hablar de ellos, era cosa muy distinta de casarse. Reconocí esa conversación por lo que me contaban en la Facultad mis amigas: en las casas, en las familias, se hablaba constantemente de noviazgos y de bodas y de qué chicos eran o no eran como es debido, con algo que ofrecer a una mujer, un porvenir. El tema era tan importante por lo visto que incluso a mí, que jamás llegué a tener íntimas amigas, me llegaban los ecos y hasta las frases literales de esa clase de conversación. Uno de los innegables timbres de distinción, una positiva superioridad de mi familia con respecto a todas las demás familias, es que no hablábamos nunca ni de dinero ni de novios ni de bodas. ¡Había mil cosas mucho más interesantes! Tom, al ver que yo interrumpía la conversación, me miraba desde su bancada, donde se hallaba en aquel momento recostado sobre el brazo derecho.

—¿Qué te pasa? Nunca te había visto tan callada.

—Es que no sé qué decir. La última persona que en el mundo yo creía que iba a decirme que me tengo que casar eras tú, Tom. Y vas a ser tú el primero que lo dices. Es completamente... no sé... ridículo, absurdo... ¡No te pega ni con cola decir eso, Tom!

Y para que Tom se diera cuenta de por qué no le entendía, le conté lo de que en casa nunca hablaba nadie de casarse.

—Ya lo sé. Ya sé que no habláis de eso. Por eso te lo digo yo.

—Pues entonces muchas gracias. Supongo que tu intención es buena. Sólo que no sé qué hacer con una frase como «Te tendrías que casar». Quiero decir que no sé cómo tomarla. ¿Es un consejo, es un imperativo categórico, es una bobada que se te acaba de ocurrir? No sé cómo tomarlo.

—Seguro que tu madre te habla de eso. Ella se casó.

—Se casó, ¡y después lo lamentó toda la vida! Tú mismo estás soltero. Por algo será si tú mismo estás soltero.

Tom se había quedado pensativo. Pensé que le había molestado aquella

abrupta referencia a su vida personal. Pero yo misma estaba, si no molesta, realmente desconcertada por lo menos.

—Yo me hubiera casado, no lo dudes, con tu tía, si ella hubiese querido. Hoy mismo me casaba si ella quisiese...

—¡Pero si estás casado ya con ella! ¡Qué más casado que aguantarla como la llevas aguantando tú toda una vida!

—Eso no es justo. No es del todo justo. También Lucía ha tenido que aguantarme a mí más de lo que crees. Gracias a ella me sentí vivo cuando nos conocimos. Sus idas y venidas me animaban. Me liaban y me animaban a la vez. Su belleza, su descaro, aquel desparpajo, no sé cómo llamarlo... su desenvoltura. Eso hizo que yo mismo me desarrollara con más facilidad. De joven yo era melancólico, no sabía qué hacer, no sabía en qué dar, perdía el tiempo. Cuando la conocí se convirtió tu tía en la unidad para medir mi tiempo. El tiempo no era ya neutral. El tiempo ahora, quiero decir: entonces, en los primeros años, se suspendía o se arremolinaba o se alargaba o desaparecía por completo, según Lucía estuviese o no conmigo, así es como fue.

Me estaba irritando todo aquello, como no podía declarar que me irritaba (o no del todo) ante mí misma, decidí cambiar de tema. ¡Más valía, por no oírle hablar de tía Lucía, que habláramos de mí!

—Muy bien, ya veo que tía Lucía fue maravillosa, pero sin embargo no os casasteis. Eso por un lado. Y por otro: ¿por qué tengo que casarme, a ver? ¿A que no me puedes contestar?

El matrimonio era para otras, las otras, no para nosotras, mi madre era la demostración viviente de que no. Es imposible -pensaba yo aquellos años- ser feliz en general: que se desee serlo no lo niega nadie, que se llegue a serlo era lo que negaba yo con todas mis fuerzas. Llegué incluso a hacer un trabajo sobre el asunto para Ética: mantuve que la felicidad era admisible como posibilidad y como proyecto. No era realizable sin embargo. Lo que más me divertió fue redactar el corolario acerca de la supuesta felicidad del Reino de los Cielos. Me sentía feliz descomponiendo la felicidad en partecitas estúpidas. A esa felicidad que sentía escribiendo y leyendo no quería llamarla yo felicidad, porque estaba al alcance de mi mano. La felicidad no podía ser lo que se tiene ya, sino algo que está al final de un recorrido -suponía yo- y que todavía no se tiene. Se me ocurrió que la felicidad era un sinónimo de «perfección»: la felicidad era el logro, el encaminamiento de algo, de una vida, de mi propia vida, hacia su fin, hacia su figura completa, perfecta y acabada. La idea de felicidad -argumentaba yo- sólo servía a condición de que nadie nunca llegase a ser feliz. Siempre prematura, caso de presentarse de improviso, cuando la felicidad

hipotéticamente llegaba, el destinatario, el perfeccionado, el felicitado, acaba de irse de este mundo. La misma felicidad que en un sentido era sinónimo de perfección, en otro significaba todo lo contrario: cualquier clase de felicidad lograda a mi edad -cavilaba yo-equivaldría a legitimar la imperfección.

Discutía todo esto con Tom. Discutir con Tom era estupendo. Sólo que no era la felicidad. Discutiendo con Tom acerca de la felicidad me sentía a salvo de la felicidad (ese desprestigio de criadas que se casan cuando los novios vuelven de la mili). Por aquel entonces se usaba ya esa estúpida palabra: «ligar». Ligar era la felicidad de las criadas y en general de los siervos. Querer ser felices y lograrlo perpetuaba su servidumbre. Eran felices y no se rebelaban, no estudiaban, no progresaban. Eran felices y engordaban. Grandes culos como platos soperos, la curva de la felicidad se cerraba sobre sí en el círculo de la perfecta estupidez: la perfecta casada. «A Dios gracias», me decía a mí misma, «ni soy ni quiero ser feliz. No soy una chica casadera.» Y con el aplomo y con el desparpajo que da el estar a punto de cumplir veintidós años y sacar casi todo con matrículas, una tarde, a finales de mayo, le dije a Tom:

—¿Sabes por qué te ha fascinado siempre tía Lucía? Porque no es feliz. Si os hubierais casado y fuerais ya felices, a estas alturas estabas harto de ella.

Estaba encaramada yo en mi escalera y veía el mar en una franja rectangular de aluminio insurgente. Era temprano todavía, aquella tarde fui temprano a ver a Tom, que últimamente pasaba más tiempo en el cuartito de las herramientas que con tía Lucía o con nosotros. Realmente había logrado redibujar todo el jardín, con su pequeña rosaleda y todo lo demás, que siempre hubo delante de la puerta principal del torreón, pero que todos recordábamos, como por definición, en ciernes: ondulaciones imprecisas correspondientes a macizos de confusos geranios o claveles chinos o begonias que se reproducían a sí mismas, año tras año, en el espacio errático que siempre llamábamos todos, con tía Lucía, «el jardín de delante». Tom hizo maravillas en aquel jardín, sólo definiéndolo a partir de lo que había: los macizos y los senderillos, exaltando simplemente lo que hubo al buen tuntún hasta entonces. De aquella tarde de primavera, casi ya junio, llegaba hasta nosotros, junto con el mar remunerante, la meliflua gratificación del aroma de la rosaleda y de la tierra cavada, ahuecada, limpia y recién regada. Como un símbolo de lo que -a falta de felicidad y de perfección verdaderas- creía yo elogiar denominándolo «el gran éxito de Tom».

Casi más por elogiarle que por desear yo hablar nuevamente del asunto, puse en conexión el matrimonio con la jardinería y con el concepto de felicidad que -dije- sólo porque Tom había dedicado a las tres cosas tantísimo tiempo, resplandecían ahora las tres como nimbos alrededor de la arcangélica cabeza de tía Lucía. Debí de decir algo chusco en cualquier caso, porque en aquella época

yo hablaba del modo más pedante y rebuscado y no natural que podía. Tom sonreía, se reía, sin hacer más comentarios.

—¿Sabes? Para mí al menos, el silencio no es oro. -Y se lo repetí en alemán-: *Weisst du, Tom? Schweigen ist kein Gold für mich.*

Y Tom respondió que quizá tenía yo razón, pero que no sabía en ese momento qué decir:

—*Vielleicht hast du recht. Was kann ich aber sagen?* Lo dices todo tú. Y una cosa que has dicho hace un momento es desgraciadamente la verdad al final: que Lucía no es nada feliz.

—¿Eso he dicho?

—Muy al principio, de pasada casi, como una ilustración de tu victoriosa, tu enérgica diatriba contra la felicidad de los esclavos. Es verdad que no es feliz tu tía. Una verdad triste que ni siquiera sirve para ilustrar un argumento. Porque tu argumento, chiquilla, sólo es superficial, sólo es verbal...

Fue entonces, o por referencia a esa tarde en concreto, cuando Tom me habló de lo que Fichte pensaba acerca del matrimonio y del amor.

Hablaba menos con mi madre ahora, hablaba con Tom cada vez más y pensaba a veces que quizá por eso hablaba menos con mi madre, como si tuviese un cupo para hablar y no diese para ambos a la vez. No había manera sin embargo de no reconocer que hablaba menos con mi madre porque me interesaban menos que antes sus opiniones acerca de las cosas. Mi madre parecía ahora más callada que nunca, pero curiosamente mucho más contenta. La verdad es que no pensaba mucho en ella, fascinada yo por Tom sin entender por qué. «Tom me refleja», pensaba. Verme reflejada en ese particular reflejo que Tom me proporcionaba era una increíble novedad para mí. Pensaba que veía en Tom una especie de padre. Ninguna de estas fórmulas sin embargo se sostenía a la larga. «¿Por qué necesitas una fórmula?», me preguntaba a mí misma. Y me respondía: «Porque soy un ser consciente, reflexivo, no me satisface sólo hacer lo que hago, tengo que justificarlo, explicarlo.» Un día se me ocurrió que hablaba con Tom porque, de hecho, no podía hablar ya con nadie más. «Quizá lo que nos une a Tom y a mí es que ni él puede hablar ya con tía Lucía en serio, ni yo puedo hablar ya con mis hermanos o con mi madre como hablábamos antes: sólo por el gusto de hablar.» Era el final -pensaba- de mi niñez y de mi juventud.

Una tarde mi madre desapareció. No apareció, quiero decir, a la hora en que todo el mundo aparecía en casa, a la hora de tomar el té. Nadie dijo nada, y eso era justo lo más raro de todo. «¿Dónde está mamá?», pregunté por fin. Y contestó Fernandito: «De compras, creo, en Letona. Debe de haberse retrasado.» Esa contestación, perfectamente aceptable en cualquier otra familia, sonaba

extraña al pronunciarla en casa. Después de merendar, cada cual se fue a su cuarto. Hacia las doce de la noche se oyó llegar traqueteando un taxi. Bajaron de él mi padre y mi madre. Él volvió a subir al taxi. Era incomprensible, y sin embargo no podía siquiera comentarlo con Violeta. No podía contar con que Violeta reaccionase como yo necesitaba. De pronto, decirme a mí misma esa obviedad me entristeció como nos abrumba un resultado fruto de la mala suerte.

Al día siguiente, a la hora del desayuno, mi madre contó que había pasado la tarde en Letona con mi padre. Habían ido, por lo visto, al cine. Pensé: «Qué cosa más absurda», dándome cuenta de que era estúpido pensar semejante pensamiento. Se lo conté a Tom, exagerando quizá el desconcierto que sentía, mientras lo contaba me parecía justificado por completo. Me irritó que Tom dijera:

—No veo el problema por ninguna parte, ¿por qué no van a ir juntos al cine?

—¡Que por qué no! -dije yo-, porque eso en realidad es traicionarme a mí.

Tom se echó a reír. Viendo mi cara seria, me explicó que no era de mí de quien se reía sino de mi capacidad de exagerarlo todo.

—No es eso, perdona -dije-. Durante años mi madre y mi padre han vivido separados. Desde que yo tenía siete años hasta hace unos tres, mi madre daba a entender que se separaron porque no se querían y no se entendían. Mi padre era un frívolo además, ésa es la imagen que yo tengo. Si ahora se van juntos al cine, ¿quiere decir que ya no es frívolo o que nunca lo fue, o que ha empezado mi madre a ser la frívola? No lo entiendo. Se me debe una explicación. Mi madre me debe una explicación.

Me chocó mucho que Tom dijera, con especial firmeza:

—Tu madre no te debe ninguna explicación.

Yo repliqué:

—Me hizo creer una cosa, y luego es otra.

—Los hijos no entienden a los padres -dijo Tom-, o no tienen por qué entenderlos mejor que otras personas. La familia es una relación que también vale en la medida en que desaparece.

Estaba tan contrariada, tan estupefacta, oyendo a Tom hablar de esa manera, que no encontré ningún argumento para contradecirle. Me estaba sintiendo estúpida y ridícula. Por fin, por no quedarme callada, logré decir:

—Yo creo, Tom, que tú no entiendes cómo ha sido mi relación con mi madre. Era una relación muy especial, éramos amigas, más que amigas.

Me contempló pensativo, como un médico. Me agradó su preocupación, aunque en aquel instante yo aún no me sentía necesitada de ningún cuidado especial. Al fin dijo:

—Pero no erais amigas. Erais otra cosa, madre e hija. En fin, yo no soy posiblemente la persona adecuada para hablar de esto, y quizá no haya personas adecuadas.

Lo dejamos. Hubo un motivo externo para dejarlo, pero en realidad lo dejamos porque Tom no se atrevía a seguir quizá. Ni yo deseaba realmente escuchar lo que quería decirme. Tenía derecho a sentirme maltratada. Y sin embargo, al mismo tiempo, sabía que Tom tenía razón y que mi punto de vista era absurdo.

Los planes de la madre María Engracia coincidían con los planes de Dios punto por punto. Y la prueba visible, la demostración, la imposibilidad siquiera de dudar de la madre María Engracia era Violeta. Quizá a causa de aquella fastuosa y precisa coincidencia de la mente de Dios con la mente de la madre María Engracia, el asunto llevó dos años largos, dos años cómicos, dos años que primero consideré dispuestos por la Divina Providencia en persona -una prueba de la esencial contagiosidad de los lenguajes- para reconducir mi relación con mi madre hacia el lugar donde yo creí dejarla por descuido al empezar a frecuentar la compañía de Tom, al empezar Filosofía en Letona. (Como se verá, me equivoqué y no sólo en eso, no sólo en la cronología del distanciamiento, sino en sus cinco concausantes causas y otras circunstancias.)

«Lo primero, una vocación no es para una prisa. Y lo segundo, no está al alcance de cualquiera», contó mi madre que había dicho la madre María Engracia, firmemente sentada en una silla negra de respaldo recto de la sala de visitas, mientras mi madre la oía boquiabierta, y tía Lucía, que en esa ocasión la acompañó, fumaba pitillo tras pitillo e iba hundiendo las colillas en la tierra recién regada del tiesto de cerámica de una aspidistra gigantesca, único detalle éste, en lo que pudo tía Lucía ver del convento, que le recordaba el *art déco* de su liviana juventud.

Según mi madre, tía Lucía fue la única que habló. Entre otras cosas memorables, declaró: «Usted, hermana Engracia, es que está muy ensimismada usted. Y por consiguiente no distingue lo que una chica quiere, y lo que quiere Dios, de una remolacha azucarera, aunque se la pongan en bandeja.» Lo de la remolacha tía Lucía lo negó, pero era evidente que se puso todo lo agresiva que podía, que era mucho. Aquella reunión estrafalaria se concertó por teléfono a instancias de la propia madre María Engracia, quien -no obstante estar segura de que el tiempo de Dios y el tiempo de los hombres no se cronometran por un mismo y único reloj- tenía, según dijo, muchísimo deseo e incluso una cierta urgencia pastoral comprensible, dado que Violeta no daba -a ojos humanos- en aquel momento, a sus veinte años, la impresión de haberse parado a pensar en

Dios o en cualquier otra cosa mucho más de dos o tres minutos consecutivos. Y esto, precisamente, esta «aceleración», esta «vivacidad», esta «perpetua movilidad y transitoriedad de los amores y desamores de la niña», era la prueba fehaciente, a ojos de la madre María Engracia, de que Dios le estaba «llegando al corazón». Decía: «La niña está desazonada, como es lógico, porque la voz que le susurra "Déjalo todo y sígueme" es la más clara de las voces que oye, no para quieta para no escucharla. A mí me pasó exactamente igual. Las vocaciones más auténticas siempre empiezan así, por el rechazo y el aturdimiento y el hacer como si no. Pero yo conozco a su hija muy a fondo. Yo no es que la haya dirigido, como usted comprenderá, a Violeta, como a las demás, es don Luis quien las dirige, nuestro director espiritual. Yo me he limitado a decirle la verdad. Sin influir ¡ni un tanto así!, sólo con la verdad sencilla y plana, tal cual, con la verdad divina. Sólo con eso ha sido suficiente. Y esta cosa que ahora tiene como de que no para quieta y cambiarse de vestido veinte veces, sale y entra y todo lo demás, todo, todo, todo es para no escuchar la voz de Dios. Y lo que son las cosas: cuanto más se agita y más cambia de novios y de trajes, más la oye, porque el alma de Violeta ya es de Dios desde hace mucho. Yo le he dicho: "Mira, en el convento, primero te vamos a probar. Si no, te vas." Esto viene a ser como un poco de trampa, de malicia, usted me entiende. Lo tengo hablado ya con la madre maestra de novicias, la madre Feliciano, enteramente dada a Dios. Vamos a hacer como que entra por probar, y yo le aseguro que tan pronto como pruebe la dulzura de la vida religiosa, ¡pica! Pica porque Dios quiere que pique, me refiero. Su alma se abre a Dios como una enorme esponja se abre al agua, al sol, a la iluminación espiritual, y eso es lo que es la vocación para nosotras, una dedicación perpetua y exclusiva a los deseos del Divino Esposo. Violeta es una prometida natural, lo sé porque la conozco desde hace muchos años. Y en realidad ya es mayor de edad o casi. Y no requeriría, puestos a pensarlo, ni tan siquiera el consentimiento de sus padres. Quiero decir que a todos los efectos da igual que a la familia le guste o le disguste que Violeta se dedique por completo a Dios.»

Aquella vez (no sé si la segunda o la tercera vez que hablamos con la madre María Engracia después de esa entrevista, que ahora subía a casa con una cierta regularidad generalmente por las tardes, entre cuatro y seis, para irse justo en el momento en que se la invitaba a quedarse al té), yo dije: «No entiendo de dónde saca usted, perdone, lo de que Violeta tiene vocación. Si la tuviera, nos lo habría contado.» «Quizá esto», enunció fríamente, arreglándose un poco el plisado de la falda, «no se atreva a hablarlo con ustedes dos. Quizá considere que no hay afinidad... supongo yo. Puede que sea eso.»

Mi madre y yo lo hablamos después, muertas de risa. Eso era lo importante:

teníamos otra vez algo en común, la estupidez de la madre María Engracia, su impresentable idea de la vocación religiosa de Violeta. Violeta sólo dijo:

—Yo, mira, es que no sé. No es que sienta inclinación. Ella sabrá por qué lo dice, sin embargo. Igual es cierto a lo mejor, y yo soy como una de esas santas que ella cuenta, que se convierten de la noche a la mañana, igual me está pasando a mí y lo mismo no me entero.

Y a continuación entrecerró los ojos y yo pensé que ese achicamiento de la expresión, que de ordinario me parecía gracioso, en aquel instante convertía todo lo anterior en picardía, en una coquetería inconfesable y maliciosa. Por eso dije:

—No hace falta que te burles de ella, es una pobre tonta.

Y Violeta dijo:

—¡Cómo no voy a burlarme! Yo le tiro de la lengua y ella ¡venga y dale con mi santidad! Reírse es sano además, tú misma lo has dicho muchas veces.

Intervino también mi padre en esto. No habló conmigo, pero me consta que lo habló con tía Lucía y con mi madre por teléfono. Ahora, una frase frecuente en casa era: «Dice tu padre que eso es un absurdo, que habría que denunciar a la madre María Engracia por andar malmetiendo a las chiquillas.» En varias ocasiones cogí yo el teléfono. Sólo decía «Hola» al oír su voz, y él sólo decía: «Hola, guapa, ¿está tu madre?» Y mi madre se ponía al teléfono media hora seguida, sacudiendo la cabeza y respondiendo sólo «Sí, sí... No, no». Tal vez hablaban de Violeta, o tal vez de ellos dos. No era igual que antes. Parecía que era igual que antes porque ahora teníamos, como antes, mi madre y yo en común un tema: el de Violeta. Pero no era igual, era distinto por completo a causa de la presencia de mi padre. Vino algunas veces a comer aquel año. Fernandito iba a verle a Pedraja durante las vacaciones. La propia madre María Engracia fue a Pedraja a verle, y mi padre vino una tarde especialmente a contarnos la conversación. Lo encontraba todo sumamente chusco. Todos nos reímos, yo incluida, al fin y al cabo por qué no. Entre unas cosas y otras estaba ya terminando la carrera y quería escribir una novela. Lo de la novela se me ocurrió gracias a Tom. Una novela cuyo protagonista fuera un chico que vivía con su madre y sus hermanos en una isla como ésta. Tenía el protagonista que ser chico, porque ser chica era un inconveniente narrativo. Ser chica era un *second best*. Y Tom hablaba conmigo de sus aventuras de chico con los chicos. Un día se lo dije claramente:

—¿No te parece, Tom, que salvo que te cases es una lata ser mujer?

Tom me miraba con sus amables ojos azules extranjeros, comprensivos, fieles, ineficaces. En el fondo quizá pensaba que sólo valía la pena pertenecer al género femenino si se era una mujer extraordinaria, una Madame Stäel o una Madame Curie, o en su defecto una mujer de gran belleza y elegancia como tía

Lucía. Para acabar luego en una brillante excéntrica como Edith Sitwell. Salvo cuatro casos, sin embargo, ser mujer me parecía una lata al acabar Filosofía.

Por entonces empezaron a llegar a la isla los primeros tímidos veraneantes, que se instalaban con sus tortillas y sus botellas de gaseosa y sus balones de colores, a respetuosa distancia de nuestras dos casas, en lo alto del pinar o justo al borde, en las playitas exigüas entre los acantilados, la playa del Cormorán y la que siempre se había llamado de los Moros. A partir de junio ya se les veía cruzando en hileras indecisas el puente, y ascender, evitando nuestra casa, como si se sintieran vigilados, hasta los rellanos que daban acceso a esas playas. Ascendían y descendían penosamente por los senderillos. Algunos días llamaban a la puerta de atrás para llenar sus botellas de agua. Nos sentíamos todos alterados por aquellos temerosos extraños que deslucían el gran silencio del estío con sus vocecitas y sus radios ridículas. Nos habíamos acostumbrado a pensar que la isla entera -y no sólo nuestras casas con sus jardines- nos pertenecía. Tía Lucía ya no salía del jardín. Se sentaba en la terraza bajo una gran sombrilla mientras Tom iba y venía recortando el seto, regando las petunias y los claveles chinos, labrando la huerta. Por eso, para tía Lucía las hileras de veraneantes no resultaban tan molestas como para mí, que veía interrumpirse la claridad de los paisajes por la engorrosa turbiedad de los grupos familiares y de las pandillas. «No se les puede decir nada. Están en su derecho, las playas y lo demás son terrenos del ayuntamiento», decía mi madre. Un buen día vi cómo un par de albañiles de San Román -que conocía de vista- desbrozaban una parte de las zarzas en uno de los prados más llanos que rodeaban la playa de los Moros para, según me informaron, construir un merendero. Les dije que no tenían permiso para construir nada allí, que estaba prohibido por ser Patrimonio Nacional, cosa que inventé entonces. Se fueron a regañadientes y volvieron a los pocos días con una autorización del ayuntamiento. El alcalde en persona subió a pedir disculpas a mi madre. Cosa evidentemente absurda. Fue para mí un verano intranquilo y sólo podía desahogar mi mal humor discutiendo con Fernandito. Él decía: «Hasta ahora, hermana, nuestros propios límites parecían menos limitadores por el más simple de todos los motivos: porque el paisaje que nos rodeaba parecía ilimitadamente nuestro. Era una tontería, una ilusión, posible sólo gracias al escaso desarrollo económico de la posguerra. Ahora todo el mundo empieza a ir y venir con sus cochecitos y sus tortillas de patatas. Es también estupendo a su manera, aunque perturbe tu idea del paisaje. Las cosas cambian a mejor.»

Así era, y sin embargo todo aquello me parecía insoportable. Para colmo de males se dejaron unos rescoldos y ardió el lado algo más ancho de aquel prado. Cosa que, según el alcalde, dentro de lo malo venía bien. En el merendero se

hacían las fritangas y el olor llegaba hasta la terraza de tía Lucía junto con las canciones del momento, la yenka, María Cristina me quiere gobernar...

Por entonces Fräulein Hannah cogió la costumbre de bajar a San Román en bici. Lo curioso, sin embargo, no era esta costumbre nueva, sino que considerara indispensable notificarnos bien a mi madre o bien a mí el motivo de bajar y la hora del regreso -siempre la misma: entre ocho y nueve de la noche-. Solía bajar todas las tardes (a excepción de domingos y festivos) después de comer, hacia las cuatro, y volvía entre ocho y nueve, cuando todo el mundo había ya tomado el té y cenado, rehusando así con sencillez tomar nada: «No es para mí necesidad estando merendada ya de San Román.» Subía a acostarse inmediatamente después de dar la novedad. También por entonces era frecuente oírla comentarnos lo muchísimo que costaba alimentar a una familia e incluso a una persona sola. Y ahí estaba su amiga de los últimos años, una suiza-alemana, Fräulein Renate, que se instaló por los años cincuenta en San Román y vivía de sus clases de alemán y de francés. El costo de la vida y Fräulein Renate salían siempre emparejados en la conversación de Fräulein Hannah. Recuerdo que al principio registraba yo en esa referencia una nota agobiante, sólo eso. Muy pronto empecé a casar las piecitas de todo aquel triste y tenaz rompecabezas que, con los años, fue muy lentamente desorientando a

Fräulein Hannah. Bajar en bici a San Román coincidió con nuestra mayoría de edad y la creciente simplificación de sus obligaciones domésticas. Como tía Teresa en Pedraja, Fräulein Hannah se levantaba muy temprano, no paraba en toda la mañana, y tenía las tardes, como es natural, desocupadas. Estar desocupado era normal en casa: era mejor incluso estar desocupado que ocupado. «Estar siempre ocupado es ratonil», decía tía Lucía. «Al ratoncito le encanta la incesante ocupación, pero no a nosotras.» Era una bobada, pero sin embargo -en el fondo- todos pensábamos lo mismo. Para tía Lucía, la expresión «Tengo muchísimo trabajo» era soez. Fräulein Hannah jamás decía que bajaba a San Román a darse una vuelta o un garbeo o un paseo. Siempre detallaba la materia de su acción, su contenido utilitario: era dar un recado, hacer una compra, hablar con el veterinario... Siempre mencionaba a Fräulein Renate, desde luego, en calidad -pensaba yo- de postre de cocina al final de una tarde dirigida por sensatos fines que nos aprovecharían a nosotras. Curioso -pensaba yo- que con los años que lleva con nosotros (todos los que tiene Fernandito), no entienda que en esta casa irse en bici a San Román porque te dé la gana tiene un significado preciso y comprensible. Ir a un recado o a una compra nos parece -aunque nos convenga- una sosería. Para nosotros -pensaba yo- la utilidad y la gracia son contrarios. Tía Lucía hizo también con Fräulein Hannah el comentario

que, de alguna manera, levantó la liebre, la veloz malicia inaprehensible que nunca después se nos olvida:

—¿Qué trajín os traéis con San Román ahora?

Y mi madre dijo:

—Es Fräulein Hannah, que se busca ocupaciones por las tardes.

—¿Y tú la dejas? Tienes que estar completamente obnubilada, *sister*, si la dejas.

—¿Por qué no voy a dejar que baje a San Román a hacer recados? No veo por qué no.

Y yo dije:

—No son recados que Fräulein Hannah se saque de la manga a bulto, siempre son cosas que hay que hacer.

—¡Esa persona no es de ley! ¡No puede ser de ley! -declaró tía Lucía, súbitamente remontada-. ¡Es demasiado idiótico para ser... ¡Es la malicia del espíritu!

—Pero qué dices, Lucía -dijo mi madre-, hay veces que no se te entiende lo que hablas.

Tía Lucía se remontó otro punto más, más de lo corriente incluso para ella. ¿Qué tenía contra Fräulein Hannah?

—Tampoco yo lo entiendo, tía. ¿Qué es lo que hace Fräulein mal? -dije yo.

—¡Lo que hace bien es lo que hace mal! El recadito útil de la persona fidelísima. La malevolencia que imita las maneras y las boquitas de piñón de las voluntades santas, de las benevolencias, ¡para ofendernos! Pero no a vosotras, que no sentís ni padecéis. ¡A mí! Eso es lo que es... Decirme a mí... Es una frivolidad darse un paseo en bici cuando una puede, ¡y debe!, estarse en casa rematando el jaretón. ¡Por favor! Una teutona sólo sale de la casa si es preciso. De lo contrario le teje a Sigfrido un camisón. ¡Maldad! Nos echa en cara que no se pasea porque es útil, mientras que nosotras somos meramente unas señoritas bien, que no apoyaron al Führer en el *putsch* del veintiocho.

—Todo lo que dices, tía, es exactamente lo contrario. ¿Cómo puedes decir cosas así? -musité yo.

No creo que me oyeran ninguna de las dos, que repentinamente cambiaron de conversación. Yo me quedé dándole vueltas a todo. Y cuanto más pensaba en esos viajes a San Román en bici, con más tristeza recordaba aquel «*O Tannenbaum, o Tannenbaum, wie treu sind deine Blätter*» de las navidades. Se me ocurrió de pronto, pero no pasó de ser una ocurrencia, que quizá esa incapacidad de tía Lucía y también nuestra para entender a Fräulein Hannah era un síntoma de muerte. Pero ahí lo dejé para unirme a la conversación con los demás.

Telefonearon de la Casa de Socorro, había tenido Fräulein Hannah, al salir de San Román, un accidente. «Es Fräulein Renate», dijo mi madre, «no le entiendo lo que dice.» Me puse yo y tampoco la entendía. Sólo entendí que la habían llevado a la Casa de Socorro. Eché a correr. La otra bici estaba rota en el garaje. Cuando por fin llegué, el médico me dijo que habría que operarla al día siguiente, había que llevarla a Santa Marta, al hospital más próximo, para la operación. Tenía una fractura de fémur. Estaba adormilada. «Va a pasarlo mal al principio... ¿Familia suya?» Dije que sí. En aquel momento, Fräulein Hannah me parecía toda mi familia. Me impresionó mucho la habitación, donde estaba con otras tres mujeres. Las gafitas de Fräulein Renate en la punta de la nariz, como el pico de un pájaro. Me hablaba en alemán, pero no hacía falta contestar. De madrugada, poco antes de trasladarla a Santa Marta en una ambulancia, telefoneé a casa. Me quedé con ella, la acompañé en la ambulancia. Detrás, en un taxi, vino Fräulein Renate.

—...*Ich konnte nichts dafür*. Nada pude, vino encima -dijo Fräulein Hannah.

Por lo visto, al salir de la casa de Fräulein Renate, que está en cuesta, en la parte alta de San Román, se le vino encima un coche. Fue el conductor quien llevó a Fräulein Hannah y a Renate a la Casa de Socorro. Además de eso, Fräulein Hannah dijo:

—*Das Fahrrad!... kaputt*. -Y tras una pausa añadió-: *Es tut mir leid...* La bicicleta...

Yo le pregunté:

—¿Le duele mucho?

Y volvió a decir:

—*Das Fahrrad!*

Fue muy largo. Mucho más de lo que yo creía, mucho más de lo que dijo el médico. Sólo fue menos largo que lo que calcularon que sería tía Lucía y Fernandito. Fernandito dijo:

—Eso es malo, peor que malo. No creo que ya la veamos más andar.

Y tía Lucía:

—Es como que te caiga encima el meteorito. Donde cae se hunde treinta metros bajo tierra, igual nosotros.

Ambas cosas me sonaron a mí realmente terribles. Tan terribles que de inmediato las deseché como un mal pronto de los dos. Da igual lo que se diga, lo que se haga es lo que cuenta. Lo que Fernandito hizo fue pensar que por ejemplo habría que subirle las comidas.

—Habría que coger una persona -dijo. Y tía Lucía añadió:

—Conmigo no contéis. El día que yo me pierniquiebre, me pegáis un tiro y

a correr.

—Lucía, no seas absurda, es absurdo decir cosas así -dijo mi madre.

Y Violeta:

—Es una cosa horrible, horrible, porque al fin y al cabo ella está en España sola, ¿a quién tiene? A quien tenga en Alemania, a nadie más. Aquí en España, ¿a quién tiene aquí en España? ¡A nadie!

Y yo dije:

—Te tiene a ti, a mamá, a Fernandito, a tía Lucía... nos tiene a todos.

Violeta respondió:

—Hija, qué quieres que te diga, a mí no sé si me tiene o no me tiene, quizá no. Siempre he pensado que El Buen Samaritano se expuso, él y toda su familia, y eso no es. Yo me hubiera hecho la tonta...

Yo no me hice la tonta, quizá hubiera sido preferible para Fräulein Hannah que yo no me pusiera de su lado. Me empeñé en hablarlo con mi madre, la convencí para traerla a casa: «Como mucho va a ser cosa de un mes, dos como máximo.» Y Fernandito precisó: «Como mínimo calculo yo que un año, si no es más.» Y tía Lucía complementó la idea con: «Será más, a la edad que tiene eso ya no suelda, no suelda. Conozco por lo menos yo tres casos, y eso que eran más jóvenes.»

No lo creí, no podía ni quería creerlo, y sencillamente omití toda aquella crudeza, todos los cálculos de todos. Pensé, decidí, que era una ficticia reacción de todos para ocultar la expresión de sentimientos afectuosos ante la situación de Fräulein Hannah. Tía Lucía lo había dicho miles de veces: «Es de mala educación andar diciendo que siento esto y siento aquello. Yo completamente suscribí, pero del todo, lo que la gente hacía, los dos bandos, en el final de la guerra, cuando se acercaba alguien a hablarte: No me cuente usted su caso, se decía. Y yo sigo pensando que eso es lo que hay que hacer. Paño de lágrimas nunca. Es peor casi que llorica...»

Realmente, yo tampoco estaba tan emocionada o tan dispuesta como me pareció sentirme en un principio por la desgracia de Fräulein Hannah. Se lo dije a Tom:

—Tom, ¿qué me pasa? No tengo sentimientos, ni el más mínimo, no me da pena ya por Fräulein Hannah. Debería de darme.

—No sé -dijo Tom-, siempre he pensado que hay que hacer lo que uno debe. No me atrevo a estas alturas de mi vida a asegurar que debe uno sentir lo que debiera.

Se decidió que mientras Fräulein Hannah tuviera que estar inmovilizada, hasta que le quitaran la escayola y pudiera valerse por sí misma siquiera lo más imprescindible, era mejor tenerla en una clínica. De Santa Marta la trasladamos

en ambulancia a la clínica de Nuestra Señora de la Salud, que dirigía un célebre cirujano de Letona, el doctor Jiménez de Liaño. Tenía una habitación para ella sola, era casi peor que el hospital el sitio aquel, con las enfermeras apresuradas que iban y venían impecables a mirar y a decir a Fräulein Hannah cuando estaba yo presente: «Es una auténtica alemana. Este valor es alemán completamente.» El hermano de la enfermera jefe era de Falange y había ido a la División Azul y recibido allí la Cruz de Hierro y fallecido allí a consecuencia de la falta de calzado, que se helaban empezando por los pies. Yo iba a verla un par de veces por semana. Fräulein Renate iba todos los días y le leía en voz alta los cuentos de Hoffmann.

Cuando por fin pudo volver a casa, ayudándose con un bastón, Fernandito dijo llanamente:

—Uno no debe comprometerse nunca a hacer lo que no puede. Vale más decirlo claro. Tal y como está se va a quedar. Eso si no empeora.

Mi madre dijo:

—Pero en un hospital no puede estar, es horrible que esté allí, está mejor aquí, en su habitación, no va a ser ningún problema.

Apoyé a mi madre. Me alegré sobre todo de que hiciera callar a Fernandito. Fui yo quien se encargó de decirle a Fräulein Hannah que la llevaríamos a casa. Pero ella dijo:

—He hablado con mi hermano, el mayor, que vive ahora en Bielefeld y le va bien. Prefiero estar allí, al fin y al cabo mi patria es Alemania.

Desde ese momento hasta que se marchó de casa transcurrió un año casi entero.

Fui a despedirla a la estación. Su hermano iba a esperarla en la frontera francesa. Volví a casa a pie. Subí a la habitación de Fräulein Hannah. Todo estaba casi igual. Su ropa y objetos personales habían cabido en una maleta. La casa entera en torno a mí parecía estupefacta. Inquietante silencio boquiabierto de culpables que no reconocen su culpa. Entré en la habitación y cerré la puerta una vez dentro. Estaba todo igual y me pareció -sin embargo- una habitación nunca vista, limpia y deshabitada y neutral como la habitación de un hotel de dos estrellas. Una habitación que no formaba parte de mi casa ni de ninguna casa, como un dormitorio en una pesadilla.

Lo olvidé todo enseguida. Mi madre puso una transferencia a nombre de Fräulein Hannah en la sucursal del Deutsche Bank de Bielefeld, una gratificación generosa por los servicios prestados. Nunca supe cuánto era. Recuerdo sólo que Fernandito comentó que se trataba de «una fuerte suma». Así acabó...

Un día Violeta trajo un recado explosivo de mi padre. Se desprendió de la charla de Violeta tan dulce y casualmente como todos los demás:

—Por cierto, que me acuerdo ahora que papá me ha dicho que no me olvidara, mamá, de decirte que al paso que van las fincas rústicas habría que ir pensando un poco en posibles compradores de esta casa, y también quizá del torreón. «Si tu tía quiere y Tom la deja...», papá dice, «...que Tom seguirá siendo el propietario, si mal no recuerdo, del torreón y de la finca.» Y yo dije que te lo diría y te lo digo.

Debí de palidecer, porque lo entendí todo de golpe: la mitad de lo nuestro no era nuestro, porque era ganancial. Ése era el recado...

Resulta imposible decir ahora (sin inventarlo ahora arbitrariamente para la ocasión) qué significaba en aquel instante la expresión «todo» para mí. Me angustié al oír aquel recado. Todo lo presentado, como después fuimos viendo detalle por detalle, se integraba en esa suma de la angustia ante la posibilidad de que con aquel mínimo recado mi padre hubiera puesto en marcha el cobro de lo suyo, la mitad de todo lo nuestro. No recuerdo qué pasó tras caer como una bomba aquel recado, quizá porque mi angustia y mi desconcierto fueron tan intensos que ensordecí. O quizá no lo recuerdo porque los demás no hicieron caso o, como mi madre, parecían estar al tanto de la situación y contar con que se manifestase más pronto o más tarde. Lo que sí recuerdo fue la exclamación de Fernandito: «¡Leche!, ¿cómo demonios no se me había ocurrido que ése era el caso? Pero claro, mamá, sois una sociedad de gananciales...»

Violeta acababa de salir. Quizá llorosa o quizá furiosa contra mí. Más contra mí que contra Fernandito, con quien sin embargo había discutido, de pie los dos, como dos críos a la hora del recreo, mientras yo en silencio les miraba confusa. Fernandito dijo:

—Lo siento. No quería discutir. He discutido contra ti también. Me enferma que seáis las dos tan ignorantes, dos señoritingas bobas de una casa de muñecas. Tenéis las dos edad de sobra.

Y yo dije:

—¿Edad de sobra para qué?

—Para mirar el código civil, para eso.

—O sea, que tú sabías, como sabes tanto también eso lo sabías, que mi padre tiene derecho a la mitad de todo. Cuanto más lo pienso menos lo creo, no esperaba eso de ti, Fernando.

La discusión con Violeta había surgido a consecuencia de la incapacidad que todas por igual las mujeres -según él- sufríamos de saber qué es qué y lo que pasa por el mundo. Fernandito solía decir que no obstante no saber Violeta hacer la O con un canuto porque se negó a estudiar y la aprobaban las monjas porque

era modosita, era muchísimo más sensata que yo, mucho más calculadora. Esta opinión, que hasta la fecha yo siempre había tomado como una especie de cumplido, cobraba ahora una dimensión sentimental: un sentimiento de acritud que no suprimía el previo afecto familiar, sino que, al contrario, diabólicamente, lo presuponía y lo incluía, lo desarrollaba -por raro que suene- en un danzón de contrarios.

¿De parte de quién estaba Fernandito? Ahora prosiguió:

—Te veo venir, te conozco mejor, mucho mejor, que si te hubiera yo parido, hermana. Vas a preguntarme que a quién de los dos quiero yo más, a papá o a mamá. Cada día que pasa, hermanita, te me vuelves más institutriz, más aria, más fiel servidora de la casa y más tonta.

Me reí porque había acertado, ésa era la verdad: la pregunta que realmente yo me estaba haciendo era si Fernandito nos quería a nosotros tanto como yo supuse siempre, o si, al volverse un pollo pera, un futuro abogado de todo rumbo y manejo, había acabado por inclinarse más hacia el lado convencional, sociable, hedonista, que invariablemente atribuía yo a mi padre.

—Vale. Dilo. ¿Estás contra nosotros, o con nosotros? Dilo de una vez.

Fernandito hizo una pausa, dio una vuelta por la habitación, estábamos en su antiguo cuarto de jugar. Sopló un poquito en su armónica. Luego se sentó frente a mí, encendió un pitillo rubio y dijo:

—Si por un instante puedes suspender tu convicción de que por el mar corren las liebres y por el monte las sardinas, que seguro que sí puedes, entonces escucha: un matrimonio es una sociedad de gananciales, mediante ella se hacen comunes para el hombre y para la mujer las ganancias y beneficios obtenidos indistintamente por cualquiera de ellos, que les serán atribuidos por mitad al disolverse aquélla...

—¿Lo que me estás diciendo es que son todavía un matrimonio? Pero si todavía lo son y no se están disolviendo, ¿a qué viene hablar de dividir?

—Están separados de hecho -dijo Fernandito-. Suponiendo que mi padre quisiera ahora amistosamente vender su parte de los gananciales, que vendría a ser, en resumidas cuentas, la mitad de esta casa, el jardín y lo demás... Y suponiendo que mamá no quiera y no tenga justificación para no querer, el juez puede suplir el consentimiento de uno de los cónyuges, es decir, el de mamá, y tan contentos. Pero no creo que mamá no quiera, ¿por qué no va a querer? ¡Querrá!

Me temblaban las manos cuando cogí un pitillo de la pitillera de Fernandito y lo encendí:

—Es como si de pronto nos hubiéramos vuelto todos locos -dije-. De pronto todos estamos hablando de vender lo nuestro. Es como si nos reuniéramos para

decidir si nos odiamos, ¿por qué no odiarnos? ¡Vamos a decidirlo!

Fernandito dijo:

—Pero es que ése es el asunto. Entre vender o no vender una propiedad y odiarnos o no odiarnos, hay un abismo. Lo segundo es monstruoso. Lo primero es sensato o puede serlo. Puede beneficiarnos. Papá tiene olfato para los negocios, es un tratante, lo suyo es el trato. Lo contrario, por cierto, de lo tuyo, hermanita.

Entonces se me ocurrió una idea que consideré luminosa y que ciertamente iluminó el rostro de mi hermano:

—¡Bueno!, pues si es así como tú dices, por qué no vendemos un terreno de él, ¿por qué no partimos su casa de Pedraja? O de los títulos que él tenga, de Hidroeléctricas, o leches. Algo tendrá...

—El sol de la inteligencia brilla por fin en tu rostro, hermana. Buena pregunta. Tú misma sabes, si te fijas, la respuesta. Lo que tiene mi padre en Pedraja, que en hectáreas suena a mucho, vale muy poco, y cada vez menos va a valer. Explotarlo con vacas y desarrollo agropecuario, todo eso, iba a costarle más de lo que saca ahora sólo con el maíz y con la hierba. Tendría que invertir, y aun así no está claro que el campo que ellos tienen les rentara lo que debe. Pedraja está en el quinto infierno. Está en cuesta. Ya con eso... Hasta la casa misma está que se desploma monte abajo. En cambio, nosotros, ¿dónde estamos nosotros? Nosotros estamos en la flor de la flor. Lo mejorcito de la crema de la crema aquí lo tienes a tus pies: tu casa. Urbanización con puerto deportivo, yo qué sé, leches, cualquier cosa. Un golf muchísimo mejor que el de La Zapateira y tenemos aquí a Franco dale que te pego al bastoncito combinando con la pesca de la lubina de ración. El Generalísimo y su esposa lo pasarían bomba aquí, un suponer...

—¿Y papá te ha dicho todo eso? Es así, ¿no?

—Bueno, nos lo hemos dicho el uno al otro casi. Yo no quería meterme, porque os conozco, sobre todo a ti. Pero con los mensajes sonámbulos de Violeta, que habla cada vez más como si estuviera soñando... ¡ya está!

Recuerdo el plateado mes de abril. Recuerdo a Fernandito (ya sin Rufus, que había muerto el año anterior y tenía su tumba bien visible, cercada por las flores anuales que Tom iba plantando al pie del torreón de tía Lucía, cara al mar, lejos de las gallinas y los moscardones, en la paz recogida y flexible de todos los felinos, sus hermanos). Ahí, en su antiguo cuarto de jugar, atestado de libros y de instrumentos musicales, devoraba Fernandito Civil I, y Romano, y Filosofía del Derecho. Por las tardes subía a verle yo, generalmente a media tarde después del paseo con mi madre. Subía también a consolarme, viéndole, de las irregulares

mutaciones de Violeta, sus temporadas de desaparecer e irse a Pedraja con su padre, sus temporadas de estarse en casa sin poder parar, sus temporadas de novios, sus temporadas de no hablarnos, o de no hablarme o de hablar conmigo únicamente, sin parar hasta las tantas, y dormir luego hasta las tres de la tarde y reaparecer, delicada y súbita como su propio nombre, a la hora de comer, con las faldas de vuelo, con los cinturones anchos, con el aire de salir siempre a alguna parte y sin embargo quedarse de tertulia la tarde entera con nosotros, y después sola conmigo otra vez hasta las tantas. Como si Violeta fuera nuestra privada versión mitológica de lo que denominaban Tom y tía Lucía the prevailing wind, siempre repentinamente dentro o repentinamente fuera de los circulares, incompletos, giros aguzados del negro pájaro sin nombre de la veleta del torreón.

Recuerdo una tarde especialmente porque fue Fernandito, y no yo, quien sacó a relucir -con ocasión de Violeta- todos los recurrentes capítulos, casos, y jurisprudencia adjunta, que abarcaban como en un cómico y solemne tratado en dos gruesos volúmenes nuestra totalidad, nuestras singularidades individuales en el interior de la singularidad común de nuestra propiedad, nuestra familia.

—¿Sabes qué, hermana?

—No, no sé, Fernando.

—Que a Violeta le vendría bien casarse, quiero decir como es debido, con alguien que la quisiera de verdad, alguien a quien ella quisiera. Le vendría bien tranquilizarse.

—¡Y tanto! -exclamé yo, sorprendida por aquel avance de Fernandito, tan poco aficionado a iniciar por cuenta propia asuntos como éste.

—Con el éxito que tiene, no se entiende que no esté casada ya.

—Sí se entiende -dije yo, fingiendo más seguridad de la que tenía-. Se entiende si te fijas en lo que su padre quiere sacar de ella.

—¡Ya estamos! -exclamó Fernandito-. Para ti todo tiene que ser culpa de papá, que es por cierto tu padre también. Tú también, mi niña, eres hija de papá.

—Anda y que te onduen, Fernando. Has de saber que la paternidad, a diferencia de la maternidad, es aleatoria.

—Déjate de tonterías. Lo que te pasa con papá es que empiezas por definirle como lo que no es y sacas después las conclusiones. Eres injusta con papá.

—Puede que lo sea. Pero no en lo de Violeta. Lo que él quiere es que Violeta sea la perpetua hija preciosa que acompaña al padre anciano, o lo que sea que él en este instante pretenda ser o se figure ser. Pero al final siempre es lo mismo: Violeta es la hija soltera que se queda con el padre. Desde que llegó así ha sido hasta hoy.

—Incluso suponiendo, hermana, que eso fuese así, no lo sería sin la

cooperación activa de Violeta. Violeta, desde luego, quiere ser, por lo menos en una parte importante de sí misma, esa figura de la hija consagrada al padre.

Estaban todos en la sala cuando entré. Tía Lucía cerca de la puerta con una taza de té en la mano, que bailoteó en el platito a causa del seísmo que causó mi entrada. Tía Lucía giró en redondo y se adelantó un paso o dos hacia mí:

—Estamos teniendo una Tenida bárbara. ¿Verdad, Tom?

Y Tom respondió:

—¡Espléndida!

Fernandito añadió:

—Menos mal que al fin llegas, si te retrasas te quedas sin *fruit cake*.

Ahí estaba tía Teresa, sentada junto a mi madre, que servía el té. Me acerqué a saludarla, sin ver todavía a mi padre (que quizá se hizo a un lado al entrar yo). Me senté con ellas. Bebí un sorbo de té, fingí interesarme por el *fruit cake* que mi madre me puso en el plato. Parecía haber muchísima gente en la sala. Sólo estaban los de siempre, y entre ellos mi padre, de pie, como tía Lucía, Tom y Fernandito. Me pareció que todos sonreían o que hablaban todos a la vez, me pareció que se reían más estrepitosamente que otras veces. Sentía el corazón dándome saltos, una presión en la boca del estómago. Había cambiado el corazón de sitio y me oprimía. Una vez sentada, con tía Teresa a mi izquierda, la escena pareció tranquilizarse, como si mi llegada fuese para todos ellos una indicación para cambiar el ritmo de las conversaciones. Tuve la sensación de que todos estaban pendientes de mí, fingiendo que se ocupaban de otra cosa. Por ejemplo, fingiendo Violeta que deseaba servirse un poco más de *cake*, o tía Lucía fingiendo hallarse fascinada por el absurdo collar de perlas de tía Teresa. Tía Teresa, ahogada por su collar y por el corsé, estaba instalada en el sillón -demasiado bajo y hondo para ella-. Estiraba las dos rechonchas piernas por debajo de la mesita. Recuerdo que pensé que iba a saltar todo por los aires si alzaba sin querer los pies. Fingían inclinarse hacia las pastas o hacia el té que mi madre iba sirviendo. Todos pendientes de mí con la solicitud de quienes temen que de pronto todo explote si no tienen cuidado. Al mismo tiempo sonreían y parecían encontrarse cómodos. Mi padre, tan elegante como siempre, hablaba ahora con mi madre y con Violeta. Le oí decir: «Tengo un poco de mano con el teniente alcalde.» Me sentía fuera de lugar. Pensé que hice mal en venir, era verdad que -como me había temido cuando a mi madre le dio por invitar a mi padre- no pintaba nada en aquella reunión que se celebraba en honor de tía Teresa y de mi padre y que hubiera transcurrido igual sin mí. ¿De qué hablaban? Nadie hablaba de nada en especial, como si hubiese yo llegado tras cerrarse un trato y ahora fuese ya sólo cuestión de charlar hasta la hora de irse, de celebrar el

trato ya cerrado.

Me sentía anónima en el cuarto de estar de mi propia casa, ni recordada ni olvidada, ahí, como un cenicero feo, recuerdo de Santa Cruz de Tenerife. ¿Hacia quién se inclinaban todos ellos? Me sentía ensordecida contemplándoles, como si el hecho de no intervenir en la conversación acarrearía una sordera momentánea. No hablaba, y tampoco les oía. La injustificable tristeza que todo lo negaba. Mi padre estaba en pie, con las manos cruzadas tras la espalda, se inclinaba hacia mi madre, quien a su vez alzaba hacia mi padre la cabeza. Me fijé que adoptaba esa posición una y otra vez, incluso cuando mi padre no le hablaba, como si fuese la única posible o la única correcta, una posición reglamentaria, interrumpida sólo por los gestos automáticos de llenar de nuevo nuestras tazas u ofrecernos de nuevo el plato de *sandwiches* o de pastas. ¡Era tan raro verla así! ¡Tan inapropiado! Embebida en el gesto aquel de alzar ligeramente la frente, el rostro, hacia mi padre, dejando ver su cuello blanco, un gracioso tallo juvenil, una silueta del dieciocho en un medallón azul y blanco, una dama desconocida: «*Die Unbekannte Dame.*» Le dije a tía Teresa:

—¿De qué hablabais, tía Teresa, cuando entré? Me ha sido imposible venir antes.

—Pues del pulgón, mujer, ¿de qué va a ser? Del pulgón de los rosales, que este año ha sido de verdad un padecimiento que me empezó ya en junio. Sulfatándolas y todo como estuve, y nada. Se conoce que el pulgón va asimilando los sulfatos. Y tu madre decía que no cree que hasta tal punto sea posible. Pero mucho me temo que así sea.

Pensé que, si fuera preguntando a cada uno, cada uno iría diciendo de qué acababa de hablar con quien fuese. Estaba persuadida de que se hablaba de algo más cuando yo entré. Con la servilleta me sequé el sudor de las palmas de las manos. Era una reunión poblada de señas. Me di cuenta de que una parte del malestar que sentía se debía a que yo esperaba que se hablara de negocios, y allí nadie hablaba de negocios. Eso fue sin embargo lo que por fin me había decidido a venir: la convicción de que mi padre había venido a hablar expresamente de negocios. Pensé que si iba a ser así, yo estaría en igualdad de condiciones: estaba segura de entender cualquier negocio tan bien como mi padre o como Fernandito. ¿Por qué no? El Derecho mercantil es muchísimo más fácil que Aristóteles. Y si iba a hablarse de negocios, no habría sentimientos de por medio. No habría nada personal que me pudiera herir, que me pusiera públicamente en evidencia. Porque -sin duda-, con mi padre en casa, la familia perdería intimidad, me mirarían como la gente se mira entre sí. Era evidente, sin embargo, que toda mi familia estaba eufórica, todos hablando al mismo tiempo, mi padre y mi madre en especial. «Debo de parecer un fantasma aquí sentada», pensé, «mal

arreglada como estoy. Seguro que viéndome se están acordando todos de tía Nines, que era así: desatenta y muda como yo, fantasmal incluso antes de conocer a Indalecio, fantasmal de suyo, por incapaz de distinguir lo verdadero de lo falso. Ni tía Nines ni yo supimos nunca casar el entendimiento con la cosa. Inadecuadas ambas, fantasmales ambas, dentro de nada de su misma edad, las dos solteras, altas, adjuntas a esta casa, ninguna de las dos sabía vestirse, nos quedamos las dos a vestir santos. Mejor eso, ¿verdad, tía Nines?, que desnudar borrachos y dejar que te empitonen cruda, sin ni tan siquiera disfrutarlo...» Desbarraba y lo hacía adrede, ¿de qué servía dejarme consolar?, ¿y quién iba a consolarme? La voz de mi padre perforó de pronto mi agitado ensimismamiento melancólico como hace explotar un globo:

—Hay mil clases de plátanos en Cuba. Muy distintos. Los que aquí comemos allí los echan a los cerdos. Pasé casi un año en Camagüey, y bueno, el olor a plátano recién frito llegaba a las horas de comer y de cenar hasta la habitación del tercer piso del hotel. Lo que aquí llamáis arroz a la cubana no es ni primo. Recién cortado y frito, que a veces lo rebozan un poquito para tomarlo con la alubia negra y la maíz todavía verde, casi blanca...

Y oí decir a Tom:

—Yo he tomado el banano pintón de La Habana, ¿verdad, Lucía? Nos encantaba.

Ahora oía todo claramente y ahora todo era acerca de si en Cuba se comía mucho o poco arroz, y las frutas cómo eran de enormes, con sus sabores agrirrosas o acidulces, y su carne amarillenta anaranjada que recuerda un poco la de las calabazas. Y la guayaba que toman siempre allí, cortada en rebanadas y puesta encima de un queso mantecoso y chato que a mi padre le sabía a los de aquí. ¿A qué venía toda aquella euforia, todo aquel rigodón, todo aquel parloteo incomprensible? Tuve la sensación una vez más de que por encima o por debajo de los significados literales inmediatos había, velado, irónico, un significado mucho más profundo, el verdadero, que se me escapaba a mí entre el fracaso conversacional de mi familia. Y de pronto se sentó a mi lado tía Lucía y dijo:

—¿Ves tú como en esta casa no tenemos nadie pies ni cabeza? Nunca se ha tenido, ¿no lo ves?, ¿a que tengo yo razón?, ¿a que parece completamente esto una Tenida de los masones portugueses? Los masones portugueses son cultísimos, Pombal era masón, si no de qué. ¡Míralos a tu madre y a tu padre! Ahí los tienes a los dos, como si el tiempo no pasase ni por ellos ni por nadie. Reverdecidos los dos, es natural. No hay nada más primaveral, yo siempre digo, que una pareja enamorada en pleno otoño. ¿No te encanta pensar que todo vuelve a repetirse exactamente igual tal como fue? Sin ningún inconveniente de los que hubo, que los hubo, como sabes. Ya sé que pensarás que estoy chalada, y,

desde luego, estoy chalada, pero hay cosas que las veo yo venir, cierro los ojos y las veo venir. Y en su día lo dije, eso lo dije, lo que pasa es que ahora tu madre no se acuerda y no lo reconoce, pero yo lo dije. Gabriel, el pobre, artista lo que quieras, un genio, ¡pero raro...!, porque, raro, era muy raro, bueno, en fin, qué te voy a contar. Y Fernando estaba ¡muy enamorado!, ¡pero muy enamorado! Y ahí le tienes. Y tu madre, hija mía, hecha una boba. ¿Tú crees que se puede andar así? ¡Que no van a poderse ni casar, como están casados ya! No sé qué tipo de fiesta habrá que dar. Algo que no parezca vespéral, ni una efemérides tampoco. Algo a base de champán y sardinitas en aceite, que es lo rico, canapés. ¿No es encantador, tontita, esta dulzaina? Amartelados como Queen Victoria y Prince Albert. El matrimonio como noviazgo: la ridiculez perfecta.

Me pareció monstruoso ver a mis padres así. Me sentí fuera de lugar. Por fin resultaba que era yo esa persona a quien siempre se omite en las conversaciones con objeto de no herirla ni dar lugar tampoco a innecesarias controversias. Era repugnante que se miraran a los ojos. Salí de la sala y de la casa y entré en el jardín de tía Lucía y me senté en un banco, sin saber qué tenía que sentir, hasta que me di cuenta de que sudaba y me alegré de tener fiebre y poder decir que de momento estaba enferma. ¡Pero sí sabía qué sentir! Sentía repugnancia por la desfachatez aquella de restaurar como si tal cosa lo que habían quebrantado cuando éramos niños, haciéndome creer que no hacían falta hombres en casa cuando en realidad era justo un hombre lo que mi madre había echado en falta todo el tiempo sin decirlo. Aquella mansedumbre era una agresión contra mí, a quien habían tomado por tonta de principio a fin. «Sé qué debo sentir», pensé. «Debo sentir ganas de darles con un martillo en la cabeza, pero soy dócil y me falta la capacidad para marcharme de la casa. Soy una víctima natural, merezco lo que me venga encima...»

—Siempre he dicho que cuanto más palique y menos pensamiento tenga el hombre que una tiene alrededor, mejor. Los pensamientos interrumpen los abrazos, chata.

Me reí porque reconocí en aquello la buena veta de tía Lucía, la que siempre he preferido. Dije:

—Tampoco querrás que sean imbéciles, yo digo.

—No, yo imbéciles exactos, eso no. Tienen que saberse debrullar, te tienen que dar conversación. No puede ser que seas tú la que les dice todo. Por eso he dicho yo que tienen que tener lo que es conversación. Un palique y un anecdotario y una noción de inglés y de francés, y una cierta taciturnidad pendiente de una. Eso también mejor que tengan que no. Un hombre demasiado explicativo acaba siendo igual que tú. Fernando en eso siempre fue ideal. Tom es

ideal, bien que, últimamente, prácticamente ni le veo. ¿Qué adelanto con que se me plantifique en el jardín perpetuamente? Que entraron unos y le tomaron por el guardabosques, no me extraña, con el peso que ha perdido, no me extraña que le tomen por una persona del servicio, enflaquecida, que duerme en catres sin colchón en las buhardillas. ¿Por qué se ha quedado Tom como se está quedando?, que se está quedando en nada. ¡Tom se está quedando en nada! Se lo he dicho: «Mira, lo que no puedo soportar es que me mires como un cocker spaniel con ojitos dulces. A mí me ha enfermado siempre la dulzura, Tom, un empalago la dulzura, Tom», así le he dicho. «... Estoy dispuesta a no volverte a hablar si vuelves a mirarme como un perro San Bernardo, como un buey.» Además, ¿por qué crees tú que pierde peso? Pierde peso porque sólo lee a Porfirio, y claro, tú me dirás, que tenga yo a mi edad, que tenga yo que andar detrás de la persona para que me tome un poquitín de carne y no sólo únicamente la hortaliza y las pulientas no lo puedo soportar. No puedo soportar que su comida principal del día sea ese asco que le mandan de la Escocia, el *porridge*. ¿Y sabes lo que cena? Cena un tazón de sopas, que las hace un pegotón con la cuchara para no tenerlas que mascar, y yo le digo: «Tom, mastica, hay que masticar los alimentos», y el siempre dice: «*Meine Liebe, ich habe keine Zähne mehr!*», porque dice que tiene mal la boca. Así que he acabado por tener que no cenar para no verle no cenar. Pero en fin, muy de siempre, *old Tom*... Y yo digo, puede que haya en todo esto una parte de venganza muy pequeña, ¡pero parte de venganza! El inconsciente de los alemanes es aún más profundo y más plomo que el consciente que ponen en los libros. Y hay una pequeña, siempre una pequeña, residual, malignidad, siempre lo he pensado, en ese ayuno y esas abstinencias, una descompensación, un *non serviam*, y eso no es. ¡Cómo que no servirás! ¿Te parezco yo poca persona para no ser servida por el tataranieto del barón Bilffinger? Porque si es eso, dilo claro. Y lo único que dice es «*Meine Liebe*» o como mucho «*Mon chou*». ¡Abstinencia una vez más! Han renunciado algunos de antemano, como Tom, a diferencia de Fernando, que es completamente el tipo opuesto, a la experiencia pasional. ¡Y no!, yo no soy madre de nadie. Entre Tom y yo no hubo nunca un componente, ¿cómo te diría?, de carnalidad. Preferiría, yo le digo, que me adoraras menos y me amaras más como un cualquiera. Yo soy una mujer, lo soy. Necesito una solicitud que me interfiera un poco, que me cambie de *mood a mood* físicamente, no sólo mentalmente, ¡vamos a ver! El último sueño de toda mujer verdaderamente femenina y bella es ser transportada en palanquín... Y esto lo digo porque no estoy ciega, y veo y comparo a tu padre con Tom. Bueno... aunque tu verdadero padre fue desde luego otro cantar. Hay una cosa que yo a tu padre no le perdono, y es la detallada exposición de un pensamiento durante toda una comida, de

principio a fin. Era un poco cursi, la verdad, tu padre. Era una persona tan perfecta, con tanto conocimiento y tanta enjundia y tanto plano de conjunto y por secciones, que acababa una diciendo: Dios, qué paz las tumbas frías... Era, mira, a tu madre se lo he dicho muchas veces, un conversador-enterrador. Cavaba con las palabras, palabra por palabra, una amplia fosa rectangular, y ahí te metía y ahí te tenías que estar toda la tarde, escuchándole y mirándole, y pensando todo el tiempo «Qué pesado». Pero eso sí, te acababa sepultando. Un día dije: «Me encantaría tener un talayot junto a mi casa», y se pasó un semestre haciendo un plano a escala que, si me descuido, acabo con él mal, ¡pero mal! Porque a diferencia de tu madre, yo el carácter no le tengo nunca igual. Así que yo, cuando la *liaison* se les deshizo, Dios, qué paz. Porque es que te agredía mentalmente, pensando sin parar un pensamiento y otro pensamiento. No, no había gramo de conversación ni de oración simple o compuesta, ni exclamación, ni puntos suspensivos, nada, que no se encaminase o contuviese un pensamiento pesadísimo... Tu padre en cambio me gustó por eso. Fue lo primero que le dije: «Fernando, por lo menos tú eres tú y no un monólogo de Manuel Dicenta.» En esta casa no se monologa, yo no monologo, nadie monologa. El abuelo, por no monologar, no daba tan siquiera un buenos días. Se iba a visitar a Pepa Juana y ahí queda eso, sin palabras. Tu padre, quiero decir Fernando, fue la perfección, pero no tanto como para encadenarse a una persona, eso nunca...

La dejaba hablar porque me estaba -sin quererlo yo misma- enfureciendo aquel autorretrato de mujer dominante y egoísta. Era monstruoso decir lo que había dicho de Tom Bilffinger. Pero una parte de ese enfurecimiento provenía del evidente descontrol de todo. Tía Lucía no paraba de hablar, y sin embargo no daba la impresión de que existiese la menor continuidad en lo que decía. Lo más irritante era ver de pronto, con la edad, emerger de la tía Lucía admirada este personaje engreído y torpe, desdeñoso y frío, incapaz de coordinar. Me estaba pareciendo turulata. Ni tan siquiera sabía quién era quién. Por decir algo y por cortarla, dije:

—Tía Lucía, no entiendo bien a quién te referías antes. Lo que dices de Tom es desde luego absurdo. Tom es la mejor persona que he conocido yo en toda mi vida.

Al oír eso, tía Lucía se levantó y se fue. En casa lo difícil era interrumpir o cortar las conversaciones. Irse de repente sin contestar nada me dejó tan boquiabierto que cuando se fue mi padre hacia las ocho de la tarde, porque tenía que cenar con una persona en San Román, le conté a mi madre aquel extraño *exit* de tía Lucía.

Se fueron unos días a San Juan de Luz. Hicieron noche en San Sebastián, y

hasta tal punto le encantaron a mi madre los tamarindos del paseo marítimo, e ir a cenar a La Nicolasa, que se les olvidó que iban a cenar a San Juan de Luz y, para no dejar de ir, alargaron la excursión tres días más. Hasta llegaron a Bayona, y entre los dos, en el casino, se jugaron mil pesetas. Era gracioso oírsele contar a mi padre, con todos los detalles de lo que costó cada comida y qué comieron, casi día por día. No veía lo que estaba ocurriendo en torno a mí: el significado de los acontecimientos que, una vez más, se me adelantaban cada vez que yo creía adelantarme y ser capaz de interpretarlos. No fui por ejemplo capaz de darme cuenta de que mi padre no era para tía Lucía un miembro más de la familia, sino que era, para ella también, un poco el *flirt* que desdeñó en su día. Tom comentaba: *des an old flame, I suppose. What can I do? You know your aunt. I'm not telling her anything. She always had the upper hand with me, always will.*» Lo dijo el día que yo dije (gruñí): «¿Qué demonios le pasa a tía Lucía, Tom? Está agresiva hasta conmigo. Turulata siempre estuvo, tenía gracia, tenía encanto, tú lo sabes. Lo de ahora es distinto, es que ahora muerde.» «*Don't you worry, my darling, it's just a passing mood.*»

Era desde luego un estado de ánimo, pero no era pasajero. Era muy fácil de reconocer, cualquiera lo veía, tuve que verlo, por fin, un día tras otro. Tía Lucía agredía a mi madre sin cesar. En un principio creí que bromeaba, pero no bromeaba, quería herir, y lo curioso, lo terrible, es que no era o no hablaba de una manera muy distinta de la de siempre:

—Ahora, como el cabeza de familia toma el *lunch*, tendrá que hacerse el postre de cocina, nos atocinaremos aquí todas. Pero es lógico, cualquier lectora de Jorge Guillermo Federico Hegel estaría al tanto, ¿verdad, Tom? Lo que se tiene en las familias, ¡a que sí!, es *Pietät*. Equivalente a la Obediencia Natural, la *Natürliche Gehorsam*. Como plantitas somos las mujeres, que podemos tener las ocurrencias y las elegancias y los gustos, pero carecemos de toda exigencia de universalidad. Somos dulces, y cuanto más dulces más monas, y cuanto más monas más memas, y naturalmente, como somos o representamos, ahí tienes a la Antígona, a la ley de la sustancialidad sensible subjetiva, representamos a la intimidad que aún no ha alcanzado su realización concreta. Así que a tocarnos las narices, venga postres de cocina, venga canelones, vengan arroces y vengan los potajes exquisitos, que se convierten de inmediato en esa íntima roncha o flotador de grasa móvil que toda mujer casada tiene alrededor de la barriga.

A mi madre le conté en primer lugar lo último: que tía Lucía me había dejado con la palabra en la boca, que repentinamente se había levantado y se había ido sin contestar a mi pregunta. Mi madre reconoció que esta rareza era distinta de las rarezas habituales en mi tía. Y añadió que no se lo explicaba.

Entonces fue cuando yo conté lo raro que había sido oírle hablar de mi padre confundiendo los rasgos de mi padre con los de alguien como Gabriel, dando muestras así de haber perdido definitivamente la chaveta.

—Es muy posible -dijo mi madre- que no esté bien de la cabeza, ya sabes que hace tiempo que me vengo yo temiendo que termine mal tu tía, no sabiendo distinguir la realidad y los pensamientos, delirando.

La conversación acabó ahí, pero a mí no acababa de parecerme exacto decir que tía Lucía deliraba. Tuve la sensación de que mi madre no deseaba seguir hablando de este asunto. Me asomé a la ventana de mi cuarto -que era nuestro antiguo dormitorio- y contemplé desde ahí el torreón de tía Lucía y el mar centelleante al fondo, una gran sección angular de nuestra isla, nuestra península, y todo el familiar paisaje me pareció equivalente a mi familia y a mi propia vida: ante mí estaba todo a la vez, maravilloso e íntimo, exterior e interior, acerado y verde, centelleante y minucioso en el aire de aquel mediodía, tan objetivado y controlado y comprendido a mis veintisiete años como yo consideraba que se hallaba mi propia vida en el seno de mi familia. Y de pronto, a la vez que me sentía reconfortada por la imagen de coherencia y de plenitud de aquel paisaje y de mi vida, me asaltó la vehemente ocurrencia de que todo era infundado y de que en realidad ignoraba muchos más secretos de los que creía conocer. Frente a la convergencia de todos los indicios que afirmaban que todo el pasado de mi familia y el mío propio estaba dotado de un único significado armonioso, aparecía ahora otra paralela convergencia de indicios que negaban que así fuera, empezando por la reanudación de la relación entre mis padres y recogiendo la temprana voluntad de Violeta de separarse de nosotros, y su insatisfacción de ahora, hasta llegar -sobre todo- a la ambigüedad de mi última conversación con tía Lucía, que mi madre se había limitado a definir como un trastorno psíquico, dejándome a mí con la impresión de que prefería no seguir hablando del asunto.

Me invadió de pronto la vehemencia, un lado fuerte de mi alma sofocado durante mi niñez y mi adolescencia por la fuerte admiración que sentía por mi madre, por tía Lucía, y por los demás. Me catapultaba de nuevo a la acción como un reclamo publicitario, como un anuncio bien pensado. Me dije: «No hubo ninguna confusión, tía Lucía jamás se ha confundido, y menos ahora conmigo. Empleó la palabra "padre" a propósito para designar dos personas distintas, a sabiendas de que yo lo notaría de inmediato. Quería tía Lucía decirme que había trampa en la palabra "padre". Pero si no se equivocó, ¿qué quiso decir? No estaba loca.» Esta última frase envolvió, mientras la iba mascullando, salir de mi habitación, cruzar la carreterilla y entrar en casa de tía Lucía y llamar a la puerta de su dormitorio, donde se pasaba habitualmente las mañanas fumando pitillos y mirándose al espejo, acariciándose los pómulos con las yemas de los dedos. Ahí

estaba, en efecto, en bata ante el espejo. Al entrar yo, aplastó el cigarrillo en el cenicero y encendió otro.

—El otro día... ¿qué querías decir, tía Lucía, con lo de mis dos padres? Tú nunca te confundes, y el otro día fingiste confundirte entre Gabriel y Fernando. De los dos decías que eran mi padre, ¿qué tontada es ésta?

—¡Conque nunca me confundí, eh! Claro que no, yo nunca me confundo. Lo que me choca únicamente es que hayas tardado tantas horas en darte cuenta...

La contemplé capturada por la cercanía que cobró de pronto tía Lucía entera. Como si se despertara, como si la iluminara un foco en un escenario, como si se colorearan sus mejillas, afilada y rejuvenecida. Se pasó el cepillo por el pelo con un gesto ausente y rápido, como si hubiera decidido repentinamente levantarse e irse. Luego dijo:

—¿Qué miras, sobrina? Me miras con carita de miruelo. Tú no eres tonta. Nada tonta. No eres ingenua y no eres tonta. Pero tampoco adivina, eso tampoco, demasiado afectuosa y cariñosa para estar a la que salta y enterarte de las cosas. No eres una buena entendedora.

La última frase me dolió, como un pellizco, como la picadura de un insecto, de una avispa. Me revolví contra tía Lucía:

—Ahora dices que no soy buena entendedora. Antes decías lo contrario: «De tus hermanos tú eres la más inteligente», me lo decías a mí, lo decías delante de ellos. Ahora de repente ya no soy buena entendedora...

—Da igual. Lo he dicho por decir -dijo tía Lucía, y aplastó el cigarrillo que acababa de encender y encendió otro. Eran gestos nerviosos, como el bailoteo de la taza de té cuando hablaba de tía Nines, que no correspondían sin embargo a un estado psicossomático especialmente agitado. Al contrario, tía Lucía se mostraba agitadísima en proporción inversa a su frialdad de juicio. No fingía agitarse, se agitaba, pero la agitación era un fenómeno fisiológico paralelo a la fría tranquilidad de su conciencia. Siempre he pensado que tía Lucía había adquirido con los años -quizá sin proponérselo expresamente- una curiosa clase de coordinación motora que recordaba el paralelismo cartesiano de las dos sustancias: entre lo que sentía o pensaba y lo que decía o hacía corporalmente no había ninguna equivalencia, como si contrapunteara entre sí los gestos y los pensamientos.

—No creo que lo hayas dicho por decir, tía Lucía, tú no hablas nunca por hablar. Cuando era más joven lo creía, pero he visto que no, no dejas nada a la casualidad, estás repleta de intenciones.

—Repleta, quieres decir, de malas intenciones, ¿es eso? -apuntó tía Lucía.

—No sé si malas, pero desde luego siempre determinadas. Sabes y haces exactamente siempre lo que quieres. Por eso es imposible que el otro día te

confundieras con lo de Gabriel y Fernando.

—¡Es que no me confundí! ¡Ya te lo he dicho! Tú te confundiste, que es distinto, o por lo menos al principio. En el fondo eres común, *darling*. Confundirse es agradabilísimo y común. Las confusiones embotan las aristas y humedecen todas las verdades. Los cobardes siempre se confunden. ¿Sabes?, empiezo a pensar que quizá tú seas cobarde. Estoy casi segura que lo eres al día de hoy. Hice la prueba y vi que no deseabas entender a la primera todo. Ser imbécil es una bendición, sin duda...

—Gracias por el cumplido, tía Lucía, muchas gracias.

—¡Sigues fingiendo! ¿Por qué sigues fingiendo? No finjas. En esto figúrate que me recuerdas a la pobre Nines, las sosas son las que más fingen. Las pavisositas fingen cabizbajas.

—Ya casi no te falta nada, tía Lucía, no finjas ahora tú. Ya que me has puesto verde, di sin fingir, ya de una vez, qué quisiste decir el otro día.

—Quise decir que tu padre no es Fernando, tu padre es Gabriel. Tú eres hija de Gabriel, el plomo. Tu madre accedió a casarse con Fernando con la condición de que te diera su apellido. Eres hija suya ante la ley, sin duda.

—¡No te creo!

—Claro que me crees. Me crees hasta tal punto que ni necesitas preguntárselo a tu madre. Pero pregúntale de todos modos.

No podía pensar con claridad, pensé varias preguntas a la vez. No quería que tía Lucía me viera alterada por la información que maliciosamente acababa de proporcionarme. De eso sí que no tenía duda: de la malicia conque me había proporcionado esa información. De pronto sólo quise saber por qué lo había hecho y por qué precisamente entonces.

—Te creo. Lo que no entiendo es por qué saltas con eso ahora.

—Convinimos los cuatro, Gabriel, Fernando, tu madre y yo, que puesto que se iba a legalizar todo el asunto mediante el matrimonio, que salió por cierto todo lo mal que yo dije que saldría... Convinimos en que nadie, pero sobre todo tú, sabría nada de esto. Tom por ejemplo no lo sabe tampoco. Por una vez en la vida hice una promesa y la cumplí. Ahora, al romperla, me siento muchísimo mejor. Más yo.

—¿Pero por qué has elegido este momento, al cabo de veintisiete años, ahora que realmente ya te da igual?, ¿por qué ahora?

—¿Quieres saber por qué? Porque te veo enternecer, te estás empezando a enternecer con lo de tus padres. Lo dulzón te come la moral. Les ves amartelados y en vez de sentir lo que debieras, lo que yo siento, en vez de sentir aburrimiento o repugnancia, en vez de reírte de ese arreglo, ese parcheo, ese acomodo otoñal, en vez de reírte estoy viendo que lo apruebas. No puedes aprobarlo, nadie puede

aprobar eso. Mientras yo viva, nadie podrá sentir complacencia o manifestar aprobación ante un remiendo así. No hay nada que remendar. Lo que se rompe se tira. Por eso ahora es cuando hay que decírtelo, ¡ahora!

Tía Lucía cambió de postura un par de veces y acabó de espaldas al espejo, mirándome de frente con los brazos cruzados:

—¡Qué cobarde eres, sobrina! Quieres salvarte a todo trance. No quieres aceptar que tu madre te engañó. Cuanta más intimidad tenía contigo, más reservada era. Cuanto más intimabais, más mentía. Daba igual que yo no te dijera nada, pero que tu madre no te lo contara hace diez años, cuando eras mayor ya, eso es retranca. ¿Por qué tu madre no te dijo la verdad? ¡Contesta!

—No sé, tía Lucía, no lo sé -dije.

Me despedí de cualquier modo, volví a casa, no podía estar ni tumbada ni sentada en la silla, daba vueltas por el cuarto, abrí las ventanas porque me faltaba el aire. El aire fresco no me consoló. El ruido del mar, la belleza de la isla y del mar de mi niñez me descompuso. Cerré la ventana, no bajé a almorzar, no bajé a cenar. Después de cenar, una media hora después de la cena y la tertulia, cuando se iban ya todos a sus cuartos, oí los pasos de mi madre, su inconfundible, firme y decidido paso en la escalera y en la tarima del descansillo. Llamó a la puerta un par de veces y entró. Me tumbé en la cama y miré al techo.

—¿Estás mala?

—No.

—¿Por qué no bajas a cenar entonces?

—Porque no tengo ganas de hablar.

—No hace falta que hables, sólo que cenes.

—No quiero ver a nadie. No te quiero ver a ti.

—¿Y por qué no quieres verme a mí?

—¿Y tú qué crees? ¿Te parece razonable que de pronto yo no quiera verte?

—No. No me parece razonable.

—Sin embargo eso es lo que me pasa. No quiero volver a verte.

—¡Pero qué tonterías dices! ¿Por qué no?

—Porque me has engañado en todo. Veintisiete años seguidos de mentiras. ¡Estoy harta de ti!

Mi madre se sentó en el borde de la cama:

—Que yo sepa nunca te he mentado. Decir mentiras es lo peor en esta casa. Nadie dice mentiras.

—Tú sí. Has dicho que yo era tu hija, y no lo soy.

—¿Cómo que no eres...? ¿Cómo se te ocurre esa bobada? ¿Quién te ha dicho eso?, ¿de qué sacas eso?

—Tía Lucía dice que soy hija de Gabriel. ¿Es eso verdad?

Mi madre se cruzó de brazos, y con el tono de voz de quien trata un asunto de interés general dijo:

—De manera que Lucía dice que eres hija de Gabriel, y que no eres hija mía, y tú lo crees.

—Te casaste con Fernando con la condición de que me diera su apellido. Te casaste embarazada, y ésa fue la condición que le pusiste. ¿Es eso verdad?

—¡Yo no impuse condiciones! Yo adoraba a Gabriel, te lo he contado muchas veces. Cuando tuvimos que dejarlo fue terrible, creí que habías entendido cuánto me costó todo aquello. Me dejó embarazada, pero nunca se lo dije, ¿para qué?

—¿Y se lo advertiste a Fernando?, ¿sí o no?

—Fernando a todo trance quería casarse con cualquiera aquellos años. Con tu tía Lucía o conmigo, daba igual. Se enamoró de mí creyendo que le daba igual cualquiera de las dos.

—¿Pero tú le dijiste la verdad?

—Claro que sí. Pero no fue una condición, fue un hecho. No quería abortar, no hacía ninguna falta. Si me quería por mí misma, entonces me querría también embarazada. Y así fue.

—Es imposible que fuera tan sencillo.

—¿Por qué no? Eres tú la que armas líos. Lucía y tú, las dos armáis líos. El día de la boda estaba de tres meses, apenas se me notaba, no se me notaba. Fernando consiguió lo que quería. No veo a qué viene todo esto, la cara tensa que pones, como si fuese un delito hacer lo que hacen miles de mujeres, durante la guerra miles de mujeres estaban en un caso como el mío, en los dos bandos.

—¿Por qué no me has dicho que soy hija de Gabriel?

—¿He dicho alguna vez que no lo fueras?

—Al no decirme que lo era y tratarme igual que a Violeta y Fernandito, di por supuesto que mi padre era mi padre.

—Y lo es ante la ley. Llevas su apellido. No me vengas ahora con que te tira la sangre de un lado o de otro. Eso son folletines.

—Deberías haberme dicho que soy hija de Gabriel. Saberlo ahora cambia todo mi pasado, todos los significados se alteran ahora.

—¡Qué tontería! No veo por qué.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Porque da igual quién sea tu padre. Yo soy tu madre y eso es lo que cuenta. Los padres, los maridos, los hombres, dan lo mismo, son intercambiables. Creí que estábamos de acuerdo en eso.

—Quiero estar sola, puede que dé igual, puede que los hombres den lo

mismo, pero que tú no me dijeras la verdad estando tan unidas como creí que estábamos, eso no puede dar lo mismo, y no lo da. Eso es terrible. Déjame sola, vete, ¡fuera de mi cuarto!

Mi madre salió de la habitación con un cierto aire propio más bien de tía Lucía que de ella, porque la oí decir: «¡Qué exageración, por Dios, salir ahora con semejante historia!» Ese comentario lo hizo poco antes de salir, y yo salté y cerré la puerta de un portazo violentísimo:

—¡Eres una puta! ¡Putas! -chillé con toda mi alma.

Era la primera vez que insultaba a mi madre. Ni siquiera se volvió.

Me sentí repleta del desfalco, estupefacta, inmovilizada por el secreto revelado. Era impensable, o sólo pensable en los crueles términos del ridículo, que yo no hubiese sido capaz en veintisiete años de darme cuenta de la suplantación. Pocas cosas tan hirientes como darnos cuenta de que no hemos visto algo que podía verse a simple vista. ¿Pero podía verse a simple vista? La humillación nos persigue impregnándolo todo, desvirtuándolo todo, incapacitando especialmente aquellos sentimientos u ocurrencias que antes de descubrir nuestro error nos parecieron, o quizá fueron, válidos.

Y lo más humillante me pareció, de pronto, no el haber sido engañada durante veintisiete años por la persona que yo adoraba: lo más humillante era el vuelco de toda la imagen de Gabriel. Durante veintisiete años, Gabriel había sido parte esencial de una mitología privada, mucho más importante que las ocurrencias de tía Lucía o su elegancia. Gabriel formaba parte de la integridad moral de mi madre. Gabriel era, por consiguiente, íntegro él mismo. No necesitaba existir realmente para presentarse ante mi conciencia. Me di cuenta de que tenía para mí las mismas cualidades que la imagen de un actor de cine. Que aún viviera en Madrid, que quizá hubiese pensado en mí alguna vez o quizá con frecuencia, cobraba de pronto una relevancia hormigueante: hormigueaba por la superficie estupefacta de mi alma, perdida su esencialidad mítica, ganando -cómicamente- importancia los detalles más accidentales: si había deseado verme alguna vez, si le remordía la conciencia por no haberme reconocido, si me odiaba como se odia al portador de un secreto inconfesable, cualquier cosa concreta era indispensable ahora que ya no podía Gabriel volver a ser nunca más el romántico amor de mi joven madre. Por eso, la idea de ir a Madrid y hablar con él se desparramó como un hormiguero desbaratado por toda la superficie de mi conciencia del instante presente: por eso bajé a San Román a ver qué trenes había a Madrid desde allí o desde Letona, que ahora me parecían lugares extrañados en el fin del mundo. Y Madrid era el centro inteligible de ese mundo.

¿Qué pasaba de verdad con mi padre, quiero decir con Fernando? Me había

dado su apellido, había tomado parte en la suplantación hasta ese punto. Sin su consentimiento y colaboración, el desfalco hubiera sido imposible. Él hizo posible la falsificación para no tener que preocuparse y conseguir lo que quería, conseguir a mi madre. ¿Qué más daba que estuviese embarazada y que yo fuese ya una criatura posible con quien había que contar? Legalizándome creyeron que me hacían un favor, pero entonces nunca debieron decirme lo contrario: tía Lucía, de pronto, me pareció una criatura venenosa y amarga, caprichosa y dura, que había escupido todo el viejo veneno sobre mí, inmovilizándome.

Recuerdo muy bien que fui a verla muy temprano una mañana para pedirle responsabilidades por aquel secreto que me había revelado tan cruelmente.

—Así que llueve... ¡eh!, conque llueve. He aquí que la sobrina confía que la meteorología hará las veces de soporte de una conversación intolerable, que no tiene más remedio que tener con su tía Lucía, la admirada excéntrica, la Edith Sitwell del nornoroeste del ibérico solar, porque la niña se ha quedado sin solar, desolada, sin soporte, y no lo puede soportar. Ella que creyó, la niña hermosa, que lo que no se puede cantar ni elogiar perpetuamente es una sombra despreciable, unos decimales que se menosprecian a la hora de calcular el grosor de los pilares de su vida entera. No lo puede soportar y explota, y se planta en casa de la vieja tía, como un cuclillo amilanado, amilanada por su deseo de venganza, su deseo de saber, su deseo de no saber, su deseo sobre todo de ser conciliada y reconciliada, consolada. Despejada ya la incógnita materna y paterna, quiere que se suprima ya el dolor o que se conserve en el recuerdo como un solo dolor, el general dolor de toda vida que se encamina hacia la muerte, pero no el dolor concreto de sentirse imbécil, desfalcada por precisamente quienes más admiraba y alababa y veneraba. Porque los venenos nuestros, claro, son de largo alcance y son tardígrados, por eso son mortales: no tienen curación, ya estás envenenada y nada puede ser ya ni parecido. Pero antes, antes de hacer lo que piensas hacer, sea lo que sea, irte o quedarte, o tirarte de cabeza al mar, o asesinar a los culpables, debes de conocer por qué lo hicimos: porque fue maravilloso, nuestra juventud quiero decir, lo fue. Comprendo, por eso, que hayas vivido fascinada por nosotras dos, y que conste que lo que tú conociste era el fulgor de dos estrellas mortalincas ya y convertidas en ese par de cincuentonas carcamales que ahora ves. Para nosotras hubo una palabra, una única palabra miserable, ¿a que no sabes cuál? No pongas cara de pensarla, porque no sabes cómo hay que pensarla: la palabra «matrimonio», ésa era la palabra más abyecta, sobrinita. ¿O es que crees que nosotras nos creímos las gansadas que siguieron a la victoria nacional? ¿No te das cuenta que nosotras somos de los años de *l'entre deux guerres*? En aquellos años algunas chicas de nuestra posición no tenían nada en la cabeza, y eso era *first class*. Nosotras no éramos las pasivas posibles

madres, esposas, que querían ser las pasivas posibles señoritas casaderas que van a convertirse en señoras espantosas *pot au feu*, puchero en el fuego, avinagradas hasta la muerte. No queríamos fotos de la boda en la salita, ni la luna de miel bobalicona en las Azores. Nosotras hacíamos viajes con papá en primavera por toda Europa, y en Berlín fuimos a ver las carreras a galope del Grünewald y del Hoppegarten. Era el Berlín que iba a laminar Adolfo Hitler, casi mejor que París para el desdén, para despreciar todo lo que no fuera la suprema sensualidad y la suprema espiritualidad del arte de vanguardia, el pistoletazo de salida o en la nuca, daba igual. Éramos dos hermosos cisnes embriomachos a ojos de todos los dubitantes pretendientes de Baden-Baden y de Ginebra y de París y de Londres. Íbamos con unos sombreritos por las calles, mirábamos al frente, fijamente, decidiendo si la liberación iba a venarnos más del lado de Lenin o de Benito Mussolini. Aquel orador maravilloso que admiraba José Antonio Primo de Rivera. Y naturalmente estás pensando que, aprovechando que hoy llueve y no se puede estar en el jardín, no voy a hacerme responsable de haberte envenenado, desfalcado, y hecho migas. ¡Pues claro que no me hago responsable! ¡Por favor! Nunca estuve aquí lo suficiente para tener que daros buen ejemplo, sobre todo a ti, mi sobrina, la mayor. Mi vida no tenía la menor integridad, hilvanada nada más, son cuatro trapos y cuarenta sombreros a cual más absurdo y más genial. Nosotras éramos geniales, sin tener que haber sido previamente, o a la vez, o en consecuencia, algo en concreto. Bastaba con ser dos chicas ricas estupendas, que consideraban que sin la abolición de la familia compulsiva y patriarcal no podría darse la verdadera revolución social y el triunfo del burdo ganapán, el siervo, el chófer y el *vallet de chambre*, que ya proyectaban convertirse en propietarios de un hotel de tres estrellas en la isla de Mallorca y ser dueños así de su destino. Criados, seminaristas cuyas hijas, habidas de criadas educadas, aprenderían a tocar un poco los pleyeles, se casarían con un imbécil bien alimentado que les daría unos hijos bien alimentados, prestos a disolverse por puro aburrimiento tan pronto como el Estado español dejara de ser confesional y el amor fuera libre. El amor libre era el asunto...

Que no se detuviese tía Lucía me fascinaba casi tanto como mi incapacidad de detenerla, dar un grito, levantarme de la silla, discutir cualquiera de las muchas insensateces que decía. Tantos años de admiración sin reservas me impedían ahora oponerme seriamente. Y desde luego algo tuvo que ver la costumbre con la pasividad con que acepté toda aquella agresividad disparatada. Pero el sentimiento que más me atenazaba, impidiéndome intervenir, era, a pesar de todo, una intensa admiración, que me impulsaba a seguir las vueltas y revueltas, las asociaciones, las malignidades. Quería saber qué había al final. Me

recogí aún más en mi butaca, alerta, como si al final fueran a despejarse todas las incógnitas que ahora, tras conocer mi situación real en la familia, no me dejaban descansar en paz. De vez en cuando, tía Lucía se levantaba bruscamente e iba hacia la chimenea con un aire decidido, como si fuera en busca de un objeto que deseaba contemplar de nuevo o quizá mostrarme. Encima de la chimenea había un gran espejo alto, rectangular, de grueso marco dorado rematado por un gracioso floripondio, un espejo que recordaba una enorme cornucopia, inclinado de tal suerte que quien se situaba justo frente a la chimenea podía contemplarse ensombrecido en el interior de casi toda aquella habitación desrealizada y transitiva, a medio camino entre su realidad y su representación en el espejo. Pero tía Lucía no miraba hacia arriba de tal modo que pudiera verse y verme y ver toda la estancia agudizada, sino que contemplaba el suelo fijamente, como si quisiera que viese yo su coronilla o ejercitase ante el espejo una profunda reverencia. En uno de estos repentinos cambios de posición, se volvió hacia mí, duplicada por el espejo. Era el monólogo una pura gratuidad, una hipertrofia del hablar de siempre, un lujo innecesario que rozaba -no obstante toda la pulcritud y la elegancia de aquella habitación y de mi tía- lo monstruoso. Avanzó un par de pasos hacia mí, que seguía sentada, y me habló desde esa posición, como se habla a los niños, como si fuese su deber explicarme todo con todos los detalles una y otra vez, para que más adelante no me llamara a engaño. Recordaba de pronto a Fräulein Hannah en sus tiempos, lejanos ya, de institutriz, cuando hablaba a Fernandito, que la miraba desde su silla en silencio:

—A tu edad, con todo y con haber yo siempre procurado contarte cómo fuimos, creo que no has aprendido nada, ni sentido ningún sentimiento ni ninguna experiencia por ti misma. ¿Sabes qué?, eres como un espejo, como una neutra superficie reflectante, incolora, que me refleja con la inercia de ese espejo. Voy y vengo por tu superficie sin lograr hacer de ti un objeto tridimensional, un obstáculo, un cómplice. No eres absolutamente nada más que una reproducción halagadora, monótona, que en ocasiones me enfurece, me harta. Eres muy poco femenina, niña, he conocido muchas mujeres como tú. ¿Por qué no me preguntas por qué quiero ahora herirte? ¿No es obvio que deseo confundirte, amargarte, despedazarte, esclavizarte siempre? ¿No lo ves tú misma?

Logré decir:

—No creo que quieras esclavizarme, tía Lucía, no creo que puedas aunque quieras. ¿Por qué me hablas así? Parece que quieras explicar alguna cosa y que a medio camino te distraes y sigues cualquier asociación de ideas repentina, incluyéndola en tu explicación por no saber dónde ponerla. ¿Qué pastillas tomas ahora? No sé si estás del todo en tus cabales, es como si fueses de pronto una

estrafalaria actriz, a ratos cruel y a ratos inconsciente. Tengo la sensación de que de pronto eres una actriz y todo esto es un monólogo, todo lo que has dicho de Alemania, de Berlín, algunas cosas las sabía, me suena todo vagamente familiar. Lo único nuevo, y eso es justo lo que omities, es que tú, junto con mi madre y mis dos padres, me habéis ocultado la verdad todo este tiempo. ¿Qué tiene que ver que fueseis a Berlín antes de la guerra? ¡A mí qué me importa vuestra juventud!

—Ahí está la cosa -dijo tía Lucía, sentándose frente a mí y mirando a un punto indefinido al fondo de la habitación-. Viene a ser una parábola, sobrina, un diminuto apólogo que nos refleja globalmente y que responde a una pregunta que hizo Jesús a no sé quién que no recuerdo: Si tu hijo te pide un pez, ¿le darías una serpiente? Si tu sobrina te pide una explicación, ¿qué le darías? Lo que yo te estoy dando no es una explicación que sirva para explicar por qué Gabriel, Fernando, tu madre y yo decidimos legalizar la cosa y no volver a hablar más del asunto. Lo que yo te estoy dando es el veneno subsistente, lo envenenado de todo el plan aquel, su más quintaesenciada y depurada banalidad de fondo, la culebra misma. Te estoy explicando cómo lo que hicimos contigo lo hicimos porque nos pareció lo más desenredado, habida cuenta de que Gabriel era un cobarde y se asustó al saber que tu madre estaba embarazada, y Fernando era un señorito de provincias que nos adoraba a las dos. Nos consideraba dos criaturas únicas, el pobre, siete años le costó enterarse de lo aburrida que es tu madre y de lo mucho que yo me aburro siempre que paso en cualquier sitio más de un mes. Tu madre es una pelma y yo una loca... ¿Qué más quieres saber?

—¿De verdad quieres saber qué quiero yo saber? Quiero saber por qué nunca os casasteis Tom y tú.

—Porque casarse es de criadas, personas que necesitan un sostén para sostenerse un poquitín a flote. Nosotras no necesitábamos sostén. No lo necesitamos ni siquiera ahora. Era además una teoría, una teoría es lo esencial. Además, yo no podía casarme con alguien ni vivir en serio con alguien que fuese como Tom. Socialmente superior a mí, más rico por ejemplo. Tom era, cuando le conocí, un chico millonario huido de Alemania, un chico ingenuo, dispuesto a hacer lo que yo dijese, y, sobre todo, decidido a superar el orden legal y contractual al que él estaba acostumbrado, el de las relaciones entre propietarios. Tom quería ofrecirme su propiedad como un regalo, creyó que iba a ser común entre los dos, y lo fue al principio, el sentimiento del amor, la alegría de estar juntos, pero yo ya sabía que sólo dura lo que es «cosa», lo que es propiedad, por eso acepté todos sus regalos, para posibilitarle que me amara sin temor a que su propiedad interfiriera entre nosotros. Pero la propiedad siempre interfiere, en el sentido de que no hay manera de regalar algo serio a alguien de tal suerte que lo

regalado pierda su carácter de cosa. Es una cosa sin espíritu, es lo que es. Creyó que enajenándolo todo, lo real, el vil metal, dándomelo como un regalo, lo regalado, la propiedad, toda esta finca, más lo que luego se compró, que puso de inmediato a nombre mío, el torreón estaba ya y la casa, eso lo tenemos proindiviso tu madre y yo, no llega a media hectárea con los edificios, lo que vale es todo lo demás... quiso enajenarlo, el bobo, enloquecerlo como él, quiso que una cosa inerte se contagiara de su locura y quedara así desvinculada en franquía, sin atadura, sin peso, toda espíritu. Afortunadamente, la propiedad es mucho más sustancial que cualquier sentimiento, por muy alemán que sea el que los tiene... Tom está vendido, loco por no saberse desatar de mí. Me regaló todo lo que ves, casi media isla, creyendo que por el hecho de ser un regalo iban diez hectáreas de pinares y de prados a dejar de ser lo que eran para ser, exactamente, el amor que Tom sentía por una aventada indigna de él. La aventada lo entendió todo a la primera, descontó el regalo que significaba amor y se quedó con la propiedad, que significaba propiedad. Pero todo con tal de no aburrirme, hasta el amor. Y luego él tenía cosas en Islandia, era divertido ir y venir. Creo haberte contestado a todo, aunque no recuerdo qué querías saber, ¿qué querías saber?

—Quisiera saber cómo es posible que haya vivido tanto tiempo sin conoceros a mi madre y a ti. A Tom en cambio le conozco bien, y sí, tienes razón, no logró transfigurar en significado y en regalo todas estas putas hectáreas de suelo edificable escrituradas a tu nombre. Tú eres la propietaria del terreno, aunque no sabes lo que significa. Al endurecésete el corazón cada vez más, a fuerza de ser propietaria de lo que carece de significado, has ido volviéndote más y más turulata cada día, cada vez más loca. Estás totalmente separada de todo, incluido Tom. ¡La locura es eso exactamente!

—¿Tú crees? -inquirió de pronto tía Lucía tras una pausa larga. Me sorprendió el tono de voz, menos firme que el tono con que había sido declarado velozmente lo anterior: un tono súbitamente preocupado, una pregunta pronunciada casi en voz baja. Tía Lucía no pareció darse cuenta del prolongado silencio que sucedió a su pregunta. Parecía ensimismada. Repentinamente hecha un ovillo en su ancha butaca, casi en posición fetal. En esa posición se veía su nuca, y bajo la seda beige del vestido, la columna vertebral difusamente, como una fantasmal radiografía-. ¿Entonces tú crees que estoy completamente loca? ¿Es eso lo que crees?

—No. No he dicho eso. No lo creo.

—Dureza de corazón, has dicho. Te referías a mí. Has dicho que la locura es eso, dureza de corazón. Tienes razón, con los años, tantos años, nunca he querido a nadie. No tengo nada que dar, lo poco que tengo no lo quiero dar. Tú lo has dicho bien claro, soy una persona superficial, una loca.

Sentí compasión. Y sentí que esa compasión me dejaría inerme una vez más. Mi compasión cancelaba su frivolidad. Esa orgullosa frivolidad con que poco antes había exclamado: «¡Éramos elegantes y frívolas!»

Tom entró en la habitación en ese momento. Llevaba puesto el mono azul y su grueso jersey de lana. Pensé que me gustaría ser querida y atendida, a la edad de tía Lucía, por un hombre como Tom. Alguien que me amara sin discutirme, sin querer mejorarme. Y pensé: Como en un escenario, he aquí un diminuto escenario en una casa particular, como las antiguas alcobas, que eran, en el interior de los dormitorios, escenarios a su vez diminutos, cóncavos. Así, de pronto, al entrar Tom y al volverse hacia él tía Lucía, les vi a los dos frente a frente, enmarcados por el espacio diminuto de la alcoba, como una concha, como un auditorio, como un espacio destinado a recoger todos los sonidos, incluso los casuales, una bóveda donde iba a rebotar el mundo entero, el desalentado corazón de Tom, mi desalentado corazón, y tía Lucía, que había perdido todo sentido de la seriedad, tras hablar conmigo con aquel descaro. Tía Lucía, para quien no tenía ya seriedad ni el dolor ni la muerte, para quien por consiguiente todo se reducía a resultarle o no estimulante. Tom era, por desgracia, estimulante. Yo, en cambio, no lo era. No serlo me convertía en una espectadora. Sin mi espectación no se hubiera desplomado toda la violencia que de inmediato iba a desplomarse. Pero yo estaba allí, y tía Lucía no tenía intención alguna de perder esa oportunidad pedagógica: quería hacerme ver hasta qué punto puede serse cruel y al mismo tiempo indispensable para Tom. Quizá Tom Bilffinger, acostumbrado a las extravagancias de tía Lucía, no se dio cuenta, cuando entró en la sala (ni yo misma me di cuenta del todo en un principio), de la inclinación feroz que había en el aire, en el espejo rectangular, en la gran cornucopia que nos reproducía automáticamente y no podía no reproducirnos, como Dios, que una vez creados, no pudo descrearnos:

—He aquí que entra el inexistente. ¿Por qué, Tom, reincides en ese tu no tener la más mínima importancia? Cuando estabas lejos, yo podía considerarte un ente de razón, *mein Lieber, quod est objective tantum in intellectum*. Te detienes, Tom, frente a mí, entras por la puerta de esta sala y nos ves a las dos, a la sobrina adorable y a la tía detestable, pero por la cual sentiste en otro tiempo sentimientos fogosos. ¿Cuántos años hace, Tom, veinte, treinta...? En un principio la fogosidad de tu corazón correspondía conmigo como un guante. Yo era tu persona excepcional, el ser mayor que el cual nada puede pensarse. Te encantó todo, y en especial que yo no tuviera exactamente tu misma posición, ¡no!, ¡no! Yo no tenía, no era de tu misma, exactamente igual, clase social. Yo no tenía la clase de dinero que tenían tus bisabuelos. No tenía, por no tener, ni un apellido que no fuese procedente de una profesión menor: herreros, zapateros...

yo era inferior, y tú eras superior. Y yo decidí... ¿qué estaba diciendo? Ya no me acuerdo. ¿Tú te acuerdas, sobrina? No me encuentro nada bien, siempre he sido una persona desdichada, siempre. Nadie me ha querido, y claro, aquí tenemos al alemán perfecto, al hombre que, por tener, tenía hasta el corazón perfectamente limpio. Ya no hay como tú, no existe como tú, con un dinero como el que tú heredaste, Tom. No hay ninguna persona que se aclimate a vivir modestamente con una mujer mucho menor sólo por amor. Soy una niña, Tom, y no me encuentro nada bien. Todos los días me preguntas veinte veces, veinticinco veces, cómo estoy. Sería indecoroso estar muy bien, tengo que encontrarme mal. ¿Para qué preguntas esa mamonada, chico? Tú es posible que creas a tu edad que a las personas hay que preguntarles cómo están. ¡Estamos bien, mamón! Tú estarás mal. A nosotras no nos pasa nunca nada. Compasiones tan sumamente cristianas, que además de amarme en Dios me amas por mí misma en mi insignificancia. Yo soy las uñas recortadas de Platón, yo soy el pelo de los suelos de las peluquerías, que se barre. Y tú me amas porque yo soy eso, el pelo, los recortes de las uñas, soy accidental, por eso me amas, porque soy accidental. ¿Te das cuenta, sobrina, que este pobre idiota tuvo la osadía, la impertinencia, de amarme a mí como Dios al mundo que ha creado? ¡Eso es un insulto! Respecto de ti, *mein Lieber*, yo no soy una criatura. Te veo venir, te veo acercarte, has mirado a esa persona, a la sobrina, sois tal para cual. Os he visto hablar, os entendéis, ¡anda!, lo igual busca lo igual, claro. Cada vez que abro la boca y digo algo, pensáis: Pobrecita, está con el anís... Pero no estoy con el anís. Tengo una claridad tan meridiana que acabo estando por lo regular hasta las narices de mí misma a las tres treinta de la tarde, por clara que soy...

Era una escena de borrachos, dos borrachos: tía Lucía y Tom. Los dos daban la impresión de estar borrachos. Dentro de unos días -pensé- recordaré todo esto y decidiré que no tuvo lugar: todo lo que acaba de ocurrir ante mí es una ocurrencia literaria que se me acaba de ocurrir, una escena repleta de efectismo y trucos, sin antecedente ni consecuente, que he decidido situar al final de este relato para que no se me desinflen al final el final... Pero ahí les tenía. Tom dijo:

—Lucía, ¿por qué no lo dejamos? Es una cosa que dices por decir, estoy seguro de ello.

—¿Qué es lo que digo por decir? -preguntó tía Lucía.

—Lo que acabas de decir -dijo Tom-. No me acuerdo ya.

—Dices eso porque eres un cobarde, *darling*, los cobardes no se acuerdan, no se fijan, no lo advierten. Los cobardes son las víctimas y las víctimas no están. ¿Es esto una idea o una imbecilidad? A ver, Tom, contesta. La víctima no está, ser víctima consiste en no ser. Ser víctima es lo contrario de ser alguien,

una auténtica víctima no deja nunca el menor rastro. Nosotras sí: los verdugos, yo. He dejado el rastro de no dejarte ser a ti. Ése es el rastro que he dejado yo. Quedará fosilizado en este sitio como una lenta baba, y tú serás lo destruido por mi mala bilis. Tengo un padecimiento del hígado muy fuerte, Tom, y ahora no estoy para discutir tontadas. ¡La manta eléctrica!

Me levanté y fui a buscar al cuarto de tía Lucía la manta eléctrica, la encontré debajo de la almohada. Cuando regresé, Tom no estaba ya, o no se le veía, tal vez tenía tía Lucía razón después de todo y había desaparecido como sólo las víctimas saben desaparecer, sin dejar rastro. Tía Lucía, en cambio, estaba tumbada en el sofá, la cara teñida de amarillo intenso, amarillo azul. Se apretaba con ambas manos el costado derecho y decía: ¡Dios! El sondaje van a tener que hacerme una vez más, tragar la goma esa con su cabecita de sifón, horror. Nadie se ha ocupado de mí nunca, estoy muy sola. Celosa de mi libertad. Estoy muy sola por el tipo de carácter que yo tengo. Desengáñate, no tengo a nadie.

«Nos encantará verte», dijo Elvira por teléfono. Esa frase seca me acompañó durante todo el viaje en tren. Elvira era la mayor, la soltera, la única que vivía ya con Gabriel, viudo, en su piso de Marqués de Urquijo. Mi madre no supo decirme si la familia de Gabriel conocía la historia. Le constaba que la mujer de Gabriel -ya difunta- supo de su relación con Gabriel. Pero no creía que ella supiera lo del embarazo. Comentó eficazmente todo eso como quien despacha una cuestión de trámite. Vivían en un cuarto piso, en un elegante bloque de viviendas de nueve plantas. Me abrió la puerta principal una doncella mayor que me condujo a través de un recibidor oscuro, de alfombras resbaladizas, a una gran sala de sólidos muebles de caoba que daba a la calle. Elvira entró enseguida, tendría diez años más que yo. Al verla entrar en la sala, pensé que mi padre no me recibiría. Parecía decidida a descubrir con toda exactitud a qué había venido yo. ¿Era descubrirlo la condición para que Gabriel apareciese? Estaba temerosa de que le pareciera inverosímil el pretexto que di por teléfono para justificar mi deseo de encontrarme con Gabriel: que le traía noticias de mi tía Lucía, que, al saber que yo venía a Madrid, me había encargado dar saludos. No había mencionado a mi madre sino a mi tía. Me sometió a un rápido interrogatorio, como si me presentara para una colocación. Quería saber mi edad, si había hecho estudios universitarios, si estaba soltera, si mi madre vivía, si sabía que había venido a verles. Fui contestando dócilmente a las preguntas.

—Vosotras, claro -dijo en un momento-, tendréis muy pocos gastos allí, tan en el campo.

—No creas -contesté-, el campo es caro y aquello se está poniendo ahora más caro con los veraneantes, y la plaza por las nubes.

—Nosotros estamos sin un duro, te advierto.

Me chocó que sacara ese tema. ¿Pensaba quizá que había venido a pedirle dinero a Gabriel de parte de mi tía o de mi madre? Gabriel entró en ese momento y nos interrumpió. Quizá no temía que le pidiera yo dinero, sino que le gustaba esa conversación acerca de cómo estaban las cosas de caras en Madrid. Se la veía casera, una especie de diosa lar prematuramente confinada. Se sentó entre nosotras dos. Estaba muy mayor, muy pulcro. Pareció sorprendido, parecía cansado. Yo no había revelado mi identidad por teléfono. ¿Sabría Gabriel quién era yo?

—¿Tú eres hija de Lucía? -preguntó.

—No, no. Soy hija de Clara.

No parecía asombrado o nervioso, ¿por qué iba a estarlo? Quizá había olvidado ya todo aquel drama de la hija que tuvo, recién casado, con una chica de provincias. ¿Tendría Elvira intención de estarse allí sentada toda la tarde? Iba a ser difícil, si se estaba, sacar la conversación. Él tenía que saber quién era yo exactamente. Pensé que fingía, pensé que los dos fingían. Yo misma fingí contando animadamente un par de anécdotas de Tom instalado ahora a perpetuidad con tía Lucía. El tema de Tom pareció reanimarle:

—Un chico de muy buena familia, millonarios, tengo entendido -dijo Gabriel.

Observé su perfil, se comprendía que hubiese sido un muchacho muy guapo. Ahora era un hombre fondón, con algo más de papada. Pensé que era mucho mayor que Tom. Temí que la conversación se detuviera tan pronto como yo dejara de contar cosas a bulto acerca de mi tía o de nosotros. Elvira se fue mucho antes de lo que esperaba. Dijo:

—Tengo que hacer abajo, en la parroquia.

Se ocupaba no sé si de los roperos o de la tercera edad. No recuerdo bien. Una chica decidida, mucho más que yo -pensé cuando nos despedimos-. Me dio dos besos. Dijo:

—Estaré de vuelta dentro de dos horas. A ver si te veo todavía.

Gabriel se acurrucó en la esquina del sofá, un sofá cómodo. Me sentí eufórica en ese instante, una alegría maligna, un regocijo vengativo: «Así que éste era el amor romántico de mi madre, éste era mi verdadero padre», pensé. Me di cuenta de la importancia que estaba teniendo en aquel momento la cancelación de la piedad que, con menos agudeza, se produjo cuando empecé a descubrir todo el asunto.

—Y... cuéntame, ¿cómo está todo aquello, tan bonito? Siempre he

recordado aquellos veranos que pasé en San Román. El dulce pájaro de la juventud, que se dice. Ya te veo, hecha una intelectual. También ellas lo eran, lo recuerdo bien, tu tía y tu madre, dos espléndidas Dianas cazadoras, la genialidad venusina de las dos. Recuerdo la pasión que tu madre tenía por la arquitectura, la pintura, el dibujo... Pero no me dejes hablar a mí solo. Eres tú la que tiene que contar.

Tenía que decir algo, deprisa, secamente, ir al grano. Sólo me detenía una casi impersonal fascinación por aquel personaje, que era mi padre, dispuesto a no reconocer ninguna fractura en su pasado, ninguna irregularidad en la factura de su vida. Se había edificado a sí mismo, una vez agotadas, desfogadas las ligerezas de la juventud. Su pulcritud, su chaqueta de tweed, su pantalón de franela, todo estaba calculado para dar la imagen del arquitecto retirado, del intelectual triunfador, del hombre de mundo, la individualidad sustanciada, integrada, aderezada por un gusto indumentario anglosajón. Todo auténtico e indiscutible. Sería difícil hacerle reconocer que yo era su desliz, habiéndolo sepultado como él lo había hecho con la ayuda de mi madre y los demás en la perfecta legalidad, en lo oficialmente aceptable.

—Tengo poco que contar -dije yo-. Lo que tengo es una cuenta pendiente.

Me miró fijamente como queriendo recomponer todo el pasado de golpe y su salida airosa de aquel lío, como calculando cuánto sabía yo y cuánto ignoraba. Qué falta hace la verdad si están en regla todos los papeles. De qué servía mi desesperación, mi perplejidad o mi vida. Me sentí insignificante, tapiada, negada. Para reconocermé tenía que reconocerse. Y viéndole ahí, mirándome con su atención calculadora, no daba la impresión de ser un hombre ejercitado o habituado a reconocimientos penosos. Me di cuenta de la gratuidad de aquel viaje, de la ridiculez de fondo que me había hecho contar una vez más con la romántica y falsa idea de aquel hombre que desde siempre había tomado por verdadera. Exclamó jovialmente:

—Oh, todos hemos tenido a tu edad saldos deudores, sentirse joven es sentirse consoladoramente deudor. A mi edad, y eso quizá también es un consuelo, ya todo está pagado.

Sonrió encantadoramente y añadió:

—... Pagado y apagado.

—No todo -dije yo.

Bajó la cabeza, pero no con un gesto avergonzado sino más bien como quien examina una mota en su corbata. Se ajustó, de hecho, la corbata un poco.

—Mi madre y tú, siempre se ha contado en casa, tuvisteis un romance de película.

—Oh, bueno. No fue tan de película, no creas. Quizá con los años se haya

exagerado. No fue nada de particular.

Y yo dije:

—Es cierto, es lo más común, mi madre y tú estabais enamorados y tuvisteis una hija que soy yo. No es de película, es una historia como hay mil. Tú escurriste el bulto, eso también es lo corriente.

Tardó un momento en contestar, me miraba sonriente:

—Es tan juvenil eso que dices... La cosa es mucho más compleja. Esa simplificación que tú haces no es de recibo, no lo es. Eso no fue lo que ocurrió.

Ahora se le vio dudar por un instante. Prosiguió de inmediato:

—Ya veo, ya, que esta visita no es de cortesía. Esto es una reclamación en toda regla, ¿no es eso?

—No es una reclamación -yo dije-. Sólo quería saber tu versión ahora que sé la otra, quería saber las dos versiones, no pensaba reclamarte nada.

—¡Es que no puedes!, aunque quisieras no podrías. Aun suponiendo que fueras tú hija mía, no hay nada, ningún documento, ningún registro que acredite que lo eres. ¿Quién te ha metido eso en la cabeza?

Tenía razón, pero sobre todo tenía la legalidad de su parte. Estaba todo en regla. Situada en aquel punto, yo sólo podía ser ridícula. Mi madre fue un episodio que duró unos veranos. Yo, una consecuencia no deseada que tuvo la fortuna de poder desenganchar del resto de su vida. Aquella claridad deslumbrante como una carcajada amable, una incredulidad que me afectaba. Su incredulidad reducía mi acto de venir a Madrid al peor sentimentalismo. Debí contar con que él no me reconocería: sólo podía ser una visita de cortesía o una inverosimilitud. Me mordí los labios. El viejo repugnante, civilizado y repugnante, que tenía toda la razón y todos los derechos de su parte. Pensé pegarle un golpe en la cabeza, agarrar el florero y pegarle un golpe en la cabeza, armar un escándalo, que grite, que venga la criada y suba de la parroquia la hija soltera que le cuida. Sólo podía hacer eso: darle una bofetada o largarme. Me levanté, me iría sin decir nada más. Estaba todo dicho. Comprendí la impotencia que en aquel momento sentí como un violento golpe, como el odio del esclavo, o el del que se encuentra maniatado por cualquier protocolo, cualquier convención, un odio que no podía satisfacerse más que matándole. Debió de darse cuenta de que su posición era inexpugnable, debió de sentirse a salvo al verme apresada y enmudecida por la impotencia. Por eso tal vez, añadió, con un tono casi dulce, amistoso, el tono confidencial que se emplea para hablar con una amiga o un amigo de toda la vida con quien sólo se habla de lo que se tiene en común, cosas nuestras que no hace falta casi mencionar porque se sobreentienden:

—Supongo que tu madre no ha cambiado, como si no tuviera fondo, no tenía claroscuro. Eran frívolas, todos éramos frívolos, la única seriedad común a

todos era la cultura, el arte, yo qué sé. Saber idiomas o haber vuelto de algún sitio relevante, conocer a alguien relevante. *Name dropping* era un deporte muy de aquel momento. Tu madre y tu tía hablaban constantemente de Sert y de Dalí y de Joselito y de Belmonte... era maravilloso. Acelerado aire era mi sueño entonces, como dice Rafael Alberti, que también creo que las visitaba. Platko venía a merendar y tu madre y tu tía hacían unas tortillas de patatas con un poquito de chorizo. Merendábamos eso y litros de té, y frutas escarchadas. Bajábamos a cenar a San Román o a Letona en los descapotables. Y donde cenábamos nosotros, allí estaba también cenando don Alfonso XIII la trucha asalmonada, acompañado del infante don Gonzalo. Era un mundo muy perfecto, muy esnob y muy hipócrita. Cuando estalló en el treinta y seis la guerra, me alegré. Es una purga que va a veniros bien, pensé. Yo estaba seguro de la victoria nacional. Eran incultos y disciplinados, justo lo contrario de nosotros. Por eso nos ganaron. Afortunadamente yo estaba en zona nacional y no tuve nunca el más mínimo problema. Como comprenderás, en ese mundo los hijos eran totalmente accidentales... No es que no quiera aceptar que tu madre y yo estuvimos muy enamorados, es que todos estábamos muy enamorados de todos. Era una fraternidad cultivada, internacional, sin fundamento. Ignoro qué pueda tu madre haberte dicho, la verdad te la estoy diciendo yo. No se nos pasó por la cabeza que tú pudieras algún día ser la consecuencia de aquellos inconsecuentes entrecruzamientos de todos y todas. Fue maravilloso y fue banal. Hizo falta un millón de muertos para meternos en cintura. Después de la guerra todos hicimos algún proyecto para una iglesia totalmente despojada, existencial...

Había escuchado todo lo anterior de pie. Oí entrar a Elvira y dije secamente:

—Está claro, me estás diciendo que en una situación donde no había seriedad ninguna, no se podía esperar que la tuvierais tú y mi madre.

No se movió de su asiento, sonreía, él también había oído la llegada de su hija, que, en cualquier caso, pondría fin a la velada. Di media vuelta y salí por el pasillo y el vestíbulo de alfombras resbaladizas de un tirón. Elvira y la doncella me vieron salir a paso largo, sin decirles adiós. Comentarían: «Está como una cabra.» Una vez en la calle, me di cuenta de que podía haberme ahorrado el viaje. Todo se había previsto en el arreglo aquel verbal entre mi madre, Gabriel y Fernando. Incluso una posibilidad como ésta, de venir yo a reclamar mi verdadera filiación, estaba prevista y controlada.

Me quedé en Madrid. Al salir eché a andar hacia la calle Princesa. Poco antes de llegar decidí quedarme en el hotel ante cuya puerta acababa de pasar. Una habitación interior. Ahí pasé muchos días seguidos, casi todo el mes. Sin

llamar a casa. Sacando de ese acto de no querer llamar toda la energía que podía. Sentirme de más cobraba en aquel acto (reactivado cada vez que entraba o salía de la habitación, cada vez que veía una cabina de teléfonos por las calles) un sabor amargo, pero más tolerable que la idea de regresar sencillamente, o de llamar por teléfono avisando, por deferencia, que me quedaba unos días en Madrid. Toda mi dignidad herida se aferraba desesperadamente al acto de no llamar por teléfono a mi casa. Semejante nimiedad no llegaba siquiera a ser una venganza: posiblemente todos ellos suponían que estaba disfrutando de unos días de vacación en Madrid. No servía para herirles el no llamar, servía para que no me hiriera yo, para que no cediera al vértigo de saberse tan de sobra tanto si telefoneaba como si no. No llamar era un quitamiedos que me permitió atravesar el precipicio vertiginoso de la indiferencia, mirando al frente, sin mirar al fondo, rozando la liviana barandilla de madera al pasar, ligeramente, con los dedos.

Hasta que me cansé, me harté. Supongo que fue el simple hecho de tener que salir todas las tardes o al cine o al teatro o al Museo del Prado para que en recepción no acabaran considerándome una loca que al hacer la habitación encuentran muerta de un atracón de barbitúricos. Me salvó una cierta salvaje capacidad de reírme de mí misma. No podía suicidarme porque no daba el tipo, me reí pensando en esto. Y rehíce toda la narración completa de mi vida hasta entonces, desde la perspectiva de una chica cuya vida se había quedado en nada y sólo podía salvar su dignidad tirándose por el hueco del ascensor del hotel a las tres treinta de la madrugada, pero que poco antes de encaramarse a la barandilla se mira un instante en el espejo y piensa: «Chica, te suicidarás, pero nunca parecerás una suicida.» Era exactamente lo que me pasaba a mí. Suicidarme no era ni una posibilidad ni una facilidad que yo tuviera al alcance de la mano. Todo ello, además de la cuenta del hotel, que alcanzaba ya los extremos límites de mi quiero y no puedo de esa época, hizo que regresara en tren a San Román. Estaba sin un céntimo. Tenía veintisiete años y doscientas pesetas en el monedero.

No podía seguir en el Hotel Tirol. Pagué la cuenta y me quedó para un billete de segunda clase. Era un rápido que tardaba toda la noche en llegar a San Román. Cuando me senté en mi asiento con la boca seca, a sabiendas de que no me iba a dormir en todo el viaje, pensé: «Regreso a casa, donde no puedo regresar.»

El tren iba hasta los topes. Nos incomodábamos todos compulsivamente levantándonos a beber agua o a estirar las piernas, o al retrete maloliente por cuyo agujero se veían los travesaños de la vía. A las ocho de la mañana se vio a lo lejos San Román, la línea difuminada de la costa, La Maraña borrosa al fondo. Hasta ese momento, por extraño que suene, no había sacado ninguna consecuencia de mi situación.

«Es una simple confusión, no es más», pensé, e inmediatamente sentí alivio. Volví a pensarlo: «Una simple confusión, no es más, pasa en todas las familias.» Era maravilloso pensar esto, rumiarlo, me sentía descongestionada pensándolo, como una nariz tras un catarro fuerte. Y seguí el curso somero, rapidísimo, de esta ocurrencia, sus rápidos alegres que conducirían por fin a aguas más hondas, más solemnes, ensanchándose el significado de mi vida tras una confusión que me parecía más cómica que trágica. Me aliviaba tantísimo esta idea que me entretuve prolongándola mientras el rápido cruzaba la noche castellana. Apenas me moví. Cerré los ojos para que no me hablaran, para que no me preguntaran: «¿Gusta usted?» Cerré los ojos sobre todo para que nada me distrajera de la gran ocurrencia que acababa de tener, que siempre tuve, el resumen que se había ido haciendo por sí solo sin dejar cabos sueltos, sin dejar ningún lugar a la destemplanza o a las dudas: todo había sido una simple confusión. Había por supuesto fundamento para todo ello. Yo lo saqué todo de quicio. Yo activé las posibilidades de confusión. Todo era, por lo tanto, culpa mía. Una ocurrencia puede durar toda una noche en tren. Una ocurrencia no es un argumento, es sólo un estribillo que puede tararearse durante diez horas seguidas por la noche en tren. Y eso fue lo que yo hice hasta que de pronto, cuando paramos en Letona, cuando ya faltaban sólo dos estaciones para llegar a San Román, pensé: ¿Qué estoy haciendo? Estoy volviendo y no puedo volver. Ni siquiera a San Román puedo volver. Pero los trenes no se detienen a esperar que uno decida si puede o no, si debe o no, si quiere o no llegar hasta la estación de su billete. Cuando quise recordar, ya entrábamos en la estación de San Román, cuando quise recordar ya estaba en el andén. Es imposible quedarse en un andén. Se había dispersado todo el mundo. «Estoy llamando la atención», pensé. Y eché a andar con paso decidido, el único aceptable, el paso propio de una viajera que llega tras un incómodo viaje de una noche entera desde Madrid, por fin, a su pueblo, a su casa. Los dos taxis de San Román, que temí encontrar frente a la puerta de la estación esperando que yo tomara uno, no estaban. Era natural, yo era la última. No podía pararme. Es difícil en San Román andar durante más de un cuarto de hora con paso decidido sin llamar la atención y sin salir del pueblo. En aquel tiempo todavía era un pueblo pesquero con un paseo marítimo más ancho que las otras calles, que empezaba en los jardines de la estación y llegaba hasta los aligustres del ayuntamiento. Detrás, empinándose un poco por las rocas, la lonja del pescado, el mercado, un diminuto centro comercial, la iglesia... Sólo había un hotel, un hotelito confortable donde se alojó mi padre cuando volvió, al principio. De no ir a casa sólo podía encaminarme hacia el hotel. Llovía un poco, aceleré el paso. La puerta del hotel se me venía encima. Estaba perdida si entraba en el hotel. Aquel hotel era una trampa, la peor trampa.

Precisamente porque ahí me conocían, precisamente porque ahí me dejarían estar tal vez una semana entera sin pagar la cuenta, por eso iban a examinar mi situación con fascinación de hormigas. Yo era una mosca reseca que las hormigas trocean y transportan por su senderillo hormigueante hasta el hormiguero. Me llevarían entre dos o entre tres, desmenuzándome. Las hormiguitas del hotel, las dueñas, el conserje, el servicio, cada vez que bajara al comedor, cada vez que me sentara en la salita o frente a recepción un instante, cada vez que entrara o que saliera o fingiera que me dolía la cabeza, pensarían: ¿Qué le pasa? Las dueñas eran dos hermanas de la edad de mi madre. Dos chicas solteras, dos chicas estupendas, educadas, hablaban las dos algo de francés y algo de inglés. En San Román eran algo más que el medio pelo. Su padre tenía un almacén de coloniales. Era mayorista. Y la fabriquita de conservas Balbo la llevaba aún su hermano. A cada una de las dos les correspondía una parte, y la mejora la invirtieron en mejorar mucho el hotel, que siempre fue de su familia y que -según decían ellas mismas- más era un *hobby* que una obligación. Por un instante comprendí la comicidad de aquella succulenta presa que era yo, instalada en su hotel y no en mi casa, en el punto de mira combinado de las dos hermanas y la Acción Católica local, y el párroco, y el coadjutor, y La Maraña al fondo, donde estaba mi familia y donde yo no estaba: ¿Por qué no estará con ellos ella?, algo gordo le ha pasado, eso es seguro, habrán reñido igual... Si precisa usted cualquier cosita, la más mínima, nos lo dice a cualquiera de nosotras dos. No habrá el menor problema... Ellas son raras. Rara la tía, de siempre, con el alemán ese que tiene. Pero rara la madre casi más, aislada. Se creen que son lo que no son. Sólo porque tienen ese estilo. El único corriente es el hermano de ella. Porque la otra hermana es un punto filipino, sí lo es. La prueba está en lo que pasó con Tomásín Igueldo... Si desea usted llamar a casa, puede, pase usted al despacho si usted quiere. Ahí puede hablar a gusto sin que nadie la moleste. En las habitaciones nosotras no ponemos teléfonos porque luego hay líos con la cuenta, que nadie cree nunca, a la hora de pagar, que estuvo hablando tanto como estuvo. Mejor el teléfono en este cuartito y así no hay líos. Nosotras casi nunca telefoneamos. Teniendo como tiene usted dos casas, mi hermana y yo pensamos que cómo es que se queda aquí. Claro, que no es asunto nuestro...

No podía meterme ahí, Llegué hasta la puerta y me volví a la estación. Pero no podía quedarme en la estación, no podía quedarme en San Román dando vueltas con un maletín. Tenía que volver, era la hora de comer. Cuando llegué a casa eran las tres de la tarde. No llovía apenas ya.

Pensé: «Lo que no puedo estar es sin dinero. Voy a pedirle a Tom veinticinco mil pesetas. Con eso tiro... ¿Cuánto tiro con veinticinco mil pesetas? Soy una persona que no sabe cuánto cuesta un kilo de patatas, el coste de la vida

no lo sé. No fue una confusión, fue una estupidez, eso me salva. Y además, nadie lo sabe, quién lo sabe, ¿quién sabe lo que me ha pasado? Nadie. ¿Quién lo va a saber? Salvo que yo lo diga, nadie sabe lo que me ha pasado. Empezando por los interesados, empezando por mi madre y mis hermanos, que no saben lo que me ha pasado. Es posible», iba diciendo mientras caminaba en dirección a casa, «que lo tengan ya ellos todo hablado y que, cuando llegue, es muy posible que les haya chocado tantísimo que no telefonara, que se han reunido y lo han hablado: "¿Qué le hemos hecho?" Es muy posible que mi madre entonces se lo haya de repente contado todo a mis hermanos. Quizá lloraba cuando lo contó. Aunque no es de llorar, en ese momento sí ha llorado y eso es lo que ha puesto sobre aviso a Fernandito y a Violeta, se han dado cuenta de la gravedad gracias a eso. No se puede maltratar a las personas. Y a mí me han maltratado. Pero quién. "Bueno, yo la he maltratado", quizá haya dicho mi madre. "Bueno, un maltrato. Dime otro." "Entre todos los que somos", habrá dicho Fernandito, "la ha maltratado una persona una vez, tampoco es tanto." Y Violeta habrá dicho: "Bueno, pero aunque haya sido una persona una vez, le ha dolido. A mí me hubiera dolido enterarme por ejemplo que papá es otra persona. Que aunque le quiera como a un padre... Pero como ella no le quiere como a un padre, como nunca le ha querido, no creo que le haya dolido lo más mínimo." Y tía Lucía diría: "Bueno, lo que pasa es que es cíclico. Todo es cíclico. Todo da la vuelta y vuelve a suceder exactamente igual, estamos donde estábamos, lo mismo. Es Nines otra vez. Lo tienen todo en la cabeza. Lo mismo ella que Nines, las dos. Nines era igual idéntica, tozuda. ¡Pues anda que no hay hombres en el mundo, Dios! ¡Como para dejarte morir de inanición por el primero que se ahoga! Son personas falsas, que se hacen las interesantes. Como no tienen de qué, cualquier cosita que les pasa, ya las mata, las cohíbe, las tronza en dos mitades desiguales, caña rota. No les pasa nada..."»

Eran las tres de la tarde cuando llegué. Fui a buscar a Tom al cuartito de las herramientas. Le vi las botas al llegar. Había dejado entreabierta la puerta para que corriera un poco el aire. Empujé un poco la puerta, que chirrió.

—Me he quedado frito -dijo Tom-. Qué gusto verte aquí otra vez. Qué haces con ese maletín.

—Es que llego ahora. Acabo de llegar hace un momento.

—Pero... bueno, ¡qué sorpresa!

—Pues sí, acabo de llegar. No he querido entrar en casa. No he podido. He pensado a ti... pedirte, o sea, un favor. Si tú me pudieras, Tom, prestar. No sé. Lo que tú puedas, una pequeña cantidad. Unas diez mil pesetas por ejemplo. Una cosa que no te haga extorsión. Para empezar...

Tom me miraba como un actor de carácter en una comedia de costumbres.

Un mal actor, que abre la boca mucho para demostrar que está asombrado. Tom dijo:

—Bueno, por supuesto. Lo que te haga falta. En efectivo no sé si lo tengo. Te puedo dar si quieres un talón y lo cobras.

—Es que no quiero entrar. Nunca jamás, volver a entrar en casa.

Tom se revolvió en su asiento visiblemente incómodo.

—Te estoy agobiando, Tom, perdona. Ya lo veo. Es de suponer que no se entiende lo que digo, lo que quiero.

—¿Cómo no se va a entender? Quieres diez mil pesetas y ya las tienes.

—No me entiendes.

Se quedó Tom pensativo. Ahora ya no parecía un mal actor ni un actor. Ahora parecía simplemente preocupado. Por fin dijo:

—La verdad es que yo, personalmente, esperaba algo así. Quiero decir después del modo, en fin, desconsiderado con que se te dijo lo de tu padre.

Me oprimía que Tom no dijera nada más. Me angustiaba que yo misma, una vez pedido el préstamo, no fuera capaz de añadir nada, cambiar de conversación. No podía tener yo toda la culpa. Nadie, por estúpido que sea, puede tener la enorme culpa en propiedad exclusiva. Por consiguiente yo tampoco, no podía ser. Miré a Tom, y de pronto sentí una sensación de asco confuso. Como si me hubiera sentado mal el desayuno. ¿Qué desayuno? El caso es que no he desayunado, no he comido nada desde ayer a mediodía. Tom iba a prestarme el dinero que le había pedido, iba a regalármelo muy posiblemente, y era el mismo Tom de siempre, y qué otro podía ser. El Tom Bilffinger de mi niñez, el Tom atractivo y atento de mi juventud. Me pareció que Tom se desfiguraba a ojos vista ahora, como alguien que acaba de levantarse de la cama o con barba de dos días, sudoroso, impresentable. Había algo impresentable, pensé, en la facilidad con que desde un principio aceptó prestarme ese dinero, ésa era su facilidad: el dinero. Él podía prestar ese dinero. Se facilitó a sí mismo la tarea con el mínimo esfuerzo, para hacerme desaparecer. Era repugnante esa facilidad. Tom Bilffinger no quería saber nada. Por eso era capaz de prestarme todo aquel dinero sin pedirme garantías y sin preguntarme en qué lo iba a gastar. Prestarlo era muchísimo más fácil que pensar en mí.

—¿Por qué te callas, Tom? Voy a acabar pensando mal de ti. Ya estoy pensando mal de ti. ¿Por qué no preguntas qué me pasa y por qué te pido el dinero a ti y no a mi madre? Yo en tu caso haría esa pregunta, aunque tuviese tanto dinero como tú, si es que lo tienes, siempre hemos supuesto que lo tienes.

Tom no contestó a esa pregunta ni a ninguna. Sólo dijo:

—Es menos fácil de lo que parece. Lo del dinero es lo más fácil, aunque no soy multimillonario. ¿Qué más quieres que diga? Supón que te digo: «Te

comprendo bien aunque no me hayas explicado apenas nada.» Tendrías que casarte, ya te dije, tendrías que marcharte de aquí para volver luego si quieres por la puerta grande. Pero todo ello es lo mismo, son bobadas. Tendría que exhortarte a ser tú misma, a sustanciarte, yo qué sé, a identificarte. Pero no puedo hacerlo, porque yo mismo tampoco he sabido del todo identificarme o sustanciarme. Cualquier consejo que te dé depende de lo que tú pienses de mí. Supongo que tú piensas de mí lo mismo que todos los demás: que soy un hombre sin carácter, que no he hecho en la vida nada más que de lacayo de tu tía y en todo caso arreglar este jardín un poco. Seguro que piensas eso, y es verdad. No creas que te digo esto tratando disimuladamente de quejarme o de lamentar mi destino. Hace muchos años que elegí más o menos esto que soy ahora. ¡No, no digas que no me consideras un lacayo ni un jardinero! Hay un cierto parecido entre tú y yo, por eso nos hemos entendido siempre bien: los dos creímos encontrar en una persona concreta, en un ente finito, el absoluto: el infinito. Llámalo como quieras. Creímos que podía hacerse ver y vivirse la idealidad en la realidad, y no se puede. Lo de menos es lo que ocurrió. Yo adoraba a Lucía e hice lo que ella quería de mí, le fui útil. Nunca me quiso, pero yo pensaba: Da lo mismo, porque en el fondo nadie sabe si es digno de amor o de odio. Yo no lo sabía, ahora lo sé, ahora es tarde. Yo era digno de amor, tenía que ser amado o bien abandonado por completo. Si hubiera exigido a Lucía hace muchos años que me quisiera, que me tratara como a un igual, tal vez lo hubiéramos dejado, pero es casi seguro que Lucía se hubiera dado cuenta de algo que ahora ya no puede comprender: que la atención que un ser humano presta a otro vale mucho. Es lo único que, como decís los españoles, no debe echarse en saco roto. Quizá a ti te pasa igual. La única ventaja es que tú ahora tienes la edad que yo tenía cuando tu tía y yo nos conocimos. Tú tienes por delante mucho tiempo, pero no en horas o en días o en años, sino en posibilidades de corrección. Tú puedes acostumbrarte, y acostumbrar a los demás, a que te quieran, a quererlos, sin dejarte llevar y sin perderte. Sin malgastarte, sin malgastarles, no lo sé... Creí que erais uña y carne tú y tu madre. La verdad es que estoy hablando a bulto. ¿Por qué no hablas con tu madre? ¿Por qué no le pides el dinero a ella?

—Porque me ha tratado mal, por eso. Todo el mundo me ha tratado mal. Lo de menos es lo de mi padre. Lo que pasa es que soy innecesaria, soy absolutamente accidental, como tía Nines. Hasta físicamente me parezco a ella.

Tom se levantó casi de un salto:

—Es inútil seguir hablando así. Mañana a primera hora te pasas por aquí, tendré el dinero en efectivo, pero no quiero escucharte, es demasiado aterrador. No quiero entrar ahora donde no quise entrar nunca. Me equivocaría y te equivocaría. Es mejor que me vaya.

Lo curioso es que se fue.

—Estamos Margarita y yo unidísimas -dijo doña Amparo-. No me llames Amparo, que suena a la mujer del guardaagujas. Llámame Amparín, que es como me llaman en mi casa mis hermanos. Yo a ti te veo como a una hermana, eres como una hermana para mí. No sé por qué, no me preguntes porque no lo sé. Me da en el corazón que vamos a entendernos, ¿verdad que vamos a entendernos?

—Seguro que sí -dije yo.

Eran las siete de la tarde, la misma tarde en que hablé con Tom. Llevábamos ya las dos hermanas y yo una hora acodadas en el mostrador de recepción. Cuando Tom se levantó y se fue, yo salí tras él decidida a retenerle. Fui yo quien se detuvo sin embargo. Detenerme era la primera acción libre que había ejecutado desde que me fui de casa. Cuando Tom se fue, salí tras él y me paré en seco a la tercera o cuarta zancada. ¿Adónde iba? Se me ocurrió que si por ceder una vez más a la confusión y a la urgencia de aquellas horas hubiese perseguido a Tom, él hubiera seguido corriendo hasta llegar a Reykjavík o más lejos. El esfuerzo que tuve que hacer para no perseguirle, incluso a sabiendas de que no servía de nada, me sirvió para cambiar del todo el estado de ánimo en que estaba desde que visité en Madrid a mi padre hasta ese instante. La masa de ocurrencias autocompasivas y auto-punitivas que me habían atenazado hasta la fecha, se destriparon repentinamente, se hicieron trizas, como si no hubieran existido nunca al pararme en seco, y dejar que Tom corriera libre de mí hasta cansarse o hasta darse cuenta de que yo ya no le quería. De la energía de detenerme provenía la energía que me animó a volver sobre mis pasos, cruzar el puente y regresar a San Román. Y, una vez en San Román, decidir hacer lo que era al fin y al cabo menos llamativo y más normal: dirigirme al Hotel Atlántico y pedir una habitación, a ser posible sin vistas a la playa. Había una individual sin baño -el baño estaba al final del pasillo- que me convenía por el precio, y que, por alguna misteriosa razón relacionada con la situación social de las chicas solteras de una edad como la mía, les pareció también máximamente adecuada para mí a las dos copropietarias. Llevaba la voz cantante la mayor, como yo supuse. La menor venía a ser como una claque de un solo miembro con un punto de hermeneuta en materias no esenciales, como por ejemplo la hora de haber agua caliente y la última hora posible para desayunar en el comedor, las nueve treinta, excepto domingos y festivos, que se retrasaba hasta las diez. De repente me di cuenta de que me estaba haciendo gracia todo aquello, aquellas dos hermanas tan absurdas, doña Amparo y Margarita. Quizá sea exagerado decir que me estaba divirtiendo. Quizá era más exacto decir que me estaba

reanimando comprobar, al tenerlas delante en persona, que la realidad es un examinador muchísimo menos riguroso que la angustia. Ahora, al verlas y oírlas, me di cuenta que eran mucho menos maliciosas y mucho más curiosas de lo que yo había supuesto cuando me dirigí al hotel, tras dejar la estación, y llegué casi hasta la puerta sin atreverme a entrar. La posibilidad de que fueran malpensadas y agresivas me había angustiado aquella mañana tanto que casi nada podía ya angustiarme ahora, al verlas afanándose ante mis ojos con su registro de huéspedes y poniéndose al alimón coloradas al pedirme el carnet de identidad.

—Como comprenderás no es por nosotras, que sabemos quiénes son ustedes, sino por la inspección, que a veces se presenta, y que conste de verdad, Margarita, que yo estoy de antemano de su parte. En los hoteles se te mete cada gente. Nosotras mismas, aquí mismo, tuvimos un contrabandista con su hija, pensión completa, que no sólo no era hija, ¡es que no era ni pariente! Era un apaño, créame usted. La inspección les caló nada más verles desayunando juntos, cuchicheando, desayunando un té completo y un café completo a las ocho en punto de la mañana, eso sí, cada cual, y siempre los dos juntos, ocupaban para despistar una doble él, y ella una individual con polibán...

—Se quedaron casi un mes -punteó Margarita.

—Más de un mes, se quedaron casi dos, Margarita, casi dos -precisó doña Amparo.

—Lo que sí que es verdad es que tomaban té y café. Era yo quien tomaba la comanda, la dejaban dicha por las noches, al subir todas las noches sin dejar ni una se acercaba ella y la dejaba dicha. Antes de subir, ella delante y él detrás, por las escaleras hasta sus habitaciones respectivas. ¿Qué más da que fuese un mes que fuesen dos?, lo dejaban dicho siempre igual.

—Perdona, Margarita, pero eran los dos contrabandistas, ella y él.

—¡Lo serían!, pero en eso por lo menos no cambiaron nada, un té completo y un café completo desde el primer día hasta el último. Las cosas como son...

Imposible más absurdo -yo pensaba-, quizá esto sea la felicidad, acabar así, soltera, regentando un hotel con una amiga o incluso con Violeta. Yo sería sin duda doña Amparo, y Violeta, Margarita, claro está. Cené sola yo en el comedor, un puré de patata y zanahoria y un huevo al plato en una cascareta «para darle un poco colorido», que dijo doña Amparo al ponérmelo delante. No tomé postre, no tomé café. Me senté un rato en el salón, que estaba dividido en dos tresillos, uno por ventana, y decorado con lo que me pareció ser un tapiz de tema histórico: Colón seguido de varias indígenas y frailes y otras gentes, arrodillándose con un cofre en la mano ante el trono de doña Isabel y don Fernando. A lo lejos había un grumo color verde que era el mar y unos torreones blanquecinos en representación

quizá de los palacios recién conquistados de La Alhambra o de Medina de Río Seco. Está bien -pensé-, esto es más o menos lo que da de sí, un hotelito de una estrella regentado personalmente por sus dueñas. No se puede ni se debe pedir más, ni yo lo pido. ¿Y ahora qué? Doña Amparo vino unos minutos a última hora a dar las buenas noches y a preguntar si deseaba alguna cosa:

—Nos recogemos temprano cuando estamos las dos solas. Seguramente usted también se recogerá temprano estando sola en un hotel. Eso suele ser lo más normal. Y, si no es mala la pregunta, ¿cómo es que no se ha instalado usted en su casa estando a un paso como está? Será quizá que a lo mejor no están. Me comentó mi hermana que es muy posible que no estén quizá.

No podía remediarlo, me hacía gracia. La comicidad era una riada que me arrastraba dulcemente hacia ningún sitio, pero por lo menos sin herirme. Sin querer las imitaba:

—Estar, están. No es que no estén. Está mi padre, está mi madre, está mi tía Lucía, están los tres. Está Violeta, está mi hermano Fernandito y está Tom, están todos. La que no está, como puede usted ver, soy yo. Dispuesta, me refiero, a estar perpetua a manos puestas. A mi madre se lo he dicho: «Mamá, mira, quiero estar un poco de tiempo fuera, por mí misma, para ver a ver qué tal me va, si me sé arreglar o no.» Eso le he dicho. Es, como usted comprenderá, doña Amparo, una experiencia que yo debo de hacer. Hay cosas que o las haces, o te esclafas a perpetuidad con la mamá, sobre todo en un caso como el mío, que estudié además Filosofía pura y tengo idea de ejercer, y claro, eso conlleva una cierta independencia relativa de lo que es propiamente el núcleo familiar estricto, usted me entiende.

—¡Pero claro! No la puedo comprender a usted mejor, la entiendo a usted como a la vida misma. Lo mismo hicimos Margarita y yo, independización, llegada a cierta edad es lo tuyo, vamos, si es que tienes algo de algo, como teníamos nosotras y como lo tiene usted, que se la ve venir, porque yo a usted la veo venir, tiene usted una inteligencia extraordinaria, ya la veo a usted de catedrática. E incluso mi hermana Margarita, que es muy inteligente y muy sensible, pero que está siempre en la luna, fue la primera que lo vio y lo dijo: Ésta es la mayor de los tres chicos y es completamente una escritora. Va a ser la sucesora de nuestra novelista regional, tan celebrada, doña Luisa de la Encina, que sus hijos fueron todos periodistas a excepción del más pequeño, Luis Alberto, que está haciendo oposiciones al cuerpo diplomático en Madrid.

—Mis oposiciones son más bien al cuerpo de catedráticos numerarios de enseñanza media -dije yo.

Y nos despedimos y quedamos como amigas esa noche.

Y se hizo, curiosamente, una pequeña pausa: por una de esas casualidades o coincidencias, por el breve instante de algo más de una semana, Amparín, Margarita y yo nos sentimos como en casa. Quizá yo me esforcé en coincidir dentro de lo posible con ellas porque, allí metida, con la única distracción de dar un paseíto por la playa antes de comer o hacer alguna compra antes de cenar, pude hacerme la ilusión de que todo estaba suspendido y a punto de arreglarse por sí solo. La historia que inventé a beneficio de las dos hermanas me convenció casi a mí misma, o cobró por lo menos verosimilitud en la medida en que a ellas les parecía -según decían con frecuencia- todo lógico y normal. Al cabo de una semana me empecé a poner nerviosa. ¿Sabrán que estoy aquí? Era muy posible que no supieran nada si Tom no lo había contado. El estilo de vida de mi familia no contribuía a hacernos conscientes de lo que ocurría fuera de nuestro círculo más íntimo. Era, por otra parte, muy inverosímil que no se me echara ni siquiera en falta, o que no hubiese alguien del pueblo comentado con Manuela que yo estaba instalada en el hotel. Tom (que por cierto apareció al día siguiente de mi llegada muy temprano, hacia las nueve de la mañana, con veinte mil pesetas en billetes de mil, metidas en un sobre que dejó a mi nombre) estaba probablemente avergonzado o inseguro acerca de su comportamiento conmigo: era explicable, por lo tanto, que no hubiese dicho nada a nadie.

Al final de esa semana, y en el curso de una mañana o de una tarde, mi conciencia se volvió una devanadera que recorría todo el curso de una hipótesis hasta el final, para recorrer después la hipótesis contraria hasta el final. No sabía realmente cómo interpretar aquel silencio, que era extraño si sabían en mi casa que vivía en el pueblo, y aún más extraño si, no sabiéndolo, no hacían ninguna indagación. Lo más extraño de todo era yo misma, en el cobijo ilusorio del Hotel Atlántico. Procurando no ser vista por las calles de San Román, y a la vez quizá deseando que supiesen todos dónde estaba. Lo único que no hice fue subir o telefonear, pero, al no producirse ninguna alteración real de mis circunstancias, también no subir y no telefonear se convertían instantáneamente en sus contrarios, adoptando a veces la forma imperativa, Debo subir, y a veces la hipotética: Si subiera sabría lo que pasa. ¿Era concebible seguir así toda la vida? No dejaba de ser, en cierto modo, característico de mi familia aquel estado metaestable, giratorio e inane, en que me hallaba. Ni dentro ni fuera, ni recordada ni olvidada, como tía Nines, como Tom, como mi verdadero padre o como mi padre legal, que también estuvieron y no estuvieron a la vez presentes y ausentes en nuestra infancia y adolescencia. La situación más rara o más inverosímil puede acabar resultando lógica y normal si uno mismo, o cualquiera de los interesados, no lo impide. Llegué a pensar que, con un poco de suerte, en el Hotel Atlántico cumpliría yo los cincuenta. Era una situación, si no

positivamente agradable, por lo menos no penosa. La única condición de aquella provisionalidad era no dar más vueltas al asunto, pero yo no paraba de dar vueltas al asunto, hasta que, al cabo de diez días, se presentó Fernandito en el hotel. Le vi venir calle arriba por la ventana del comedor, donde estaba yo desayunando. Además de mí misma y de Margarita, que entraba y salía de la cocina con la cafetera y los bollos suizos, sólo había desayunando un par de huéspedes, una pareja de mediana edad cuya presencia en el hotel era, en opinión de las hermanas, tan lógica y normal como la mía, y al mismo tiempo tan ilógica y absurda, o más, que la mía, puesto que pareciendo un matrimonio y habiéndose registrado bajo el mismo nombre, cada cual dormía en una habitación distinta en mi misma planta, lo cual quería decir que entre los tres nos repartíamos el agua caliente que de doce a dos de la tarde surtía el grifo de agua caliente del polibán y del lavabo. «Son hermanos», comenté yo una noche, pero doña Amparo me corrigió con una cierta precipitación: «No, eso no, si fueran hermanos no serían pareja, en nuestro hotel no, desde luego. Lo que son es primos. Por eso los dos se llaman igual, Guerricagoitia, de primero.»

Vi llegar a Fernandito a pie, a buen paso, desde la ventana del comedor, y me dio un vuelco el corazón. No parecía el mismo, quiero decir que, entre aquel muchacho con chaqueta de tweed y corbata de lana inglesa que entró en el comedor y el Fernandito de Fräulein Hannah y Rufus, se abrió en mi sensibilidad, justo entonces, un abismo. Doña Amparo le hizo pasar al comedor alborotada. Se sentó a mi mesa y me contempló en silencio. Parecía muchísimo mayor.

—¿Se puede saber qué estás haciendo aquí?

Yo dije:

—Estoy aquí pasando un tiempo, aquí alojada, mientras voy pensando todo bien.

Fruncía el ceño con su antiguo gesto de no estar queriendo entender nada, su gesto de tener que hacer lo que no quiere.

—Mamá se ha enterado por Manuela. Y luego, por lo visto, tía Lucía le contó a mamá que habías ido a ver a Tom. No entendemos nadie nada.

¿Qué te pasa?

—Nada. No me pasa nada. Sólo que me he quedado aquí a vivir.

—Pues no te puedes quedar aquí a vivir, dice mamá. Porque es una rareza. Y que quienes quedamos mal somos nosotros, sobre todo ella. ¿Puedes darme algún motivo? Aunque sea uno sólo. ¿O es sólo una venada que te dio?

—No pinto nada en casa. Estoy mejor aquí, donde da igual lo que yo haga.

—Si es por eso, a nosotros también nos da lo mismo -declaró Fernandito, con el tono de quien por fin decide que todo está resuelto.

—Es que no puedo vivir en una casa donde da igual que esté, que no esté. Es imposible, es muy doloroso.

—¿Doloroso? ¿Por qué doloroso? -preguntó Fernandito.

Traté de desviar la conversación y pregunté por Violeta:

—¿Violeta sabe que estoy aquí viviendo?

—Claro que lo sabe. ¿Cómo no va a saberlo?

Fernandito no sabía seguir. Era obvio que no sabía. Quizá tenía pensado decir alguna cosa más y mis respuestas le desconcertaron. O quizá contaba sólo con que, con que viniera él en persona, yo volvería con él a casa. Venía en representación de todos ellos: caí en la cuenta de repente: era el representante oficial de la familia, el abogado, quizá lo habían hablado y se había decidido que nadie mejor que Fernandito para hablar conmigo. Seguramente tía Lucía habría dado un manotazo al aire resumiendo la intención de todos con un gesto decisivo: «Fernandito es el que debe ir. Porque es que, además, si no va Fernandito, quién va a ir. No voy a ir yo. A mí me odia. Y a su padre, por lo visto, le odia. Y Violeta no se entera, y Tom, bueno, pues Tom no es de la familia. Tiene que ir... Tom además es que es como si no. Yo prácticamente no le veo. ¡Como para decirle que vaya a ningún sitio!»

Quizá no fue así, quizá fueron sensatos como fueron sensatas con tía Nines. Prácticas, eficaces y distantes. Al fin y al cabo, tampoco era tía Nines una hermana propiamente dicha. Yo tampoco era una hermana propiamente dicha, y Tom tampoco era un marido propiamente dicho. Es muy posible que tía Lucía lo dijera y que todos, mientras lo decía, asintieran en silencio: «Propiamente dichos, de la familia sólo somos tú y Fernando con vuestros dos hijos y yo. Nines, Tom y ella son, a fin de cuentas, dependientes, nada más, dependen de nosotros, y bueno... siempre se les ha tratado bien», comentó quizá tía Lucía. La amargura suscitaba ahora en mi cabeza frase tras frase, figura tras figura, la amargura me impedía preguntar a Fernandito qué había ocurrido en casa de verdad. La amargura me impedía moverme, levantarme de la mesa y subir a mi cuarto, la amargura me impedía darme a mí misma toda la razón. No tengo, no tienes toda la razón -pensaba-. Tía Nines tuvo toda la razón, o por lo menos no tuvo la más mínima culpa. La amargura impuso su propia verdad, con sencillez, por último: no se te puede considerar sólo víctima. Tú te creíste como ellos, y al no serlo descubriste tu contradicción. Para que aquel significado que dabas tú en conjunto a tu familia y que hiciste coincidir con el significado de tu propia vida, para que ese significado sirviese de algo ahora, tendrías que haber permanecido inmóvil. Si hubieras sido realmente como tu tía Lucía o como tu madre o como tus dos hermanos, descubrir que tu padre era Gabriel te hubiera dado risa. En un mismo instante hubieras entrado en situación y negado radicalmente esa

situación: los padres no cuentan -hubieras dicho-, no han contado nunca en esta casa. La identidad es siempre maternal. Una familia significa lo que significa la madre, o si la madre es insignificante, ya bien puede, a gusto del consumidor, significar cualquier cosa la familia entera. De haber pensado esto no te hubieras sentido desplazada. Nadie niega que seas hija de tu madre. ¿Qué más da que el lado masculino de tu historia haya, de cabo a rabo, sido estúpido? Eso ya se sabía. Los hombres son estúpidos. Tu amargura es de tal tipo, que por el mero hecho de sentirla, tal y como tú la sientes, te aparta de la circulación. Era verdad, pensé, y pensé de nuevo: No tengo la más mínima legitimidad porque no he sido capaz de tomar todo lo ocurrido a la ligera. Este sentimiento de amargura que ahora siento demuestra que soy hija ilegítima de mi madre y de un cualquiera, un arquitecto de Madrid, presuntuoso, cobarde y falso.

—¿A qué has venido, Fernando? No puedo creer que sólo hayas venido a decirme que me largue porque estoy dando que hablar en San Román. ¿O quizá sí? ¿Has venido realmente en representación de todos para decirme que desaparezca?

—Pues mira, ya que lo preguntas, casi sí. De no haber vuelto directamente a casa, más valía que no hubieras vuelto y que te arreglaras por tu cuenta. Se te puede mandar cualquier cosa que quieras, cualquier cosa que te guste, por una agencia de transportes, puerta a puerta.

Ahora parecía otra vez el Fernandito infantil, lo que acababa de decir sin duda era de su cosecha. Le estaba pareciendo lo mejor que desapareciera y mandarme en un baúl lo que quisiera, puerta a puerta. ¿Qué tiene eso de malo? No es como si me echaran a la calle, nada de eso. Me resultaba familiar. Tampoco a tía Nines se la echó, al contrario, se la instaló en un sitio confortable. Para una persona con tan poca vida, el moridero de las Adoratrices no estaba nada mal. Tenía que estar segura de que la crueldad final de las palabras de mi hermano eran de su cosecha, sólo suyas, tenía que estar segura de que su crueldad era deliberada y que no representaba ni siquiera al propio Fernandito, que era sólo el yo anónimo que le inclinaba a hablar así, irreflexivamente:

—Eso que has dicho de que es mejor que desaparezca, y que me mandáis mis cosas por correo, eso ¿es cosa tuya? Eso no es lo que mamá te dijo que dijeras.

—Yo no he dicho que quiero que desaparezcas, a mí me da lo mismo. Lo de desaparecer lo has dicho tú. ¡Lo has dicho tú! ¿Quién lo ha dicho? Lo dices tú y luego dices que lo digo yo. Ha sido así toda la vida. Yo no he dicho que desaparezcas. Eres tú la que lo ha dicho, y yo he dicho que si lo que quieres es largarte, igual quieres una maleta con tu ropa. Yo querría. Pero que conste que eres tú.

No podía soportarlo más y dije:

—¿Sabes lo que vamos a hacer, Fernandito? Yo ahora voy a ir a mi cuarto a recoger mis cosas y a pagar mi cuenta y eso. Y tú subes a casa, o haces lo que tengas que hacer en San Román y luego subes. Cuando veas a mamá le dices que sí, que estoy de acuerdo en todo. Si necesito alguna cosa que no se preocupe, que yo os llamo. Así es como acabamos todos bien.

Y Fernandito preguntó:

—¿Entonces a mamá lo que le digo es que de acuerdo? ¿Que tú te piensas ya marchar y que cuando quieras ya nos llamas...?

—¡Eso! Dile eso exactamente.

Nos despedimos sin la más mínima emoción, nos dimos un par de besos, yo no sentía la más mínima emoción, sólo un ligero, vivo, pero no excesivamente fuerte, deseo de que se fuera Fernandito y de subir a mi cuarto a recoger mis cosas. Yo no era tía Nines. A mí no me iban a encerrar en las Adoratrices. Yo no había perdido nada esencial para mi vida, al contrario: quizá había ganado aquella mañana la capacidad de despreciarles, ¿era eso una ganancia, o lo contrario? Ya se volvía Fernandito para irse. Era agradable, era fácil dejarlo todo. Un instante más y dejaría de verle.

—¡A Tom le dices de mi parte que le escribiré y que muchas gracias!

Subí a mi cuarto, recogí mis cosas, bajé y pagué la cuenta. Afortunadamente sólo estaba Margarita en recepción:

—Ya veo que por fin se va usted a casa. Es lógico y normal. Mi hermana y yo nos alegramos mucho. Es lo mejor que hay la casa propia, la casa propia es lo mejor, como la casa de una no hay ninguna, y la familia igual. Amparín y yo siempre lo decimos, que tan a gusto como en casa no se está en ninguna parte.

—Así es, desde luego -dije yo-, y así será, seguro. Yo estoy de acuerdo con ustedes dos. Déle usted un gran abrazo a Amparín de parte mía, con ustedes dos he pasado unos días como en casa. Nos estamos viendo, Margarita, nos estamos viendo...

This file was created

with BookDesigner program

bookdesigner@the-ebook.org

28/03/2010